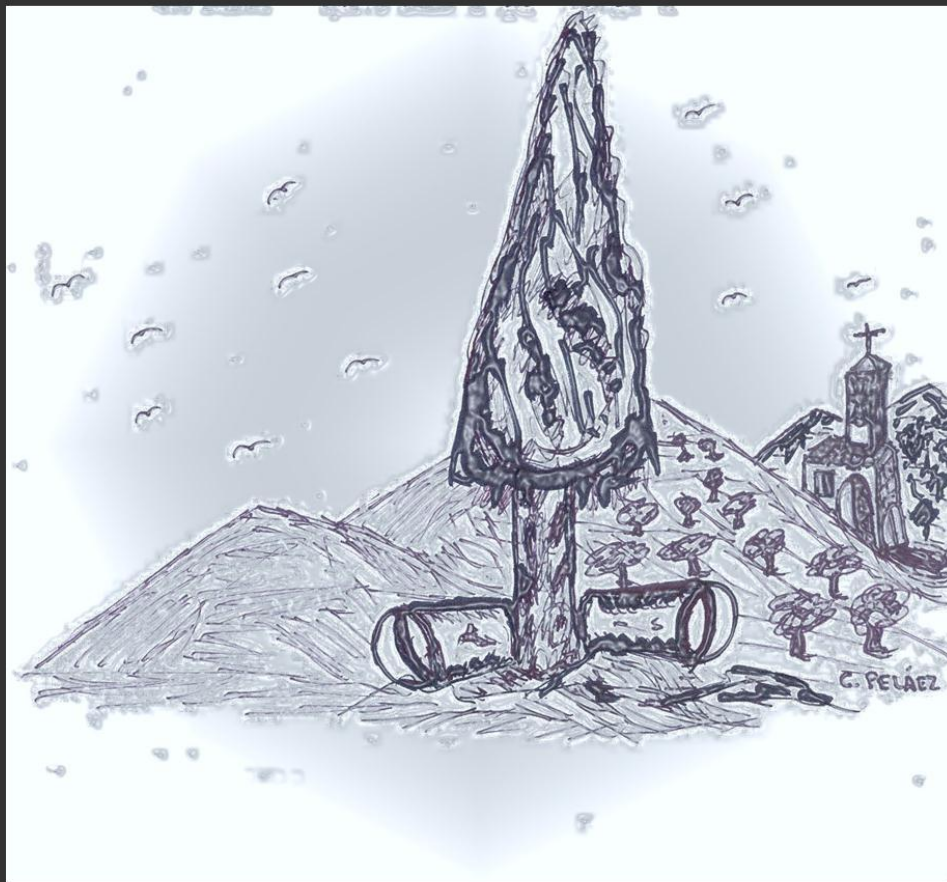


EL SANTÓN

(Novela)



Cayetano Peláez del Rosal

Cayetano Peláez del Rosal

EL SANTÓN

(Novela)

Nota: Los personajes de esta novela son imaginarios. Cualquier parecido con la realidad es pura imaginación del querido lector.

© Cayetano Peláez del Rosal

Depósito Legal: CO- 1410- 2014

I.S.B.N: 978-84-617-1117-8

Printed in Spain. Impreso en España.

Es un producto murciano.

Córdoba— Alicante— Murcia.

Anno Domini MMXIV.

DEDICATORIAS:

*A Paquita, que sufrió
pacientemente mis largas horas
dedicadas frente al ordenador en la
elaboración de este libro.*

*A la persona, que ya en el cielo,
verá con buenos ojos la publicación
de este libro.*

*A todos aquellos, que con tesón,
supieron salir de la droga.*

*A las hermosas tierras de Murcia,
que acogieron al autor en su exilio, y,
que fueron la base para la elaboración
de este libro.*

*A mi cerebro, que permitió volar a
mi imaginación por terrenos yermos
sembrándolos de situaciones muy
novedosas para mí.*

*A todos los lectores que soportaron
estoicamente la lectura de este libro.*

*A esos pequeños, sangre de nuestra sangre,
para que se aficionen a la lectura y a la escritura
dando rienda suelta a su imaginación
para descubrir que otros mundos
son posibles.*

EL MUNDO SE ACABA

Tiene aspecto de hippy, Antón, de viejo roquero, de santón indio, de gurú, de monje tibetano... Cualquiera de estos tipos le iría bien a este hombre que lo dejó todo para dedicarse a predicar el Evangelio con su guitarra entonando cánticos de acción de gracias a Dios todo el día, por haber sido elegido por el Altísimo, Bendito sea Su Santo Nombre, para extender su reino por todo el Levante español.

Era casado, de matrimonio bien atado y anudado, pero tuvo que evadirse de él, ya que, su mujer, más que ayudarle a predicar la palabra de Dios, se oponía a ello; por eso, con la oposición de los miembros de su clan, — donde no está admitido el divorcio—, un día en que estaba abierto el estanco; o, sea, que era día de trabajo, laboral, le dijo que iba a comprar picadura, y hasta hoy..., que lo están buscando.

Era Antón un hombre que probó suerte con toda clase de mujeres, sin importarle la edad, raza, legales e ilegales y, con las que practicaba el amor a todas horas del día, — dado su alto grado de virilidad—, sin necesidad de ayudas medicinales ni pócimas de Internet.

Pero esa vida no le llenaba; más bien: ¡Le atormentaba!... Pero no sabía ponerle el punto y final. ¡Quería acabar con ella y darle “matarile”!

Desde que dejó su casa, —ya no tuvo lo que se llamaba casa—, en el tipo que generalmente se le conoce: cuatro paredes, recibidor, cuarto de baño, dormitorio y un patio.

En cualquier sitio dejaba su cuerpo acostado para descansar y recuperar fuerzas para seguir con la tarea al día siguiente: Una vieja casa derruida en cualquier campo, un patio entre dos casas, una vieja calle sin salida, una caja de cartón, una caravana abandonada, e, incluso, la orilla de la playa.

Y las gentes que lo veían, lo señalaban y lo tenían por loco diciendo que “había perdido la razón” a causa de su adicción al sexo desenfrenado tratando de no pararse con él cuando se lo encontraban, — cosa que a Antón no le disgustaba—; más bien, le agradaba, porque pensaba que en su vida iban a ocurrir grandes cosas que él no sabía ni podía imaginar.

La noche de la gran tormenta. La noche en la que cayeron 125 litros por metro cuadrado en unas horas, entre trueno y trueno, relámpago y relámpago, y mientras trataba de ponerse a salvo en la playa donde dormía, mientras cogía sus cuatro pertenencias, un viejo macuto y una esterilla de plástico, vio a lo lejos, detrás de un gran relámpago, algo que no alcanzaba a descifrar, como una figura majestuosa, con un manto a la vieja usanza, lleno de luz rodeado de una corte de seres extraños que le rodeaban como en una orla.

Aquella noche, la verdad sea dicha para que alumbre, Antón se había fumado unos porrillos y se había bebido unas copillas de vino ecológico; pero de eso ya hacía unas horas, y, los porros, pensaba que no eran de los buenos: ¡Estaban pasados!, por lo que sus efectos no le habrían llevado a “sufrir alucinaciones”: ¡Lo que vio fue real como la vida misma!

Después se fue haciendo más natural y bajó del cielo precedida de su corte de fieles defensores armados hasta los dientes.

El cielo se despejó. Cesó de llover, y los truenos ya fueron cosa pasada.

— Quienquiera que seas, monstruo o Dios, háblame que te escucho —dijo Antón—

— No temas, Antón: Has sido elegido para llevar a los cuatro vientos Mi Palabra. Te voy a convertir en un hombre nuevo; en una criatura espiritual y te voy a dedicar a que me alabes con tus cánticos todo el día llevando mi palabra por donde vayas y a donde te dirijas.

Antón cayó de bruces en el suelo no atreviéndose a levantar la vista mientras repetía una y otra vez: ¡Soy un pecador, soy un pecador!

¡Levántate, Antón: Escucha lo que te voy a decir!

—Pero Señor: ¡Si yo ya soy viejo! Mis piernas y mis manos casi no me obedecen y las letras se me juntan al leer. Y de canto, quitando cuatro coplillas populares y algunas canciones flamencas de Antonio Molina, Juanito Valderrama y El Cabrero, que me enseñaron mis padres y amigos, poco sé. ¡Tampoco se me da bien tocar la guitarra! ¡No me salen los acordes para el acompañamiento! ¡Y la gente se ríe de mí cuando ve que la guitarra suena a lata cuando al tocarla paso los dedos sobre el mástil.

La figura monumental se fue agrandando. Se hizo gigante; ¡tanto que asustaba

— ¡Levántate, Antón! ¡Levántate y abróchate los pantalones que se te van. Desde hoy, no sólo hablarás la lengua de tus padres a la perfección, y la escribirás, sino que te doy el poder de expresarte en las más diversas lenguas, tanto muertas como vivas. El inglés, el francés, el alemán, el noruego, latín, arameo, griego, el ruso de Putin, y todos los idiomas, van a salir de tu boca sin que necesites traductora ni diccionario. Las lenguas muertas también, pero no como las hablan hoy los eruditos, sino en su versión original. Donde quieras que hables, y ante el público que sea, te entenderán el mensaje que les vas a llevar para mi gloria y la de mi Padre. Amén.

—Pero, Señor: Si apenas estuve en la escuela, y mi maestro usaba la regla conmigo todos los días, de lo burro que era yo, ya que no me entraban las cosas en esta cabeza que Dios; bueno,...Tú, Bendito sea tu Santo nombre, me diste.

— El Espíritu Santo, Yo, y mi Padre, descenderemos sobre ti y quedarás convertido en un políglota y a la vez en un excelente *tocaor* de guitarra para mi honra y la del Espíritu Santo y mi Santo Padre, que todo lo pueden. Andrés Segovia, — al que tengo en el cielo para mi deleite—, y la corte de los santos que me acompañan, será un aficionadillo a tu lado.

— Gracias Señor: ¡Es lo que quise siempre saber para no ser el hazmerreír del pueblo donde yo vivía en mis años mozos, Torre Pacheco!... Allí, donde me crie, entre terruño y terruño, cultivando la tierra, melones, y, guardando los puercos, me juntaba con una panda, que luego fue mi perdición, porque me metieron en las mujeres, el tabaco, la droga, el juego, y, todos los vicios que llevan al hombre a su perdición... Allí tenían la costumbre de salir los viernes por la noche a cortejar a las mocitas del pueblo acercándose a sus casas, y, donde averiguábamos que los padres no se encontraban, nos poníamos bajo el balcón y cantábamos y cantábamos hasta que ya venían los padres...Era tal el desafinamiento que llevaba en el cante y en el toque de la guitarra, que ya era conocido en las urgencias de la Seguridad Social, por las veces que tuve que ir a que los médicos me curaran por las heridas sufridas por la caída no accidental de una maceta desde un balcón para que dejáramos dormir a aquellas mocitas que al día siguiente tenían que ir a trabajar.

Lo pasado ya pasó, y, ahora, tú, Antón, lo primero que vas a hacer es irte a un lugar apartado durante cuarenta días como mi amado hijo Jesús. Coge todo lo preciso, y, si no quieres, vete para Córdoba donde hay muchas ermitas deshabitadas y te metes en una de ellas y no te preocupes de nada, que yo daré la orden para que no te falte el alimento durante el tiempo que estés purgando tu cuerpo y te conviertas en un hombre nuevo: ¡Un ermitaño!

— En cuanto al agua, ya daré orden a San Miguel Arcángel para que coja una cuadrilla de ángeles— albañiles, y te hagan un pozo de agua fresca con propiedades milagrosas que harán que la gente peregrine hasta la ermita en busca de la curación para sus cuerpos doloridos.

— La verdad, Santísimo Dios, que me está gustando la cosa bastante, porque de mi abuelo, el curandero José, aprendí a “*esvecinjar*” los gatos y dejar a los animalicos lisiaos para volver a recomponerlos, y como por arte de magia, dejadlos mejor que antes,

con todos sus huesos recompuestos, y en su sitio, para gloria de Vos y de Vuestro Santo Reino, amén.

Nuestro amigo Antón está estupefacto y muy asustado por la visita que le ha hecho el Padre Dios con su corte celestial.

Ha dado una vuelta por los alrededores de su peculiar casa para ver que nadie haya dejado por allí sustancias alucinógenas que le hubieran producido esa visión. Pero, ¡no! ¡Todo está limpio y la visión ha sido real: Dios Padre (Bendito seas Su Santo Nombre) se ha fijado en un humilde hombre con un pasado mujeriego y una gran adicción a la bebida y a las sustancias estupefacientes.

Ha recogido sus escasas pertenencias y las ha metido en un viejo macuto que se encontró tirado el otro día en el contenedor de la playa...Y cuando se ha dado cuenta de que el mismísimo Dios con sus ángeles guardianes ha bajado del cielo dejando una vida de felicidad allí arriba para bajar a este puerco mundo donde la lujuria, la murmuración, el robo, el asesinato, la gula, los divorcios, el aborto criminal, van a acabar con todo el orden que los Diez Mandamientos entregados a Moisés en el Monte Sinaí pusieron en el mundo durante siglos, ha caído postrado al suelo estando a punto de romperse la mismísima crisma por culpa de una lata de conservas que unos desalmados habían tirado en la playa.

Y cuando se ha percatado de que su integridad física ha estado a punto de romperse en mil pedazos, pero por un milagro celestial, no ha ocurrido, porque los ángeles del cielo, cuando iba a pegarse de bruces contra la maldita lata, lo han cogido y han amortiguado el cabezazo contra la inmundicia que está acabando con la Tierra sin remedio, ha caído de bruces contra el suelo y quitándose la camisa ha comenzado a golpearse contra la piel de pecho y espalda en ademán de hacer una penitencia que le presente ante Dios como el hombre que fue pero que ahora está arrepentido totalmente y piensa en ser santo cueste lo que cueste.

— Gracias Dios mío por haberte acordado de este borracho, drogadicto, mujeriego, pendenciero, que llevó durante muchos años a gala toda esta porquería a pesar de los llantos y los rezos de mi santa madre. Gracias Dios mío: ¡No te arrepentirás de haberte fijado en tu humilde siervo! Un día de penitencia de mi nueva vida valdrá para saldar todos los pecados cometidos durante un año de mi anterior vida. ¿Qué quieres que haga ahora?

— Querido Antón: Dirígete a la Ermitas de Córdoba y preséntate al hermano prior. Él te dirá lo que debes de hacer para honrarme y bendecirme durante todos los días de tu vida.

— Pero, Padre Dios, (Bendito Sea tu Santo Nombre). Córdoba está muy lejos de aquí para que yo vaya andando. ¿No tendrías una acémila con pocas mataduras para que yo cargue sobre ella mi viejo macuto, unas barras de pan y algo de queso?... ¡Ya sabes que soy viejo! Rozo los ochenta años y mis huesos se resquebrajan como la corteza de un árbol puesto largo tiempo al sol.

— Sí, mi querido Antón: Allá enfrente, justo debajo de ese viejo roble encontrarás una borriquilla que perteneció a un buen campesino que apesadumbrado por la muerte de su mujer me pidió que lo llevara conmigo y hoy mismo he mandado a mis ángeles para que trasladen su espíritu junto al de su mujer allá en el cielo.

— ¡Gracias, mi Dios. ¡Bendito sea tu Santo Nombre! Que las generaciones futuras te alaben por los siglos de los siglos amén.

-¡Pues, venga: Y a ponerse en marcha que con la fresca de la noche se anda mucho mejor por esos campos de Dios!

— Gracias mi Dios; gracias mi Dios. Pero sabes que soy mayor, que he vivido muchos años, que nunca me fie de nadie porque todo el mundo me engañó y dieron con todo lo que tenía que se lo comió la mala gente o el sexo, las borracheras y las juergas. ¿No será esto una broma de mal gusto preparada por esos guasones del pueblo de Torre

Pacheco que disfrutan haciéndome pasar las de Caín siempre que pueden? ¿Podías hacer algún milagro o un hecho prodigioso para que yo viera que eres Tú (Bendito Sea Tu Santo Nombre), el mismísimo Dios en Tres Personas que ha bajado del Cielo para salvarme y hacer que mi persona pregone que Tú eres Dios y que el Fin de los Tiempos se acerca?

— Está bien, Antón. Me recuerdas al incrédulo de Tomás que no creyó hasta que vio. Tuvo que meter la mano en mi costado para darse cuenta de que yo había resucitado. Que había escapado a las garras de la muerte. Para que veas que soy el mismísimo Dios y no te quede ningún género de dudas voy a hacer algo extraordinario; algo que te va a dejar estupefacto.

— Bueno, Señor: Yo tampoco quiero tanto; algo sencillo como convertir mi viejo bastón en serpiente como hiciste con Moisés para que dejara a los judíos salir de Egipto.

— Eso ocurrió en aquellas circunstancias en las que mi pueblo era acosado por el faraón. Repetirlo ahora sería como demostrar ante el mundo que mi poder no había cambiado y que tenía que repetir los prodigios. ¡No!...Voy a hacer algo grande. Algo espectacular que va a quedar inscrito en los anales de la historia. Así que siéntate en el suelo y prepárate porque vas a hacer un gran viaje.

¿A dónde te gustaría ir?

En mi juventud, Dios mío, hice algunos viajes: Una vez estuve en Suiza... Pues vas a hacer otro viaje pero vas a ir a Granada a la Alhambra. Te voy a llevar hasta la Granada de los musulmanes...

— ¡Y zas!

Y como por arte de magia, que no; sino de un gran milagro, nos encontramos al amigo Antón deambulando por las calles de la granada Nazarí. Por un terreno en el que la magia y el encanto todo lo llenaban.

— ¡Pues era verdad, Dios mío!...Pero, ¿qué hago yo aquí en Granada vestido a la usanza del siglo XXI en una ciudad donde todos los viandantes van con turbante y chilaba?

Cuando la gente se da cuenta de la presencia de Antón, un tipo extraño, vestido con una ropa extravagante y en contra de los mandatos del Profeta, avisan a una patrulla que iba por allí cerca, lo detiene y lo lleva ante la presencia del mismísimo Boabdil.

La entrada de la Alhambra es un bullicio. No hay ni un hueco que no esté ocupado por un musulmán o una musulmana, y todos, todos, quieren estar en primera línea para ver al extraño personaje venido de las mismísimas tierras del Rey Lobo.

Dios mío: ¡Esto es demasiado! Esta gente me va a matar porque yo soy un infiel. Me considerarán un espía, un agente extranjero al servicio de los Reyes Católicos que se encuentran a unas pocas de millas de Granada, en Loja, para realizar el asalto final a la ciudad de tan bello palacio. ¡De aquí no salgo con el pelo entero!

Y ya tenemos a Antón ante Boabdil, aquel al que la leyenda popular dedicó unas coplillas que decían: “Llora como una mujer ya que no has sabido defender tu reino como un hombre”.

Lo ha traído atado, y con una capucha en la cabeza, para que no desvele cuanto vea al enemigo. Lo sientan en una silla con dos guardianes a su lado mientras llega Boabdil.

De pronto se siente un gran bullicio fuera del Salón de los Juicios donde se administra justicia cada viernes una vez que acaban las ceremonias religiosas en la Gran Mezquita de la ciudad, y en el que se dictan sentencia que llevan a cortar una mano al ladrón, o el “arca de las ideas”, al que mató o violó.

Suenan las chirimías fuera y gritos de “muerte al espía” cuando de pronto aparece Boabdil, un personaje pequeño y endeblucho que se sienta en el Salón del Trono rodeado por una docena de jurisconsultos granadinos.

El juez mayor, un hombre gordo, con barbas grandes y blancas, pregunta a Antón:

— ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Eres un espía al servicio de los infieles Reyes Católicos?

—No señor juez. Yo no soy un espía. Ni estoy al servicio de los Reyes Católicos. Mi época es otra. Yo vivo en Murcia. Mi gente es de allí. Mi familia vive allí... Estoy aquí porque se me apareció Dios y me ha dicho que va a hacer de mí una gran persona, un hombre nuevo, un predicador de los creyentes cristianos para extender su reino por todo el Levante español.

— ¡Anatema! ¡Anatema!—dice el juez— ¡Anatema, anatema!— dicen los demás jueces. ¡Muerte al mentiroso y al traidor, al espía, al rufián!

Boabdil que en ningún momento ha perdido la calma, se levanta del asiento dorado con terciopelo rojo en el que está sentado, y, dirigiéndose a Antón, le dice:

— ¿Sabes que hoy mismo te podríamos condenar a la horca si no nos dices la verdad? ¿Sabes que no nos importaría llevarte con una gran caravana hasta el próximo Irán para que el creyente Almadineyad mande colgarte en una gran grúa en Teherán, como hace con los gays, a la vista de todos, para que te coman las entrañas las aves rapaces?

Y Antón, el pobre Antón, al que no le llega la camisa al cuello, cae de bruces contra el suelo pidiendo suplicando a Dios que le saque de allí de entre tanta gente feroz que quieren colgarlo de una grúa en el lugar más visitado de Teherán junto a gay, — que él, si lo que no tiene, es eso.

—¡Yo no soy maricón, que yo soy muy macho y que se lo pregunten a todas las mujeres con las que traté que podrán dar fe de mi hombría. ¡Dios mío, ¡te has pasao! ¡Devuélveme a mi tierra con los míos, a mis cantes con la guitarra ,y aunque alguna vez, en mis correrías por los barrios de Torre Pacheco, reconozco que desafiné en mis cantos cortejando a las mocitas, ya pagué por ello con algunos cardenales y moratones que me curaron en urgencias de la Seguridad Social.

Una gran tormenta se cierne sobre la Alhambra de Granada. El pedrisco es tan grande que dejó huellas en los muros, — que todavía hoy se puede ver—, y la morería, jueces y Boabdil el “Llorica”, salen despavoridos cuando ven que los pedruscos comienzan a entrar por el techo de la Alhambra.

Y Antón aprovecha la confusión que se origina para quitarle el traje a uno de los moros muertos por un granizado y disfrazándose de moro sale a la calle corriendo y huye por los caminos que conducen a Granada donde a las 5 de la tarde coge la Alsina que lo llevará otra vez hacia su Murcia querida.

Mientras el viejo autobús enfila la carretera del Aeropuerto, Antón reza y reza a Dios para que se haga presente y para pedirle perdón por su desconfianza hacia su deidad que ha quedado más que demostrada no siendo necesario ningún tipo de prodigio para que él crea que el mismísimo Dios con su corte celestial se le presentó un día para encargarle una gran tarea: ¡Hacerle el más grande predicador de todo el Levante español!

Y cuando llega a Murcia capital, a la Estación de Autobuses, ocurre algo inusual por estas tierras: Un gran manto de polvo sahariano lo cubre todo haciendo imposible la visibilidad unos cuantos pasos hacia adelante.

La gente está muy asustada porque este polvo, si dura mucho, va a ser tan terrible para la región como cuando el meteorito cayó sobre la Tierra destruyendo la vida y asolándolo todo.

Pero Dios que es grande y generoso, humilde y misericordioso para con el género humano, sopla con la fuerza de un tornado y devuelve estos polvos a donde no debieron de salir: ¡El Sáhara!

Y Antón lo ve todo. Ve a Dios, ve cuando sopla e incluso avista la llegada de esos polvos al Sáhara, y cae al suelo, exclamando: — ¡Bendito sea Dios, bendito sea su Santo Nombre, bendito sea el rey de Reyes, bendito sea el Primero, y el Último, el Alfa y el Omega, el Hijo de David, llorando desconsoladamente, y diciendo:

— Señor, ahora sé que eres Dios. ¡Manda para que tu siervo obedezca! Hoy mismo salgo para Córdoba, para las Ermitas, donde someteré a mi cuerpo a la mayor de las disciplinas, al silicio y al ayuno en bien de tu Santo Nombre y de toda la cristiandad. ¡Amén!

EL FILÓSOFO ANDANTE

— ¡Arre, borrica! ¡Arre! Que no vamos a llegar nunca a Córdoba. Que hace mucho calor y nos vamos a deshidratar... ¡Alguien viene y tengo que tomar precauciones! El tiempo que corre con la crisis nos puede abocar a cualquier situación peligrosa y hay que estar vigilantes.

— ¡Alto! ¡Para, burra!

—Buenos días señor. Que tenga unos muy buenos y felices días. Que la salud, la paz y el amor a los demás, le acompañen, caballero.

—Igualmente! ¿De quién se trata? ¿Cuál es su gracia?— caballero.

— Me llamo Diego López Cortés, y soy hijo de gitanos; gitanos que emigraron a Holanda cuando la expulsión de los moriscos de España. De eso no se habla en los libros casi nada; pero yo tengo que decirle a usted que tras largos años de estudios por los archivos de las parroquias de muchos pueblos de Murcia, Valencia y Alicante, fueron más de 24.000 los gitanos expulsados por los Reyes Católicos, (mal rayo los parta), de España. Y sin contar los niños, muchos de los cuales fueron entregados a familias poderosas, — las cuales los esclavizaron y los pusieron a sus servicio cuando fueron mayores como sirvientes —, cambiándoles los nombres y apellidos, para que no quedaran huellas para el futuro. Mi profesión es la de filósofo, y, en la actualidad, si usted lo quiere saber, me dedico a averiguar las medidas del Universo, el origen de su formación y su final, aunque en lo que estoy más interesado es en demostrar a la gente que el “Fin del Mundo” ya comenzó hace mucho tiempo y que es cuestión de tiempo que nos llegue a nosotros, — aunque es posible—, que ni lo veamos.

—Pues ese tema me interesa grandemente señor don Diego porque aquí donde usted me ve me dirijo hacia Córdoba, a las Ermitas, a hacer penitencia y a prepararme mediante el ayuno, la oración y el estudio, a la misión que el mismísimo Dios me ha encomendado cuando se me apareció, días atrás, con toda su corte celestial.

— ¿Que el mismísimo Dios se le apareció a usted días atrás?... ¡Aclare!, ¡Aclare!

—Pues así es. El mismísimo Dios en persona,— o lo que sea—, se me apareció y me encomendó una misión: Convertir al Levante español al cristianismo siguiendo las instrucciones del mismísimo Papa Benedicto XVI...La gente ha caído en apostasía y ha renegado de sus creencias más firmes echándose en manos de otros dioses que tienen los pies de barro, como el dinero, el sexo, la avaricia, la corrupción, la política, la vanidad, el robo, el asesinato, la promiscuidad, la prostitución, la banca...

— ¿Y cómo supo que quien se le apareció era Dios? ¿Le haría algún prodigio? Le enseñaría sus credenciales, ¿no?

—Y sí que me las enseñó y me las demostró con gran aparato y boato. ¡ Como para llevarle la contraria al señor de los rayos y los truenos, de los neutrinos, los protones y los electrones! al espíritu que corre muchos millones de veces más que la velocidad de la luz— aunque esté en contra de la teoría de la relatividad— de Einstein.

— Aunque sea mucho preguntar: ¿Qué prodigio le hizo Dios?

— Pues le voy a contestar para saciar su curiosidad: Me transportó de Murcia a Granada hasta la mismísima corte del Rey Boabdil en el siglo XV. Por cierto que las pasé canutas porque cuando dije que el mismísimo Dios me había llevado hasta allí, los jueces que me juzgaban, gritaron: ¡Sacrílego! ¡A la horca!..

— ¿Usted ha bebido? ¿Lleva calor? ¿Ha sufrido un golpe de calor?

— ¡Yo, qué voy a sufrir un golpe de calor! Ni bebo desde hace mucho tiempo que me quité del alcohol, las drogas y las mujeres. ¡Estoy sobrio y puedo chocar la punta de los dedos de una mano con la de la otra sin mirar!

— ¡Hombre, Antón!: ¡Yo no quería ofenderle ni enfadarle! Como filósofo me tomo la

vida con filosofía; mucho mejor: practico la “Triple Filosofía”, que si usted se empeña, yo no tendré inconveniente en indicarle en qué consiste.

— Bueno; yo creo que no estoy yo para muchas filosofías,— porque no creo en ellas—. Para mí, la única verdad, está en este libro que tengo entre las manos: ¡La Palabra de Dios!; el libro, que una vez que se acabó de redactar, superó a todos los escritos, anteriores y futuros. Es el libro de la salvación, ¡y desgraciado del que no cumpla sus preceptos!: ¡Será muerto eternamente!

— ¡Pues yo estoy escribiendo un libro actualmente para ayudar a las personas perdidas, aquellas que han caído en la depresión y no tienen ganas de vivir. Y ese libro se llama: ¡Cómo curar la depresión con hierbas naturales y buenas palabras!

— ¡Será interesante! ¡Pero no lo escriba! El libro que contiene sanación y cura para el alma dolida y enferma y para el cuerpo, es éste: ¡La Santa Biblia!, y los demás, deben de ser abandonados,— porque la verdad—, está en éste.

— Señor Antón: Le vuelvo a repetir que si ha bebido usted o le duele la cabeza porque ha dicho una gran necedad. La Biblia es un libro muy interesante— pero no lo es todo—. La Ciencia adelanta que es una barbaridad, y en aquellos tiempos, la depresión, no existía; la depresión es una enfermedad de los tiempos modernos. Y yo la curo con la “hierba de San Juan” y una sola palabra: ¡No existe la depresión!, si yo no quiero: ¡voluntad; voluntad! es lo que hace falta para salir de la depresión...Dejen de hacerle caso a los psiquiatras que no hacen más que inventar cada años más de 300 enfermedades psiquiátricas nuevas aconchabados con las farmacéuticas, ¡y a facturar!

— ¡Anatema, anatema! ¡Sea anatema el que diga que la Santa Biblia no es el “Libro de los Libros”! Que la fuerza de los cielos y todo el poder de los ángeles y de los santos, arcángeles, querubines, serafines, tronos, dominaciones, virtudes y” tempestades”, caigan sobre el que diga tal barbaridad. ¡Anatemaaaaaaaaaaa! ¡Anatemaaaaaaaaaaa!

— Mi querido y alocado amigo: ¡Dejo de hacerle compañía! Usted está de urgencias. En ese libro del que me habla ya no cree nadie. ¡Incluso tiene capítulos pornográficos! Y hay muchos ulemas musulmanes que han pedido que se prohíba, que sea echado al fuego donde quiera que se encuentre, y sus lectores, colgados y expuestos al público para aviso de navegantes.

— ¡Anatema! ¡Anatema! ¡Que me bajo de la burra y no sé lo que hago con usted, filósofo de mierda! ¡Qué me quito la correa —y sin someterle a juicio— le doy 50 correazos en toda la jeta. ¡Anatemaaaaaaaaaaa! ¡Anatemaaaaaaaaaaa!

Y Antón se baja de la burra y se quita la correa. Cuando el filósofo de mierda se da cuenta de las intenciones de Antón, espolea la borriquilla sobre la que va montado y pone pies en polvorosa, “que para qué tengo yo que juntarme con analfabetos y garrulos integristas”. Y la “Triple Filosofía”, que se la meta donde le coja, o, que se la explique a su puñetero padre. ¡Malnacido, cabrón! ¿50 correazos en la jeta?...¡ Me he quedado corto! ¡Horca, horca para el apóstata!

— ¡Antón, Antón!

— ¿Quién eres que me llamas y no te veo? ¿Eres mi Señor, mi Dios?

— ¡Yo Soy! ¡No quiero que te sofoques! Ya sé que me quieres con todo tu corazón, con toda tu alma. Ya sé que me has demostrado que me amas más que nadie. ¡Pero no te sofoques! Si yo tuviera que castigar a todos los que me ofenden u ofenden a mi Palabra, el mundo se habría acabado hace ya mucho tiempo. Los infiernos estarían a tope por juicio sumarísimo contra los blasfemadores. Pero no es eso: ¡Vamos a lo que vamos! Perdonemos y tratemos de reconducir al redil a todas las ovejas descarriadas.

BAJO EL ÁRBOL DE LAS BREVAS

Y tú serás maldita, y te volverá estéril dentro de un año, por haberme hecho saltar de la bicicleta cuando en un revoltijo de tripas, con ruidos ensordecedores, tuve que descerrajar la cremallera del tejano comprado en un mercadillo de ropa usada, so pena de manchar tan lindas prendas con los desechos de las brevas regadas con las aguas calientes de la botija.

Cansado por haber dado de cuerpo a deshoras con ligereza y sin aviso, Antón cayó bajo la higuera maldita en un ligero sopor, aliviado de los estertores del duodeno y colon. Antón ya está en el cielo donde hay cónclave extraordinario para tomar medidas contra el hombre engreído, casi dios, que ha osado pasar el umbral de lo permitido adentrándose en lo prohibido, las ultimas partículas, las que más se resistían a su descubrimiento.

— ¡Muerte al bosón! ¡Muerte al bosón!— gritaban los ángeles. No hay nadie más grande que nuestro Dios que hizo el cielo y la tierra y cuanto hay en ella, — gritaban los arcángeles, le seguían los serafines, y después los querubines, los tronos, las virtudes, las potencias, las dominaciones...Los coros de los santos, las santas, los mártires, nuestro padre Abraham, Moisés, Aarón, los profetas, los evangelistas, Daniel, San Juan...

Alguien gritó, y se hizo un gran silencio, donde se oía el guirigay que provenía de la tierra cuando los científicos gritaron, ¡hurra! por el bosón, mientras su descubridor, Higgs, las manos entre la piernas, lloraba silenciosamente...¡Había ganado la apuesta a Hawkink de cien euros porque éste no había creído en la existencia de la partícula de Dios, ¡tal era su engreimiento científico!

Y habló Dios. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Que dijo sencillamente:

— Estos humanos son unos charlatanes engreídos que han llegado a un punto de tal excitación científica que habrá que pararles los pies otra vez para que se den cuenta de que son seres insignificantes a los que un virus como el del sida los trae de cabeza y no son capaces de descubrir una vacuna que cure la enfermedad. Que una simple gripe los pone al pie de los caballos y tiene que salir la ministra española de sanidad por la televisión y explicar que ha comprado cinco millones de vacunas por si la enfermedad hace acto de presencia y decide atacar...Las oraciones de unas monjitas de un convento de clausura me llegan hasta el alma y decido que la enfermedad se quede congelada y no haga acto de presencia en España, un país, donde los milicianos en el año 36 dispararon contra mi Sagrado Corazón. Y donde se fusilaba por orden de Santiago Carrillo a niños y a sus madres por el simple hecho de asistir a misa....Más de cinco mil personas murieron asesinadas en Paracuellos del Jarama por ser cristianos. Por creer en mí, y, Yo, que ahora he tenido la oportunidad de llevar l infierno a don Santiago, le otorgo el don de la sanación para una enfermedad, que a sus edad y por su tabaquismo lo habría llevado a la tumba más oscura...

Un abejorro, gordo gordísimo, busca un hueco donde guarecerse del calor, y encuentra uno, parecido a otro, se mi circular, situado en una bola casi redonda cubierta de pelo.

Antón se despierta sobresaltado no sabiendo donde se encuentra, pero se da cuenta cuando al sentir el pantalón mojado pasa la mano oliendo aroma de brevas descompuestas por el calor veraniego.— Que maldita sea el alma que me crio, que a mí quien me manda comerme unas brevas calientes y regarlas con agua todavía más.

CAMINO DE LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

— ¡Arre, borrica! Corre y vuela que tengo ganas de llegar a la Córdoba, lejana y sola. Aquello, lo que me manda Dios, me va a sentar muy bien para el cuerpo y para el alma. ¡Ay Dios mío, qué contento me tienes! ¡No dejes que nunca, por nada del mundo, me separe de Ti! ¡En tu compañía, y con tu ayuda, mi vida va a caminar hacia la santidad! ¡Las generaciones futuras se acordarán de mí, gracias a Ti!

—Mi vida anterior fue de locura. Porque como dice la Palabra, “Ni el ojo se cansa de ver, ni la barriga de comer”, o algo parecido. Nada me saciaba. ¡Ni el sexo!... Estuve a punto de convertirme en un perverso sexual. Cogía una mujer y la dejaba por otra. Y así, una y otra vez. Unas veces jóvenes, otras mayores; y como aquella labor no me satisfacía porque todas iban a sacarme los cuartos, pensé en liarme con el sexo contrario, pero, ¡vade retro!; ¿qué diría la gente cuando se enterara que el vigoroso Antón, el más macho de los machos, se había pasado a la acera de enfrente?...Y lo dejé y maté mis malos pensamientos con el “qué dirán”. Y seguí mucho tiempo, años, y años, con unas y con otras, casadas y solteras...¡ Y cada día más, nuevas experiencias, nuevas amistades!...Aquella situación me comía; estaba acabando conmigo, y en las noches, mis noches tristes de cama sola, le pedía a Dios que me mandara al mismísimo infierno, que me partiera en dos un rayo, que me enviara el Alzheimer, un ictus total, o, simplemente que permitiera a mi cuerpo taponar mis coronarias y dejarme descansar para siempre...

— Pero se ve que Dios tenía cosas más importantes que hacer que dedicar un poco de atención a este pobre hombre comido por el sexo y la maldad. Que estaba atareado tratando que no se le escapara de las manos este mundo que había creado donde se enseñoreaban por doquier los ladrones, las prostitutas, los trileros, los políticos corruptos, los gais, ¡y su nación! Y no se iba a a ocupar de mí, que no era su problema, ya que puesto a dividir la atención de Dios hacia sus seres queridos, unos 6.000 millones, yo, representaba un número tan pequeño de atención, que daba risa. ¡Dios estaba tratando de corregir la deriva que estaba tomando el mundo! Y si no la arreglaba tendría que proveerse de azufre, gas mostaza, neutrones, neutrino, protones y megatonas en cantidad para no equivocarse a la hora de dejar la Tierra llena de escombros; inservible y sin seres humanos.

—Después de asolar la Tierra, borrica mía, mandaría una cuadrilla de ángeles basureros y la limpiarían de basura y de restos de humanos, le darían “poli” y la dejarían otra vez apta, pero no para que viniera el hombre con sus sucias manos a enmendarlo todo. Ahora sería la hora de los animales que parece ser que se han portado con la tierra mejor que los de dos patas. Y son obediente, borrica, como tú, o como el Pufi, que cuando le doy un palo porque me hace algo como comerse una gallina de las vecinas, joder que luego vienen y creen que he sido yo, me echan la murga y no hay quien los aguante, que soy capaz de coger la escopeta y meterles cuatro tiros en la sesera, creo que me está dando algo malo y ya no sé lo que digo, porque a las cuatro de la tarde por estos terrenos casi desiertos, sin comer ni beber, a cualquiera se le va la pelota ¡Zo, burra!

— Y digo yo, qué más le da a Dios, puesto ya a hacer las cosas bien, por qué no me manda un carro con dos caballos voladores y me llevan hasta las Ermitas en un plis, plas, como al profeta Eliseo, que estará disfrutando de lo listo en el cielo, y me ahorro de pasar esta caló tan mala que me está nublando la vista. A más y más como dicen los catalanes, ahora que somos amigos.

DOS CUBETAS DE AGUA

Antón está impaciente por llegar a las Ermitas, por iniciar el camino de su perfeccionamiento espiritual, el de su salvación eterna mediante la penitencia, la oración y el trabajo, y, para ello, el único lugar donde puede lograrlo, es, en las Ermitas, en el silencio de sus estancias, en la tranquilidad de sus parajes, en la calma del ambiente que se respira allí, porque son las Ermitas de Córdoba, un lugar paradisíaco donde los ermitaños, los últimos ermitaños de Europa, dentro de sus ermitas, se perfeccionan en la fe, el estudio, el sufrimiento, el trabajo y la soledad.

Recoge sus escasas pertenencias bajo la encina de bellotas dulces iniciando el camino que le llevará desde el “Mirador de las Niñas”, a la puerta de las Ermitas de Córdoba.

No es fácil el descenso, porque la zona es boscosa; muy espesa e inclinada. Pero el descenso, y después el ascenso hasta tan santo lugar, vale la pena después de tan largo viaje.

Muy de mañana, cuando todavía las estrellas indican al caminante la ruta a seguir hasta el punto de destino, comienza el descenso por una empinada cuesta.

El aire es puro y está tintado por aromas de romero silvestre, que en abundancia, aparece por el camino a ambos lados. Le acompaña de trecho estrecho la jara grande de hojas blancas, aquella que tan buena es para curar la úlcera de estómago, y no faltan en el paseo de descenso, las matas abundantes de orégano.

Una pareja de perdices hace su aparición entre unos terrones cuidando de sus perdigones.

Abajo, allá a lo lejos, se ve la Córdoba cristiana, mora y romana. La ciudad está sumida en una tenue bruma de calor, y desde estas alturas, se divisa el río, que sinuoso, la atraviesa de un lado al otro: Es el Guadalquivir que tanto cantaron los poetas, que a su paso por Córdoba, ha regenerado su orillas, dejando crecer en las mismas, toda clase de árboles y arbustos donde descansan en sus migraciones multitud de las más raras especies: patos, cigüeñas, cigüeñillas, palomas torcaces, tórtolas turcas, ocas de gran belleza y tamaño, que disfrutan de la placidez de las aguas del gran río, a su paso por la capital.

Antón, el santo varón, divisa desde la lejanía la Mezquita Catedral, con su gran torre, cuyas campanas, traídas hasta aquí por cautivos cristianos, suenan lastimeramente cada cuarto de hora.

Antón acelera el paso subiendo camino de las Ermitas por los atajos que le llevarán hasta tan santo lugar.

Una fuente de aguas ricas, abrevadero de caballos sedientos, le sirve para refrescarse y saciar su sed. Una higuera, buscando el agua, ha llegado hasta ella y hunde dentro de la misma, sus raíces apretadas. A su alrededor crecen las zarzas que están llenas de moras. Antón aprovecha para comerlas, ya que maduras, son laxantes, verdes, astringentes, y ricas en vitaminas.

¡Ay qué tiempos aquellos en los que Antón cogía las yemas tiernas de las zarzas y las dejaba secar! Luego, en cocimiento, eran un excelente remedio para las diarreas. En gargarismos cicatrizaban las encías y detenían las anginas y las enfermedades pulmonares, y, en inyecciones vaginales, contenían las pérdidas de flujo de las mujeres.

Unos caballos, con sus jinetes se paran junto a la fuente para calmar la sed. Acaban de subir la “Cuesta del Reventón” que conduce directamente a las Ermitas. Es una cuesta muy empinada de varios kilómetros de recorrido desde la ciudad hasta las “casitas blancas como palomas”. Su nombre le viene al cuento de que en la visita que hiciera Alfonso XIII a la ciudad, uno de los caballos que tiraban el carro en el que su Majestad subía hasta las Ermitas, reventó del cansancio y del esfuerzo.

Los jinetes, están extrañados de tan pintoresco personaje, de Antón, con su cayado con conchas de Compostela, sus largos pelos con ratas, su tez bronceada de sus largos días pasados al sol de los caminos, su blusa blanca con bordados en las aberturas, su pantalón largo abombado, y picados de la curiosidad, uno de los jinetes, que lleva un precioso caballo árabe, le pregunta “que de dónde es, y hacia dónde se dirige”. Antón le contesta “que es de Murcia, que es murciano, que su familia es toda ella de allí, que viene a las Ermitas a hacer penitencia por sus pecados y a preparar su viaje al más allá”.

Los jinetes se despiden y le desean buena suerte, pero antes de marcharse, abren una talega grande, y sacando de ella un buen queso del que parten un buen trozo, se lo dan. Es queso de Sierra Morena hecho con la leche de las ovejas que pastan por esos montes ricos en hierbas aromáticas.

También le dan una telera de pan cordobés, pan muy tierno y muy blanco cuya miga dura sirve para hacer el salmorejo cordobés, que lleva aceite de oliva virgen, ajo, tomate, sal, miga de pan, huevo y pimienta picado.

Pero también uno de los caballeros cordobeses saca de una fiambra metálica unos flamenquines que van a acompañar a la telera en el primer día de la estancia de Antón en las Ermitas. Flamenquines que están hechos de filetes de cerdo que se enrollan alrededor de lonchas de jamón curado que le sirve de la envuelta que alberga en sus entrañas trocitos de huevo hervido. Todo ello enharinado con harina de rebozar con un poquito de huevo batido, que echado en la sartén con buen fondo de aceite de oliva extra virgen de Priego de Córdoba, amarguito, de aceituna picuda, y una vez doradito, sale de la sartén y se deja reposar en un plato llano para que pierda el aceite.

Antón está azorado, nervioso de ver cómo esta gente que ha venido de pasada lo han socorrido con estas estupendas viandas y no hace nada más que dar las gracias, una y otra vez.

Otro jinete, de cuerpo alto, pantalones ceñidos al cuerpo, botas de montar y espuelas picadoras, le deja una bota de vino de Montilla, vino, que tomado en tragos durante la comida, va a hacer sus delicias, recordando sus tiempos jóvenes. Después se dará un paseíto por la ciudad de Córdoba visitando sus bares y saboreando su estupenda comida.

Pero ahora, lo que prima es llegar a las Ermitas y presentarse al hermano prior para que le acoja entre sus muros.

Antes de despedirse, uno de los jinetes le pide a Antón, el venerable, que pida por su madre, enferma de Alzheimer, muy joven, que tiene la razón perdida y no conoce ya a nadie de su familia.

—Ahora mismo me pongo en oración y pido por ella a Dios Padre, el mismo que me trajo hasta el Mirador de las Niñas en su carro de fuego mandado por el Arcángel San Rafael, para que se sane y vuelva a ser la misma de antes.

Los jinetes, al oír estas palabras del “carro de fuego” piensan que este hombre es uno de los muchos seres humanos que han perdido la razón y que andan por estos parajes perdidos...Se despiden de Antón entre chanzas y burlas y emprenden el regreso a la “ciudad lejana y sola” como diría el poeta.

Antón ya está acostumbrado a estas situaciones, a que no le tomen en serio, a que se burlen de él, pero en lugar de arredrarse, de tirar para atrás, de abandonarlo todo, prosigue su camino hasta las Ermitas, camino de su salvación eterna.

Un conejillo pasa entre sus piernas, tan cerca, que por poco lo tira al suelo. Unos buitres, desde allá arriba, otean el suelo buscando algún animal muerto para devorarlo.

Antón sube por un ribazón, y agarrándose a unas matas de jaras pingosas, llega hasta el ancho camino que le va a dejar en la mismísima entrada del “cielo”.

Grandes cruces de piedra jalonan el camino de las Ermitas. Forman parte de un Vía Crucis que a lo largo del tiempo se han ido erigiendo en honor del que todo lo diera por el mundo y los seres humanos. En una de ellas, en su basamento, han colocado una

urna funeraria, — dicen que fue de un devoto del lugar santo y de la Virgen de Belén —, que pidió que al incinerarlo, sus cenizas fueran depositadas en tan noble lugar hasta que el viento y el agua dieran cuenta de ellas fundiéndose con la tierra sirviendo de alimento a los árboles que por allí crecen, pinos y olivos.

Unos ermitaños limpian las cunetas de papeles, preservativos, y botes de cristal que los viandantes dejan tirados en los mismos. Antón se para con ellos y les pregunta por el padre prior indicándoles que quiere entrar en las Ermitas, que quiere ser ermitaño, pero no les dice cómo ha venido hasta aquí, no sea que esto sea motivo para que lo declaren loco, y allí no quieren ni a los tontos, ni a los locos...

—Llegue hermano hasta la puerta de las Ermitas que está a unos doscientos metros de aquí. Toque la campana de la entrada y ya saldrá el hermano portero que llamará al padre prior, si no está confesando a los penitentes que han venido ayer a la hospedería.

— Gracias hermanos. Que Dios les bendiga.

Una hermosa higuera está en todo su apogeo ofreciendo sus hermosas brevas al viajero, al penitente, para darle fuerzas para andar por estos caminos.

Antón, se sube a la higuera evitando que las ramas se tronchen y se caiga al suelo. No es que la higuera esté muy alta, pero sí lo suficiente para que pegue un cabezazo contra el suelo y le tire sus proyectos de salvación por el suelo.

En lo alto de la higuera hay unas brevas maravillosas, llenas de color violeta, en su justo punto de comerlas.

Antón coge unas cuantas, de las más gordas y sanas, y, allí mismo, amparándose del calor, las engulle con mucha gana dando buena cuenta de ellas. La higuera está a pleno sol, y es el sol el que les da la vida a las calientes brevas...

Ya está Antón frente a la puerta grande de la entrada de las Ermitas. En la puerta un cartel, reza: Ermitas de Córdoba.

La puerta está protegida por un zaguán no muy espacioso con unos poyetes de ladrillo donde los peregrinos cansados pueden recuperar fuerzas antes de entrar en el santo recinto. Un botijo de agua suda al sol la gota gorda por olvido del hermano portero. Antón bebe unos buenos tragos que los mezcla con las brevas...Toca la campana y sale el ermitaño portero.

Es el hermano portero un hombre de años pasados los ochenta, delgado, pero fuerte, que reza el rosario pasando las cuentas entre sus dedos, rosario de cuentas hechas con semillas de un arbusto que los ermitaños hacen crecer en las Ermitas.

— Dígame hermano qué es lo que le trae por aquí. Esta es una casa de oración que recibe en ella a todos los que vienen en son de paz.

—Soy Antón de Murcia: Quiero hablar con el prior. Quiero ser ermitaño como usted lo que me quede el resto de vida.

— El Señor lo proteja y lo acoja en esta santa casa. Llamo al prior. Espere sentado en este banco, que ya mismo sale, si puede.

Antón se encuentra fatigoso, algo mareado. Le duele el estómago, tiene náuseas...

El venerable hermano prior, Roque de Jesús Crucificado en la Cruz el Viernes Santo y condenado por Pilatos que se lavó las manos ante el inocente entregándole al martirio más ignominioso de todos los tiempos, va a abrir la puerta.

Es un hombre también delgado, espigado, con una sotana raída por el tiempo pero más limpia que el jaspe. Lleva una gran barba blanca rizada que le llega hasta casi la mitad del pecho. Un gorro negro cubre su cabeza. En la mano lleva la santa Biblia que lee profusamente.

Pero Antón, el venerable, el beato, el conversor de Levante, no está para prior ni para ermitaños. Ha tenido que salir corriendo porque las brevas, con el agua caliente del botijo, han pedido la libertad.

El hermano prior abre la puerta de las Ermitas. Deja el libro en una mesita en la

portería. No ve a nadie. Espera. Cierra la puerta, coge el libro, y, se sienta en la portería a la espera de que vuelvan a llamar mientras conversa con el hermano portero de lo mal que están las vocaciones, y de la escasez de las limosnas que les llegan, encontrándose en el dilema los ermitaños, de pedir, o de trabajar y no pedir.

Antón, maldice su mala suerte y la hora en que comió las brevas y bebió del botijo del agua caliente. Y mientras cree que va a sacar todo su espíritu por el ano y que hasta las mismas tripas van a hacer su aparición por la cloaca del cuerpo, aprieta y aprieta entre estertores y ventosidades atronadoras.

Ya parece que la tempestad pestosa se calma y los truenos se apaciguan...

Las brevas ahogadas dan un respiro a su cuerpo.... Una ligera brisa sopla entre los árboles. Se mueven las ramas de los pinos y de los olivos. Antón coge una piedra y limpia su ano. Aprieta una vez más, y, ve con alegría, que las bellotas añejas y las hojas de zarza que ha comido cuando empezaron los estertores, han dado resultado. La diarrea no ha podido con ellas. ¡Todo se ha acabado! Y respira tranquilo. Se atasca los pantalones, pone en orden su cabello, mete la camisa entre los pantalones, y, con una gruesa cuerda los ata y coloca en su sitio.

Antón vuelve a tocar la campana. Sale el prior que le dice: — La paz de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María sea contigo hermano. ¿A qué se debe el motivo de tan honrosa visita?

Antón cae sobre el suelo, besa la tierra de tan santo lugar, y agarrándose a la cruz que el prior lleva sobre la sotana, la besa devotamente, y alzando los ojos hacia el padre prior, le agarra las manos, y le dice:

—Padre Prior: Quiero ser ermitaño. Quiero lograr la salvación eterna para este cuerpo que fue un gran pecador...Pequé mucho, pero ahora, quiero, que mi penitencia sea mucha, abundante, para que Dios Padre me dé su perdón y me acoja en su Seno, cuando el alma abandone mi cuerpo, viviendo yo en el cielo eterno por los siglos de los siglos. Amén.

— Levántate Antón. Coge esas dos cubetas que hay en el rincón y ve a Córdoba. Llénalas en la Plaza del Potro de agua fresca y súbelas hasta mi presencia. Cuando vuelvas con ellas, me llamas...

Antón, sin rechistar, coge las cubetas, y bajando la “Cuesta del Reventón”, entre olivos y encinas, madroños, jaras y matorral, sin importarle la dureza de la prueba, va alegre, porque sabe, que superada, entrará en las Ermitas y será acogido como un nuevo ermitaño.

“Sobre la copa de un olivo canta un jilguero,
no es canto humano;
más bien es del cielo.
Su larga espera le da consuelo,
de ver a la jilguera,
subir del suelo”.

Una tórtola, buscando amores, canta en lo alto de un eucalipto. A lo lejos le contesta otra.

El día está muy caluroso. El Sol aprieta sin piedad sobre la “Cuesta del Reventón”. El aire se para. Sólo se oyen de vez en cuando los graznidos de los buitres que otean amenazantes sobre su cabeza y los crujidos de las leñas de los viejos árboles cortados por el rayo asesino en las duras tormentas de invierno. A lo lejos se ve Córdoba como dormida, recostada sobre su lecho y cruzada por el Guadalquivir. Una campana da tres campanadas. La gente duerme la siesta.

LA GRAN PREDICACIÓN

Y Antón se dirige a los ermitaños presentes en la ceremonia y da el ósculo de la paz al padre Prior. Después hace lo mismo con cada uno de los ermitaños presentes en el acto hasta un total de 21, todos ellos bajados desde el eremitorio de Nuestra Señora de Belén en el Monte de las Víboras en la Sierra Cordobesa.

Los presentes aplauden con emoción la presencia de tan santos varones en acto tan sublime y emotivo.

Unos ángeles, grandes, con trajes azules —como el cielo mismo—, aparecen en el cielo y bajando hasta una altura donde el ojo humano es capaz de divisar lo que hay en el cielo, traen unas campanas grandes, grandes, — como la gorda de la catedral—, y comienzan a repiquetear sobre lo alto de las cabezas de los asistentes, que claman al unísono:

¡Milagro! ¡Milagro! Dios se ha manifestado hoy aquí en este acto. ¡Bendito sea Dios y Bendito sea Su Santo Nombre!

La emoción embarga a los asistentes. Los ermitaños se arrodillan, a la vez, que también se arrodillan el Señor Obispo, los Canónigos, los Seminaristas, y toda la gente. Se hace un silencio impresionante durante el cual desaparecen los ángeles y las campanas.

Antón continúa su predicación dirigiéndose a los ermitaños:

—Sé que corren malos tiempos para vosotros mis queridos hermanos. Estáis divididos entre, lo que unos quieren: ¡Trabajar!, y, lo que otros desean, ¡Pedir!

La división no es buena para los cristianos. Debéis estar unidos en la fe, las buenas costumbres, y en la santidad, arropados alrededor del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre la siempre pura y casta concebida sin pecado original, Virgen María.

Las habladurías que corren por ahí, que el populacho indecente hace circular sobre vuestro comportamiento sexual de unos para con los otros, no son ciertas, ¡no deben de ser ciertas! Manteneros puros en vuestros cuerpos y en vuestras almas como Jesús y su Santa Madre son puros durante todos los tiempos.

¡No abandonéis el lugar santo de las Ermitas! Proseguir vuestra labor trabajadora, santificante, de sacrificio, de amor al prójimo, a Jesucristo en su santa pureza. Practicar la castidad más pura. Que os vean como a ángeles puros e inmaculados, sin mancha, ni mancillados por el pecado, como Jesucristo y su Santa Virgen Nuestra Madre Purísima y casta.

Un ermitaño, joven, de los recién ingresados en la orden monástica, empieza a dar unos gritos grandes, muy grandes, que se oyen en todo el espacio que rodea a Antón extendiéndose por las orillas del río:

— Pequé Padre Antón. Pequé y pido perdón. No he sido puro. ¡Perdón!

Antón coge sus manos entre las suyas, y, alzando los ojos al cielo, pide a Dios Padre:

Señor Dios Mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo, perdona a este siervo tuyo que te lo pide, y yo también te lo pido para que su alma vuelva a ser pura y casta como antes del pecado de impureza que cometió.

Desde lo alto del cielo se oye una voz que dice:

— Quedas perdonado de tu pecado de impureza. ¡No peques más!

La gente está asustada ante tanto milagro, ante tanta aparición. Sus cuerpos están arrugados, estremecidos. La gente tiembla, otros lloran y piden confesión. Muchos sacerdotes presentes en el acto se ponen a disposición de los presentes y surgen confesionarios por doquier a los que van acudiendo los pecadores para ponerse en paz con Dios y recibir la penitencia a pagar por sus pecados.

Antón prosigue su predicación:

— Estamos cerca de la Iglesia de los Santos Mártires cordobeses y, matados vilmente por la canalla musulmana haciendo ostentación de un privilegio que su religión no tiene: ¡Matar al blasfemo para vuestro Dios y para vuestro profeta Mahoma! Porque no alzarás la espada contra tu hermano, ni le harás violencia, dice el Libro Sagrado inspirado por Dios a los profetas que escribieron sobre sus páginas con letras de oro, en el Libro más Santo jamás escrito desde los orígenes de la Humanidad. Porque el que a hierro mata, a hierro muere. Ninguna religión tiene el derecho de matar. Ningún Gobierno tiene el derecho a dar leyes en los que se maten a los inocentes. Las leyes que todos los gobiernos del mundo hacen legítimas para matar inocentes indefensos son leyes ilegítimas. Son leyes sacrílegas, y los que las promulgaron, y las promulgarán, apoyados por sus parlamentarios, son seres demoníacos.

Hay que proteger la vida del no nacido y la vida de las personas mayores. Por eso veo que en un futuro, y no ahora, que ahora esto no ocurre, serán matados con el amparo de una legalidad ilegal muchos inocentes sacados con malas prácticas médicas del vientre de sus madres, algunos de los cuales nacerán vivos, y morirán poco más tarde en el cesto de la basura, ante la indiferencia de unos galenos— que habiendo hecho el juramento hipocrático —lo ignoraron para ganar dinero y lucrarse con la sangre de los más débiles entre los débiles.

Veo a un monstruo con gafas, de origen peruano, que en sus clínicas instalará trituradoras para hacer desaparecer los restos de los inocentes y enviarlos a las tuberías del desagüe. Veo a criaturas de cinco meses arrancadas de cuajo del vientre de sus madres y enviadas al contenedor. Veo a muchos seres humanos masacrados por ser mujeres. Veo a seres diferentes en su aspecto a los demás que serán ahogados con venenos abortivos para impedir que vean la luz del día; el amanecer que no les llegó.

Y os digo, que ni los nazis, el monstruo Hitler, los socialistas, con Lenin, Stalin, os ganarán a vosotros demócratas modernos en la práctica de la muerte y la tortura a los pequeños y mayores inocentes. Seréis responsables de un genocidio, el más grande cometido en la historia de la Humanidad. Pagaréis con creces lo que habéis hecho al legislar leyes de muerte, leyes perversas.

¡Sólo, Uno, Grande, Trino, es el dueño de la vida! ¡Sólo Dios es dueño y señor de la vida y la muerte! Él la da, Él la quita. ¡Tendrá sus motivos que desconocemos!

La gente enardecida por la fuerza de las palabras de Antón, grita: ¡Vida para los inocentes! ¡Vida para los mayores! ¡Sólo Dios da y quita la vida! ¡Bendito sea Su Santo Nombre!

— Amén, amén, amén, — grita la gente.

BOCADILLOS POR LOS AIRES

Lleva muchos días Antón dándole vueltas a la cabeza sobre el asunto de la pobreza que ha visto en Córdoba. Hay mucha gente en las calles pidiendo, y piensa, que la solución para tratar de reducir esta necesidad, es: ¡Dando!, dándole a la gente un bocadillo por las noches — que es cuando no abre el comedor social que hay en la zona del Marrubial.

Para ello tendrá que organizarse, pedir ayuda al que tiene, y, repartir, al que no tiene.

La tarea no es fácil, aunque tampoco requiere de muchos medios. Habría que hacer unos ochenta bocadillos cada día, de chóped, mortadela, jamón de york, y, en unos carritos, llevarlos donde se encuentra la gente necesitada, y, dárselos.

Se trataría de comprar bollitos de pan, abrirlos, y ponerle el ingrediente dentro, liarlos, y, entregárselos a los necesitados. También se les podía llevar algo de bebida, leche, y zumos.

Y para las noches más frías del invierno, se prepararían para la gente que duerme en la calle, unos sacos de dormir, y se les darían para que no pasen frío.

Y dicho, y hecho. Antón, cada noche, lleva en su carrito los bocadillos que por la tarde ha preparado la gente que le sigue en sus casas y que se los entregan a él para que con unos voluntarios los reparta por las calles de la ciudad; sobre todo por el centro,— que es el sitio por donde los sin techo se concentran más—; en las puertas de las iglesias, a donde suelen acudir los creyentes a la caída de la tarde para elevar a Dios sus plegarias para la salvación de su alma y el perdón de los pecados.

Varios voluntarios le acompañan cada tarde. Son gente comprometida que tratan de ayudar al prójimo de esta manera tan sencilla: Paseando y entregando bocadillos a los necesitados. También les dan algo de charla y oyen sus necesidades —por si se puede hacer algo por ellos— que no sea darle un simple bocadillo.

Son tiempos en que el SIDA ha hecho su aparición entre los drogadictos, y éstos, al no haber unos medicamentos capaces de detenerlo, mueren de un simple resfriado.

Y uno tras otro, los drogadictos van desapareciendo de la calle.

La droga, la heroína, están haciendo mucho daño entre esta gente. La droga ataca por todas las partes del cuerpo por donde tenga cabida una jeringuilla. Hay criaturas que ya no saben dónde se van a pinchar. A veces, sus manos, llevan restos de sangre... Se pinchan en casi todo el cuerpo donde una vena esté fácil de abrir... ¡Hasta en los tobillos se pinchan los drogadictos!

En el recorrido los voluntarios entregan los bocadillos, en mano, cerca, muy cerca, sin sospechar el peligro que puede suponer que la sangre del enfermo de SIDA pueda mezclarse con nuestra sangre a través de las heridas. ¡Y hay que alertar a los voluntarios de que tengan cuidado! ¡Que eviten el contacto con sus manos! ¡Que su sangre no se mezcle con la nuestra!

Antón anda hoy muy enfadado. El no suele hacerlo nunca, máxime cuando ve en la cara de los pobres, la cara de Jesucristo, pobre entre los pobres. Y le gusta esta tarea que ha emprendido para ayudar a paliar el hambre de los drogadictos, Pero, hoy, hoy, ha tenido que despedir a uno de los voluntarios.

Francisco, es un hombre, ya mayor, viudo, que tuvo una juventud un tanto especial, y aún más, después, en la vida de adulto. Sólo pensaba en ganar dinero en sus fábricas lejos de Córdoba. Nunca tuvo caridad del obrero y lo atornilló como pudo; cuanto más, mejor, sacándole el jugo que luego él se gastaba, comiendo, bebiendo, y durmiendo en los hoteles más caros de España.

Ahora, cuando ya le ve las orejas al lobo, cuando la vista le flaquea, y las fuerzas también, piensa que tiene que ponerse a bien con Dios, porque tan solo Él, Bendito sea

Su Santo Nombre, le va a librar del infierno; infierno que merece por haber abusado tanto del pobre, del obrero.

En una ocasión— dicen las malas lenguas— que despidió a un obrero con el que había quedado para realizar un asunto de trabajo.

Solo cinco minutos de tardanza sobre la hora prevista del encuentro fueron suficientes para que el jefe despachara del trabajo en la empresa al obrero tardón.

Y, ahora, desde la charla que les tuvo Antón un día sobre lo fácil que era coger el Sida, Francisco, no quiere, que por un particular, él, agarre la enfermedad, y llegue antes de lo previsto, a la presencia de Dios, y Dios, cuando lo vea, le diga que no ha purgado lo suficiente en la tierra para merecer el cielo.

Y Antón, el otro día, no tuvo más remedio que decirle que no viniera más a repartir los bocadillos, porque su forma de dar el alimento a los pobres, no le gustaba: Les tiraba los bocadillos desde lejos, y, las más de las veces iban a parar al suelo, por miedo a contagiarse del Sida.

Así que Francisco ya no va a venir más a repartir bocadillos a los pobres. Seguramente le dé una aportación a Antón todos los meses, y con ese dinero, Antón, que compre los bocadillos. ¡Pero de tirar los bocadillos a los pobres, desde dos metros de distancia, nada de nada!

¡CRUCIFICADME!

Los discípulos de Antón, el venerable, el evangelizador del Levante español, son muy cumplidores con la Ley y el Orden, así que se retiran a la playa con todos los bártulos cuando los guardias les dan la orden de disolverse. Y cuando los guardias bajan la guardia, vuelven al sitio, convencidos de que ya no volverían.

Y sigue el acto oracional con la intervención de todos los presentes que lo quieran. Tras la intervención de la enferma curada del sida por intervención divina, el pastor catalán da la palabra a Carlos que es recibido con un fuerte aplauso y cánticos de júbilo —porque su trayectoria ha pasado del hundimiento total en el barro a cuasi la santidad más grande—.

—Hermanos: Yo no tengo palabras para explicarme. Mis estudios son pocos porque no fui a la escuela nunca, y, lo que sé, lo aprendí por mí mismo. A la edad de once años, mi padre me envió a casa de don Javier Tolomás, comerciante en aceites de la provincia de Córdoba a trabajar en su oficina, limpiando, barriendo y fregando. El contable, que era un pájaro muy peligroso,— porque no quería que nadie aprendiera el trabajo—, rompía los papeles de las cuentas, en mil pedazos, y, yo, cuando él iba a tirar la basura, escondía la bolsa que luego recuperaba y me la llevaba a mi casa. Allí, a la luz de una vela, recomponía los papelillos y veía cómo se sumaba. Lo demás fue coser y cantar.

— A leer aprendí con la radio. En aquel tiempo había un programa que era de cuentos. Y yo lo ponía todos los días. Cuando me enteraba del cuento de la semana, compraba el libro correspondiente, y a la vez que lo oía en la radio, veía las palabras del libro hasta que me enteraba de lo que allí decía.

— Después leía todo lo que caía en mis manos, y como eran tiempos malos para la lectura, —porque había muchos escritores vetados—, éstos los podía leer en la rebotica de don Casimiro Perlenas, donde la policía no sospechaba, que hubiera material prohibido por la autoridad, para su lectura.

Pero igual que fui progresando en ciencia, la lectura de aquellos escritores perversos, como Voltaire, Marqués de Sade, me hicieron abjurar de la religión de mis padres, la católica, apostólica y romana, y me entregué a toda clase de robos, engaños, prostitución, estraperlo, juntando más dinero del que yo podía haber imaginado ganar nunca, y me adecué a la vida muelle y facilona. ¡Todo lo podía comprar con dinero! ¡Hasta las mujeres más guapas caían rendidas a mis pies por mi pasta! Pero, más tarde, yo busqué otra cosa: ¡La santidad lejos de la perversión y el pecado! ¡La gloria eterna con Dios Padre, Hijo, y, Espíritu Santo!

La gente escuchaba en silencio, casi con veneración, lo que este hombre decía. Y a cada confesión, a cada aseveración, la gente cantaba:

— Aleluya, aleluya, aleluya.

— Y me casé con una mujer, y luego con otra, y con otra, hasta trece.

— ¡Jesús!— dijo una de las presentes.

Y de aquellos matrimonios exprés engendraba hijos obligando a la madre a abortar. ¡Cuántos inocentes fueron a la trituradora del doctor Robín! ¡Dios mío: Cuanto crimen de inocentes indefensos!

Se tira al suelo, se rasga las vestiduras, se corta el pelo con unas viejas tijeras, se araña hasta que los presentes lo levantan medio desnudo y ensangrentado, lleno de hematomas, y casi sin pelo.

— ¡Dios mío, perdón, perdón Dios mío! ¡Cuánto te hice sufrir con mi vida inmoral ¡No merezco vivir! ¡Envíame al infierno para la eternidad! ¡Haz que Belcebú me corte a tiras y eche los pedazos al fuego eterno!

—Aleluya, aleluya, aleluya— canta enfervorizado el pueblo presente en el acto.

Y cae el suelo, y dice que lo dejen morir —porque su vida no tiene perdón a los

ojos de Dios—. Y se vuelve a arañar arrancándose con las manos a tirones los pocos pelos que le quedaban...brota más sangre...

Y el pueblo, congregado ante este gesto de penitencia, se pone de rodillas y canta una vez más:

— ¡Aleluya, aleluya, Dios perdona a los que se arrepienten!

—El hombre se levanta del suelo con la carne llena de arañazos y el rostro desfigurado por la sangre perdida. Se agarra a un poste de telefónica y como un nuevo Sansón lo arranca ante el asombro de los presentes. Rompe la parte superior, y con unas cuerdas, improvisa una cruz...

—Clavadme en la cruz como al Salvador! ¡Clavadme! Quiero sentir en mis carnes el dolor de los clavos al penetrar en mis manos y en mis pies. Quiero pagar por tanta sangre derramada en los abortos de los niños, niños inocentes, ¡mis hijos!... ¡Hijitos míos! Ya son más de cinco mil las personas las que asisten a esta escena cargada de dramatismo y tensión. Cinco mil personas de todas las nacionalidades que vociferan como en Jerusalén, unos a favor de este hombre arrepentido, y otros contra él.

Un grupo trata de derribar la cruz clavada en la arena de la playa, mientras otro, trata de impedir que la desclaven, y, en medio del fragor y la oposición entre grupos, aparece la Guardia Civil, que con un camión manguera de agua avisa a los presentes:

— ¡Disuélvanse, por favor! ¡Disuélvanse!

La gente como si tal cosa, no hace caso a los requerimientos de la autoridad.

—En cinco minutos pondremos las mangueras en marcha. Las personas que después de los manguerazos sean cogidos en la calle con la ropa pintada, pasarán directamente a disposición judicial...

La gente no hace caso...

Las mangueras comienzan su trabajo contra la gente congregada, y, se produce una estampida por la playa y las calles aledañas. Hay personas manchadas de muchos colores: rojo, azul, amarillo, negro...

El hermano Antón hinca sus rodillas en el suelo y con las manos levantadas al cielo suplica a Dios Padre, Todopoderoso, que actúe contra la Guardia Civil que se ha entrometido en un acto religioso en el que no tiene incumbencia...

Cien parejas de ángeles resplandecientes de grandes alas doradas refulgentes bajan del cielo. La gente los recibe con grandes aplausos. Los ángeles actúan contra las tanquetas de agua y las transportan a los Narejos, desde donde ya no molestarán a los congregados junto a la playa. Los guardias civiles que se habían bajado de las motobombas, al ver la presencia de los seres celestiales, se cagan de miedo y dejan de que los aten en grupos, y reunidos todos, son llevados por un gran tornado a los Narejos en la cresta de un potente chorro de aire de Levante.

Y la gente, los congregados a favor del Evangelio y la fe, entonan cánticos de acción de gracias a Dios, Bendito sea su Santo Nombre, mientras este hombre, que estuvo a punto de ser crucificado para probar los dolores de la cruz y lavar sus pecados, se limpia como puede la sangre de la auto— flagelación y prosigue su narración, desistiendo en su propósito de ser crucificado...

—Y fueron tantas las casas de citas que monté en España y en el extranjero que eran más numerosas que las tabernas y los bares. Allí la gente engañaba a sus mujeres con mujeres de todo el mundo cogiendo el sida,. Se dejaban el dinero a porrillo, e infectados, volvían a sus hogares nerviosos y desplumados implorando el perdón de las castas esposas, suspirando hacerse la prueba del virus para ver si lo habían cogido en la relación inmoral y malsana.

Y se vuelve a tirar al suelo desollándose la piel, echándose cenizas en la cabeza de los restos de una lumbre de sardinas que los bañistas habían hecho por la mañana... se quita la ropa, se queda en cueros...

—Quiero ser como el Salvador. Quiero quedarme desnudo para morir en la cruz

pobre como Dios.

Unas virtuosas mujeres de las allí presentes, le cubren como pueden las vergüenzas. Pero él, en un gesto impetuoso se vuelve a quitar la ropa y se sube a una farola y se pone a gritar:

— ¡Quiero ser como el Salvador! ¡Quiero que me crucifiquen aquí mismo, en la playa, para pagar por mis muchos pecados!

La guardia municipal acaba llevándose al cuartelillo para que se calme.

LA PELUCA DE LA COCINERA

En el “banco” de la playa, donde buscan refugio y consejo las almas descarriadas, se sienta gente de todo tipo al amparo del hermano José, que con sus buenas palabras, y su consejo certero, encarrila por la senda segura a todo el personal descarriado de la vida.

Ahí vemos a la viuda a la que los hijos ya no visitan, al divorciado que se casó con la jovencita rusa y que lo abandonó cuando ya lo dejó desplumado, al abuelo que busca nuevas aventuras amorosas a base de suplementos alimenticios y afrodisíacos comprados por Internet, a los gitanicos que venden melones mangados, unos cientos de metros más arriba, y, que rondan al hermano para ver si le pueden echar el guante a la mitad de la paga extraordinaria que esconde entre papeles en la guantera, a la viuda que se dio cuenta, ahora, de que su marido la engañaba con otras, desde hace veinte años, a la chiquita que presa de la esclerosis múltiple busca agarrarse a un clavo para tratar de verse libre de la enfermedad, al pseudofilósofo que está perdiendo la cabeza a fuerza de pensar en el Universo, sus dimensiones, el principio del mismo, el final, el Bing Bang o el Bing Chrush, sus amigas las moras, y cómo traerse una morita joven de 18 años que le dé luz a la oscuridad de su vida sin gastarse un duro y sin tener que sobornar a los guardias de Marruecos, que para granjearse la amistad del Rey de Marruecos recibe y atiende altruistamente a todos los moritos que andan por estos pagos sin recursos suficientes, y que incluso, últimamente, lleva colgado el rosario de su religión musulmana al cuello, pero que tiene dudas, dudas muy serias que se las consulta al hermano José, pero que José le dice que no puede servir a dos religiones; a una, o, a otra, y que no puede jugar con Dios, porque Él, Bendito sea Su Santo Nombre, lo sabe todo, y no le gustan las mentiras, al porrero que ve visiones del cielo y más allá a los ángeles fumando hierba como él, y que dice que comete pecado cuando consiente esto, y que él no quiere pecar, ni pensar, ni de pensamiento ni de obra, ni de consentimiento, ni omisión, al minusválido que no puede tenerse de pie y que sólo lo mantiene en estabilidad las palabras del libro santo que le lee al oído el santo hermano José, y también a dos sacerdotes católicos que se han pasado al bando religioso de José, “espejo en el que mirarse”.

El hermano Antón dice que algunos sacerdotes católicos ya han “firmado por él”, y que incluso, uno, de la catedral de Murcia, en un sermón, un día de fiesta, al ser reprendido por Antón, de que lo que predicaba no era cierto, reconoció su error, y, ahora va con Antón por todos los sitios donde el santo hermano predica, acompañándole.

Este hombre, sacerdote justo, noble y santo, fue seminarista en el Seminario de Córdoba, hijo de padres humildes, y que estudió gracias a los donativos que las señoras de Córdoba aportaban al Señor Obispo para que estos muchachos pudieran estudiar.

Era el Seminario de Córdoba un gran edificio de muchos metros cuadrados con varias plantas y patios y una escalera muy hermosa de mármol bien labrado.

Allí estudiaban en la posguerra varios cientos de seminaristas dirigidos y aconsejados por los hermanos jesuitas. Uno de ellos, el padre Fontes, se distinguió por su dureza hacia los muchachos, y les echaba grandes reprimendas cuando le venía en gana, sin venir a lugar ni a cuento.

Para mantener en forma a tanta gente joven el edificio estaba dotado de un gran comedor con un púlpito donde durante las comidas un avanzado estudiante leía mientras los demás comían.

Un día, en mitad de la lectura, se oyó una gran voz que decía:

— ¡Un manojito de pelos en el chorizo! ¡Un manojito de pelos en el chorizo padre Fontes!

El lector paró la lectura y se oyó un gran murmullo general que iba

incrementándose, mientras el seminarista, agarrando fuertemente de la cabellera el entrado embutido peludo, transportaba la tajada de chorizo a la vista de todos.

Rápidamente, el padre Fontes agarró al seminarista y lo reprendió severamente, mientras se producía una desbandada general hacia los servicios para sacar de las entrañas los restos de tan peludo embutido.

El seminarista fue echado del seminario de Córdoba, y más tarde rehizo su carrera siendo admitido en el de Granada, donde a la sazón gobernaban jesuitas más abiertos que los de aquel centro, que comprendieron, previa explicación, que lo del “chorizo” con cabellera, había sido un descuido de la cocinera, que sufría alopecia, y que, una ráfaga de viento del Valle del Guadalquivir, le había arrancado un mechón de su postizo pelo, sepultándolo en las profundidades de la masa de carne choricera.

Por supuesto que la cocinera también fue despedida de su empleo, pero ella, que no pertenecía al estamento religioso, no pudo continuar carrera en otros seminarios, pero sí, que, arrepentida de su acción— que ocasionó tan mal nombre al dicho seminario por toda la comarca—, cogió los hábitos de monja y llegó a ser abadesa en una abadía de Cataluña donde todavía no se exigía el catalán para optar a tan importante cargo.

Para que los seminaristas se olvidaran de tan desagradable y vomitiva sorpresa culinaria, los jesuitas, decidieron aquel día dar un extraordinario, que fue doble ración de “leche de pava”, una especie de gazpacho hecho a base de agua, aceite, vinagre y habas machacadas que hacían las delicias de los comensales, cada día que lo daban, al mediodía, o a la noche.

Esto es lo que contó al hermano José el canónigo de la Catedral de Murcia que ahora andaba por todos los sitios en los que predicaba el hermano José.

Uno de los asiduos del banco de la santidad, recordó también haber oído a un antiguo seminarista el hambre que se pasaba en el Seminario de Córdoba, pero que algunos seminaristas más pudientes, tenían un “armario”, especie de caja, a buen recaudo, donde guardaban alimentos que sus padres, de buena posición, les enviaban para salir al paso de dolores de estómago provocados por la ausencia de alimentos en la cueva del vientre durante algunos periodos en los que la comida escaseaba.

Y era normal, que los más amigos del rico del “armario” acompañaran a éste hacia el lugar donde se ocultaba la alacena milagrosa para recibir algún regalo en una ocasión determinada.

A veces se organizaban concursos de agua entre algunos de los muchachos alojados en tan noble centro, concursos que consistían en beber el máximo de agua que se pudiera hasta ser el vencedor, siendo el que esto escribe, el ganador de uno de ellos, con ocho vasos grandes de agua sin parar ante el aplauso y la aclamación de los presentes; excusa decir, que, el premio por tan alta hazaña, un poco de atún en conserva fue al mismo lugar que el agua alojada en el vientre del “dromedario”, y, el castigo por haber ingerido tanta cantidad de agua, una semana sin asistir al comedor durante el mediodía y por la noche, debiendo comer en la enfermería, en pie, y de lo que sobrara, una vez servidos todos los platos de los comensales, cosa que no le sentó nada mal porque comió como nunca había comido, y cenó también, apuntándose a cuantos concursos se organizaban en el centro, hecho que le valió el que un día los jesuitas le pusieran el baúl con sus pertenencias en la calle, y él detrás, previo aviso a sus padres que lo acogieron como era costumbre en aquellos tiempos cuando los maestros llamaban a los padres para advertir de la conducta incorrecta de los alojados en los centros educativos: ¡ Unas cuantas guantadas en la cara y algunos pescozones para que aquello no volviera a repetirse!...

DE CALAVERAS, HUESOS, Y DESENTERRAMIENTOS

Antón lleva ya mucho tiempo sin trabajar, aunque lo que él hace, es, más que un trabajo: ¡Es la dignidad misma del trabajo! ¡El trabajo en su máxima expresión! ¡El trabajo dedicado a Dios!

Él quiere volver al tajo para darle a Dios gracias por todo lo que ha hecho por él, por sacarle del barro donde andaba metido hasta el mismísimo corvejón, por ponerle en la senda que conduce a la salvación eterna, principio y meta, a donde todo hombre debe de dirigirse:

— ¿Porque si un hombre gana todo el mundo y pierde su alma?, ¿para qué le sirve?

—Quiere trabajar en el molino, de albañil, en el campo, juntarse con los obreros, con los campesinos, con los molineros, y ser uno más, participando de sus cuitas, de sus ansias, de sus desvelos, de sus temores, de sus esperanzas, y de sus deseos.

— Un día, Antón, se presenta en el molino de La Purísima y pide al encargado que le dé trabajo, de cagarranche. Y el encargado, don Rafael, le da trabajo y le asigna un sueldo semanal de 36 pesetas.

— Mañana, Antón, a las seis de la mañana, te presentas y te unes al tajo. Te advierto que la tarea es dura. Durante ocho horas te vas a encargar de echar canastas de aceitunas del troje a la torva. ¡Y procura que a la tolva, no le falten las aceitunas, porque los cojinetes, por falta de grasa, podrían desgastarse! Ponte de acuerdo con Nemesio y que te busque un sitio donde dormir.

— Gracias, don Rafael: No se preocupe. Si me lo permite, yo dormiré en el camarachón, encima de los capachos. Allí me haré una cama, y, seguro, que estaré más calentito que en la calle.

— Está bien: Ya sabes que si quieres comer, ahí enfrente, la señora Engracia, la tejeringuera, desde las siete de la mañana, tiene abierto, y hace unos tejeringos buenísimos. Lo peor, es, que las malas lenguas, dicen, que el agua que le echa a la masa, es del pilón.

— ¿Y qué tiene el agua del pilón si hasta la beben los mulos cuando dejan la carga en el molino?

— Mira, Antón: El agua no es que tenga nada malo; es que está llena de ovas, y de vez en cuando, las ovas, que quieras que no, se cuelan en el agua, ¡y todo va trznado con la masa!...

—Si los mulos no se mueren, ¡no me moriré yo tampoco!

— Ah, Antón: Si quieres comer, durante el día, la taberna de Amalio, ahí enfrente, está abierta hasta la noche. Ahí puedes comer lo que quieras: lomo de orza en adobo, chorizo en pringue *colorá*, pajarillas en manteca, gazpacho de jeringuilla, *sobrejusa* de habas con chorizo y huevos, jamón al corte, carne con tomate, flamenquines, guiso de patatas con alcachofas de temporada, gazpacho de tomate, gazpacho de habas al que llaman ajoblanco, tortilla de patatas con cebolla y huevos camperos, bocadillos de queso, de salchichón, de jamón, gambas con gabardina, boquerones en panoja, boquerones fritos, sardinas fritas, sardinas plancha, los mejores calamares fritos de la comarca, arroz con caldo, sopa de picadillo...¡ Tienes donde elegir! Y para beber que te pongan unas copas de vino de Lucena, —al que llaman de Mora Chacón—, aroma puro.

— Gracias, hermano Rafael: Que Dios te lo premie en salud y con hijos abundantes e inteligentes.

—Gracias a ti, hermano.

Antón, aquella noche, se fue a dormir pronto. Subió las escaleras sin luz, y, una vez arriba, con la luz de la luna, hizo la cama apilando unos pocos de capachos, ya terminados. Por almohada, puso un leño de olivo, que había subido de la caldera del

molino.

La noche no empezó mal porque pronto cogió el sueño.

Se vio rodeado de todos los espíritus celestiales que lo acogían con cánticos de júbilo como recién llegado. Allí estaban todos los ángeles habidos y por haber.

San Rafael le puso una corona, y San Miguel, le entregó una palma que él agarró con fuerza. ...¿Serían aquellas las señales de que sería mártir, de que entregaría su vida por Dios?

De pronto, adormilado, sintió el roce suave por su cuerpo de algo que se deslizaba y se colocaba a su lado.

Antón pasó la mano por el lado de su cuerpo y notó como que topaba con algo como una gruesa cuerda, pero rasposo. Y en seguida se le vino a la cabeza la imagen de la culebra.

La agarró con fuerza, y el animal, no hizo ademán de defenderse. Se acercó a la luz y vio que era un ejemplar de más de metro y medio, una culebra común que vivía allí solitaria a la caza de ratones y ratas de las que se alimentaba.

El animal, sintiendo el frío de la noche, se había acercado a Antón buscando el calor de su cuerpo.

La cogió, la acarició, y metiéndola en un saco, se la llevó al molino, y guardándola en su armario, se puso en el tajo a trabajar.

Cuando llevaba varias horas de faena, fingió estar malo, enfermo, y, le dijo a uno de sus compañeros, al Nemesio, “que le trajera de su armario un saco donde guardaba una poca de ropa, — porque se la iba a poner porque tenía escalofríos”—.

Nemesio agarró el saco y se lo trajo a Antón. Antón le dijo “que le sacara una camisa del saco porque se la iba a poner a ver si se le quitaba la temblaera que llevaba encima”.

Nemesio metió la mano en el saco, y no encontrando la camisa, abrió la boca del mismo viendo de golpe la cabeza de la culebra.

Nemesio salió corriendo dando grandes gritos. Al pasar por el puesto de los tejeringos, la tejeringuera le preguntaba a la gente “qué es lo que le pasaba al cagarranche que daba tan grandes gritos”.

Dicen que ya no volvió a trabajar más en el molino de La Purísima.

Antón, se divirtió mucho con aquel episodio de la culebra, pero no sospechaba, que si a él le gustaban las bromas, a don Rafael, el encargado del molino, le gustaban aún más, y, se la prepararon...

Una noche; mejor dicho, de madrugada, don Rafael, el encargado, le dijo a Antón, que le trajera una olla grande que había debajo de los capachos que estaban subiendo la escalera, al final, a la derecha.

Antón subió las escaleras. No se veía apenas. Llegó como pudo hasta el montón de los capachos y empezó a buscar hasta que dio con lo que sospechaba que era la olla. Olla que estaba agujereada y no tenía ni azas.

La agarró como pudo, y la bajó por las escaleras... Cuando llegó a la claridad, Antón, soltó dando un gran alarido, lo que no era una olla, sino una calavera, que perteneciera al mismísimo Belcebú—de lo fea que era— pues no sólo tenía pelos en la cabeza, sino que conservaba una oreja y unos dientes grandes como los de un asno...

Todos rieron la broma que don Rafael le había gastado a Antón, el cual pagó con creces la que Antón le diera a Nemesio, el pobre, que a pesar de estar cargado de hijos, no quiso volver al molino a trabajar.

Aquella mañana, un molinero de nombre Andrés, que tenía un hijo estudiando medicina en Granada, comentó, que su hijo necesitaba una calavera para estudiar el ensamblaje de los huesos en la cabeza, así, como, otros huesos del cuerpo humano, para lo mismo.

La calavera se la dieron a Andrés, que la llevó a su casa en el calvario, y, como no

tenía sitio donde ponerla, la colocó en la fuente del patio, fuente que soltaba por el caño un hermoso chorro de agua...

Por la mañana, cuando su mujer, la Esperanza, se levantó, lo primero que hizo, fue ir al patio a lavarse un poco en la fuente y asearse para ir a la plaza a hacer la compra, encontrándose con la escena más desagradable que jamás hubiera podido presentársele en la vida...

Dicen los vecinos que jamás habían oído pegar unos chillidos tan fuertes a una persona ni correr tanto calle abajo como alma que la lleva el demonio...

El Nemesio fue a hablar con el párroco de la Asunción, don Miguel, para que le diera trabajo en las obras de restauración que estaban haciendo en la iglesia para adaptarla a los nuevos tiempos del Concilio Vaticano II.

Era la parroquia de la Asunción, una bella iglesia, con una gran nave central de altas y esbeltas columnas, que tenía en su centro, un precioso coro con sus lectorales, sus bancos de caoba y su expositor de libros sagrados.

El material de derribo fue echado en algunas de las tumbas de las personas que habían decidido pasar a la eternidad en aquel santo lugar...

También llevó repaso la tumba del Arzobispo y Virrey, Caballero y Góngora.

Se abrió la tumba con gran cuidado, tratando de no destrozarse nada. En el centro de la estancia estaba el catafalco donde yacían los restos del Arzobispo y Virrey que lucía en su pecho un gran medallón de oro y brillantes...

Se cerró la tumba y se volvió a su estado anterior.

El párroco, un día, en el almuerzo, le preguntó a Nemesio “que por qué había dejado el oficio de molinero”, a lo que le respondió el Nemesio que por culpa de una calavera.

El párroco, hilvanó retales llegando a la conclusión de que aquella era la calavera que le habían robado del sótano de la iglesia— donde había numerosas tumbas—. Que él mismo hacía unos días había oído ruido, y que cuando llegó a la huerta de la iglesia, estuvo a punto de agarrar a uno de los ladrones, que saltaba por la tapia del patio...

ANTE EL SEÑOR JUEZ

Y ya tenemos otra vez al hermano Antón ante el juez. Un juez muy particular que deslinda entre lo divino y humano. Que condena porque hay que condenar— porque lo dice la Ley— aunque él sea de fuertes sentimientos religiosos cristianos. Que una cosa es el oficio y otro el beneficio. Que Dios como nos hizo libres también le dio a él, a su señoría, la libertad de juzgar y condenar aunque en su fuero interno viera que lo que estaba condenando iba contra sus principios religiosos fuertes.

Y no tenía problemas de conciencia cuando condenaba. Los malos momentos, que para él eran un calvario, ocurrían cuando habiendo salido de la sala de las audiencias, después de comer, cuando reposando en el silloncito, se disponía a echar la siesta y le asaltaban los problemas de conciencia.

Era en ese momento y en ese lugar cuando comenzaba una lucha entre lo que era en la vida civil, juez, y lo que era en la vida religiosa: Un cristiano que amaba el bien, la bondad y la justicia, y veía que la persona a la que él había condenado, no era merecedora de tal condena. Pero como la había condenado por lo civil bien condenado estaba.

Y comienza el juicio el día señalado con la entrada en la sala del señor juez y el fiscal que se sientan en el estrado teniendo ante sí a los que van a ser juzgados: Antón y algunos de sus discípulos que han venido a la sala de vistas acompañados por varios guardias.

Sentados todos comienza el fiscal a enumerar los cargos contra el bueno de Antón y sus acompañantes.

— Se les ha citado aquí por haber cometido un delito contra el orden en la población y por hacer ver a la gente, engañándola, de curaciones imposibles en personas que no tenían solución médica y que habían sido desahuciados por los médicos sin que la medicina pudiera hacer nada en su favor. También por un delito de traslado contra su voluntad a otra población cercana de unos conductores de autobús con sus respectivos coches y mangueras de extinción de incendios. Por interceder ante su “Jefe” para que esto así sucediera.

—Y con esto, y con sus antecedentes, pido para Antón, la pena de cinco años de cárcel, sin que por trabajos ,o buena conducta, se pueda rebajar la pena— ya que es reincidente avisado en numerosas ocasiones de que estos hechos no volvieran a ocurrir habiendo hecho el acusado caso omiso—.

—Tiene la palabra el acusado al que se le pide que no exprese sus convicciones religiosas ni aludas a su “Jefe” al que él llama Dios.

Se hace un gran silencio en la sala llena de público, tanto, que se ha tenido que habilitar fuera una gran pantalla de vídeo para que la gente siga por estos medios modernos de transmisión la vista, y también numerosos corresponsales de varias partes del mundo que han llegado para seguir este proceso pagados por grupos religiosos que siguen con atención la obra y milagros del hermano Antón.

—Señoría, Señor Fiscal: En primer lugar ruego a ustedes repongan el crucifijo que acaban de llevarse de mi Señor Jesucristo, muerto por orden de los judíos en el Calvario un viernes de hace ya casi dos mil años. Digo que lo repongan, porque la sola presencia de su imagen me da fortaleza ante tanta adversidad y calumnia por parte de las autoridades civiles y militares. Él, Bendito sea Su Santo Nombre, no hizo daño a nadie. Pasó por este mundo haciendo el bien, curando a los enfermos, resucitando a los muertos, dando de comer a los hambrientos, perdonando a los pecadores, liberando a los oprimidos.

El fiscal, todo nervioso, raro en él, se levanta y pide al juez la palabra para contestar a las palabras de Antón sobre la colocación del crucifijo en la sala, previamente

retirado por un funcionario, previa petición de uno de los presentes en la sala, ateo furioso y reconocido por sus campañas en contra de las imágenes religiosas, dándose la circunstancia, que este hombre, había sido seminarista y estuvo a punto de ordenarse de sacerdote.

— Señoría: De acuerdo con la reglamentación vigente que emana de nuestra Constitución, el Estado se declara laico, y, por tanto, en los lugares públicos, no habrá señales que vayan contra esta norma tan preciada de nuestro ordenamiento jurídico. Por lo tanto, pido a su señoría que tenga a bien, no tener en cuenta la petición de Antón y el crucifijo se quede donde está ahora: En el almacén de objetos no usados.

El señor juez, juez civil, que en estos momentos actúa como civil, lo tiene muy claro, y levantándose, dice lo que continúa:

— El Cristo, el Cristo de los cristianos, no puede estar presente en la sala porque hiere la sensibilidad de uno de los presentes, y esta medida, es conforme a derecho, legal; por lo tanto se desestima la petición de Antón.

Una vez ha terminado de pronunciar la última palabra, petición, el juez es acometido por una rara fuerza invisible que lo lleva en volandas ante todos los presentes, que no dan crédito a sus ojos como una persona puede volar sobre sus cabezas no habiendo una explicación científica para esto.

Se apaga la luz en la sala y se queda totalmente a oscuras. Se oyen fuertes ruidos, a la vez que un viento huracanado, desde fuera, abre todas las ventanas tirando al suelo a los presentes. Una fuerte explosión precede a una comitiva de ángeles y arcángeles que mandados por el arcángel San Rafael y el arcángel San Miguel, espadas en mano, preceden a varios querubines que traen al Crucificado del almacén de los objetos en desuso.

Toma la palabra ante tan rara comitiva el fiscal para decir:

— Magia, magia. ¡Cosa de magia! Que llamen a los policías que vigilan la sala y que vengan para poner orden en tanta fantasía.

El juez, cae de bruces en el suelo y balbucea: — Señor, tú sabes que yo te amo, que hago todo cuanto tú me dices, que ayudo a los pobres, visito a los enfermos, consuelo a las viudas . — ¡Yo te amo, pero comprende que me juego las habichuelas si mezclo lo civil con lo religioso! Señor: ¡Tú sabes que yo celebraré las vistas en las iglesias!, e, imploraría tu ayuda a la hora de dictar sentencia, porque la única justicia que es justa, es la tuya; la divina! Y esto, lo que celebramos cada día, es ¡injusto! Porque el pobre es condenado; por, eso: ¡Por ser pobre! Y el rico se escapa de la justicia porque tiene perras y compra los mejores abogados.¡ Tú sabes que te amo y te explicas que tengo que comer cada día!

Los periodistas, grabadora en mano, cogen estas palabras del juez y recogen el testimonio gráfico correspondiente con sus máquinas fotográficas.

El cortejo de arcángeles y ángeles continúa sin que haya gran resistencia. Sólo un guardia intenta con su pistola pegar varios tiros contra la comitiva, que son anulados, y el guardia cae en el suelo presa de gran excitación y nerviosismo.

El juez no se atreve a levantar la cabeza del suelo y reza descorazonadamente pidiendo perdón a Dios por su cobardía a la hora de evitar el traslado del Crucificado.

El fiscal no se atreve a moverse debajo de un estrado donde se ha metido, como algunos diputados cuando Tejero asaltó el Congreso de los Diputados.

Y el Arcángel San Rafael, ayudado por San Miguel, entonan a Jesucristo en el lugar donde estaba, en medio de cánticos y música celestial, ante el asombro, y el miedo, de los presentes, que no dan crédito a lo que está ocurriendo.

Antón, cae de bruces en el suelo y reza: — Señor, has hecho más de lo que yo me esperaba. Tú ya estás donde debes de estar: ¡En tu sitio de donde no te debieron de quitar!

El juez se levanta como puede, y dirigiéndose a los presentes, dicta sentencia:

¡Todos los acusados son declarado inocentes! ¡Despejen la sala!

Desaparecen los ángeles, los arcángeles, San Rafael, San Miguel, y toda la Corte Celestial, y de pronto la sala de la vista vuelve a la normalidad, sin que el fiscal diga ni palabra, y sin que los presentes, periodistas y fotógrafos, público y vigilantes, fuerzas del orden, y demás, hagan la más mínima observación.

Antón y sus seguidores, llenos de júbilo, entonan una canción acompañada por música de no se sabe dónde:

— El Señor es justo, y es justa su misericordia.

Está por el pobre y el desvalido y coloca en su sitio a los que le odian.

Porque no sobrevivirá ninguna nación donde sus dirigentes no respeten la Ley del Señor.

¡Colocad las imágenes del Señor en los mejores sitios!

¡Dadles culto y honradlas!

¡El Señor es nuestra salvación y nuestra gloria!

¡El Señor es nuestra salvación y nuestra gloria!

¡Amén! Amén!

La sala se va despejando poco a poco y los teletipos llevan las noticias de lo ocurrido a todas las partes del mundo. Los periodistas las comentan en los telediarios de muchas cadenas de televisión del mundo civilizado. Sólo las cadenas musulmanas no emiten la noticia por miedo a que la gente se rebele contra su religión y sus dirigentes religiosos donde no hay imágenes ni se conocen acciones importantes de los ángeles y los arcángeles, y de Jesucristo Nuestro Señor, porque Mahoma dejó escrito que Jesucristo era un profeta; no un Dios.

COMO ELÍAS ARREBATADO POR UN CARRO DE FUEGO

Como Elías, el Profeta, Antón fue arrebatado por un gran carro de fuego tirado por briosos corceles que bajaron desde el cielo más profundo de Sierra Nevada hasta la Plaza de Bibarrambla donde Antón se encontraba predicando el mensaje de Dios.

El cielo se oscureció cuando eran las seis de la tarde y amenazaba tormenta, tanto, que las gentes se asustaron cuando vieron venir una gran bola de fuego. Muchos huyeron despavoridos, y, otros, presos del miedo, se quedaron en torno a Antón que hablaba de la vuelta en cuerpo y alma de Jesucristo a la Tierra para juzgar a todos los seres humanos.

—“Porque yo os digo, mis queridos hermanos, que Jesucristo vive allá en el cielo, y que pronto vendrá para completar la labor que comenzara en Israel para juzgar a vivos y muertos. Y ese día está al llegar porque se cumplen todas las señales que Él anunció: Guerras, epidemias terribles, inundaciones, idolatría, corrupción, abortos y tsunamis”... ¡El tiempo ha llegado! Es hora de que se separe el trigo de la paja.

El carro de fuego, con un ruido infernal, sin posarse en el suelo, cogió a Antón, que a la vista de todos se fue alejando hasta desaparecer en lo más profundo del cielo dejando una estela de humo negro y un gran resplandor rojo entre las nubes.

Antón, al ver ese inmenso carro dorado tirado por jovencísimos corceles blancos, y guiado por ángeles armados, se puso de rodillas, y alzando los ojos al cielo, rezó:

— Yo te ensalzo, Yavé,
porque me has liberado,
no has dejado reírse de mí a mis enemigos.
Yavé, Dios mío,
clamé a ti y me sanaste.
¡Oh, Yavé, tú sacaste mi alma del Seol,
me has salvado de entre aquellos
que bajan a la fosa.
¡Cantad a Yavé, devotos suyos,
dad gloria a su santo nombre!
Porque dura su cólera un instante,
toda la vida su favor;
por la tarde las lágrimas pernoctan,
por la mañana, júbilo.
Y yo dije en mi confianza:
¡Jamás vacilaré!
Con tu favor, Yavé, me ceñías
de honor y fortaleza;
más escondes tu rostro,
y ya estoy conturbado.
A ti, clamo, Yavé,
la piedad de mi señor, imploro;
¿Qué ganancia hay en mi sangre,
si yo bajo a la fosa?
¿Puede alabarte el polvo,
proclamar tu verdad?
¡escucha, oh Yavé,
y ten piedad de mí!
¡Yavé, sé tú mi amparo!
Trocaste para mí
llanto de una danza,

desnudaste mi saco
y me ceñiste de júbilo,
para que te cante mi corazón
sin tregua.

Yavé, Dios mío, te alabaré eternamente.

—Amén— respondieron los ángeles pilotos del carro de fuego tirado por briosos corceles.

Y de nuevo tenemos al hermano Antón en La Manga del Mar Menor, lujosa urbanización de torres altas a orillas de dos mares; El Mediterráneo y el Mar Menor, terreno elegido por Antón para comenzar su andadura evangelizadora y profética por el Levante español.

—Las gentes huyen como en Granada aterrorizadas cuando el carro de fuego tirado por briosos corceles y conducido por jóvenes ángeles armados se para en el centro de la gran avenida que a lo largo de toda la Manga recorre la ciudad, quedando a ambos lados, los rascacielos, que majestuosos desafían como una nueva Babel al cielo.

—Los más avezados llaman a la policía municipal, al 112, preguntando por la naturaleza del fenómeno. Han visto una gran bola de fuego que se ha parado en mitad de la calle con gran estrépito y miedo por parte de los viandantes que han huido aterrorizados. De un gran carro tirado por briosos corceles se ha bajado un hombre gordo, con un callado y largas barbas, pelo ensortijado con raztas, que al tocar tierra ha besado el suelo.

—La policía local ha acordonado la zona, y, en un instante, el carro de fuego ha salido disparado como un cohete hacia las montañas de Murcia perdiéndose en el horizonte. En el suelo, calcinado, se pueden ver las huellas de las ruedas del carro al despegar sobre el asfalto quemándolo.

Pronto, Antón, es detenido por unos jóvenes policías que alejan a los curiosos que preguntaban “quién era, si era Dios, un profeta, Eliseo, o el mismísimo demonio, ¡ el Belcebú más aterrador”!

Antón, le ha dicho a la multitud que se congrega ante él, que él es un enviado de Dios que viene a limpiar la Manga de prostitutas y gays, y a convertir a muchos ciudadanos de la Manga, en seguidores de Jesucristo en la ciudad.

—Y que para que crean que él es un enviado de Dios con permiso para predicar su palabra, extiende su callado hacia las aguas que se encrespan terriblemente sobre la playa amenazando las construcciones que sobre ella se levantan. Al mismo tiempo tiembla la tierra y las gentes despavoridas bajan de los pisos temiendo un tsunami. Muchos se convierten y piden ser bautizados.

—Y yo os digo: Dentro de poco el mar inundará la Manga y asolará todas estas construcciones que fueron otrora terrenos ganados al mar quedando el mar en su sitio y la tierra en el suyo. ¡ Palabra de Dios!

— ¡Amén!

HABLANDO CON EL MÁS ALLÁ

Y ya está, otra vez más, Antón, en el cuartelillo, donde, dicho sea de paso, tiene viejos conocidos; y, no, tan viejos. Porque sus enseñanzas van penetrando en el corazón de este pueblo costero de Murcia.

Y no sólo algunos de los policías jóvenes siguen sus enseñanzas, sino que también hay algún que otro mayor, que preocupado por su futuro, sigue cabalmente las doctrinas y enseñanzas del padre Antón.

Y es el caso, de que hace unos días, un guardia apellidado Pérez, de nombre Miguel, le dijo a Antón, el venerado y muy querido, que sus padres habían muerto hace muchos años, siendo él, muy pequeño, y que no llegó a conocerlos... y que le gustaría hablar con sus progenitores, preguntarles cosas de su niñez...

Y el hermano Antón, el muy seguido, le habla así al policía municipal, Pérez:

—Hijo mío, muy querido por mí. Sé que te atosigan las cuestiones referentes a tus padres, que quieres conocerlos en el más allá, saber sobre su vida, cómo están, dónde están, si están bien.

— Sí hermano Antón: Quiero saber de mis padres y daría todo lo que tengo por hablar con ellos, saber cómo se encuentran, y, preguntarles si queda mucho tiempo para que nos reencontremos aquí en la tierra cuando Jesús venga en cuerpo y alma para juzgar a vivos y muertos.

— Pides mucho, pero tienes que dar algo a cuenta para que tus deseos sean autorizados por el Padre Dios, Supremo Señor del Cielo y de la Tierra, Valedor de todas las criaturas y gracias a quien, todos, y cada uno de nosotros, respiramos y vivimos el más leve momento.

— Yo daría incluso mi vida a cambio de poder verlos. Preguntarles muchas cosas, cómo es el cielo, cuanta gente hay, cómo es Dios, si la Virgen está con su Hijo Jesús, cómo o es una velada allí, cómo se pasa un día en tan noble lugar.

— Bien, lo único que te voy a pedir, es, que te pongas en oración hoy mismo, y en treinta días después de ayunos y penitencias, de haberte colocado el silicio para dar sufrimiento a tu carne, y haberte puesto en la cabeza una corona de espinas durante una semana, te bañarás en las aguas del río Segura, a su paso por Lorquí, y te secarás el cuerpo mojado durante una noche dándote azotes con varas de álamo blanco hasta que tu piel arroje sangre por sus poros. Después, en señal de prueba, me traerás la camisa que secó la sangre hasta el pueblo de Lo Pagán, a una casita de planta baja que perteneció al abuelo de Andrés y que tiene en la puerta una adelfa centenaria a cuyos pies crecen plantas de siemprevivas. Y cuando yo te vea con la prenda que te pido, nos pondremos en oración, para pedir a Dios Padre celestial que te deje ver a tus padres en donde estén.

— Gracias hermano José. Soy el hombre más feliz del mundo. Se lo diré a mi mujer para que me acompañe el día que Dios se digne dejarnos verlos.

— En ese caso, tu mujer deberá hacer lo mismo que tú, pero con una condición más: Deberá cortarse el pelo a rape.

— ¡Así lo haremos!

Pasó el tiempo, pasaron las pruebas Miguel y su mujer, y, ahora, ya están aquí en Lo Pagán, con las pruebas, buscando la casa donde Antón les dijo que estaría para hablar con Dios.

Y para ello se han traído el GPS de la Policía Municipal, y, un coche patrulla con unos pocos guardias, previa autorización del Jefe de la Policía, para prevenir disturbios, porque se ha corrido la voz, de que Antón, el hermano y noble venerado, va a hablar con los padres de un guardia en el más allá. Localizada la casa por el GPS se dirigen hacia ella, pero al llegar allí se encuentran un montón de cámaras de televisión de las más

variadas cadenas de TV españolas y extranjeras. Y lo más curioso y sensacional, es , que personajes ya muertos, como Jiménez Del Oso y Félix Rodríguez de la Fuente, están allí, sin que nadie de los presentes supieran si eran reales o ficticios.

Hasta el mismísimo Rodríguez Zapatero, en la cima de su popularidad, antes de la crisis, no quiso perderse tan importante acontecimiento... Sonsoles no había querido ir pretextando que tenía que hacer unas comprillas en Londres para sus hijas, de estilo gótico...

Y el Guerra, acompañado de su hermano Juan, el que a cambio de dinero permitía el paso de asuntos hacia su hermano, estaba allí.

Y Felipe González, con su puro en la boca, había pedido permiso a Carlos Eslín, su jefe mejicano, para no perderse la ocasión acompañado de su esposa Carmen Romero. Allí estaba la flor y nata del socialismo agnóstico,— porque decían—, que si el invento salía bien, aunque ellos no eran creyentes, y la religión era el opio del pueblo,— según pensaban—, quería hablar con el mismísimo Pablo Iglesias para saber a dónde había ido a parar su alma, si después de haber luchado por la clase obrera, Dios, lo había enviado al cielo o al infierno, porque en caso contrario, harían un juicio sumarísimo a Dios, y, allí mismo, llamándolo, si se presentaba, iban a condenarlo, y que como cumplidores y cabales, iban a darle un castigo ejemplar...

No podían faltar de tan importante acto una gran multitud de cardenales, obispos, sacerdotes ilustres, afiliados al Opus Dei, que querían interceder ante Antón, para hablar con Don José María, sobre el futuro de la Obra...

Allí también estaba el fundador de los Kikos, Kiko Argüello con su guitarra, cantando y entonando canciones de alabanza a Dios, Creador y Señor del Universo.

Era tal el alboroto, los codazos para coger un buen sitio para ver la entrevista con el más allá, que hubo necesidad de llamar a una brigada de policías de seguridad, de Valencia, con todo su armamento y material de prevención de disturbios...

Y, hasta el mismísimo ex presidente Aznar, acompañado de su esposa, Ana Botella, estaba allí para no perderse el acto.

De pronto se oyó un gran estruendo que apuntaba hacia la playa cercana, donde acababa de aterrizar el mismísimo Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, acompañado de su esposa Doña Sofía y el Príncipe Felipe, con la princesa Doña Letizia y sus hijas, muy bonitas.

Don Juan Carlos venía vestido de cazador— puesto que no había tenido tiempo de cambiarse— porque había participado en una cacería de cocodrilos en el río Nilo con el Presidente Mubarak, Gadafy, el Presidente de Túnez y el mismísimo Presidente de Siria. El Presidente de Rusia, Putin, excusó sus asistencias, y Su Santidad, Juan Pablo II, delegó su representación en el Cardenal Rouco Varela.

El Presidente de Prisa, don Jesús de Polanco, no pudo asistir por encontrarse en América negociando contratos editoriales en varios países.

La Reina de Inglaterra no fue invitada, por no devolvernos el Peñón de Gibraltar, previa petición del Parlamento Español.

Y para prevenir la situación del tiempo estaba allí el mismísimo Mariano Medina, “El Hombre del Tiempo” que portaba un paraguas como signo de premonición de lluvia...

Y salió Antón de la casa, y quedó asombrado con la presencia de tanta gente para tan minúsculo acto. Y entró hacia el interior, y con una manguera de alta presión, y miles de picudos voladores, apuntó hacia los concurrentes, huyendo parte de ellos. Como alma que se la lleva el diablo.

Y las fuerzas de seguridad que cubrían el acto, impasibles a los picudos, que tiraban a matar con sus picos, pidieron al Rey consejo sobre su actuación.

FRANCO RESUCITA EN LA MANGA DEL MAR MENOR

Las tropas están debidamente formadas. Antón está dentro de la casa.

El Teniente Coronel de la Policía que ostenta el mando ante la casa donde Antón se aloja, se acerca a Su Majestad el Rey Don Juan Carlos, y tras el preceptivo saludo, le dice:

—Majestad: ¿Qué hacemos? ¿Nos retiramos?

—No, no: Teniente Coronel. Seguimos aquí ante la puerta esperando a ver lo que ocurre, porque por muchos picudos que nos eche, ni aunque utilice la manguera de los bomberos, no nos vamos sin ver lo que va a suceder aquí, hoy.

— ¿Da su permiso para retirarme?

— Lo tiene Teniente Coronel. Pero corten el agua para que Antón no vuelva a usar la manguera y extiendan una red de la UME ante la puerta para que los picudos rojos no piquen a mi Señora la Reina Doña Sofía ni a mi hijo Don Felipe ni a su esposa Letizia; ni por supuesto a mis nietos, que me cago en dena si les pica algún bicho a alguno de ellos que ordeno el asalto a la casa y no queda piedra sobre piedra.

Se calman los ánimos y se abre la puerta entrando en escena el hermano Antón, el muy venerable, que gracias a su intercesión con la Divinidad, se va a producir aquí, y ahora, un hecho inaudito, ¡sorprendente!

Y comienzan los ruidos de trompetas en lo más alto del Universo. Un ruido aterrador que asusta a los Reyes, acompañantes y a la tropa, que no se mueve del lugar porque las ordenanzas lo mandan.

El cielo, se oscurece completamente y se acentúa aún más la música de trompetas, órgano, tambores. Los oídos van a reventarle a la multitud, la gente está aterrorizada, muerta de miedo, pero aguanta y aguanta. ¡No quieren perderse el espectáculo!

Y Su Excelencia el Generalísimo Franco hace acto de presencia acompañado de la Guardia Mora. En el coche, a su derecha, va su esposa, Doña Carmen Polo de Franco que luce la típica mantilla española.

— Los miembros de las Fuerzas Armadas que vigilan el acto gritan enfervorizados al paso del cortejo; gritan una y otra vez, ¡Viva Franco!, ¡Viva Franco!

Y Franco, Su Excelencia, saluda con la mano alzada a todos los presentes, y la gente, los militares, están fuera de sí, exacerbados, mirando a Su Majestad el Rey, que se acerca al coche de Franco.

— Doscientos legionarios hacen un cordón de seguridad frente a su Excelencia que pide a los militares que dejen pasar a Don Juan Carlos que quiere saludarlo porque hace mucho tiempo que no habla con él.

Se abre un estrecho pasillo para que pase Su Majestad y salude a Su Excelencia el Generalísimo que está bajando del coche por la escalerilla.

Su Excelencia ordena a su guardia que presenten armas a Su Majestad. Y ahora ya están hablando tranquilamente.

—Me acerco con la grabadora a ver si me dejan que coja el documento sonoro, y, mañana, con más tiempo, porque ahora ya dejo esto y me voy a tomar el aire, os lo cuento.

— Que pasen una feliz noche, que sueñen con Franco y el Rey, y que no se acerquen mucho a la entrevista que van a mantener porque pueden saltar chispas quemadoras.

Hay mucha expectación por lo que pueda suceder, y las fuerzas protectoras que acompañan a ambos Jefes de Gobierno, están tomando posiciones.

En estos momentos llega el policía municipal que va a entrevistarse con sus padres

—Hijo mío, mi querido Don Juan Carlos: Llevo unos años en el cielo disfrutando de la misericordia divina que me recogió entre los suyos por haber luchado contra el comunismo en España. No me dieron la categoría de santo entre los santos porque alguien, indispuesto por el mismísimo Belcebú, dijo ante el Tribunal que concedía tan altos honores, que yo había sido masón en vida, cosa que es mentira, pero que creó tales sospechas, que me dejaron en venerable para los siglos de los siglos.

— Sí, ya lo sabía. Me lo dijo un alto cardenal cuyo nombre no puedo ahora revelar. Me lo imagino: Sería el cardenal Tarancón de nefasta memoria; ¡un rojo de mierda que me hizo mucho daño! El soñaba con que los comunistas hubieran gobernado en España, pero nunca se salió con la suya...y llevo muchos años dolido con tu alta traición a España por haber permitido que los comunistas y socialistas se sentaran en las Cortes Españolas, que Santiago Carrillo, el asesino de Paracuellos, campara por sus respetos, en Madrid, que la Pasionaria de nefasta memoria, mujer incendiaria que enfrentó a los españoles, tuviera un escaño en el Congreso de los Diputados, como ahora lo llaman. ¡Estoy muy dolido contigo! ¡Estoy muy dolido!...

Franco casi se desmayó, y varios de sus asistentes acudieron a auxiliarle, pero él, sacando fuerzas de donde no tenía, se metió la mano bajo la cazadora que llevaba y sacó un pistolón que apuntó hacia Don Juan Carlos...¡ errando dos tiros! ante el terror de los presentes.

— Eso por perjuro. ¡Te merecías cien más!

Los guardias de Don Juan Carlos echaron cuerpo a tierra cuando vieron que Franco sacaba la pistola, y, comenzaron a disparar a troche y moche, causando muchos heridos. Los guardaespaldas de Franco hicieron lo mismo, y comenzó a correr la sangre por las calles del pueblo, y la gente pedía a gritos, ambulancias.

— ¡Ambulanciaas!

El pueblo se vio desbordado por la cantidad de heridos tan grande que se produjeron, y, por los muertos...

Unos ángeles de grandes alas cogieron a Franco y lo subieron al lugar de donde no debía de haber bajado jamás...

Antón, con el calor, y unos mosquitos que no paraban de darle la lata, despertó de su profundo sopor: ¡Todo había sido una vez más un terrible sueño!

— Gracias Señor por no haber permitido esa masacre en la realidad. Ya sé que el Rey y su Familia no se han portado con el pueblo como debían, que han hecho fortuna a costa del Pueblo, y que Juan Carlos, ha sido recriminado por asociaciones ecologistas por haber dado muerte a un pobre oso, llamado Cardasián en Rumanía, muy estimado por los niños de aquel país, y después, por la muerte de un pobre elefante en África. Yo no puedo apoyar esto porque no lo he visto pero tengo que decir que frente a los dos, yo me quedo con Juan Carlos, porque el otro, metió a mi padre en la cárcel, haciendo que mi madre, ¡ una santa!, muriera de pena. ¡ Y profetizo que Juan Carlos I abdicará en su hijo Felipe VI!

ANTÓN SALE POR “PLUMAS DE” LA MANGA

Antón, después de anunciar, que “La Manga” por culpa del cambio climático se anegará, y los apartamentos se inundarán, tiene que hacer frente a los empresarios del ladrillo que quieren tirarlo al mar; al mar grande: ¡El Mediterráneo!

Como sus intenciones no son buenas, porque vienen armados con picos y palas,...¡ y hasta cuerdas!, Antón le suplica a Dios Padre que lo haga salir victorioso de esta nueva amenaza, porque él, en definitiva, sólo predica por extender su Reino.

Y Dios, que es bueno con los suyos, hace un rescate un poco precipitado de Antón, que salva el pellejo por pelos, quedando atónitos los empresarios del ladrillo de La Manga.

Un camión de la recogida de basura de La Manga extiende su brazo cuando Antón se refugia detrás de un contenedor, y lo engancha y lo mete dentro, subiéndolo hasta el cajón del camión.

A duras penas Antón, logra zafarse de los rodillos que trituran la basura y se sube hasta el lugar donde las luces de gálibo están situadas, y se acomoda allí tranquilamente.

Y es salvado de morir exterminado por esos feroces empresarios que construyeron hasta la saciedad donde no debían convirtiendo La Manga, un paraje natural, en un conglomerado de rascacielos sin sentido, especulando al máximo, con la pasividad del Gobierno.

Y Antón da gracias a Dios como siempre por haberlo librado de esta gente.

—Padre Glorioso, Padre Misericordioso, Padre Magnánimo: Te doy gracias por haberme librado una vez más de mis enemigos. Tu bondad es interminable y tu misericordia infinita para con el oprimido. Pídemelo que quieras, porque tu siervo, Antón, está dispuesto a cumplir tu mandato con creces...

Un águila de proporciones gigantescas, nunca vista por aquí, como un cóndor, el Gran Cóndor de los Andes, lo arrebató del camión— con mucho miedo por parte de Antón— que en un principio se agarra a las plumas de las patas, pero cuando el águila, ya puesto a salvo Antón, puede, lo coge de los pantalones y lo deja caer sobre su lomo, circunstancia que Antón aprovecha para agarrarse a las plumas del cuello.

Y este santo varón aprovecha para ver desde arriba el paisaje tan soberbio que se divisa desde la altura.

Su máxima ilusión fue siempre montar en globo y hacer un viaje a las Américas, pero por cosas que no vienen a cuento narrar aquí, no pudo subir a la canastilla, y, ahora, por la gracia de Dios está viendo lo nunca visto a vuelo de pájaro: Alicante, Valencia, las costas de Argelia, el desierto, el palmeral de Elche, Torrevieja...¡Todo es hermoso a vista de pájaro!

Pero como todo viaje se termina, éste, también. Y Antón cae sobre las mullidas arenas del Mar Menor en el pueblecito de Los Alcázares, y, más concretamente, en su playa.

Allí ya está anocheciendo, y la puesta de sol de hoy es maravillosa, hecho que muchos turistas aprovechan para sacar fotos.

La gente se baña hasta bien tarde en el mar porque sus aguas, las aguas del Mar Menor, son generosas en sales medicinales.

Gentes de todas las partes del mundo vienen a darse los baños en estas aguas milagrosas; aguas que han devuelto el movimiento a muchas criaturas. Porque si el Mediterráneo lleva sales en sus aguas, el Mar Menor lleva muchas más.

Otras personas van a Lo Pagán a darse los lodos; barros medicinales y curativos que se crían en las lagunas de la Salinera Española.

Y son muchos miles de personas, los que embadurnadas por los lodos, lucen su color negro al sol buscando el remedio para su salud quebrantada, para los dolores de

huesos, para las heridas que tardan en curar, para las cervicales, operaciones...

EL OTRO PREDICADOR

Corren nuevos tiempos, y a nuevos tiempos, nueva predicación; una predicación basada en el uso racional de las redes sociales, de Internet, del ordenador, del disco duro, del pendrive. Y eso es lo que usa y utiliza el “Argentino”, un pastor venido de las tierras de los gauchos, por las pampas, con su guitarra, como Cafrune, — que dicen que se perdió en la selva—, y que fue lo que puso en práctica, como una eutanasia profunda y vegetal cuando con su viejo borriquillo, su guitarra, sus canciones, y todos sus recuerdos, decidió poner fin a su vida cabalgando hasta la extenuación. ¡Jamás se supo nada de él ni le hizo falta! ¡Cafrune!

Y el Argentino aparece en San Javier, con todo su bagaje de conocimientos, con su guitarra, su buen coche, su Biblia, la Santa Biblia, en la mano, la palabra amena, agradable y precisa en su boca, para consolar al triste, al descarriado, al falto de ansias de vivir.

Y montan un tinglado al estilo del oeste americano, con una gran pancarta, “Jesús es la Salvación”, y bajo ella, al son de los cánticos espirituales, y con el suave movimiento de las olas del Mar Menor y arpegios de guitarra bien acompañados, los cánticos religiosos se extienden por las arenas del mar y los cielos profundos y azules que reflejan las necesidades del hombre moderno agobiado por la crisis y la falta de trabajo.

Y unos y otros se acercan hasta este predicador al que le presta cobertura nuestro buen Antón, el que no sabe nada de Internet, ni de acordes de guitarra, ni tiene coche ya, puesto que lo ha vendido porque no lo puede mantener. Antón, el de la vieja predicación, el que no sabe manejar un laptop, ni andar por las redes sociales, pero que conoce, la Biblia, la Santa Biblia al dedillo hasta en sus más recónditos rincones, para sacarle el provecho que le hace falta al alma necesitada, al alma que perdió el rumbo, que necesita cariño, que está dominada por la angustia, por la opresión.

Este predicador sabe lo que quiere, el “Argentino”. Se desenvuelve como pez en el agua cuando habla de la palabra de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre.

Y hace vibrar a la gente cuando predica y se acompaña con su buena guitarra de caoba entonando canciones que hablan de Dios, de su amor, de su misericordia para con el pobre:

—“Dichoso el varón que no peca con sus palabras y no es atormentado por el remordimiento de sus pecados”

Y la gente aprende la letra y la canta y se mete dentro del predicador para llegar con él hasta Jesucristo salvador.

Pero el hermano Antón, viejo sabio, curtido en mil batallas, sobreviviente de la droga y la marginación que abandonó todo placer terrenal por el amor de Dios, recela de esta hombre que quiere arrebatarse su protagonismo humilde, él, que no sabe ni un acorde para tocar su guitarra, pero que le echa una pasión y un amor a lo que canta que los ángeles ponen sus dedos sobre el mástil para que esa canción suene como celestial. Este hombre, el “Argentino” es hombre de grandeza, vacío, sin contenido; es un mentiroso que ha venido a ponerse al amparo del hermano Antón para montar aquí una gran parroquia y lucrarse con todo lo que pueda, y después, cuando lo consiga, se marchará a otro sitio y vuelta a empezar.

Pero Dios, que es misericordioso, magnánimo para los que lo adoran y no lo dejan por falsos dioses como el dinero, la gula, la soberbia, la ira y el sexo malsano, alerta a Antón, al hermano, en una noche, en la que muy cansado por el ir y venir por organismos oficiales pidiendo ayuda para los pobres, con el predicador, para los que nada tienen, para llevarles un consuelo, un poco de comida, un techo donde alojarse, una cama donde descansar de un día de caminar de un sitio a otro sin conseguir nada más que buenas palabras, pero nada de nada.

—Antón: “El que toca la pez se mancha, y el que anda con soberbios viene a parecerse a él”.

—Aléjate del “Argentino”. No montes mi Iglesia en ese pueblo sobre la mentira, la soberbia, el rencor, el odio. El “Argentino” no es trigo limpio. Ya le he dado muchas oportunidades para que se arrepienta, para que vaya a su mujer y se reconcilie con ella, la traiga a su casa, y la quiera como Dios manda.

— Pero no me hace caso. Y sigue con lo mismo: La mentira, la ira, la murmuración, los juicios endemoniados contra ella, santa donde las haya, santa mujer como Judit, como Ruth, como Teresa de Calcuta, como Teresa de Jesús.

—Y ya me tiene harto de tanto suplicarle que vuelva al camino verdadero, que no se quede con el dinero del culto gastándoselo en borracheras y en juergas con malas mujeres.

—Querido Antón: Mañana, en el culto, voy a traer a su mujer para que lo desenmascare ante todos. Para que vean que no es trigo limpio. Que miente. Que de santidad no tiene nada. Que todo lo que dice, lo dice de dientes para afuera, y no lo siente en su corazón.

— ¿Qué me pasa Señor? ¿A qué viene este desasosiego que me has metido en el cuerpo? Yo creía en este predicador, el “Argentino”. Él me iba a ayudar en el montaje del centro de culto en este pueblo, en la construcción de la nave para el comedor y los dormitorios para los que nada tienen, y ahora, ¿qué? Y lo peor: esta noche, cuando todo esté en efervescencia, se va a liar la marimorena cuando su mujer se presente en la celebración de la palabra. Pero tú Señor, Bendito sea Tu Santo Nombre, no me has defraudado nunca. Tu palabra es palabra de vida eterna. No tienes ni principio ni fin, al contrario de todos los mortales, al contrario de mí, que nací de madre y moriré un día no muy lejano. Porque mi fin se acerca.

Antón se despierta del sueño pero no echa en vano lo que ha sentido mientras dormía. Sabe que otras veces ha ocurrido así y después se ha cumplido todo al pie de la letra.

Y llega la noche de la predicación. Y el ambiente está enfervorizado. Hay gente para rabiarse, y el cartel, iluminado de colores dorados, llama la atención de los que por ahí pasan preguntándose qué es lo que ocurre, qué es lo que pasa, a qué vienen esos cánticos.

No falta nadie de los asiduos y se incorporan otros muchos nuevos ansiosos de escuchar la palabra santa, la palabra de redención, deseosos de emprender un camino que les llene su vacío existencial.

Y el predicador, el “Argentino”, revestido con ornamentos bordados en oro, con la cadena de brillantes, la cruz al cuello, la túnica sobre la cabeza, coge la Santa Biblia, la bendice, la enseña al pueblo, y dice:

—Aquí está el camino de la salvación.

La gente, contesta: — “Este es el camino de la salvación”.

Porque Dios es misericordioso para los que le aman. Para los que le siguen. Para los que le obedecen. Para los que cumplen sus mandamientos.

Una mujer, dando grandes gritos, se oye a lo lejos.

La gente se vuelva ante el tremendo escándalo que forma.

— Calladla— dice el pastor argentino— ¡Calladla: Es el mismo demonio! ¡Es Satanás vestido de mujer.

Tratan de callarla.

Pero ella no se deja. Cuanto más la amordazan, cuanto más tratan de callarla, más grita ella.

— ¡Mentiroso! ¡Mujeriego! Hijo de Satanás. Ladrón. Has tirado el ministerio por el suelo. Has manchado la palabra de Dios con la mentira. Vives del cuento. Tú no eres pastor de almas, tú eres Belcebú bajado del infierno para aprovecharte de los incautos,

para enriquecerte y coger dinero para perversiones. ¡Soy tu mujer! ¡Te denuncio ante la Asamblea cristiana! ¡Ante el Pueblo de Dios!

— ¡Calladla! ¡Matadla si es preciso en nombre de Dios!

Corre un gran murmullo entra la asamblea. ¿Matadla en nombre de Dios? Piensan que este hombre está loco, que los ha engañado, que la mujer, que es su mujer, dice la verdad, y que hay que hacer algo para que este mentiroso pague sus mentiras.

— Detenedla, ¡matadla en nombre de Dios!

Nadie le hace caso. Nadie lo cree ya. La guitarra ha enmudecido. Uno de los presentes la hace añicos. Tratan de agarrarlo. Le piden que devuelva sus limosnas.

Alguien va al coche y lo abre. Tira de la guantera. Saca miles de euros escondidos entre papeles.

— Mirad lo que he traído. Lo tenía escondido en el coche. Es el dinero de los pobres. Es el dinero del salón del culto. Es el dinero para la construcción del albergue y el comedor.

Pero falta mucho, muchísimo, que se ha perdido, ¡se ha evaporado!

— ¿Dónde está?, ¿dónde está el dinero de nuestras limosnas?

Alguien dice que cada noche lo veían en compañía de malas mujeres en Torrevieja, borracho, hasta altas horas de la madrugada. Incluso se hacía acompañar de guardaespaldas. Comía en hoteles de lujo y tenía alquilada la Gran Suite del Hotel Miramar a 300 euros noche.

El predicador está perdido. Está acorralado. No tiene escapatoria. Se ha descubierto su plan de corrupción.

— Agarradlo— dice Amalia— su mujer. ¡Agarradlo!— grita hasta enronquecer.

El Predicador mete la mano bajo el manto que cubre su cuerpo. Saca un colt del 47 largo...

La gente se asusta, la gente corre, la gente huye.

Dos disparos certeros acaban con la vida de Amalia; otro, en la sien, acaba con la vida del predicador que yace en el suelo. Hay mucha sangre por todos los sitios.

Antón llora desconsoladamente.

— ¡Señor: Yo no quería esto! ¡Yo no quería esto!

— ¡Cúmplase tu voluntad en el cielo y en la tierra, amén!

OTRA VEZ SOLO

Murieron el predicador argentino y su mujer; ésta, asesinada por descubrir al impostor, al infame.

Vino a este pueblo pequeñito de la costa de Levante con el interés de “forrarse” para satisfacer sus deseos de popularidad, para comer bien, vestir mejor, mantener su coche, vivir en los mejores hoteles, abrazar a las mejores mujeres, hacerse socio del Jabugo, de las suites de campeonato, de los mejores jacuzzi, de Armany, de la Mercedes,...pero le perdió que no contaba que había un testigo mudo que le seguía la pista de sus correrías, y, que, estaba esperando la ocasión para “desnudarle” y presentarlo ante el pueblo de Dios embelesado por su cante,, su palabra, y, su simpatía.

Y fue aquel fatídico día, el que, su mujer, se echó sobre él y lo “despellejó”, dejándolo como lo que era: ¡Un gran embustero”. ¡Un farsante que se valía de la palabra de Dios y de la necesidad de su palabra para remediar la situación económica de muchas personas, cosa que no conseguía, pero sí que les sacaba bien los cuartos hasta dejarlos en la ruina.

Dos balas fueron suficientes para acabar con la vida de una inocente y un mentiroso.

Tras el asesinato Antón se tiró al suelo y clamó hacia Dios tratando de encontrar una explicación coherente a lo que había ocurrido:

— ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué Dios mío lo has consentido? ¿Por qué no mandaste a San Miguel con su espada certera para que de un tajo lo hubiese dejado tieso antes de que la pobre mujer cayera por el suelo? ¿Por qué Señor permitiste que el predicador falso manchara esta tierra con la sangre de una inocente?

— Estoy anonadado. Estoy confundido por haber sido engañado por un truhán. Por un mentiroso. Por un individuo, que ahora, me cuentan, que no usaba el dinero que cada día sacaba de sus colectas para en engrandecer tu nombre, en alabarte, sino en darle gusto a su cuerpo, en vivir mejor, en satisfacer su gula, su sexualidad desbordada.

—Manuel, un pecador arrepentido pero luego captado por el predicador, era su compañero de correrías por la madrugada cuando terminaban la jornada de oración y peticiones por los enfermos.

— ¡No puedes fiarte de nadie!

— ¡Manuel, el que lloraba cuando el predicador hablaba del pecado, de las penas del infierno! ¡El que se tiraba al suelo y se daba grandes golpes de pecho por su pasado de pecado! ¡Y luego, se olvidaba de todo, del pecado, del fuego del infierno...!

Una noche, el “Argentino” y Manuel, el pecador falsamente arrepentido, agarraron la bolsa de las limosnas de los penitentes que buscaban consuelo para sus dolencias físicas y psíquicas y llamaron a una casa de alquiler de limusinas, escogiendo la más grande, la más suntuosa, con conductor y bar. Se disponían a realizar una de sus noches más sonadas, en Soria, en una casa de campo, al abrigo de miradas curiosas que pudieran dar señas sobre sus correrías.

Allí alquilaron todas las habitaciones disponibles, trajeron un cocinero, varios camareros, dos guardaespaldas, y, puestos en contacto con una casa de citas, la más lujosa de los alrededores, pagaron los servicios de una docena de mujeres de la vida, extranjeras, que harían lo que los dos depravados les pidieran en una noche de alcohol, sexo, gula y desenfreno, en la cual deberían estar a tono y responder a todo momento sin fallo orgánico alguno.

Un equipo de médicos, analistas, masajistas, enfermeros, cardiólogos, sexistas, atendían a los dos “pájaros” en su desenfrenada juerga nocturna.

Las visitas a los herbolarios más famosos no dieron el resultado que apetecían en la búsqueda de plantas excitantes de la libido; a lo sumo, a lo más que llegaron fue a

adquirir varias cajas de pastillas de extractos de hierbas de procedencia china que no dieron el resultado apetecido en aumentar la libido de forma instantánea.

No tuvieron más remedio que acudir a una agencia y buscar y rebuscar entre los productos más afamados, lo que querían, al precio que se dijese.

Y desecharon la tan famosa Maca peruana porque sus efectos ya no les satisfacían: — ¡Querían algo más, algo mejor y más duradero!

En una tienda que les habían indicado se pusieron en contacto con unos farmacéuticos serbios, del mundo de la mafia, que habían sintetizado una sustancia nueva que superaba en efectividad a la Maca en un 500 %.

No disponían de remanentes en la actualidad porque la producción era acaparada por gente gorda de la política, la religión, los negocios, la banca y cantantes, salvo que estuviesen dispuestos en pagar una millonada, a lo que accedieron, y compraron pagando lo que les pidieron.

El transporte urgente trajo las deseadas pastillas hasta el pueblo, y, acto seguido, comenzaron el tratamiento, — que daba los mejores resultados—, cuando ante el paciente, pasaba alguna chica.

La llegada al lugar donde se iba a celebrar la “Gran Juerga” pagada por las limosnas de los creyentes era en un pueblecito cercano a Soria capital, lejos de miradas curiosas.

Allí en una casa de campo dotada de muchas habitaciones con las mejores camas y los mejores colchones, con luces de todos los colores, con espejos por toda la casa, climatización de frío y calor, sauna, piscina, cortinas espectaculares, radios en todas las habitaciones y frigorífico, iba a realizarse la juerga más grande soñada en España.

Una orquesta retro ataviada al mismo estilo tocaba música en directo de los años 40. Y los juerguistas, cambiábanse de traje y atuendo a cada momento; tal fue la factura que pagaron en Galerías Preciados de Alicante.

Y ellas, las prostitutas, con vestidos a lo Eva, iban y venían por las estancias provocando la atracción de los dos sinvergüenzas.

Las marranas, que no eran otra cosa, en cueros vivos, danzaban sobre una gran mesa a modo de escenario para alimentar el ludibrio del “Argentino y su compañero de juerga”.

Soltaban una y agarraban otra...

Pero Dios, que protege a los que le aman y cuida de los que colaboran con él, alertado por Antón, que se lo había suplicado insistentemente, les preparó a los juerguistas una que no se la esperaban.

Cuando más animada estaba la fiesta y los bandidos enarbolaban “bandera” sin bajar en ningún momento, una gran tormenta, con los relámpagos más grandes habidos en aquel lugar y los truenos más estremecedores, atrajeron tan gran cantidad de cúmulos, que soltaron tanta agua, que la casa, con prostitutas, músicos, personal sanitario, vigilantes, masajistas, cardiólogos, y demás ralea, fue arrastrada como Arca de Noé en el Diluvio Universal, río abajo, desapareciendo entre las aguas.

Dicen las ancianas del lugar, que mezclado con el ruido del torrente, que llevaba cauce abajo todo lo que pillaba, se oían gritos:

— ¡Misericordia, Señor, misericordia!

CONFESIONES A MEDIA TARDE

Anda Antón preocupado por lo que ocurrió al “Argentino” y a su amigo de correrías sexuales, pero se resigna al pensar que Dios sabe lo se hace, y, si le dio ese fin a ese par de golfos, esquiladores del patrimonio de su salón de oraciones y comedor para necesitados, es porque se lo merecían.

Todo el mundo sabe ya el fin de los dos, y, a día de hoy, muchos días después, todavía andan buscando los cadáveres de todos los que allí murieron.

La noticia de la gran tormenta y la consecuente riada posterior con el arrastre de la casa y todos los que estaban allí dentro, ha viajado por el mundo hasta los rincones más recónditos de la tierra. Muchos pastores, en sus predicaciones, utilizan el hecho para despertar las conciencias de los que andan por terrenos cenagosos de la inmoralidad, para atraer a nuevas ovejas descarriadas hacia su redil.

No dudan en tirar de la Biblia para demostrar que el que anda con malhechores por el mundo, acaba mal. Y para ello, no hay como “EL Libro de los Proverbios”:

Amonestación contra la impureza

5:1 Hijo mío, está atento a mi sabiduría,
Y a mi inteligencia inclina tu oído,
5:2 Para que guardes consejo,
Y tus labios conserven la ciencia.
5:3 Porque los labios de la mujer extraña destilan miel,
Y su paladar es más blando que el aceite;
5:4 Mas su fin es amargo como el ajeno,
Agudo como espada de dos filos.
5:5 Sus pies descienden a la muerte;
Sus pasos conducen al Seol.
5:6 Sus caminos son inestables; no los conocerás,
Si no considerares el camino de vida.
5:7 Ahora pues, hijos, oídme,
Y no os apartéis de las razones de mi boca.
5:8 Aleja de ella tu camino,
Y no te acerques a la puerta de su casa;
5:9 Para que no des a los extraños tu honor,
Y tus años al cruel;
5:10 No sea que extraños se sacien de tu fuerza,
Y tus trabajos estén en casa del extraño;
5:11 Y gimas al final,
Cuando se consuma tu carne y tu cuerpo,
5:12 Y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo,
Y mi corazón menospreció la reprensión;
5:13 No oí la voz de los que me instruían,
Y a los que me enseñaban no incliné mi oído!
5:14 Casi en todo mal he estado,
En medio de la sociedad y de la congregación.
5:15 Bebe el agua de tu misma cisterna,
Y los raudales de tu propio pozo.
5:16 ¿Se derramarán tus fuentes por las calles,
Y tus corrientes de aguas por las plazas?

5:17 Sean para ti solo,
Y no para los extraños contigo.
5:18 Sea bendito tu manantial,
Y alégrate con la mujer de tu juventud,
5:19 Como cierva amada y graciosa gacela.
Sus caricias te satisfagan en todo tiempo,
Y en su amor recreáte siempre.
5:20 ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena,
Y abrazarás el seno de la extraña?
5:21 Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová,
Y él considera todas sus veredas.
5:22 Prenderán al impío sus propias iniquidades,
Y retenido será con las cuerdas de su pecado.
5:23 El morirá por falta de corrección,
Y errará por lo inmenso de su locura.

Y leen una y otra vez este proverbio sacado del Santo Libro. Y cuando acaban de leerlo, todos los miembros de esta comunidad, dicen todos a una:

—“Amén”.

Lleva unos días el hermano Antón pensando en esa mujer joven que lleva un tiempo que viene a las reuniones de predicación, buscando la “Luz” que ilumine su vida. Una vida que está marcada por las piedras, las caídas, más que por el vivir bien, en paz y en felicidad, porque todos los hombres con los que ha topado, ninguno le ha traído la paz que esperaba, el sosiego para su alma confusa, la tranquilidad para una vida llena de zozobras.

Y una tarde, cuando acabaron las plegarias de la Asamblea de Dios, Antón, el bueno de Antón, se acercó a la mujer, de nombre Estrella, y, le dijo:

— Hermanica Estrella: A ti te pasa algo que yo no sé lo que es. Ya le he pedido muchos favores al Padre Dios, y no quiero hartarlo con mis peticiones, aunque sé que El, Bendito Sea Su Santo Nombre, ha dicho:

— “Pedid y recibiréis”. Lo que os haga falta pedidlo con fe y humildad, y yo, el Padre Dios, os lo concederé.

— Sí Padre Antón: Yo le pido cada día al Padre Dios, al Bueno, al Maravilloso, al Magnánimo, al Humilde, al Omnipotente, al Omnipresente, que enmiende mi vida tortuosa y llena de contratiempo, pero se ve, que hay otras personas más necesitadas que yo, y no me hace caso por el momento.

— No desesperes, hija mía. Dame las manos y reza conmigo...

— Abre tu corazón y cuéntame lo que te pasa, que Dios, eterno y misericordioso te va a ayudar, porque ÉL, no desatiende a los que le piden algo con fe.

—Gracias, hermano Antón: Mi vida es un puro martirio. Mi primer marido me quería como una hermana, como a su madre. Era buenísimo, cariñoso, no dejaba que me faltara de nada, pero yo quería algo más, me ilusionaba tener niños, pero él, de eso no quería ni hablar. Utilizó mi matrimonio como tapadera para que la gente dijera que él era un macho, pero no era macho; era macha. Era mariquita. Y espiando, espiando, un día lo vi con el novio en actitud inmoral...¡Tuve que dejarlo!

— El segundo marido, era muy macho, pero también muy cabrón. Disfrutaba con pegarme cuando se emborrachaba. Y yo esperaba un día y otro que le llegara el arrepentimiento, que cambiara de vida, que dejara de arrearme después de sus “peas”. Era un hombre muy problemático, con un buen trabajo, pero no consentía que nadie le llevara la contraria o le dijera que estaba equivocado. Si iba en el coche, y alguien le pitaba, alzaba la velocidad, y a toda pastilla, no cejaba hasta alcanzarlo. Se colocaba delante de él, atravesado en mitad de la calle, y, se liaba a puñetazos, patadas, con el coche, pegando unas voces tan grandes, que hasta las gentes se paraban para ver de

qué se trataba.

—Ese hombre, mal hombre, maltratador, borracho, fumador empedernido, ludópata, cuando el vicio lo arrastró hasta un punto que ya no podía más, dejó de trabajar, y, yo, lo poco que ganaba, tenía que dárselo para sus vicios, permitiendo que yo, muriera de hambre.

— ¡Ay hermano Antón! ¡Ayúdeme!

— Te voy a ayudar; pero no yo, sino Él, el misericordioso, el magnánimo. Esta noche estaré toda la jornada en ayunas pidiéndoselo hasta que te lo conceda.

— Gracias, hermano Antón. ¡Que Dios lo bendiga!

A los cuatro días de celebrada la petición, Estrella, conocía a un buen hombre, con el que formalizó su relación, casándose como Dios manda, hasta hoy.

¡QUÉ CALOR!

Hace mucho, calor. ¡Hace mucho “caló”!, ¡Dios mío! ¡Cuánto sufren los pobres en este mundo hasta que tú los llesves al otro, que será mejor. Pero mientras tanto, ¡las pasamos canutas! Vivimos mal, comemos peor, y nuestras casas, se apoderan del sol en el verano, dejando que no se escape ni una mijita. Y los ricos en sus chalés, con sus piscinas, su aire acondicionado. Y si no les va bien, se marchan a otros países donde el clima es más benigno. Nosotros, los pobres, tenemos que bailar con la más fea y soportar las gotas de sudor que a lo largo del día nos caen de la cabeza por todo el cuerpo, y mientras los antiguos faraones de Egipto tenían criados que movían las palas sobre sus cabezas, nosotros tenemos que jodernos y hacernos aire con un cartón pasadas sobre la cara para aliviar la tostaera, y si aprieta más, tenemos que aventurarnos a meternos en cualquier fuente pública para que no nos deshidratemos, Señor.

— Bien podías, Señor, dueño de las nubes volver tu cara hacia tu pueblo que sufre, y traernos de vez en cuando una *hartá* de agua que caiga sobre nuestros cuerpos y nos alivie la temperatura por unas horas. Porque tú eres poderoso con las nubes y los vientos. ¡Tú puedes cambiar un levante por un leveche en un santiamén! ¡Tú puedes obligar a los vientos del Sáhara a quedarse en el desierto, pero no permitas que se desembriden y campen por sus respetos con toda la capa de polvo y arena que traen, por las tierras del sur, dejándolo todo hecho un secarral.

— ¡Arre burra, que ya mismo vamos a comer! ¡Qué maldito sea el filósofo que se cagó en todo lo escrito! ¡Qué la Filosofía es un engaño más de unos cuantos listos de turno que con sus cábalas engañan al ser humano! ¡Porque nunca aciertan en sus predicciones! ¡La única filosofía que hay en el mundo está en el libro de los libros, la Santa Biblia! Las personas que se han acogido a esa filosofía han sido felices por los siglos de los siglos amén. Porque si en el libro sagrado dice “No matarás”, pues cúplelo y serás feliz. Si dice: ¡Amarás a tu padre y tu madre!... ¡pues cúplelo! Porque tu padre y tu madre es lo más grande que hay en el mundo. ¡Nada lo puede igualar! Ellos te dieron la vida, te cambiaron los dodotis cuando eras pequeño, te quitaron las mierdas de tu culito, te alimentaron, te dieron estudios, te casaron, te criaron a tus nietos, y cuando ya no te servían se murieron para no dar por culo— como vulgarmente se dice

— Yo, ya no tengo ni padre ni madre. Soy un huérfano! No tengo a nadie que me ayude a mis años. Y la vejez que me espera, es triste: Sin casa, sin compañía y solo. Enfermo con esta azúcar que me está matando poco a poco... ¡Pero te tengo a ti, mi Dios! ¡Que es lo más grande que me ha podido ocurrir!

Antón se baja de la borrica y le da un poco de agua; cerca hay unos rastrojos de trigo que van a hacer sus delicias en esta hora del mediodía. Y que masque y masque, que ésta, con esto tiene bastante, pero yo, voy a coger mi guitarra y voy a cantarle a mi Dios, que hizo lo más grande por mí: Librame de las ataduras de Belcebú!, y, ¡hacerme un hombre nuevo!

—Porque tú Señor, eres mi amor;
el amor de mi vida.
Que no me exiges nada
a cambio de tu protección
y de tu amooooor.
Porque como buen padre
de mi cuidas
y no me exiges nada por tu perdóoooooon.

LOS APAGA CONCIENCIAS

En estos tiempos que corren los aviones vuelan por los aires y los bocadillos también. Me explicaré después.

Antón está eufórico con el reparto de bocadillos, ropa, mantas, sacos de dormir, pago de recibos de agua, arreglo de coches, pago de recibos de luz para las familias necesitadas, y compra de lavadoras, ropa, y muchos pares de zapatos para los niños. Y tiene cola, y la cola es cada día que pasa, más grande. — pero no tan grande como la de los que vienen a darle dinero para socorrer a los necesitados—. Pero gracias a Dios, que no abandona a los suyos, el dinero viene poco a poco; la ropa también.

Pero lo que no le gusta es que a los pobres, por miedo a contraer el Sida, el voluntario rico, al que le sobran los billetes en la cartera, le tire los bocadillos a los pobres...Y que los bocadillos vuelen por lo alto de sus cabezas como si de platillos volantes se tratara.

Al hermano caído hay que aproximársele con amor, porque es el mismísimo Jesucristo el que se ve en las caras de los pobres. Hay que escucharle pacientemente tratando de resolver sus problemas, y lo que es más importante, conducirlo a un centro donde pueda salir de la droga. Porque la droga mata, la droga hunde en la miseria a familias enteras. La droga es como una gran lombriz que se lo traga todo.

Muchas veces me acuerdo de esa pobre mujer, lotera, a la que el infarto ha visitado en muchas ocasiones, y, que, para atender a su hijo drogadicto, trabaja vendiendo lotería gran parte del día, infatigable. Y el producto de su trabajo es para ¡droga! ¡Maldita sea! ¡Putá droga que se come a las familias sin que haya casi nadie que le plante la cara que hace falta!

El poeta, hombre modosito, hacía sus pinitos en la poesía mientras flirteaba con la droga. Y la droga le tendió su garra y se lo comió durante muchos años.

Abandonó a su esposa y a su hija— de la que se acordaba todos los días—, pero la droga lo había atenazado, lo había amordazado, y él, lo único que hacía durante el día era pedir a los paseantes hasta que juntaba lo que le costaba una inyección de heroína de mala calidad, puesta la cual, y pasados sus efectos, sentía la imperiosa necesidad de volver a inyectarse otra vez. Su vida era una mezcla de pedir e inyectarse. Un círculo vicioso del que no podía salir.

Con voluntad, un día lo dejó todo y se hizo un hombre libre...¡Diez años de libertad!...

Un día me lo encontré en Remar asilado allí porque había recaído.

Putá droga de la que es imposible salir.

— Gobiernos canallas: ¡Sois vosotros los culpables de lo que está ocurriendo con los jóvenes que mueren a mansalva por culpa de esa mierda! Algún día pagaréis por lo que habéis hecho con la juventud.

Teresa de Calcuta dice a la gente que viene a verla y a observar la grandeza de la obra que ella ha creado en Calcuta, que le den cosas de las que a ellos les cuesta trabajo desprenderse. Y es lo que ocurre ahora; lo que hacen falta ahora son alimentos, porque la gente se apaña con la ropa que tiene, más o menos, además, desde que se inventaron los tejidos acrílicos, la ropa, se estropea menos, —aunque el drogadicto, no lava nunca, y tira la ropa cuando ya se le cae—.

Que traigan lo que sea— dice Antón—; pero que esté en buen uso. Que no nos den cosas que tengamos que tirarlas al contenedor. Aquí lo aprovechamos todo, o casi todo, como ocurre en Remar. En una ocasión vi en Remar cómo los internos comían tortilla caducada de dos años, y no les pasaba nada. Además, cada sábado, al terminar el mercadillo, las gentes de Remar, iban y recogían todo lo que los mercaderes se habían dejado al cerrar los puestos: patatas, coles, coliflores, cebollas...¡ Y cocinándolo se lo

comían!...

Se me rompe el corazón cuando veo a la gente metida dentro de los contenedores de la basura recoger los desperdicios que tiran los supermercados. Un hombre se mete dentro del contenedor para hacer la tarea más fácil, y los otros, los que están fuera, va colocando en el suelo, ordenadamente, lo que sale del cubo, viendo lo que se puede aprovechar.

En una ocasión me dieron unas cuarenta cajas de salchichón de la Cruz Roja, en un pueblo, — porque era tal la cantidad del mismo que habían repartido—, que la gente, ya estaba harta; lo había aborrecido.

El italiano que se afincó en Córdoba, decía que era vomitivo. Pero un poco de salchichón, un poco de pan, quita el hambre de cualquiera, y a falta de pan, buenas son las tortas, que si se tiene hambre, se come cualquier cosa y no se puede seleccionar.

El hermano Antón, al bueno del hermano, cuando iba repartiendo bocadillos por las calles de Córdoba, con su carrito, le preguntaba a la gente “si habían” comido, si querían bocadillos. Si ellos les decían de qué eran, seguía su camino y no les daba nada porque decía que no tenían hambre.

Rodean al hermano una pléyade de voluntarios, y como algunos son los más ricos de la ciudad, los envidiosos, esos que no saben hacer nada por los demás, para adormecer su conciencia, cuando pasaba la comitiva cargada con los carritos, las bolsas de ropa, las mantas, los sacos de dormir, los zapatos, decían: Ahí van los apaga conciencias .

—Que digan lo que quieran. Esto es así, y hay que hacerlo, porque el hermano caído, el necesitado, tiene hambre. Y el hambre hay que apagarla con comida.

—Después, los que hablan sobre la labor caritativa que hacen los demás, éstos, se sientan en los primeros bancos de la Iglesia, no pagan el salario justo a sus empleados, van a Cuba, donde la pobreza es señora y ama del Pueblo, mientras ellos presumen de dólares y gozan con sus mujeres...Y cuando le piden dinero los misioneros para quitar el hambre de África, ellos, escurren el bulto haciendo mutis por el foro, y se van a comer al Caballo Rojo...

— ¡Ahí van los apaga conciencias!

Había otras personas que le reprochaban al hermano Antón que les diera comida y no la caña de pescar. Con la caña ellos pescarían. A lo que el hermano Antón les respondía que esta gente ya no están en condiciones de coger la caña, ¡han perdido el hábito!

Aquella tarde las cosas se habían puesto de tal manera que nos iba a tocar la lotería a uno de nosotros, quizás a Antón, quizás a algún voluntario.

Don Fulano necesito irme de viaje urgentemente. Mi hermana se ha puesto enferma y lo que tiene es grave. Tengo que ir a verla. No puedo esperar y yo no tengo dinero. Si me subo en el autobús y me pillan sin billete me la puedo buscar y bien gorda. Don Fulano abría la cartera, ¡ qué cartera más abonada!. Parecía la caja fuerte de un banco, repleta de billetes de los gordos. Y salían con facilidad cambiando de dueño.

— ¿Cuánto necesitas, Periquín?

— Con veinte duros me apaño. Pero si usted quiere dar algo más, yo no le voy a decir que no.

Don Fulano abre la cartera y saca un billete de mil pesetas y se lo va a dar.

— No, Fulano. No des dinero que es para droga. Guarda la cartera. Alimentos, ropa, sólo alimentos o ropa. ¡Y algo más! Pero dinero para droga, ¡no!

El legionario, alto, alto más que un pino carrasco o una casuarina del patio del colegio Colón, ¡no sale de su asombro! Tiene el mono a cuestras y con esas mil pesetas se lo quitaría, y ese individuo, uno de los voluntarios le quita la oportunidad de volver a su estado normal...

— El legionario coge con sus manos grandes como manoplas y agarra del cuello al

voluntario mientras que lo va subiendo a pulso hasta situar sus pies a la altura de su estómago.

— Mierda cabrón— le dice. ¿Me vas a estropear tú el plan? ¿Si el hombre da por qué tú te entrometes? Esto es cosa de él y yo; de los dos.

— Míreme a los ojos. ¡Puedo ser casi tu padre! ¡Bájame de los cielos y ponme en el suelo!

Lo del padre debió de aflojar su corazón y bajo al voluntario de un golpe al reino de los terráqueos.

Después de aquello, Antón, el bueno de Antón, le dijo al voluntario rico que no abriera la cartera ante los drogadictos porque se iba a correr la voz y lo tendrían como presa fácil, si no ellos, otros del hampa que siempre estaban al loro.

Y el legionario, preso de su abstinencia, del mono se fue a otros lares a buscar mercancía con la que quitarse el mono de encima.

NO TODOS LOS QUE ESTÁN EN EL MANICOMIO SON LOCOS

El efecto de los analgésicos, puestos en demasía a Antón, le hicieron efecto hasta bien entrada la tarde. Durante el estado de adormecimiento fue pasando de un sueño a otro; todos por igual agradables. Pero hubo uno en el que se recreó después de vuelto a la realidad: “Antón aclamado por todos los santos camino de su coronación con la corona de palma”.

Y va Antón vestido con sus mejores galas; las que siempre soñó llevar en su vida cotidiana: Camisa blanca abierta con encajes por los bordes de las mangas y cuello, raftas en el pelo abundante, felpa de color dorado para sujetar los cabellos, pantalón abombado y botas negras con espuelas doradas: En su mano su guitarra más apreciada; Una Yamaha modelo 1445 con conexión eléctrica para amplificador.

Y el coro celestial del amplio salón donde se celebran estas santas ceremonias entona cánticos celestiales acompañados con un gigantesco órgano de 25 metros de altura.

Y Antón, todo orgulloso, echa mano a su guitarra poniendo el acorde adecuado al cántico que está sonando...Y canta, canta Antón, lleno de júbilo, y salta, y baila a su Dios que al fondo le está esperando en un trono de oro y esmeraldas rodeado de sus más fieles arcángeles.

Y Antón no tiene prisa por llegar hasta el trono sagrado porque sabe que no se va a ver en otra ocasión como ésta. Y que cuando Dios Padre le coloque la corona de palma en su cabeza y le toque con el rayo de luz de la inmortalidad, pasará a ocupar su sitio para la eternidad entre los santos, comenzar y no acabar un sin fin de ceremonias jubilosas, gratificantes y eternas.

Ya está Antón en el primer peldaño de la escalera que conduce a Dios Padre... ¡Arrecian los cantos! Y una ovación cerrada y estruendosa corre por todo el recinto.

Antón llora de emoción y se acuerda de todo lo pasado. De su vida anterior llena de podredumbre, de vicio, de lujuria, de gula...

Y cae frente al Padre Dios de bruces en el suelo.

— ¡Levántate Antón! Hoy nos hemos reunido aquí en el cielo, Padre, Hijo y Espíritu Santo junto con todos los santos y los ángeles, arcángeles, querubines, tronos, dominaciones, virtudes y potestades, serafines, para recibirte como santo entre los santos y coronarte con la gran corona de la luz y la claridad, de la santidad más perfecta. No es hora de que te acuerdes de tu escabroso pasado porque eso ya está perdonado por tus muchas horas de oraciones, rezos y penitencias en la tierra. Levántate y recibe la palma de la castidad que cumpliste durante cuarenta años. Ahora, ya, despojado de tus antiguas vestiduras terrenales, pasas a la dimensión de la luz más resplandeciente.

El coro esparce sus sonos celestiales, y las distintas claves, algunas no conocidas en la tierra, salen de los tubos del órgano de bambú grandioso y espectacular.

— Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

—Ahora, arrodíllate ante la divinidad y reconoce que me serás fiel durante toda la eternidad, y, que no tendrás a otro Dios más que a mí.

—Dios mío, estoy arrodillado ante Ti, ante tu Divina Presencia, y, como tu humilde siervo, reconozco que eres mi Dios, ahora y siempre, por siempre, Amén.

Unos ángeles puros como la luz, la luz misma, traen en unos capazos de algodón blanco la corona de palma que dejan ante el Santo Altar, flotando en el ara santa.

Dios, luz, purísima y relajante atrae con su poder la corona y la coloca sobre la testa del nuevo santo...

Un mosquito con una trompa afilada como la lanza de Don Quijote, originario de las vegas del Genil, en Granada, enfila hacia el orondo Antón inyectándole su veneno en el centro del mismísimo ojo derecho.

Antón se levanta del suelo del inmenso templo donde acababa de ser coronado por la divinidad, y del salto que pega, rompe las cintas con las que los loqueros del Hospital de San Juan de Dios lo habían asido a los varales de la cama para que en caso de despertar no pudiera levantarse.

Y Antón vuelve del mundo eterno, en un santiamén, al mundo triste y doloroso de la tierra, y al cuarto del hospital donde los loqueros trataban de volver a atarlo para que siguiera en estado de catarsis somnolienta el tratamiento que el doctor Vaca Boca le había recetado.

Y en un forcejeo sobrenatural con sus cuidadores huye por los pasillos casi en cueros ante el asombro de todos los allí presentes que se ponen las manos en la cabeza cuando lo ven pasar de aquella manera casi tan natural.

Y sube por las calles angostas de la Granada moruna hacia la Alhambra, lugar donde será difícil que lo busquen, ya que la mayor parte de la policía municipal está ocupada en proteger a los turistas que inundan Granada, de los carteristas, truhanes, ladrones, y demás pícaros que buscan el dinero de estos extranjeros.

Y cuando llega ante la puerta de La Mano, la que está esculpida en el yeso de un arco de la amplia entrada hacia el palacio, salta en ademán de coger la mano del Profeta que está situada a unos ocho metros de altura con la intención de que se rompa el maleficio y Granada revierta a los árabes.

Pero lo único que consigue es pisar en los callos a una mujer mayor que ante los gritos de dolor atrae a su marido que avisado por el motivo de sus lamentos agarra a Antón por el cuello de la camisa y lo estampa contra la pared.

Antón se levanta, se compone, y, sin mirar a la mole alemana que le ha zumbado la badana, huye de allí como gato escaldado y se refugia en la Sala de Washington Irving, el escritor americano que vivió en el palacio mientras escribía los “Cuentos de la Alhambra”. Es una estancia llena de misterio y dotada de una iluminación romántica que está intacta desde que la dejara el escritor.

Dicen que por la habitación, en las noches en que gime la Campana de la Vela, noches de tormenta con truenos, agua, y, fuertes vendavales, el espíritu cromático luminoso y espectral del escritor, pasea por las estancias dando grandes gemidos que asustan a la vecindad del Barrio del Albaicín.

Las madres, ante tan terribles alaridos, que más bien parece ser que proceden del mismísimo Averno, atrancan las puertas de las casas con una gran tranca, y, cierran los postigos de las ventanas aguantándolos con los muebles apoyados sobre los mismos. Cualquier resquicio en sus hojas será suficiente para que el mismísimo demonio entre en las alcobas y se lleve a los infantes que duermen plácidamente en las cunitas con colchón de hojas de maíz y farfolla.

NEGRITOS AL MAR

Como hay poca clientela a los dueños de los bares, como la mafia, se han puesto de acuerdo para fijar el precio de las consumiciones, y, ofrecen, como aliciente, una tapa gratis con la cerveza.

Y esta norma se ha hecho general, hasta que, vuelta la gente, recuperada la clientela, que ahora hay poca, quitan la tapa y dejan a la cerveza como su madre la trajo al mundo.

Y Antón, que el hombre para no estar solo todo el día busca la compañía que le da el acogimiento del bar, se sienta en una mesa donde se toma una manzanilla hasta que llega la hora del cierre cuando la noche se va a dormir envolviéndose en nubes de colores y calentándose con los últimos rayos del sol poniente.

El dueño del bar, y de muchos bares del pueblo, es un hombre religioso, como así también su mujer, —que va a misa cada día—, pero de ayudar a los pobres, nada de nada. Alguna vez le da unas barras de pan, para que El Santo, se quite el hambre y él así lava un poco su conciencia.

Y el otro día, cuando Antón se entretenía en leer la Santa Biblia, — pero no la cristiana—, sino la de los pobres, la mujer del panadero le dijo a su marido que quería en bandeja la Biblia de Antón, porque era protestante, y en ella no se hablaba, ni de la Virgen del Carmen, ni de los Santos, y que de seguir así, Dios, les iba a mandar una desgracia si persistía asistiendo al bar con su Biblia el beato.

Y el hombre, modosito él donde los haya, pero sometido a los dictados de su señora, no tuvo más remedio que acercarse a la mesa donde Antón fortalecía su fe, y, dándole palmaditas en el hombro, le dijo:

— Antón: Tú sabes que yo te he ayudado todo lo que he podido cuando me lo has solicitado, y que te he dado el pan diario que necesitabas, y aún más...., pero ahora, a cambio de un favor, te pido otro: ¡Que no traigas más aquí la Biblia, tu Biblia, o, que no la abras cuando vengas aquí, y menos aún, que se la leas a la gente, a tus discípulos y seguidores en mi bar.

— ¿Y qué de malo hay en que yo traiga la Biblia aquí, que se la lea a los que me preguntan, a los que me piden consejo para dirigir hacia el lado correcto su vida desquiciada?

— Pues de malo nada, ¡sólo que a mi mujer le han dicho en la Iglesia suya que tú eres un hereje protestante, y que como sigas viniendo aquí con el Libro, van a dejar de consumir en mi casa, y el negocio es el negocio!

— Tú hace tiempo que tuviste una trombosis, y yo pedí a mi Dios que te salvara, ¡y todavía no estás bien!, porque renqueas de un pie.

— ¡Así fue, y, ahora, estoy ya casi bien!, pero ¿qué tiene que ver la enfermedad con eso?

— Pues, que Dios, mi Dios, ¡el verdadero!, porque el tuyo es falso, como lo son todos tus Santos, porque santo sólo es Dios, porque aquí lo dice: ¡Sólo adorarás a Dios! ¡No harás imágenes de nadie ni de nada, y aún menos las colocarás en mi casa ni le darás culto! Y como yo me empecine, mi Dios, Bendito Sea Su Santo Nombre, te va a hacer bajar a la fosa en la que ya tienes casi un pie, sino los dos, y parte de la cabeza si llevas a cabo tus propósitos de tirarme a la calle de aquí como un perro.

Mario, que así se llamaba el dueño de la pastelería, como un nuevo Jesús de Nazaret cogió todas las cosas de Antón, su Biblia, y el macuto, y agarrando de una mano con fuerza a Antón lo sacó a la calle, donde lo dejó con todas sus cosas alrededor, tiradas en el suelo.

Y Antón, que está acostumbrado a que lo persigan, lo insulten, se ríen de él, lo

tomen por loco, le hagan burlas, lo asusten, hincándose de rodillas en el suelo, y con las manos unidas hacia el cielo, dio gracias a Dios, Bendito Sea Su Santo Nombre, de que ese hombre demoníaco, lo hubiese tirado a la calle como un perro junto con el Libro de los Libros.

Y recompuesta su situación, arreglado su cabello de raftas, colocada su felpa en la cabeza en el lugar correspondiente, sujeta en la cabeza su pamela de ancha ala, se fue andando despacito con su bastón de cascabeles, conchas y cintas prendidas, hacia la playa, junto al puerto, mientras el panadero le decía “ que no volviera más por su negocio”.

Es este pequeño pueblo de Lo Segán una calle de otro mayor —al que llaman San Luis del Peinado—, pero que para gloria del que lleva nombre de la piedra angular de la Iglesia católica, posee un bonito y coqueto puerto donde fondean muchos barcos— no muy grandes— en sus tranquilas aguas.

Su mar, el Mar Menor, es una gran laguna de 30 kilómetros de largo, que tiene en su parte sur una gran urbanización que llaman la Manga que alberga en los veranos una gran población que da vida a la zona.

Las doradas del Mar Menor, los langostinos, sus gambas, son únicas por su sabor, y por su precio. Y el Caldero, hecho con pescados de todas las clases, hace las delicias de los que lo prueban, sobre todo, si le echan el “Garum Gallicum” de tiempos de los romanos y que los barcos lo llevaban a Roma desde Cartagena.

Pero ahora, con la crisis, la zona se ha venido a menos, y los comerciantes— no venden lo que vendían antes—, quejándose al Ayuntamiento— de que ellos pagan impuestos, — cosa que no hacen la multitud de negritos—, que al amparo de la permisividad, venden en el suelo numerosos objetos de contrabando, que van, desde los bolsos, a las películas pirateadas, camisetas, perfumes, juguetes...

Y cuando llega la noche, en los meses de julio y agosto, cuando la calle Campo está a rebosar de gente, hace su aparición por sorpresa la Policía Municipal, que obliga a los negritos a recoger la mercancía rápidamente, so riesgo de perderla.

Y la gente, cuando los policías corren tras los negritos, se divide en comentarios a favor de su actuación, o, en contra, y nuestro querido hermano, —que está por los más débiles—, toma partido a su favor y en contra de la autoridad.

Y cuando ve cómo los negritos se meten en el mar con su género, y los policías también, coge su viejo megáfono y echa una arenga contra la autoridad local.

—Hermanos, hermanicos: ¡No hagáis caso a vuestra Alcaldesa! No oséis poner las manos sobre el género de los que tras mil peripecias atravesaron el desierto del Sáhara salvando mil peligros, porque atraídos por la TV vieron, que aquí, era más fácil ganarse la vida que en sus países —donde había gobiernos corruptos y no democráticos—. Son hermanos nuestros, hijos del mismo Padre, Bendito Sea Su Santo Nombre, aunque su color sea diferente. ¿No os da vergüenza perseguir a los protegidos de Dios, los más pobres entre los pobres, al mismísimo Jesucristo Nuestro Señor? Y yo os digo que dentro de pocos años vendrá un Papa que tomará el nombre del más pobre de los pobres, San Francisco, y que renunciará a todo el boato y la parafernalia del Vaticano. No se pondrá la cruz de oro y brillantes, se paseará en autobús, y renunciará a la escolta calzando sus zapatos viejos y negros...

— Un guardia joven, con aspecto de Silvester Stallone, fornido, musculoso, con una pistola al cinto, dos esposas, una defensa, y, un walkye; un hombre, que superada una oposición, después de haber fracasado en estudios superiores, entró en la policía para “dar ostias” al que no se las merecía, cuando mejor hubiese sido que dirigiera sus musculosas fuerzas contra banqueros y políticos, culpables de la crisis que padecemos, y en un arrebató de defensa de los más débiles, hubiese detenido y puesto a disposición judicial, a Zapatero y Rubalcaba, amén de sus ministros, los que se pusieron pensiones millonarias de por vida, robando las arcas y esquilmando al país dejándolo con más de

cinco millones de parados, agarró el megáfono de Antón, y colocándolo sobre las rodillas, hecha la presión que exigía el aparato, lo redujo a trasto inservible para el resto de sus días.

— ¿Pero qué hace hombre de Belcebú con el megáfono? ¿ No sabe que ese aparato es santo? ¿ Que la palabra que de él sale es santa puesto que es para ensalzar al Santo de los Santos?—dijo Antón.

Y cogiendo el walky llamó a Jefatura para recibir órdenes. Las palabras de contestación que salieron a través del auricular del talky, no pudieron ser más desafortunadas:

— Al de las raftas, viejo conocido mío, que me está alterando el gallinero, ¡ dos pares de ostias y con él al cuartelillo! ¡Qué pase toda la noche allí, y cuando llegue la mañana, lo metéis en el coche patrulla y lo dejáis donde lo parió su madre ¡ Maldito cabrón que no hace nada más que enfrentarme a los jefes por mor de su absurda predicación!

LA MEDITACIÓN

Antón lleva mucho tiempo dedicado a los demás con las predicación para salvar sus almas y llevarlas a la verdadera salvación, al cielo eterno, dando de comer a los necesitados ,buscando alimentos entre la gente caritativa, recogiendo ropa para los que no tienen, andando de aquí para allá, leyendo lo que mal puede, ya que acaso sabe leer, paseando con sus discípulos de un escenario a otro; o sea, que a él, lo que se dice para él, no dedica ni una hora del día y teme caer en una depresión profunda de la que le va a ser difícil salir si no espabila pronto.

Este mundo que le ha tocado vivir es un mundo de locos en el que la mente no para de recibir información cada minuto. Del mundo terrenal le vienen mensajes a cada instante por la radio, en los periódicos, en los libros, de boca a boca, y así, un día y otro, meses y años. Todo el mundo se cree en posesión de la verdad, todas las religiones dicen ser las elegidas, cada predicador se considera un enviado del Ser Supremo, Bendito sea Su Santo Nombre.

Él quiere ser dueño de su vida. Quiere que otros no le contaminen su mente. En ella quiere escribir las páginas que le gustan, pero por él mismo. No quiere dejar la puerta abierta a que otros cincelen lo que a él no le interesa. Y menos aún, que la información que le llega a él sea errónea e interesada. Porque reconoce que la información que nos suministran a través de la prensa, el cine, los libros, las revistas, las conferencias, los sermones, es una información interesada y distorsionada con la que tratan de llevarte a su partido, a su molino, haciendo de ti una ovejita dócil y mansa para sus intereses.

Antón quiere ser un hombre de su tiempo. Él quiere aprender, estudiar. Saber distinguir entre lo que es bueno para él, y lo que es basura, mercancía interesada. De todas formas no puede seguir en esta dirección ni un día más: ¡Acabará volviéndose neurótico!

Reconoce que hoy día hay muchísima información en el mundo, que nos bombardean continuamente con lo que ellos quieren que seamos tratando de llevarnos por el camino que ellos han elegido para que sirva a sus intereses partidistas sacando buenos réditos económicos de la misma.

También sabe, que hoy, como están las cosas, no se debe de dejar de aprender, que hay que seguir estudiando hasta el día de la muerte, que los profesores, la mayoría de los que hoy dan clases en los distintos lugares de enseñanza, si no han continuado aprendiendo, se han quedado atrás y sus enseñanzas ya no valen porque no están acordes con los tiempos que corren.

Por todo eso quiere hacer suya la máxima del sabio Nasrudín, El Mulá: “Si hoy pasa algo, no tendré tiempo de ocuparme del asunto hasta dentro de tres meses. Ya han pasado muchas cosas malas y ahí están, esperando. Si hoy pasa algo, no tendré tiempo de ocuparme del asunto al menos hasta dentro de tres meses, insistió, Nasrudín El Mulá”. Pero el que el mundo te envíe una información día a día, sesgada, partidista, interesada, no quiere decir que Antón no la oiga, no la lea. Él tiene que aprender cada día lo nuevo que llega y discernir si es bueno para él, o no. Si es basura, o es bueno para su alma.

Ultimamente se encuentra mal, ve que le falta algo, que no se encuentra lleno con lo que hace y necesita dar un cambio radical a su vida. Necesita buscar lo que sea, que no sabe lo que es, para que su cuerpo recupere la energía que se le está yendo por los poros. Por todo lo cual decide poner en marcha un plan B para su alma y va a pedir ayuda a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque sólo Él, Bendito sea Su Santo Nombre, puede darle lo que necesita.

— Dios mío, Dios mío: Tú me has metido en esto de la predicación de la verdad, de tratar de convertir a los malos, de atraer hacia tu Reino a los perversos que tanto odio llevan en el cuerpo. Pero yo me encuentro agotado, ¡me faltan las fuerzas!, tengo la

cabeza embotada, me faltan las ideas para convencer a los indecisos; por eso te pido que me ayudes, que me pongas en camino de encontrar la solución, una solución que me libre del marasmo intelectual en el que me encuentro metido.

Y Antón entra en un profundo sueño, en un sopor que hasta los que le rodean temen que el final se le acerque, que haya llegado el momento en que entregue su alma al Padre, casi sin avisar. ¡Y tienen miedo por él!

Y durante el sueño Antón pone un grueso muro a todo lo que entra desde el exterior. Transportado a Asia ve un grupo de monjes que están quietos, inmóviles en una gran sala. No se oye ni una mosca. Así durante una hora: ¡Es la hora de la meditación! Durante una hora esta gente santa se olvida del mundo internándose en su propio ser. Durante una hora, ni un pensamiento, ni una fantasía, ni un recuerdo entra en su mente; eso rejuvenecerá su conciencia y volverán al mundo con nuevas fuentes de energía, más jóvenes, con más ganas y capacidad de aprender, con más respeto hacia los demás. ¡Nuevos como niños! Sólo dejará entrar durante esa hora lo que interesa a su mente y no contaminado; lo demás es arrojado al exterior sin piedad.

Pero la práctica de la meditación requiere mucho ejercicio, mucha disciplina de la mente...

Y Antón, vuelto de ese sueño ve que Dios lo ha puesto en el camino seguro: Porque si no deja descansar su mente con la meditación, estará atendiendo todos los mensajes que le llegan y que si no expulsas de la mente van acumulándose en la misma como se acumula la basura en el basurero. Y él quiere tener una mente limpia, incontaminada, en la que sólo paseen por ella las ideas que conciernen a Dios su padre.

— Gracias Dios mío Padre Bueno porque me has escuchado una vez más, porque has estado junto a tu siervo en momentos de baja forma, de tribulación por mi estado físico y psíquico. Gracias por haberme dado la clave para resolver mi problema la cual está en hacer meditación durante una hora al día en un lugar apartado, sin que me bombardeen con sus ideas interesadas, los mismísimos demonios, ¡maldito Belcebú! ¡Qué ganas te tengo!... Quiero estar en contacto con los pájaros, escuchar el paso cantarino del agua del río entre las piedras, oír pacientemente el aire que besa las hojas de los árboles, estar presente cuando los cantos de amores de los pájaros se convierten en una hermosa sinfonía, oír la música que sale de esa vieja radio, y estar abierto a lo que mi Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, me diga. Amén.

DIOS ES GRANDE. DON DE LENGUAS

Dios es grande, Dios es maravilloso, Dios es sumamente misericordioso, magnánimo, potente, que quiere a sus hijos y no los olvida, que los acompaña en todas las vicisitudes, y que confiamos en Él, Bendito sea Su Santo Nombre, por los siglos de los siglos, amén, amén, amén, amén, con acompañamiento de guitarra y voz potente que penetra en el auditorio que es cada vez más numeroso, mas polifacético, más multicultural, pues en la audiencia, hay alemanes , francesas, rusos, polacos, noruegas, suecas, andaluces, madrileñas, catalanes, navarros, gallegas, asturianos...

—Y os digo una cosa, que hoy, ¡ vive Dios!, estoy imbuido del Espíritu Santo, y no hablo por mí, pobre y miserable esclavo del Señor, que se fijó en esta humilde persona,” malanpa ca lo panca veluca echafonda ferusola lonamamda kelopelo charonca vella lopisuta leimnota claratera escupola manisa bellutona trancatona benapera lorquilama melonera parapanta cholota”— es lo que sale por la boca del humilde siervo del Señor que no fue a la escuela y que ahora habla en la lengua de este bello país allende los mares helados del bacalao .

Y lo curioso del caso, que no es para bromas, es, que hay un grupo de turistas que pasan sus vacaciones por aquí y que han venido a tomar los lodos del Mar Menor en las playas del Mirador, y que entienden perfectamente lo que dice el hermano Antón que echa a llorar bendiciendo a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que al ver cómo son entendidos y comprendidos en su lengua, piden confesión al hermano Antón y hacen gran penitencia abjurando de todos los dioses que acompañaban sus hogares y sus celebraciones paganas contentos de la nueva doctrina en la que Dios se inmoló por todos nosotros para redimirnos del pecado original cometido por nuestros Primeros Padres, Adán y Eva.

Y para no perder tiempo les da un breve cursillo con los dogmas de la Religión cristiana.

Y como un Jordán salvífico, el Mar Menor, sirve de inmensa piscina donde uno a uno, y una una, van entrando en sus calientes aguas los nuevos creyentes que recibirán por las sales tan sanadoras de esta laguna la comunicación con el Ser Supremo que no ajeno a la ceremonia hace su aparición...

Y el cielo se enrojece, se llena de nubes granate y oscuras con tonalidades ocres y amarillas en una gama perfecta de colores de salvación.

A pesar de los colores el cielo está oscuro y los truenos son atronadores acompañados de rayos que caen por doquier sin dañar a ninguno de los nuevos elegidos. Y la Policía Municipal hace acto de presencia en un número bastante abundante pertrechada con todo el armamento de disuasión y antidisturbios, una moto bomba con manguera de agua de gran potencia con agua de colores para señalar a los manifestantes en caso de disturbios y detenerlos.

Los coches del 112 llegan con sus sirenas y sus destellos atronando el aire con su sonido estridente, y, hasta un camión de bomberos hace acto de presencia, cuando, uno a uno, una una, los nuevos conversos reciben las aguas del bautismo sobre su cabezas rubias de pueblos bárbaros del norte.

Y el Espíritu de Dios, pre anunciado por un gran ángel que va desde el suelo hasta muchos kilómetros hacia arriba, dirección cielo, todo refulgente, anuncia la presencia inmediata de Dios ante los bautizados...

— Hijos míos, sois la salvación del mundo, un mundo corrompido por la inmoralidad y la negación de mi existencia...Quiero que vayáis como el hermano José por todas partes anunciando el Evangelio, diciendo a las gentes, que el que crea en Mí se salvará, y que yo, Dios Padre, junto con el Espíritu Santo y Jesucristo mi Hijo, os anunciamos, que esto ya se acaba, que quedan días para que volvamos para hacer

justicia con las gentes de la Tierra.

Antón cae en tierra y la besa. Sus palabras son de alabanza para Dios porque corroboran lo que él ya está anunciando: —“El mundo se acaba y viene lo peor para algunos si no se arrepienten”. Amén.

LA PROCESIÓN DE LAS PALMERAS

Y prosigue su labor pastoral el hermano Antón por tierras ajenas a la salvación, la fe, la moral y las buenas costumbres.

En su peregrinar va encontrando muchos sinsabores; piedras que le ponen en el camino para que el “carro” de la Buena Nueva no ande y se hunda en los baches de la desesperación que es lo que quiere Satanás, ¡maldita sea su fea estampa!

Pero Antón, luz de los creyentes, estrella que no se apaga, faro de los perdidos, simiente de los hambrientos, no decae, y, cada día, en su viejo coche, se lanza a esos caminos por donde Dios debe de imperar para desgracia y envidia de Satanás, ¡ que se pudra en los infiernos eternamente!

Para hoy, día de San Cayetano, 7 de agosto, Padre de la Providencia, tiene previsto hacer un reparto de bocadillos para las criaturas que ZP ha dejado tiradas para satisfacer su ego personal. Porque queramos, o, no, y por muchas fuerzas que se opongan, ZP, antes o después, será procesado por haber arruinado a España junto con los miembros de su Gobierno y muchos socialistas que no quieren a España sino que se hunda y desaparezca.

También, Antón el hermano benéfico y santo, santidad que relumbra sobre muchas santidades, santidad de trabajo y dedicación, hoy, día de San Cayetano, ocho de agosto, Antón, cuyo nombre retumbará por todos los confines de la Tierra y será venerado aquí y en el más allá para gloria de la Cristiandad por los siglos de los siglos, amén, Jesús, Bendito sea Su Santo Nombre por los siglos de los siglos, amén, así sea; también, hoy, Antón, el Venerable, ha comprado un megáfono, de gran potencia, una maravilla de la ingeniería china para realizar una labor de predicación por una playa muy concurrida, playa donde la dueña y señora es el alga llamada Posidonia, albergue y criadero de numerosos peces como la dorada, el mujo, la herrera, el sargo, la sardina, el pajel, alimento para la población y alegría para los arrastreros que ganan dinero con su captura pero motivo de desagrado para los ecologistas y los amantes de la Naturaleza, porque con sus redes se están cargando esta maravillosa alga, de plantas, algunas, tres veces milenaria, y protectora del litoral frente a las embestidas del mar furioso los días de Levante encabronado.

Ya se ve venir a lo lejos de la playa de La Llana en San Pedro del Pinatar una gran estela de personas portando estandartes, cruces, incensarios, cartelas, pendones, y también se oyen las `plegarias que entona el hermano Antón, a cuyos oídos, ha llegado el escándalo que produce en los buenos cristianos y en la Iglesia, un nudismo en aumento, no sólo de la parte superior de las mujeres, sino también, de la parte inferior. Un nudismo del que se han apoderado gays y lesbianas para su perdición y que pululan por la playa desde el rompeolas hasta bien pasadas las palmeras de las dunas.

Ya arrecian los cantos, ya están cerca.

— ¡Arrepentíos!, ¡arrepentíos! Ya se acerca la hora en la que Jesús, Padre y Señor, va a bajar a la Tierra para ajustar cuentas a todos aquellos que desoyeron su palabra de salvación. Yo, humilde servidor suyo, he sido enviado por Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, junto con todos los que me acompañan, discípulos míos, para deciros que todavía estáis a tiempo, que es hora de volver al verdadero Camino, el de la salvación por siempre y hasta la eternidad más eterna con principio y sin fin.

— Tapad vuestras carnes desnudas, vuestros senos molestos, vuestros miembros viriles, hombres gays, abandonad a vuestras parejas mujeres lesbianas y gays, porque más vale pasar calor, sed, insolación por un tiempo, vivir solos y tapados, que sufrir para toda la eternidad las penas del infierno, donde el dolor, el llanto y el rechinar de dientes, no se acabarán jamás, fuego que no se consume y dolor que no cesa.

Por el suelo, las parejas de gays y lesbianas tiradas en la arena, abrazados, en

cueros vivos, detrás de las palmeras, enseñando la “tierra mortal” al astro rey que debe de sentir pena por tan gran exhibición de pecado, él, que lo debe todo, su luz, su energía, su calor, su ser radiante, al que todo lo puede, sumo Señor y Creador de la materia más extensa.

Una pareja de gays salen corriendo para ocultarse detrás de las palmeras, vistiéndose, tapando el instrumento de la creación, para venir a postrarse ante Antón, implorando su misericordia y su perdón para aquel que todo lo puede.

—Padre Antón, hemos vivido en el pecado, hemos pecado, hemos desobedecido a Dios, Padre misericordioso, pero, ahora, denos su perdón, que Dios nos lo conceda y desde hoy viviremos amándonos en castidad pura.

Y se unen a la procesión ante el asombro de los presentes que entonan cánticos de alabanza y agradecimiento al que todo perdona.

Una pareja de lesbianas, una mayor, pasado los cuarenta y otra joven, apenas ha cumplido lo veinte años, se ponen delante de la procesión en actitud inmoral e indecorosa, las manos en los senos y en el pubis haciendo ademanes groseros...

El hermano Antón trata de dialogar, les dice que ese no es el camino, que Dios las quiere como a hijas suyas de la Iglesia Universal, que desistan de su actitud, que cesen su provocación, escándalo para los presentes, egregios de la santidad y la oración, consagrados a Dios y al culto, que les dejen paso pues les queda mucho camino hasta llegar a la Punta de Algas, haciéndose ya tarde y queremos volver para cuando el Sol, astro rey, se esconda entre el Cabezo de Torre Pacheco, cuyos cantos protegen los diques que impiden el paso del agua del Mar Menor al Mediterráneo.

La pareja de lesbianas arrecian la voz, insultan a los procesionarios, pegan voces, tiran arena a los pendones, escupen a la cruz que porta el venerable hermano...

— ¡Pero muchachas, hijas de Belcebú, al que igualáis en maldad y en zafiedad! Hay cosas que no se pueden tolerar por muy cristianos que seamos, y, ésta, es una de ellas. Que el nombre de Dios no será mancillado por ningún ser humano; y menos, los símbolos que le representan. No esperéis que os ría vuestras gracias e inmoralidades...

Y agarrando la cruz por la parte de los brazos salió corriendo tras las lesbianas que gritaban pidiendo socorro contra aquel gitano insociable y gritón, predicador de la intolerancia y las costumbres retrógradas.

Un coche de la Guardia Civil hace acto de presencia previa llamada de los vigilantes de la playa.

Dos números bien armados se bajan del coche y se colocan entre las lesbianas y Antón. Las lesbianas gritan por sus derechos. Antón clama por la religión, por Dios.

El cabo de la Benemérita coge a Antón por la solapa de la túnica que lleva puesta y lo mete de un empujón en el coche ranchera. A continuación, y más rápido, las lesbianas pasan al interior casi en lo alto de Antón que tiene que hacer malabarismos para que no se suban encima de él ante los gritos contra la autoridad de los procesionarios. La ranchera pone rumbo al pueblo. La procesión da media vuelta, y el hermano Rafa, segundo de a bordo de Antón, venerable, reconduce la procesión hasta el punto de partida.

Dentro del coche, la pelea está asegurada. El insulto también. El cabo acelera para dejar esta carga tan molesta lo más pronto posible en el cuartelillo, porque de no ser así, es imaginable que tenga que cambiar de rumbo hacia el hospital con algún herido de importancia.

EL PASEO DE LOS LIGUES

Toda la gente se agolpa en torno a nuestro santo, el que hace milagros, un enviado de Dios. Y Antón, se las ve y se las desea para evitar que le toquen el cuerpo, le arranquen un trozo de ropa, un poco de cabello, para pasarlo por sus dolencias buscando la curación.

Alguien llama a la Policía que pronto está preguntando a la gente qué ocurre por ahí y cuál es el origen de tanto alboroto.

Un policía joven, coge el silbato, y a silbatazo limpio trata de dispersar a la gente, pero la gente no se retira del santo ni un milímetro: ¡Están dispuestos a aguantar todo el tiempo que sea para obtener sanación para un cuerpo dolido, mutilado, atrofiado!

El sargento de turno llama al cuartelillo para pedir instrucciones, y las órdenes que vienen del Jefe de Policía, son tajantes:

¡Disuelvan el alboroto! Hagan lo que sea pero hay que acabar con este gentío que está perdiendo la cabeza!

Y los policías, utilizan botes de humo y porras de goma, contra la multitud que huye al recibir los primeros gases y los primeros golpes en sus doloridos cuerpos.

— Señores, calma; señores, calma. ¡Por Jesucristo, Dios y Hombre, tengan piedad de estos enfermos! ¡No carguen con las porras contra los cuerpos de los que han sufrido y sufren los golpes de la enfermedad! ¡No echen gases contra los pulmones de los que casi no pueden respirar!

— Usted, viejo, ¿quién se cree que es?

— Yo soy un enviado de Dios que ha curado el cuerpo de un paralítico que ahora anda sin muletas. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea su Santo Nombre!

— ¡Viejo: Cállese, que lo encierro! ¡Qué lo llevo al cuartelillo y lo dejo allí 72 horas!

— Aquí tiene mis manos cansadas y doloridas por el paso del tiempo. ¡Ponga sobre ellas las esposas de la incomunicación! ¡Qué las cadenas aten mi pasado y Jesucristo las rompa para el futuro!

— Este hombre está como una cabra. ¡Despejen!

Y Antón no tiene más remedio que salir de aquel barullo ante la incompreensión de unos guardias que amenazaban su libertad. Y comienza a andar por la playa de Villalobitos, viendo lo que no quieren sus ojos ver: ¡Mujeres con los pechos al aire!...

Y tentado por su deseo de proclamar la Buena Nueva, se sube a una silla de salvamento, de las que hay en la playa para los socorristas, y, desde allí, sentado y bien situado, coge un viejo megáfono, y, encendido, comienza su alocución:

—Queridos hermanos, queridos turistas, queridas hermanas, en Cristo Jesús, el que lo dio todo por nosotros, y ahora, ya lo hemos olvidado para nuestro placer y gusto.

—Hace muchos años, yo solía frecuentar estas playas, acompañado de mis conquistas, mujeres jóvenes, bonitas, apasionadas, las que no dudaban en darme su cariño a cambio de cogerme las perras.

— Eran años de vicio, de gula, de locura, para mí, pero un día, el Señor, ¡Bendito sea Su Santo Nombre!, me llamó para ser uno de sus elegidos, para predicar su venida entre nosotros y ajustar las cuentas a aquellos que no creyeron en él.

—Hace muchos años, los cangrejos, por la playa de la Mora, cruzaban el camino a cientos, de un mar, el Mar Menor, a la laguna de las Malignas.

— Y en ese camino, en los coches, como casas, las parejas, cientos de parejas, buscaban la noche para hacer el amor. Muchos de los niños de estos parajes nacieron en aquellos encuentros de placer. Y, hoy, son ya, hombres y mujeres maduros, algunos y algunas de los cuales me estarán escuchando.

Muchas de aquellas parejas decidieron seguir con su relación y se unieron en santo matrimonio; otras, cogidas por la sorpresa del embarazo, caminaron hacia lo peor: ¡El

aborto!

—Ese camino, camino del engaño, — como yo lo llamo—, sirvió para que muchas personas, de todos los sitios, ligaran al margen de sus respectivas cónyuges, las cuales, en la quietud del hogar, pensaban que sus maridos pronto volverían, mientras que estaban refocilando con otras al estilo de Sodoma y Gomorra.

—Y había, y hay, muchas parejas de viejo con joven, que iban llamando la atención, porque ellos, pasados ya los sesenta años, eran preguntados por el fotógrafo, si era requerido para plasmar el momento, cómo quería que fotografiase a su hija...

—¡Arrepentíos, arrepentíos, arrepentíos!...Se acerca el final. ¡Jesús vuelve para hacer Justicia entre los mortales y los que duermen plácidamente en la tierra desde que murieron! ¡Es la hora de que la Justicia se haga para todos!

— Pero todavía podéis arrepentiros. Jesús es Misericordioso y os va a perdonar. Porque su corazón es tan grande como el Universo. Pero dejad esa vida que lleváis de lujuria, de gula, de diversión...

— Hay señales que nos avisan de la vuelta de Jesús. Señales muy claras y continuas: Cataclismos, tsunamis, enfermedades malignas y fuertes y extendidas, que son un claro indicio de que el final de los tiempos se avecina y de que Jesús viene a hacer justicia.

—Nuestro Padre que está en los cielos, el Creador de todo, de plantas, animales, mares, oxígeno, Universo, ya ha señalado el día de su venida. Pero estáis a tiempo de arrepentiros y salvaros para la eternidad.

—Desde que Jesús venga y se abra el cielo para todos los mortales, el cómputo del tiempo se habrá terminado definitivamente. ¡Nadie podrá agregarle hojas al calendario!...

MANOLICO “EL CAPAOR”

Está anocheciendo por el Levante español. El Sol ofrece a los viandantes el espectáculo único por su cromatismo de las puestas. Y la gente aprovecha los bancos de las playas para cámara en ristre fotografiar el espectáculo y colgarlo en el “Facebú”.

Antón, no tiene cámara, ni afición a la fotografía. Su única obsesión, pasión, es la Santa Biblia, el Libro de la Palabra Divina que da solución a todos los problemas del mundo actual por muy difíciles que sean.

—No hay que leer ningún libro, niño— dice. ¡Todo está aquí! Y aquí está la solución para el actor pederasta: “Quién caiga en un pecado por culpa de algún órgano de su cuerpo que se lo arranque y lo arroje lejos de él porque más vale entrar en el cielo, tuerto, manco, sin lengua, que en el infierno viendo, con las dos manos y con su lengua”.

Pero ese hombre, el ex sacerdote pederasta, hoy actor no es capaz de arrancar su órgano por nada del mundo, y, el abuelo Manolico, le va a ayudar esta noche.

Ya es de noche y la gente está viendo las Perseidas que ofrecen un espectáculo de estrellas fugaces.

En el carromato del abuelo Manolico los gitanicos traen al actor atado de manos y de pies, porque cuando se ha enterado de lo que le van a hacer, se ha resistido. Ha sido necesario un gran algodón empapado en cloroformo para que pierda la conciencia, y, de ahí, a la sala de operaciones, es cuestión de minutos.

— ¡Ya llegan!

Y descargan al inconsciente del carromato con cuidado.

—Entradlo para adentro— dice el abuelo Manolico.

Y con mucho cuidado lo entran dentro de la salita de operaciones. Lo colocan sobre una mesa grande. Lo atan con cuerdas para que no se escape.

Otro gran algodón empapado nuevamente en cloroformo vuelve adormecer al pederasta.

El abuelo Manolico se lava las manos en una pililla con abundante jabón. Mientras, sus ayudantes, desnudan al que va a ser operado.

— ¡Cuchilla nueva del 33!

— ¡No hay— le dicen!

— ¡Pues del 34 porque este la pililla la tiene bien grande el cabrón!

Se pone las gafas de cerca porque ve poco el abuelo y de un tajo cercena la tierra mortal que tira a un cesto.

Desinfecta con alcohol a lo bruto y cose poco a poco lo que le queda...Sangra algo pero con una vela lo cauteriza.

— ¡Ya está! ¡Llevalo y dejadlo debajo sobre un banco de la playa! ¡Mañana cuando se levante éste no se la va a encontrar! ¡Ya habrá pasado todo!

Antón, cuando acaba la operación, entra a hablar con el abuelo Manuel que le cuenta los pormenores de la misma y le dice que mañana estará bien. Que no tiene que venir a que le quiten los puntos porque se le caerán solos y que ya se irá acostumbrando como los marranos a hacer sus necesidades urinarias. ¡Es cuestión de tiempo y práctica! ¡No es el primero!

En la guerra, yo capaba cerdos si no se los comían, pero como había tanta necesidad, más de una vez tuve que capar a algún hombre porque no hacía nada más que traer gente al mundo y después no podía alimentarlos.

— Gracias abuelo Manuel. Que Dios se lo premie y no se acuerde de nosotros para operaciones de este tipo.

EL DOCTOR CABALAS

Hay un gran escándalo en el parque. Ha corrido la sangre bajo el banco de los jardines y la gente se ha dado cuenta. Y van agolpándose unos tras otros pidiendo justicia para el amputado del pene.

Y los comentarios son de todo tipo. Hay quien clama con la cadena perpetua para el abuelo Manuel por haber cercenado de su parte más íntima al cura pederasta, ahora actor. Y los gays aprovechan para hacer una manifestación en favor de la rebaja de la edad para mantener relaciones sexuales.

Interviene la policía municipal al descubrir tanto guirigay en el parque y ordena a todo el mundo que se alejen del mismo mientras ellos llaman a la ambulancia y tratan de buscar el miembro amputado.

Alguien apunta que está en el basurero municipal, y que si no se dan prisa, ya será imposible localizarlo porque las gaviotas que vienen de Málaga a comer al mismo desechos de comida, ya lo habrán ingerido.

Cinco grandes excavadoras se afanan en remover la basura apoyados por perros olfateadores de la carne humana y rastreadores en busca de cadáveres en grandes catástrofes.

Pasan las horas y las horas y la esperanza de encontrar el miembro cercenado se aleja...Pero pronto, surge la sorpresa y encuentran algo que podría ser lo que buscaban. Pero la desilusión se apodera de los buscadores porque resulta ser el miembro de plástico de un muñeco muy natural.

El abuelo Manuel dice que él tiró el miembro cercenado en una bolsa del Pryca, y, comienza una nueva búsqueda en pos de la bolsa donde se pueda encontrar lo buscado. Y al encontrarse Pryca de rebajas son cientos y cientos las bolsas que contienen restos de todo tipo. Pero alguien localiza una con sangre en su exterior.

— ¡Ya lo tenemos!; Aquí está!

Se acercan los médicos y enfermeros, y efectivamente es lo que buscaban. Acercan la nevera y lo meten dentro, y, en un helicóptero para los trasplantados, se dirigen al hospital donde trabaja el doctor Cabalas, famoso en el mundo entero por sus injertos de toda clase de miembros cercenados.

Ya está el paciente preparado y a punto de ser anestesiado para reimplantarle el miembro extirpado. Pero, en el último momento, llega una orden del Tribunal Supremo indicando al equipo médico que se abstenga de reimplantar el miembro al actor porque en su deliberación han aprobado por seis votos contra cinco que no se le reponga en su cuerpo la parte que le fue cercenada por el abuelo Manuel.

Y cunde la decepción y la desesperación entre el colectivo gay que se encadena a la puerta del alto tribunal en señal de protesta.

Ingresan en cuidados intensivos al actor para su tratamiento y recuperación.

Y el miembro viril es enviado al cementerio para que lo incineren como es debido. Pero antes hay que poner en marcha el protocolo para estas actuaciones.

Y el miembro es metido en un ataúd que lo lleva la compañía de pompas fúnebres hasta el crematorio.

Para su cremación es necesario que alguien de la familia del actor lo reconozca para así certificar que el tal miembro es del actor pederasta.

Ningún miembro de su familia quiere asistir al acto de reconocimiento porque ello supondría aceptar que en algún momento de su vida vieron el miembro del actor junto a su poseedor...

Y llaman al juzgado de guardia y el juez de guardia se presenta y da un exhorto indicando que lo lleven a su dueño para que él lo reconozca.

Y el actor, muy valiente para unas cosas que no tienen perdón de Dios, dice que

no es suyo; que está reducido a la mínima expresión, que sigan buscando...

Y el juzgado, que no cree que en tiempo pueda llevarse a cabo la recuperación, ordena al crematorio que enciendan las calderas y que quemen lo que tienen que quemar. Muchos gays se congregan alrededor del crematorio esperando ver una humareda tan grande como la de la Biblioteca de Alejandría. Pero lo único que se produce es un humillo muy pequeño y olor a gato chamuscado ante la decepción de todos los presentes.

Las cenizas las entregan en una urna funeraria a uno de los familiares del amputado para su entierro definitivo, pero le dicen del crematorio que debe de certificar que lo que hay allí es el miembro del actor, cosa que no puede hacer porque allí se ven nada más que cuatro tornillos del féretro, unas asas, y algo de madera que no se quemó debidamente.

Y la policía ordena capturar al hermano Antón, al abuelo Manuel, y a cuantos intervinieron en la macabra operación de cercenamiento del miembro viril al actor, que son llevados al cuartelillo de la policía municipal en espera de una resolución judicial que indique lo que hay que hacer con los detenidos.

El hermano Antón es ingresado en una celda con mujeres de la vida que ejercían en la calle sin permiso la prostitución.

Y la noche se presenta dura para el hermano Antón, que cuando se ve en aquella situación por defender a los niños, cae en el suelo, y besándolo, suplica a Dios Padre que le saque de ese trance en el que se ve nuevamente por defender la justicia divina.

Y como la noche va a ser larga e insidiosa, con muchas insinuaciones y ofrecimientos para quebrantar la voluntad férrea y la castidad de Antón, éste, saca el Libro de los Libros de una vieja mochila, y lo abre por donde Jesucristo, Hijo, Misericordioso, perdona a la mujer adúltera, diciéndole a los presentes:

— Si alguno de vosotros está libre de pecado, arroje sobre ella la primera piedra.

Las mujeres de la vida, algunas hartas de soportar ese maléfico calvario, se tiran a los pies del hermano Antón pidiéndole su perdón.

—Perdónenos hermano Antón, santísimo, pida nuestro perdón a Dios Padre.

—Dios ya os ha perdonado. “Iros y no pequéis más”.

En ese momento, las puertas de la celda se abren, la del pasillo y la de la calle, pasando las mujeres de la vida por entre los carceleros que están sumidos en un profundo sopor...

Antón, no da crédito a lo que sus ojos están viendo, y aprovecha la ocasión para coger las llaves de los carceleros y abrir las celdas de todos los que están allí encerrados.

—Libertad para vosotros, hermanos de Jesucristo. Los que deberían de estar aquí dentro no lo están ni lo estarán. Disfrutan de una vida inmejorable sin sobresaltos, con buenas pensiones, banqueros, constructores, políticos estafadores, mafiosos, estafadores...

Y la calle se convierte en un bullicio, en una fiesta grandiosa donde los familiares de los internados celebran la puesta en libertad de los detenidos.

Cuando los carceleros se despiertan de su sopor, ven que no queda ni el Tato en el cuartelillo y dan la voz de alarma para que se busquen a todos los fugados..., y, en especial al hermano Antón, ¡qué ya se está pasando de la raya!, y, al cirujano aficionado, abuelo Manuel.

El día comienza a clarear. Los últimos borrachos tratan de enderezar las calles que ven tortuosas buscando su lugar de residencia. Y los barrenderos tratan de limpiar lo que los ciudadanos juerguistas han ensuciado.

El Sol viene abriéndose paso por el Este con todo su fulgor. Los flamencos de las lagunas, en grandes bandadas, inician el camino hacia las aguas que les darán hoy el sustento. Y las palomas turcas cantan su canción monótona buscando al amor de su vida.

SE ARMÓ LA DE DIOS ES CRISTO

Cuando Jesucristo, Bendito Sea Su Santo Nombre, el de Su Santo Padre Dios también, y lo mismo del Espíritu Santo, que son Tres Personas y un solo Dios, amén, dijo que era Dios, Bendito Sea Su Santo Nombre, se lio la de Dios es Cristo, y eso es lo que se lio, valga la redundancia, cuando Jesucristo dijo que era Dios.

Y Antón, el venerable Antón, del que hablarán las generaciones futuras y le rezarán pidiéndole paz y bienestar para sus cuerpos doloridos y sus almas entristecidas, no la armó menos que cuando Jesucristo dijo que era Dios.

Pasear por una feria, tomarse unas copitas de buen vino de Jumilla, o, unas cervecitas de importación en La Fiesta de la Cerveza 2012, eso es muy agradable, pero, si como el hermano Antón, tiene que soportar el insulto, casi la vejación, a su paso por la feria, empercharlo con la primera que se le acerca, o le pregunta dónde está la calle tal o cual, o, que su vista tenga que ver tanta palabra fea, tanta marranería, tanta falta a la moralidad, a las buenas costumbres, a la dignidad de las personas, eso le subleva y le indigna al máximo, porque él fue designado por Jesucristo para llevar a cabo una gran misión, cual es, la conversión de todos los descarriados del Levante español.

Y llega el momento en el cual ya no puede aguantar más, porque la paciencia tiene un límite, y él, no es el Santo Job, y al pasar por una caseta de la feria del pueblo ve cómo la gente, la chusma, engorda leyendo tanta inscripción inmunda, cómo le prueban las camisetas. Y se las compran, y se las ponen llevando tanta basura por los cuatro puntos cardinales.

“Viejo verde busca ecologista” es una de ellas, y hay muchas más, algunas de las cuales no se pueden poner aquí, porque el Gobierno de Rajoy sería capaz de restablecer la censura como ha ocurrido en Moscú, donde tres muchachas de un conjunto musical, con unas canciones claramente anticristianas, y unas poses inadecuadas en escenarios espirituales, han sido condenadas a dos años de cárcel.

En otra camiseta se ve un lema que dice: “Yo no soy tonto, siga la flecha hacia la izquierda”. Y éste, no es inmoral, pero es provocativo para el que lo lee, que si no tiene un buen día, es capaz de llevar a urgencias al portador del mismo, porque siguiendo la flecha hacia la izquierda, seguro que hay alguien al que le estás llamando tonto, o lo que él se crea. La trifulca está garantizada.

“Busco sexo con dos de dieciocho”. En un principio el inventor de este texto quiso escribir otro más provocativo, pero al tener problemas con la Ley de Protección del Menor, tuvo que subirle la edad hasta los dieciocho. Y hubiera tenido problemas serios, si no lo retira, como los tuvo el célebre escritor Dragó, presentador televisivo y polemista, a propósito de escribir en uno de sus libros, —véanlo ustedes en Internet que por ahí anda—, y así me evito problemas, con lo que escribió e hizo aunque se retractara después, porque Sánchez Dragó, experto en Oriente, en Japón, célebre por sus polémicas, hombre que dice tomar cada día más de 70 pastillas, hierbas, productos afrodisíacos, y casado con una japonesa muy joven, que para mantenerse activo no se acuesta ningún día sin haber antes andado diez mil pasos aunque sea en el salón del hotel donde se hospede en sus numerosos viajes por el mundo; es mucho escritor, y mucho más polemista, en sus declaraciones.

Y, Antón, el pobre Antón, el santo varón, no puede seguir leyendo, y yo, no puedo seguir escribiendo lo que allí, sobre las camisetas hay impreso, porque es de una vergüenza tal, que, Antón, el santo Antón, sube sus manos hacia el cielo, y en gesto de súplica y autorización, agarra un tablón medio roto de un asiento del parque y arremete con tal fuerza contra la caseta que los vendedores huyen despavoridos pegando gritos de:

—Auxilio, socorro este hombre nos mata.

Y sus seguidores tras él, comienzan a romper bancos, agarrando todo lo que con

peso pueda ayudarles a destrozar las obra de Belcebú, el Príncipe de los Demonios, y armados con estas armas no de destrucción masiva, arramblan con todo lo que de inmoral encuentran a su paso apartando a la gente que se opone a ellos enseñándoles la fuerza de sus estacas ,y, como la autoridad no aparece, porque está empujando a los negritos que venden mercancía ilegal hacia la playa, ¡ancha es Castilla!, porque no hay caseta que se les oponga, ni gente que los detenga.

Y caseta, tras caseta, una tras otra, van convirtiéndose en astillas para el fuego porque el castillo de la inmoralidad, ha sido derribado para gloria de Dios y de los que lo siguen. Amén.

Y cuando ya no queda nada por derribar, cuando Antón, el santo varón reza con sus seguidores una plegaria extensa de acción de gracias a Dios, aparece la autoridad, hecho que aprovechan los negritos para sacar su mercancía de la playa de la libertad y exponerla al público. Comienza otra vez la venta gracias al venerable Antón, el que cuando vendía melones para ayudarse económicamente, se los regalaba a los necesitados. Y comparten muchas de sus enseñanzas, porque ven que este hombre, Antón, lo que predica lo lleva a la práctica en un gesto de humanidad sin precedentes hacia el hermano desfavorecido económicamente. ¡ Esa es la religión!: ¡ Compartir con el que nada tiene! Llevar esperanza al que la ha perdido. Dar de comer al hambriento, buscar trabajo al parado, vestir al desnudo como Dios gran Padre nos indica en el libro Santo, el más Santo de los Libros escritos jamás, y, en el que se encuentra el camino de la salvación para el que está perdido o insatisfecho, y los medios para recorrerlo hasta llegar al final y gozar por los siglos de los siglos, plenamente, de la presencia divina.

Y cuando llega la policía, Antón y sus seguidores se arremolinan todos juntos, de rodillas, cantando, como los primeros cristianos a los que no les horrorizaba la presencia ni el ataque de las fieras, porque la fuerza que necesitaban, les venía de la Palabra, que era Fuerza y Vida.

Varias furgonetas de policías se llevan a los agitadores hasta el cuartelillo donde pasarán la noche esperando que un juez, como el que ha puesto a Bolinaga, el terrorista, en la calle, estudie su caso, y proceda mañana con más calma.

Cuando la comitiva de detenidos se marcha, hay división de opiniones como siempre: Unos a favor, y otros, en contra. Hay quien quiere apedrear las furgonetas y quiere acercarse al hermano Antón y agarrar un trocito de sus vestiduras para conservarla como una reliquia que los proteja ante las enfermedades que les esperan.

El camión de la limpieza hace lo que puede para volver a la normalidad el recinto de la feria donde se observan algunos claros que han sido objeto de limpieza por parte del hermano Antón y sus seguidores. Quizás el seguro de la feria cubra los destrozos ocasionados. Si no, alguien tendrá que apechugar con las consecuencias económicas de los destrozos ocasionados, que en un país libre como es España, se deben de pagar si los que lo hacen son de la religión católica; si son de otras religiones, creo que no.

Cae la noche sobre las aguas, y en el fondo, saliendo del mar emerge una Luna grandísima y roja, tanto, que los curiosos preparan sus máquinas fotográficas para tratar de captar unas imágenes que en unos años no volverán a verse. Pero desgraciadamente, el premio de una buena captura será para aquellos que tienen buenas máquinas; los demás tendrán que contentarse ¡con el fracaso fotográfico!

EL DÍA DEL DELIRIO

La policía anda buscando al hermano Antón y al abuelo Manuel, pero ellos están en lugar seguro, el lugar donde palpita la fe y la unión entre los hermanos que se han propuesto devolver a la tierra el espíritu del Salvador.

Es el “banco” de la playa el sitio elegido por el hermano Antón para congregar a los que esperan la venida del Salvador.

— ¡Ya viene, ya se acerca!—grita el hermano ante la muchedumbre que deambula por los aledaños del banco de sentarse en las orillas del Mar Menor.

Y la gente, al olor de la predicación se acerca solícita para oír lo que ahí se “cuece”: La Palabra Divina, la Palabra de la Salvación.

Y hoy, la reunión la abre un pastor venido de Catalaluña, Mosén Xavier, hombre docto en la Biblia al que no hay un recodo de la misma que se le oculte, que no sepa donde se encuentra la solución para un problema del alma, el camino que debe de recorrer un descarriado para volver al camino verdadera, que canta como los ángeles y toca la guitarra como no lo hace el hermano Antón, con armonía y entonación.

— Mirad hermanos, escuchadme, venid solícitos a la Palabra de la Vida eterna, al camino que nos conduce a la salvación eterna. Estamos aquí para hacer un viaje cortito, para recorrer un camino de lágrimas, pero yo os digo que Dios es bueno, que Dios es grande, que Dios es Misericordioso, que Dios acoge a todos los que se acercan a él, Bendito Sea Su Santo Nombre, para cambiar de vida, porque como dice aquí el Libro Santo: “ No se cansa el ojo de ver, ni el oído de oír”, pero nuestro cuerpo está abocado a la fosa; sólo se salvará el alma si nosotros queremos, si cambiamos, si le amamos como hijos suyos, si cumplimos sus preceptos.

—Aleluya, aleluya, Dios está con nosotros, venid a adorarle, seguid su camino— canta.

De pronto, una mujer, salida de entre el gentío que anda por la calle buscando un poco de aire fresco en un atormentado día de verano, grita, y grita:

—Dejadme paso. Le oigo, lo veo, está cerca. Yo era una pecadora, todo el día estaba metida en el fango, me aferraba a las más grandes pasiones, me prostituía con todo el que se me acercaba, no quería nada más que sexo, droga, placer y placer carnal. Un día vino el autocar del Sida y me hice las pruebas. Me dio positivo. Mi vida dio un vuelco. Ya no era yo misma. En un momento podía morir, un simple refriado me llevaría a la tumba, un cambio brusco de temperatura, una infección, me dejarían a los pies de los caballos, y decidí cambiar, lo tiré todo, me volqué con Jesús que es el que sana, amor, perdón, caridad, misericordia, y le dije: —“Tú tienes que sanarme” ¡Yo estaba equivocada!

—Y desgarré mis vestidos, me rapé el pelo, caí de bruces en el suelo, iba de iglesia en iglesia, de ermita en ermita, de santón en santón, de médico en médico, hasta que encontré al Hermano Antón, ¡' bendita hora!, y escuché su palabra, la palabra de Dios, y me encomendé a Dios bajo la dirección de su santa bondad, y me retiré al monte, viví en una cueva, me alimenté de hierbas, bebía agua de los arroyos, y de mi boca sólo salía durante todo el día y la noche una palabra: ¡ Perdón!

—Dos meses en estas circunstancias, dos meses de penitencia, dos meses de oración dos meses de petición de perdón y sanación.

— ¡Y Dios me curó, Dios me sanó, Dios me devolvió la salud!

— Aleluya, aleluya, aleluya!— cantaba la gente enardecida.

— ¡Dios me salvó, ahora estoy sana! ¡Sólo me debo a él! Viviré para adorarle y darle gracias, yo que estaba condenada a la fosa, a ser comida por los gusanos

—Aleluya, aleluya, aleluya— canta el coro

Y María, la catalana de Ripoll, la mujer del barro y la mierda, encenagada en la porquería, que hizo de su cuerpo que viviera en la basura más abyecta, saca papeles de

los doctores, análisis de sangre donde se ve que tiene el virus, certificados en los que se lee que el Sida está en su cuerpo, que su vida está pendiente de un hilo.

Y la gente los ve, los lee detenidamente y dicen que es verdad, que lo que dice es cierto, que la Facultad de Medicina de Barcelona afirma que la catalana María está infectada del virus y que su muerte es inminente.

Y un perito calígrafo que por allí anda se presta a corroborar que lo que se lee en los papeles es cierto, que las firmas son legítimas y que no hay error ni mentira en aquello que dice.

—Aleluya, aleluya, aleluya, Dios es grande y cura al que se lo pide con fe.

Y saca más papeles, más documentos, fotografías, radiografías, grabaciones, vídeos en los que los doctores explican que María la catalana, la poseída por el Sida está libre de la enfermedad, que el virus, mirado hasta con el microscopio electrónico, no aparece, no hay rastros del bicho.

—Aleluya, aleluya, aleluya, Dios es grande, Dios es misericordioso, Dios sana a la que se lo pide con humildad y cambia a la vida de santidad.

María se acerca al hermano Antón y le besa las manos, lo abraza. Cae postrada a sus pies mientras Antón la levanta y la bendice con sus santas manos.

—Aleluya, aleluya, aleluya. Dios es bueno con el que le ama y sana al enfermo que lo pide con humildad.

Un gran gentío se ha acercado a oír y ver lo que hay alrededor del banco está ocurriendo. Y la gente va en aumento. Unos policías se acercan y piden al hermano Antón, sin reconocerlo la autorización del Ayuntamiento para ocupar la vía pública y predicar.

—Señor guardia: Nosotros somos gente pacífica, laboriosa, humilde y lo único que estamos haciendo aquí es pregonar a los cuatro vientos la palabra de Dios, que Dios es bueno, que es justo, que es misericordioso, que sana al enfermo.

— Sí: Todo eso es bonito, pero si no hay permiso, tendrán que dispersarse. Hay gente a la que la palabra de Dios les desagrada, hierde sus sentimientos. Ya ve usted lo que está pasando con los crucifijos: Los están quitando a petición de los socialistas y los comunistas; lo mismo que la Santa Biblia. Así, que, antes de que se produzca una denuncia y las cosas vayan a peor les ruego que se dispersen y se vayan a donde quieran. Vayan al ayuntamiento, pidan su permiso correspondiente y ya se le asignará un lugar donde puedan hacer lo que crean conveniente dentro de la legalidad.

— Así lo haremos señor guardia: El Pueblo de Dios asiente a lo que le manda la autoridad. No quiere problemas de ningún tipo, pero usted debe de reconocer que lo que hacemos no es malo, ni ofende a nadie.

— Está bien hermano Antón: Haga lo que le digo porque acabo de ver a Leo Bossi, el actor italiano, y la va a liar, y viene con los que “cocinaron el crucifijo” y lo pusieron en la televisión, y ya sabe que son gente furiosa con la religión. Leo está poniéndose los barros para sus doloridas piernas porque le cuesta mucho trabajo caminar. Es un individuo muy polémico y mucha gente le ayuda. Se ve que tiene pasta para hacer lo que hace.

— Nosotros ya nos vamos. Somos gentes de paz y de orden. Pero me gustaría decirle cuatro cosas a esos materialistas aprovechadores que se acercan a jueces ateos que luego dictan sentencias contra los cristianos que en nada se meten. ¡Cocinar un crucifijo! A éste, y que Dios me perdone, lo cocinaba yo en el horno eléctrico. ¡Meterse con Dios, con su viva imagen! ¡Dios lo perdone!

¿UNA ROSITA?

Dura ha sido la noche en la que Antón ha depositado sus huesos en el duro colchón del cuartelillo de la comisaría, pero de mucho provecho para el espíritu de muchas personas que con las santas y sabias palabras de este carismático hermano, hijo de Dios, han progresado por el camino de la santidad y las buenas maneras, que vienen muy requetebién para el espíritu dañado por las maldades de una sociedad egoísta, ladrona, permisiva y laica.

Y uno de los que se han aprovechado enormemente de la sabiduría espiritual del hermano Antón, es Francis, hombre singular donde los haya, inventor, deportista, que tiene varias patentes a sus espaldas, algunas importantes, y ha sido el inventor de la primera antena de radio interior para coche. Entre sus marcas deportivas está la de haber corrido sin parar una distancia de 400 kilómetros, consiguiendo una marca que nadie en España ha logrado.

Y está ahí en el cuartelillo detenido, por haberse negado a pagar una multa que le ha impuesto el juez de 100 euros por desacato a la autoridad, cosa que hay que aclarar si ha habido tal desacato, o los guardias, que se las saben todas, lo han obligado a tal desacato y la sanción correspondiente.

Francis hace tiempo que defiende a los moros; en concreto a los de Marruecos, o a los musulmanes como les llamen. Le duele enormemente, que más de 100.000 personas, según ha calculado él preguntando por familias en origen, hayan entregado su cuerpo al mar sin que nadie haya movido un dedo para saber lo que pasó.

Según los periodistas dedicados al estudio de la emigración en las pateras, han sido unos quince mil los que han muerto en el cruce del mar hasta España.

Y el hombre está muy dolido por esas muertes anónimas que nadie va a reclamar y que duermen en el fondo del mar.

Hace días que ha vuelto de Marruecos, donde en el consulado español de Fez, con su pancarta y megáfono ha declarado culpable de la situación al Gobierno de Marrueco, al Rey...

Unos policías del consulado— que ya lo conocen por sus actos de protesta—, han salido y le han dicho:

Mira, Francés: Estás en Marruecos y si sigues en tu actitud de protesta, no tendremos más remedio que arrestarte y llevarte a la cárcel.

A mí no me vais a llevar a ningún sitio, y, menos, a la cárcel. Yo tengo amigos en Marruecos, y si le decís que soy Francis Molin, seguro que se acaba vuestro comportamiento porque yo he hecho grandes servicios a Marruecos, tengo casa aquí, soy un converso a vuestra religión, me pienso casar con una morita...

—Los guardias se han hartado de tanta perorata y lo han cogido depositándolo con toda su propaganda en mitad de la acera.

Y Francis, descompuesto, no ha tenido más remedio que coger los bártulos, meterlos en el coche, y volverse hacia España, aunque antes ha hecho varias llamadas al mismísimo Rey de Marruecos, que no le ha cogido el teléfono sin más.

Y de vuelta aquí, lo mismo: Manifestación con pancarta y megáfono en Murcia con el aviso de los guardias “de que hay que despejar la vía”.

Francis les ha dicho que él no está en mitad de ninguna vía; que se encuentra en la acera...

Los guardias se han puesto barriga contra barriga de Francis, y, a la calla callando, le han ido empujando hasta que lo han colocado delante de los coches, y en ese mismo momento” lo han trincado”, y, al juez...

Le voy a imponer cien euros de multa por impedir la circulación por la vía pública— le dice el juez a Francis.

— Yo no he invadido la vía pública. Han sido los guardias los que me han empujado hacia ella. ¿A quién cree Ud?

— Yo, a los guardias. Y si sigue en ese tono le voy a imponer otros cien euros. Francis tiene otros proyectos de defensa de los musulmanes entre manos, pero, la verdad, es, que, desde el “plumazo” del juez, se le han quitado las ganas...

Y Antón, el hombre, ya archiconocido en el cuartelillo, ha sido puesto en libertad, pero advertido, de que si vuelve a las andadas, el juez, su señoría, tomará medidas para que estos hechos no vuelvan a ocurrir.

Y Antón, coge sus cuatro pertenencias y se va a la orilla del mar donde las lava, tendiéndolas en el banco de la playa, esperando a que el sol las seque y pueda cambiarse y quitarse toda la mugre que ha cogido en el calabozo.

Y mientras el sol hace su trabajo desinteresado se sienta en el banco a donde va llegando su parroquia. Y el primero que llega, es Manolo, hombre de unos 70 años de edad, calvo, mujeriego sin importarle la edad, que viene muy apesadumbrado, y quiere contar sus cuitas al hermano Antón, y se las cuenta en cuanto se le pone a tiro:

¡Ay, hermano! ¡Ay hermano! Me veo en el infierno. En el infierno me veo... ¡Perdón!, ¡perdón! ¡Piedad y misericordia!... ¡Pequé, pequé, hermano!

Este es uno de los que se “emperchan” en el banco, y a los que el hermano considera “irrecuperables”. No les quiere prestar mucha atención a esta gente porque vienen al banco a ver la “carne que pillan”. Y no les importa de la clase que sea. Ellos quieren carne...

Y a pesar de la buena voluntad del hermano, de su predicación, esta gente no va a cambiar nunca; es más, son la causa de que otras almas necesitadas de ayuda no se acerquen hasta el “banco” de la conversión.

Yo iba por la orilla de la playa, andando, pensando en mis cosas, las mujeres me desprecian, no me quieren, y, yo las necesito, me acerco a ellas, pero me dan largas; sólo quieren mi pensión.

¿Una rosita?...

Una rosita y mil de tu gracia y salero, mi niña.

— Un eurito.

— ¡Toma un eurito y me das otra rosita!

— Otra rosita.

— ¡Otro eurito! ¡Y los que yo te daría, si tú me quisieras, guapa!

— Calle Catalejo, 43. Primero B. A partir de las doce.

Allí estaré, mi reina. ¡dame un besico!...

Y le cuenta al hermano Antón que se perdió conociendo a la de la “rosita” en la calle Catalejo, un dúplex amplio, con luces rojas, y un buen recibidor a cargo de la Condesa, una mujer caballona, gorda, de gruesos labios de botox, zapatos de tacón de aguja, cajera ante quien había que pagar el precio del falso amor. Y lo peor de todo, que cuando estaba en plena efervescencia, llegó el acordeonista, que algo tendría que ver en la empresa sexual, y, abrió la puerta pidiendo una monedita, que aunque estamos en crisis, si hay dinero para porquerías cuando lo primero es comer, también hay que dejar algo para la música, para los artistas.

El pobre sexual de Manolo, adicto a la doble Viagra, antes del acto, pegó un salto y agarrando la cartera, tapándose las vergüenzas como pudo, le dio 10 euros por equivocación, porque no veía con todo el dolor de su corazón.

Que Dios te perdone, perverso sexual, que le tiras a todo, pellizcos en el banco a las viejas del Imsero, espantándome a los casi conversos, maricón de temporada cuando no se te pone a tiro mujer, te conviertes en gay, y, ahora, con la jovencita de 19...

— ¡Vete de mi lado porque la sentencia ya te la doy por anticipado!: ¡Al puto Infierno por los siglos de los siglos, amén.

AGUA PARA TODOS

Por el camino que anda con sus escasas pertenencias circulan coches y cabalgaduras respetándose los unos a los otros. También gente en bicicleta que se ha puesto de moda si de ahorrar se trata a causa de la crisis que Zapatero no supo ver, o no quiso ver, por no perder votos al tener que tomar decisiones que serían muy impopulares para su partido el PSOE que de obrero no tiene nada y de español menos, ya que cuando mandaban, criticaban a los del PP ,de que no querían arrimar el hombro para salvar a España, además, que en esta tierra, el PSOE fue derrotado muy seriamente en todos los municipios, o casi todos, por su oposición al Trasvase del Ebro que traería la vida con sus aguas a estas sedientas tierras de Murcia.

Murcia es una comunidad que tiene mucha tierra cultivable. ¡Pero no tiene agua! Su clima benigno con sus temperaturas templadas hacen que cualquier trozo de tierra se convierta en un vergel si hay agua. Pero esto es mirado con recelo por los catalanes que ven en Murcia a un serio competidor agrícola por su gran producción de hortalizas y frutales que de situarlas en el mercado harían que los productos catalanes ya no tuvieran la preponderancia que tenían hasta ahora. Por eso, Zapatero, “emperchado” con los catalanes por sus votos, que los necesita para no dar la sensación de que todo lo que aprueba en el parlamento lo hace solo, se opone con todos los socialistas al trasvase. Los murcianos, que fueron socialistas años atrás, le han dado la espalda a ZP y ahora votan PP con la esperanza de que el lema “Agua para Todos” se haga realidad.

La construcción por la UE de una gran vía que vaya desde Algeciras hasta Europa es mal vista por estos catalanes de la pela que lo primero que quieren salvar es lo suyo, sus productos, su industria, y que se han vuelto insolidarios con el resto de las regiones de España, y que un parlamentario de Cataluña no ha dudado en indicar que los españoles se pasan gran parte del día en el bar, mereciendo ser nombrado “persona non grata” por parte de la Comunidad Andaluza, aunque después ha suavizado el término de su discurso y todo ha quedado en agua de borrajas.

Cataluña se ha enriquecido a costa de España, su mercado más cercano, y durante muchos años, las grandes marcas textiles y alimenticias, han hecho su agosto a costa de todos los no charnegos.

Ahora, gracias a la aparición de las marcas blancas y de los supermercados chinos, un paquete de yogures que en una marca de todos conocidos costaba dos euros se compra a un euro, y muchas marcas, están a punto de echar el cerrojo. Lo mismo ocurre con las herramientas y la ropa traída de la China dan el apaño para un día y no hay que gastar mucha “tela”.

Y Murcia a los suyos: Los tomates, los pepinos, los calabacines, las coliflores, las coles, el brócoli, las alcachofas, las sandías, los melones, las patatas, el aceite de oliva, el vino, los tomates, su producción de embutidos y jamones. Que en esta tierra podemos vivir todos con un poco de agua y buen trabajo.

Nuestro hombre está pensando en estas cosas mientras sus espaldas le duelen del peso de sus pocas pertenencias y mira a todos los lados a ver si encuentra solución a esta desgracia que le ha ocurrido por culpa del puñetero adoquín que mató a la compañera de sus últimos años de vida.

Por allí vienen dos moros en bicicleta. A lo mejor con un poco de suerte le compro una y ya sigo mi camino hasta Córdoba.

— Relojes, pulseras, ventañador pal calor, todo bonito, todo barato. ¿Tú compras mí?

No, hombre. ¡Pa eso estoy yo pa cargar con más gabelas! ¿Me vendes la bicicleta? ¿Cuánto quieres por ella? ...La nueva; la pintá no.

Yo no vender bicicleta porque ser de mi primo...Ochenta euros por ella y es para ti.

Yo tengo cambio si tu dame un billete de cien.

¡Qué ochenta euros ni ochenta euros, ni cien de cambio, que tú te crees que yo soy el sultán de Marruecos. Que yo te compro la bicicleta nueva, no la pintada, que esa es robada, y yo no compro nada robado...

— Nosotros no robar nada. Todo legal. País mío cortan brazo si robar. Yo quiero tener dos manos para ganarme la vida. ¡Sesenta euros y no se hable nada más!

— Mira: Yo te doy veinte por ella y te vas corriendo para Lorca y corre que te cunda.

TERREMOTO DE LORCA

Y Antón, después de su canción en honor a Dios, guarda su vieja guitarra, y come algo: Un poco de pan y queso y agua de un manantial cercano.

Y se acuesta unas horas bajo un viejo algarrobo que impide al sol que haga de las suyas bajo su copa.

Corre una ligera brisa del Mar Menor que refresca el cuerpo acalorado de Antón. Los pajarillos también están bajo la protección del algarrobo. Antón les echa unos trozos de pan.

— ¡Comed, comed, que vosotros también formáis parte de la Creación!

Antón duerme y duerme. Y en el sueño Dios le habla. Porque Dios aprieta y no ahoga. Y le dice que se vaya para Lorca, que allí va a temblar la tierra, que lo diga a sus gentes, que hable por sus plazas, que lo pregone en sus mercados. ¡La tierra va a temblar! ¡Qué los que puedan huyan a las montañas, se aparten de las casas, se pongan a cubierto! Que cojan a los niños y los coloquen en lugar seguro.

Por el camino de entrada a Lorca, antes del túnel, se ve el castillo allí en lo alto. Unos jovencuelos que van a toda pastilla por la carretera se meten con Antón:

— ¿A dónde vas viejo rocker? ¡Ya se te pasó el hervor! ¿Te crees un Elvis Presley?

Pero Antón, como un profeta va a predicar a ese pueblo. Va a tratar de convencerles de que se pongan a salvo, que Dios no tiene nada contra ellos, contra sus habitantes, contra los habitantes de ese pueblo tan religioso y trabajador, que procesiona a su Hijo, el que mataron los judíos, el Viernes Santo de hace casi dos mil años en el Calvario.

Y Antón, sube poco a poco hacia Lorca. Se acerca hacia su plaza a la hora que está más concurrida. Y, allí, reclama la atención de los naturales y extranjeros. Les dice que se acerquen—, porque lo que les va a transmitir—, es un mensaje de la Divinidad.

—¡Acercaos, pueblo de Lorca! ¡Acercaos hacia mí que soy humilde y manso como un cordero! Que de mis manos brote hacia vosotros la paz en vuestras almas. Que no pelee hombre contra hombre. Que la mujer no se acueste con otro que no sea su marido. Que el niño no pegue a su padre, y, que el médico sea respetado como lo que es: ¡El que cura el cuerpo del enfermo dolido!

— Que si hay un pedazo de pan, se reparta entre todos; porque todos somos hijos de Dios: Hijos de un mismo padre. Que la blasfemia sea retirada de vuestras bocas y que las lenguas sólo se muevan para alabar al más grande de los grandes: ¡Dios!

La gente se acerca hacia el predicador, con recelo. Se arremolinan en torno a él. Dos hombres mayores de mal aspecto interrumpen a Antón:

— ¿No es éste el que se paseaba con prostitutas? ¿El que abandonó a su esposa contraviniendo nuestras leyes gitanas? ¿El que comía y bebía sin parar de tarde hasta el amanecer? ¿El que malvendió su patrimonio para gastárselo en porros y drogas?

Se hace un gran silencio entre la concurrencia. Allí no se mueve ni el Tato. Se teme lo peor. Se respira tensión. El aire se raja como un papel...

— ¡Sí hermanos! ¡Yo era! Todo lo que digáis de mí es poco... Yo era perverso. Estaba poseído por el demonio. Me tenía aherrojado. Atado con cadenas, y, sólo hacía lo que él me decía, ¡maldito sea! .. Pero Jesús me liberó. Rompió mis cadenas. Me hizo un hombre nuevo... ¡Sí, mis hermanicos en Cristo! Dios sembró en mí una nueva semilla que al brotar me hizo casto, callado, humilde, caritativo... ¡manso como un cordero!

— ¡Y aquí estoy para hablaros de la parte de Dios!... ¡Os traigo un mensaje! ¡Un mensaje de salvación!...Porque lo que va a ocurrir aquí, en este pueblo de Lorca, va a dejar una huella de miedo entre sus habitantes, de destrucción, de dolor y de muerte!

— ¿A qué te refieres falso predicador? ¿Temblará la tierra bajo la superficie?

¿Acaso un terremoto destruya en unos segundos lo que tanto costó construir?

— ¿Por qué me llamas falso? ¿Acaso el que me envió, Bendito sea Su Nombre, es falso? ¿Es falsa la doctrina que nació del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿Llamas falso al contenido del libro de libros? ¿Es falso aquel que murió por todos nosotros?... Sí, que os anuncio, que la tierra temblará con estrépito llevándose vidas y edificios para adelante. Que el polvo que se levantará hará imposible la visión durante un tiempo, y, que las piedras de las torres de las iglesias caerán al suelo ante la vista y el espanto de todos.

— ¿Y cuándo será eso? ¿Serás capaz de decirnos cuando va a ocurrir ese terremoto para que nos pongamos a salvo?

—No me corresponde a mí poner fecha, sino al que todo lo puede, sin cuyo consentimiento no se mueve nada en el mundo. Y por más que oréis, ni que os sacrificuéis, la tierra realizará su cometido. —

Es un mentiroso y un embustero. Su pasado no le perdona, y más que obedecer a Dios, es un enviado de Belcebú al que sirve y obedece.

Se hizo un revuelo entre el concurrido auditorio. Y comenzaron los móviles a buscar contactos ante las autoridades para informarles de lo que allí, en la plaza, estaba ocurriendo. Que un predicador de aspecto de viejo rockero anunciaba una gran destrucción para el pueblo en la forma de un terremoto, y preguntado por la fecha de tal fatídico suceso, no pudo asegurarla.

Una pareja de guardias, ante el gran alboroto que se había formado, se hizo presente ante la llamada de un vecino, y, pidió la identificación a Antón, que al encontrarla en regla, no tuvo más remedio que dejarlo marchar, advirtiéndole, que si volvía por el lugar, no tendría más remedio que llevarlo al cuartelillo y comunicarlo a sus superiores.

Antón cogió sus pertenencias y las subió en la borrica, y, algo descompuesto por la intervención del guardia, siguió su marcha camino de Granada.

Lorca queda ya a lo lejos. Abajo se ven las siluetas de sus campos de frutales y plantaciones, que unas manos emprendedoras, hacen que, cada día, sea un nuevo día lleno de luz y esperanza para la gente trabajadora.

No entra en la cabeza de la gente sencilla, que Dios, sumo bien, quiera nada malo para Lorca ni para su gente. Dios nos hizo libres, y parece ser, que a cambio de esa libertad, también dio libertad a las fuerzas de la Naturaleza para que actuaran a su antojo según las circunstancias lo aconsejaran, contribuyendo a protegerla de los ataques tan desmedidos del hombre que no para de acosarla con la contaminación del medio ambiente. El hombre de los dos últimos siglos ha ocasionado más daños a la Naturaleza que ella misma en cinco millones de años. Si esto sigue así, si el hombre no pone coto a tanta basura, a tanta contaminación, ocurrirá lo peor.

Pero la cosa tiene todavía remedio. Y los gobiernos del mundo, organizados en conferencias para el cambio climático, deben de ponerse de acuerdo en fijar unos parámetros que no deberán traspasarse bajo ninguna excusa; si no se cumplen, ocurrirá lo peor.

En estos pensamientos andaba Antón cuando al pasar por debajo de un puente vio unos mozalbetes que desde lo alto tiraban adoquines sobre la carretera, con gran peligro para la integridad física de los viandantes, y para los montados en burra como él.

Se bajó de la borrica, y haciendo señales con el sombrero estilo mejicano que llevaba, trató de advertir a los mozalbetes que estaban poniendo en peligro la vida de las personas que transitaban por aquella vía.

Pero los nenacos, ya de cierta edad, en vez de estar en la escuela o en el instituto, trataban de divertirse con este invento de tirar adoquines sobre los coches que por allí pasaban.

Y como siempre que alguien trata de advertir que algo está mal, que no se debe de continuar por ese camino, o quiere separar a dos que se pelean, el que se mete en donde no lo llaman, aunque sea con buena intención, se suele llevar la peor parte, un adoquín,

que más que piedra parecía la mismísima Sierra de Ricote, cayó sobre la burra que dio por culminado su camino existencial sobre la Tierra.

Y Antón no sale de su asombro y grita, y corre a ver si pilla a los gamberros; pero ca, éstos tienen bien estudiada la retirada, y lo único que puede hacer, es, con una vieja pala, cavar un agujero, lo suficientemente grande, como para que en él quepa la que fue su fiel compañera durante varios años.

La tierra está dura, y el lorenzo, cae en vertical quemándolo todo sin piedad, pero como están las cosas, y puesto que el animal es suyo, antes de que venga Sanidad y levante un acta cobrándole 500 euros por el entierro y cremación del cadáver, él, con las fuerzas recuperadas para su nuevo ministerio empuja la borrica sobre el agujero y lo tapa todo con grandes piedras para que los lobos de las montañas no saquen los restos de la fosa y se los coman.

Pero ahora, la situación se le complica con las nuevas circunstancias, y se queda sin transporte, y si no le encuentra una solución, tendrá que cargar sobre sus hombros, sus escasas pertenencias.

Se pone sobre la tierra, y cayendo de bruces da a Dios gracias por estar vivo. Por el camino que anda, con sus escasas pertenencias, circulan coches y cabalgaduras respetándose los unos a los otros. También gente en bicicleta. Lo que se ha puesto de moda, si de ahorrar se trata, a causa de la crisis que Zapatero no supo ver, o no quiso ver, por no perder votos, al tener que tomar decisiones que serían muy impopulares para su partido el, PSOE, que de obrero, no tiene nada, y de español menos, ya que cuando mandaban ellos, criticaban a los del PP de que no querían arrimar el hombro para salvar a España; además, que en esta tierra, el PSOE fue derrotado muy seriamente en todos los municipios, o casi todos, por su oposición al Trasvase del Ebro que traería la vida con sus aguas a estas sedientas tierras de Murcia.

Murcia es una comunidad que tiene mucha tierra cultivable. ¡Pero no tiene agua! Su clima benigno, con sus temperaturas templadas, hacen que cualquier trozo de tierra se convierta en un vergel, si hay agua. Pero esto es mirado con recelo por los catalanes que ven en Murcia a un serio competidor agrícola por su gran producción de hortalizas y frutales, que de situarlas en el mercado, haría que los productos catalanes, ya no tuvieran la preponderancia que tenían hasta ahora. Por eso, Zapatero, “emperchado” con los catalanes por sus votos, que los necesita para no dar la sensación de que todo lo que aprueba en el parlamento lo hace solo, se opone con todos los socialistas, al trasvase. Los murcianos, que fueron socialistas años atrás, le han dado la espalda a ZP, y ahora votan PP, con la esperanza de que el lema “Agua para Todos” se haga realidad.

La construcción por la UE de una gran vía que vaya desde Algeciras hasta Europa, es mal vista por estos catalanes de la pela, que lo primero que quieren salvar, es lo suyo, sus productos, su industria, y que se han vuelto insolidarios con el resto de las regiones de España, y que un parlamentario de Cataluña, no ha dudado en indicar, que los españoles se pasan gran parte del día en el bar, mereciendo ser nombrado “persona non grata” por parte de la Comunidad Andaluza, aunque después ha suavizado el término de su discurso, y todo ha quedado en agua de borrajas.

Cataluña se ha enriquecido a costa de España, su mercado más cercano, y durante muchos años, las grandes marcas textiles y alimenticias, han hecho su agosto a costa de todos los no charnegos.

Ahora, gracias a la aparición de las marcas blancas, y de los supermercados chinos, un paquete de yogures, que en una marca de todos conocidos costaba dos euros, se compra a un euro, y muchas marcas, están a punto de echar el cerrojo. Lo mismo ocurre con las herramientas y la ropa traída de la China que dan el apaño para un día, y no hay que gastar mucha “tela”

Y Murcia, a los suyo: Los tomates, los pepinos, los calabacines, las coliflores, las coles, el brócoli, las alcachofas, las sandías, los melones, las patatas, el aceite de oliva, el

vino, los tomates, y su producción de embutidos y jamones. Que en esta tierra podemos vivir todos con un poco de agua y buen trabajo.

Nuestro hombre está pensando en estas cosas mientras sus espaldas le duelen del peso de sus pertenencias, y mira a todos los lados, a ver si encuentra solución a esta desgracia que le ha ocurrido por culpa del puñetero adoquín que mató a la compañera de sus últimos años de vida.

—Por allí vienen dos moros en bicicleta. A lo mejor con un poco de suerte le compro una y ya sigo mi camino hasta Córdoba.

— Relojes, pulseras, ventilador “pa” calor, todo bonito, todo barato. ¿Tú compras mí?

—No, hombre. ¡“Pa” eso estoy yo “pa” cargar con más gavelas! ¿Me vendes la bicicleta? ¿Cuánto quieres por ella? ... La nueva; la “pintá” no.

—Yo no vender bicicleta porque ser de mi primo... Ochenta euros por ella y es para ti. Yo tengo cambio si tu “dame” un billete de cien.

— ¡Qué ochenta euros ni ochenta euros, ni cien de cambio, que tú te crees que yo soy el sultán de Marruecos. Que yo te compro la bicicleta nueva, no la pintada, que esa es robada, y yo no compro nada robado...

— Nosotros no robar nada. Todo legal. País mío cortan brazo si robar. Yo quiero tener dos manos para ganarme la vida. ¡Sesenta euros y no se hable nada más!

— Mira: Yo te doy veinte por ella y te vas corriendo para Lorca y corre que te cunda.

HIERBAS MILAGROSAS

Tienen las sierras de Murcia la propiedad de criar hierbas milagrosas, que luego, previamente preparadas, ayudarán al cuerpo a curar dolencias, que sin ellas, raramente tendrían solución.

Y Antón, en sus tiempos de cabrero pateó muchas sierras tras el ganado buscando comida para sustentarlas. Una tras otra, y donde se acababa el pasto había que ir a otra donde encontrarlo, porque el ganado tiene que comer cada día.

Manzanillas, poleos de todas las variedades, te, hierbabuena, hinojo, menta, orégano, hipérico, ajedrea, hinojo, rompepiedras, tomillos, hierba buena, regaliz, retama, romero, lavanda, torvisco, zarzaparrilla, melisa...no faltaban en su viejo zurrón, que recolectaba en su época, secándolas al sol y haciendo después pequeños paquetitos que vendía en los herbolarios de la región.

Tenía especial predilección por el poleo rojo, que casi nadie conocía, y que le había librado en muchas ocasiones de dolores en el colon retorcido que le había dicho un curandero que tenía, y que en ocasiones, le provocaba una torcedura dolorosa que viniendo de la parte derecha del abdomen, se le iba hacia la parte trasera del mismo órgano.

Tenía su machacaera de madera y en ella metía el puñado de hierbas, que una vez dentro, trituraba a conciencia hasta obtener un polvillo fino. Después, con cuatro palos, en lo alto del monte, cogía una olla pequeña a la que le añadía agua del primer manantial que pillaba y la ponía a calentar al fuego, y cuando el agua hervía le echaba un puñado de las hierbas medicinales y las dejaba en reposo diez minutos...Apartaba como podía las hierbas de la olla y se bebía aquella infusión, que él llamaba cocitorio, y esperaba a que hiciera efecto.

El hinojo era otra de las plantas que le había librado en más de una ocasión de flatulencias molestas, y que él comía crudo a trozos hasta lograr el efecto deseado. Las indigestiones pesadas, a causa de excesos en la comida, tenían solución casi instantánea con el hinojo.

Y las depresiones que le ocasionaba el mucho tiempo en el campo, solo, sin hablar con nadie, tenían bastante arreglo comiendo flores de hipérico, flor de San Juan, previamente desecadas al fuerte y caluroso sol del verano.

En lo alto de los montes recolectaba las hierbas y hacía pañoletas con ellas, y luego las cargaba en su burra hasta llegar a su casa donde las ataba con cuerdas viejas y las colocaba al sol para que cuajaran todas las propiedades que traían.

Y hoy, día de mercadillo en Santiago, Antón, el viejo Antón, ha vuelto a acudir para comprar cuatro cosillas para comer. En cuanto ha entrado por la boca de la Avenida del Generalísimo, la gente lo ha reconocido y lo paran, y lo besan, y comentan el valor de un hombre que ha permitido la captura de un peligroso criminal, que tras el aspecto de organillero, no era ni más ni menos que un carnicero que mató a muchas criaturas sin piedad, y a veces con saña.

Pero no todo le va a salir bien al bueno de Antón. No más enfilear la calle de Salzillo, la "madame" del tugurio en el que se prostituían muchachas jóvenes de muchas partes del mundo, lo reconoce, y, dirigiéndose a él, ella, grande, gorda, musculosa, con vestidos anchos y vaporosos de sedas volátiles y gasas transparentes, lo agarra del cuello y lo sube casi hasta lo alto de la farola, que alumbraba en la noche, tan larga calle.

Y Antón, el bueno, el elegido por Dios, está perplejo, casi mudo, mientras ella, no para de hablar como una cotorra en un rumano que sólo ella entiende.

—Ahora, ya te he cogido y te digo que te vas a arrepentir de lo que has hecho con mi amigo, el sustentador de mi negocio, tan legal como otros, porque yo pago mis impuestos, colaboro a que se arreglen cosas en el pueblo, a que haya policía municipal a

que los niños tengan colegio gratuito, y , ahora, vienes tú, santo de mierda, y lo estropeas todo. ¡Te juro que te mato si no vas a la policía y le dices que todo lo que les contaste era mentira!

El pobre de Antón, en lo alto de la farola, no puede hacer nada para soltarse de las manos de aquella gigante musculosa de más de 160 kilos, pero Dios, que aprieta pero no ahoga, está atento a su siervo y manda a una pareja de policías que hacen desistir a la mujer de los propósitos macabros que tenía para Antón.

Y cuando Antón se ve en el suelo tocando las piedras, lejos de los brazos de la farola, a donde no debía de haber subido nunca, sale rápido del mercadillo, porque la broma macabra ha ido demasiado lejos, y podía haberle costado el pellejo, a no ser por esos policías salvadores...

Ya más tranquilo va paseando hasta la explanada del puerto, donde por ser festivo, hay mucho bullicio, y la gente aprovecha el día para pasearse y tomarse algo para aplacar la sed, y para divertirse, que de todo quiere Dios.

Y a lo lejos ve venir a un hombre con un carrito que lleva dos monigotes; uno es un hombre, y otro es una mujer.

El artista callejero se para, acota un trozo de terreno, pone la música, y trata de atraer a la gente para su espectáculo.

Lleva dos monigotes unidos por la cintura.

El artista coge y se pone los pantalones del hombre, y, se mete dentro del monigote, y, a la vez, mete la cabeza en el culo de la monigota, y las manos, en los zapatos de la misma, y con un hombre, un artista, va a comenzar el espectáculo callejero. Suena la música y los dos monigotes comienzan el baile que cada vez es más ligero. El artista trabaja con la cabeza dentro del culo de la monigota y las manos en los pies de la misma. Trabaja con la cabeza hacia abajo.

Y mientras la música suena, danzan y danzan los monigotes ante la expectación de los concurrentes. Hacia adelante, hacia atrás, cosa imposible, pero que es verdad y real.

Termina el espectáculo y el hombre sale disparado de la parejita de monigotes buscando el abanico porque le falta el aire, se ahoga, está rojo como una rosa, y se asfixia, casi no puede respirar, mientras la gente le va echando unas monedas en un vaso con pie de hierro.

Y el artista sonríe y da las gracias a todos los que depositan su óvolo en el cacharro mientras le da caladas profundas a un cigarro que se acaba en unos momentos. La gente se marcha y el artista recoge el dinero. Antón quiere entregarle una moneda en mano al artista, y quiere hablar con él, porque reconoce, que este hombre, algún día va a sufrir un infarto y no quiere que se vaya al otro mundo sin conocer al Salvador del mundo, Jesús de Nazareth.

— Gracias hermano por su ayuda. Ya sé quien es: Usted ayer ayudó a detener a un gran asesino, El Organista, que por cierto, a estas horas, ya debe de estar en el calabozo del Tribunal Penal Internacional. Que su cuello sostenga el nudo de la cuerda que le van a poner para que pague tantos excesos como cometió en vida.

— Dios, mi hermano, es misericordioso, y si se arrepiente, el canalla, el asesino, logra perdón divino, pues así le ocurrió a San Pablo, que persiguió a cristianos, algunos de los cuales pagaron con su vida delitos que no habían cometido, y luego, la Iglesia, lo hizo santo.

— Padre Antón: Yo tengo que decirle un secreto que espero me guarde ante la población. Yo ahora soy artista por necesidad pues su Santidad el Papa me echó de cura. Yo era sacerdote en Alemania. Estaba a cargo de una parroquia con muchos fieles. Una parroquia llena de fe, de entusiasmo, de valor...

— No pares hijo, no pares que me tienes intrigado.

— Yo era pederasta. Y lo fui mucho tiempo hasta que me pillaron in fraganti un día con un niño...Me quisieron matar dentro de la Iglesia, pero tuve suerte, porque el

sacristán, que también lo era, me ayudó a salir por un túnel secreto hasta el exterior del templo.

Y mi vida desde entonces ha sido un calvario, un correr y no parar, un ocultarme y cambiar de identidad, incluso me he hecho la estética, padre, ¡no lo diga a nadie!

— ¿Has vuelto a pecar, hijo?

— ¡No padre! ¡Estoy arrepentido! ¡No lo haré jamás!

No basta con tu promesa. El pederasta es como el drogadicto: Reincide al cabo del tiempo ocasionando mucho dolor a las criaturas más nobles del mundo.

— Yo he rescatado para el bien a muchos pederastas que ya son personas normales durante su vida, pero han tenido que someterse a la prueba que yo les impuse.

— ¿Qué prueba es esa? ¿Podría yo pasarla? ¿Qué hay que hacer?

— Es una prueba dolorosa, se pierde mucha sangre, pero ya nunca jamás vas a tener problemas en tu vida con los infantes.

— ¿Qué hay que hacer padre Antón? El vicio me acecha otra vez...

— Si estás dispuesto a coger el toro por los cuernos, esta noche, a las diez, vas a estar en el poblado de los Sánchez, en casa del abuelo Manuel, cirujano y capaor de cochinos.

— ¡No padre! ¡No padre! ¡No iré! Lo que me pide es mucho. Es una prueba muy dura.

— Yo ya te lo he dicho: A las diez de la noche en los Sánchez, casa del abuelo Manuel. ¡Te espero!

Y Antón, el hermano Antón, el bueno, que no cesa de hacer grandes cosas por la humanidad, sigue su camino de bondad por las calles de este bonito pueblo marinero pidiendo a Dios, Padre misericordioso, que el artista, no vaya a faltar a la cita donde se van a resolver todos sus problemas de una vez para siempre.

La tarde está hermosa. Muchas gentes se bañan en las playas tranquilas del Mar Menor tratando de aprovechar los efectos beneficiosos de sus aguas salvadoras y sanadoras.

Un hombre vende melones en una vieja furgoneta, y, un charlatán de playa aprovecha la aglomeración para vender su mercancía de bikinis y pareos.

— Niñas, bellezonas: Al bikini, para estar guapas para vuestros maridos, a lucir el tipito con mis bikinis de marca, sólo hoy en esta playa.

Aparece el tío de las brevas, un familiar de Antón que vende su producción de hermosas brevas, por la playa, a unos, y a otros, día a día. Y uno que le compra un kilo, y otra que le encarga una caja, que pronto se ve con un puñado de billetes en el bolsillo y un montón de encargos.

A las dos, la playa está vacía. Fenómeno curioso provocado por el hambre de la gente ociosa que no perdona el almuerzo.

Y yo, pobre de mí, que estoy ocupado en escribir este libro para gloria y loor de Antón, aprovecho que estoy cerca de los lodos para darme un barrito en las aguas de la laguna, que lo curan casi todo, y sobre todo, los nervios.

LOS ORGANILLEROS

El tío tiene una cara que se la coge con las manos y le faltan varios palmos. Se coloca al principio del *mercaíllo* con la tapa del acordeón como espuerta para que le caigan los donativos que son escasos a causa de la crisis.

—Treinta céntimos para una mañana de trabajo; esto es una mierda, ¡pueblo asqueroso! ¡No sabéis respetar ni entender el arte ni a los artistas! ¡Me dan ganas de tiraros esta basura de chatarra a la cara! ¿Qué creéis que voy yo a ir al banco con un saco cargado de céntimos para que me los tiren a la cara? ¿Dónde están los euros, los billetes de cinco, de diez, de veinte, de cincuenta y hasta de quinientos? ¿O es que se los habéis entregado a los constructores, a los del ladrillo, para que conviertan vuestras chozas en palacios? ...

— Admito tarjetas de crédito como en el Líder: ¡A partir de 10 euros! ¡Y maldito sea el banco si os cobra comisión por pasarla! Toda la furia de la Décima Sinfonía de Beethoven caerá sobre sus empleados si lo hacen, pero tocada al revés.

Y coge el acordeón, y sentándose sobre una vieja silla plegable, se pone en posición de toque abriendo el fuelle y cerrándolo para ver que no está pinchado, ¡qué otra cosa más grande habría en el mundo!

Y se pone de pie, y baila, y salta; casi se pone con los pies hacia arriba y la cabeza boca abajo, mientras canta “El baile de los pajaritos”, y, se *hiergue* cuando salen las notas de “Pajaritos por aquí, pajaritos por allá” mirando desafiante a la gente que pasa de largo huyendo de ese monstruo que vino de Serbia.

— ¡Echad céntimos malditos, echad céntimos malditos! ¡Llenadme el maletín! ¡No me importa! ...Tú el calvo, el sin pelo: Mete la mano en el bolsillo y saca un fajo de quinientos y suelta algo por aquí. ¡No te lo gastes todo con la rubia de la melena larga, pedazo de cabrón!

—Me voy a cagar en tos tus muertos, hijo de la grandísima puta, que te vas a comer el acordeón.

Y este hombre soez, bellaco, caradura, impostor, metebocas, agarra el acordeón y toca la “Marcha Fúnebre” de Mozart mirando desafiante al calvo que se va por lo bajini a punto de darle un infarto, porque lo suyo hubiese sido meterle con “to” el acordeón en la jeta y ponérselo de collar.

Y Antón oye toda esta jerga de palabrería mezclada con música de acordeón, mientras reza por lo bajo que no ocurra nada en el mercado del lunes porque las gentes tienen que vender para comer, y si se propaga que este mercadillo es una bronca continua la gente va a recular y van a ir a comprar al “Marcadona”, lo que será una ruina para nuestros bolsillos.

Antón templea los ánimos mientras aprovecha para coger algunos melocotones que andan por el suelo a toda prisa huyendo hacia el puerto deportivo por miedo a este hombre que es peor que Karadzy.

— ¡Dios provee a los que en él confían! ¡Dios no abandona a los que en él han puesto sus esperanzas!— mientras agarra una coliflor por las greñas y la mete en el capazo.

— Porque se acerca el fin. Ya viene, ya viene para juzgar a todos los pecadores que no se arrepintieron de sus pecados. Porque todavía estáis a tiempo...

Y Antón pasa cerca del acordeonista de la mala leche...

— ¡No te acerques pedazo de hereje! Porque tu hora ha llegado. Ya estás a punto de caramelo para que Dios mande a uno de sus ángeles y te haga cabello de ángel. Para que tu carne sea echada a los cerdos sólo falta que yo suplique al Altísimo, ¡Bendito Sea Su Santo Nombre. Porque jamás, nunca, en la historia de San Ginés, que ha cumplido cien años, se oyeron insultos más grandes a sus gentes, a sus parroquianos. “¿Qué

quieres? ¿Qué dejen de dar de comer a sus hijos para que tú te refociles con la “madame” del club de alterne?, ¿con esa que ha traído de los Balcanes a todas esas jovencitas que con el pretexto del acordeón, que no saben hacerlo sonar ni una nota, y actuando de gancho para que los mejores mozos de este pueblo pasen por ese antro, dejando a sus mujeres sin un euro para atender a sus necesidades”?

— ¿Qué dices ,viejo golfo? ¿Qué hablas tú de alterne, ni de leches?, grandísimo cabrón, el más bellaco de este pueblo que gastaste hasta el último céntimo con mujeres de mala calaña.

— Aplaca tu ira hermano mío porque Dios te quiere, Dios te ama, y yo estoy aquí para salvar tu alma pecadora, porque sé de tu pasado lleno de crímenes y de violencia; yo sé lo que hiciste allá en los Balcanes, donde la sangre corrió como en el Jarama, por don tú pasabas, tiñendo el río de rojo...

— ¿Cómo sabes tú eso predicador borracho?

— Porque Dios, Supremo Padre, me lo ha revelado, y, aún más, si persigues con tu actitud de odio a todo el que pasa, no voy a tener más remedio que enviar al Cuartel General de la OTAN un mensaje para que vengan y te detengan, te esposen, y esta misma noche duermas en un calabozo de la policía para ser deportado mañana mismo a Bruselas en un avión con carácter de urgencia y puesto a disposición del Tribunal Penal Internacional...

Y el organillero deja el acordeón y se tira a los pies de Antón, el aplacador, el que doma a las fieras, y le besa las manos ante el asombro de las gentes que están viendo cómo la fiera, la bestia negra que con sus manos mató a niños inocentes, por no ser de su religión, es un corderillo manso y sumiso.

—No padre, santo padre, perdóneme, estoy muy arrepentido, aquello ocurrió hace algunos años, y ya es agua pasada. Dios es grande y Dios perdona, y eso, es, lo que yo ahora le imploro con toda humildad, porque hay fieras más malas que yo por ahí sueltas, como muchos soldados de la ONU que hicieron la vista gorda cuando se masacraron a más de diez mil criaturas, algunas de tierna infancia en un los Balcanes.

Suena una sirena. Y otra, y otra. Vienen a detener al asesino más buscado de la Guerra de los Balcanes, al mismísimo Karadzy, que disfrazado de acordeonista, al que la cirugía estética cambió los rasgos más sobresalientes de su cara por otros muy diferentes, que le han permitido vivir unos años tranquilamente acogido por la “madame” en su club de alterne.

Y se lo llevan esposado, camino del aeropuerto, para que el alto tribunal lo juzgue inmediatamente por crímenes contra la humanidad.

L A BRUJA DE LA SUERTE

A la vista del éxito de público de las últimas predicaciones, Antón, el venerable, tiene decidido sustraer a la calle, y a los ojos de la policía, para evitar problemas, su acción predicadora, pero para ello necesita dinero, porque, ¿quién puede andar en los tiempos que corren sin dinero?, ¿quién puede montar una gran obra predicadora, de asistencia, una ONG, sin dinero?...¡Sin dinero no se va a ninguna parte! ¡Con dinero eres alguien, pero sin él, eres un *pelao*!

¿Pero dónde buscarlo? ¿Quién nos lo dejará prestado con la intención de devolverlo en un futuro cuando nuestra iglesia crezca como un roble y eche cimientos fuertes?

Antón, cansado del ajetreo de los días pasados, y dada su edad, necesita descanso, reflexión, necesita meditar, necesita ponerse en contacto con su Dios, Bendito Sea Su Santo Nombre, porque en definitiva, es Él quien le marca el rumbo que debe de tomar su camino en la Tierra para su santificación. Y entra en un profundo sopor...

—Antón, Antón: Tu obra marcha, estoy muy contento de ti. Los pecadores van viniendo a la red y se están convirtiendo para su salvación eterna. Pero no me gusta la calle. El Reino de Dios, no es de la calle, el reino de Dios necesita templos, lugares de culto, recintos donde las criaturas que me aman eleven sus súplicas a mi persona y encuentren la paz que buscan y la tranquilidad que da el recinto sagrado.

— ¿Qué quieres de mí Señor? ¿No ves que estoy cansado? ¿No sabes que mi cuerpo está “*esvencinjado*” como una vieja silla y que mis huesos tienen trabajo para colocarse en su sitio y mantenerme?

—Ya lo sé. Te digo que el sacrificio de hoy, será para mañana, tu gloria; gloria definitiva y eterna por los siglos de los siglos. Quiero que me levantes un templo en las faldas de la Sierra de Ricote, un templo grande y hermoso donde los fieles tengan contacto conmigo, la Divinidad, un templo donde los peregrinos, para mi gloria, vengan de todos los lugares de la Tierra, y allí, yo los sanaré, los curaré de sus enfermedades, si vienen realmente arrepentidos, y no por la ocasión, buscando la curación, para volver, una vez sanos, al descarrío. Montserrat, Lourdes, Fátima, me tienen quitado el sueño. Estos santos lugares los han convertido en templos de mercaderes donde todo se compra y se vende, en negocios para unos pocos, y eso no me gusta, por eso quiero, Antón, que me construyas un templo diferente; sólo para culto y sanación, donde yo haré acto de presencia.

—Pero, Señor: ¿Dónde voy a por perras? Ya sabes que hoy, en los tiempos que corren, todo se hace con dinero, y si no lo tienes, si no llevas “*cromos*” contigo, a donde quiera que vayas, no te hacen caso. No quiero ser la burla de la gente, aunque si tú me lo pides, estoy dispuesto a ser el más tonto de los tontos, y pasar por un payaso.

—Déjame que te explique mi querido Antón: Los “*cromos*” — como tú dices, los tienes muy cerca de ti. Casi están a tu lado. No tienes nada más que acercarte a Lo Pagán, al paseo que da al Mar Menor, y cerca, muy cerca de su puerto, tienes a la Bruja. Allí venden lotería de la ONCE. Tú dirígete allí mañana y ya te indicaré lo que tienes que hacer.

Y Antón, al día siguiente, se levantó un poco mareado, porque estos sueños, estas revelaciones, estos encuentros con el Señor, le producen desasosiego, temblores, e insomnio, así como jaqueca y sudores. Pero por probar, no pasa nada.

Antón se dirige hacia la calle Campoamor a la caída de la tarde.

La calle Campoamor es una avenida que da al Mar Menor, a una de sus playas más concurridas. Durante los meses de verano es una calle muy bulliciosa con mucha gente que deambula por ella buscando algo de fresco para luchar contra el calor del verano.

Los coches, por cientos, aparcan en los sitios preparados para ello, y, en las acera, los manteros, negritos en su mayoría, venden prendas falsificadas de las marcas más conocidas: Ropa, relojes, colonias, películas, bolsos. Últimamente se están acoplando a este negocio los moros que también quieren sacar un cacho de pastel a esta suculenta tarta que mueve miles de euros.

Pero hay un problema en este boyante negocio: Los comerciantes locales, los que pagan sus impuestos por sus comercios en el pueblo, se han quejado al Ayuntamiento, y, su alcalde, no tiene más remedio que mandar a los guardias a esturrear a los negritos para que no vendan lo prohibido en detrimento de lo legal.

Y se producen situaciones de riesgo cuando vienen los guardias que se acercan sin prisa para que los negritos tengan tiempo para recoger su mercancía y ponerla a salvo.

Los manteros tienen sus chivatos apostados en los sitios estratégicos, y, por medio del móvil, avisan a los que venden, que en un plis plas, recogen la mercancía y se colocan en la arena de la playa, donde los policías ya no tienen mandato para intervenir porque esa zona depende de Costas.

En algunas ocasiones los guardias jóvenes corren tras los manteros, que llegan incluso a meterse dentro del agua, produciéndose situaciones de verdadero peligro...

De un coche grande, a la caída de la tarde, se baja un hombre alto, atlético, el lotero, que descarga un extraño objeto del maletero.

En un carrito del súper, tapado por una sábana, aparecen unos pies calzados con unos zapatos de punta y unos calcetines negros...

No se ve gran cosa dentro del carrito, pero ya es suficiente, para el que no lo sabe, que se lleve un gran susto al encontrarse de sopetón con tan extraño catafalco mortuario que porta en su parte delantera los pies de una muerta.

El lotero, ante la expectación de los presentes, descarga la muerta y la coloca en la acera sobre un árbol, para que no se caiga, mientras su mujer prepara la mesita donde se van a exponer los números de la lotería de los invidentes.

Ya está la Bruja en su sitio, preparada, con su larga nariz roja, su mentón afilado, sus greñas, su traje negro raído, y su escoba. Ah, y su gatito con la bola roja.

La gente compra el cupón y se lo pasa por el manto milagroso a la Bruja. El gato, por arte de magia digital, se enerva, enciende sus feos ojos, y arqueando el tronco emite un tremendo maullido que pone los pelos de punta a los que pasan por allí.

Ya está Antón junto a la fea Bruja. Pero no sabe lo que tiene que hacer, ni por qué, el señor, su amo, le ha enviado ahí, máxime, sabiendo Dios Padre, que lo sabe todo, que a Antón, el hermano Antón, no le gusta el juego, perversión para mucha gente que pierde casi hasta el pellejo por tal de cambiar su suerte.

Y en medio de todo el ruido, la gente que pasa, las voces, los coches, los maullidos del gato, el tren turístico que bordea la población, las carreras de los manteros huyendo de la policía, se oye una voz, una voz sideral en lo alto de los cielos:

—Antón, querido Antón: La suerte está en tus manos. Juega al Cuponazo. Ello te dará dinero para alquilar un local.

— Pero Señor: ¿Qué número compro? ¿Cuál es el de la suerte?

—Antón, mi querido Antón: Coge el 66.666. ¡ Ese es el que te va a dar el premio!

Una señora, que va antes que él, ya lleva el cupón que Dios le ha dicho a Antón que va a ser el premiado con el cuponazo. ¿Y qué va a hacer ahora?

Antón se dirige a Dios, que está allí en lo alto, esperando a ver en qué queda la cosa.

— Señor: Esa mujer, la gordita, se ha llevado el cupón que tú me has dicho que comprara. El de la suerte. El del premio del Cuponazo. ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo le digo yo que tú me has dicho que comprara ese número porque iba a ser el de la suerte?

— Antón: No seas bobo. Acércate a la mujer y le dices que ese número es muy feo,

y que ya salió la semana pasada, como ocurrió realmente. ¿Ya verás como lo deja y tú lo agarras!

—Señora: ¿Qué número ha cogido usted?

Pues yo llevo el 66.666. Lo compro hace muchos años esperando que me toque, ¡pero ca! Esto es perder el dinero.

— La verdad es que sí. Es imposible que tanto número igual salga con el premio. ¡Además es el número del diablo! El 666 es el número del diablo.

— Bendito sea Dios. ¡Gracias buen hombre por haberme avisado! ¡Gracias a Dios por habérmelo puesto en el camino! ¡Por eso no me tocaba: El número de Satanás, ¡maldita sea “toa” su estampa!

— Y lo deja en la mesa y lo cambia por otro, momento que escoge Antón para agarrar el numerito y salir pitando.

— La Señora dice: ¡Qué hombre más extraño! ¡Gracias a Dios que me lo puso en mi camino!

— Antón: Vete a tu casa. Mañana lleva el número de la ONCE al banco y ponlo a buen recaudo.

Antón se despierta después del placentero sueño. Pero mañana, por lo que sea, va a buscar el 66.666 de la ONCE, por si las moscas. Dios tiene muchos medios de contactar con los creyentes, y el de los sueños, el comunicarle cosas a través de ellos, es uno más. Además, Dios sabe, que él quiere tener un local donde pasar este invierno, y en el que proporcionará comida a los pobres y parados, que de no ser así, se morirán de frío o de hambre.

Y al día siguiente, Antón, el venerado Antón, espera en la calle Campoamor a que llegue la bruja en el catafalco, y el lotero, para comprarle el numerito. Cuando llega el lotero y coloca a la bruja en su sitio, pone los números de los sorteos en lo alto de la mesita. Y ve con sorpresa, que el primero que se coloca en su sitio es el ¡66.666!

Lo agarra rápidamente, paga, lo pasa por el manto de la bruja, por si las moscas, y se va con la música a otra parte. Ahora sólo le toca esperar a que mañana el 66.666 sea el premiado con el Cuponazo.

Y TOCÓ LA LOTERÍA...

El viernes por la noche se celebró el sorteo del Cuponazo de la ONCE. Antón, que no tenía radio se fue a un bar, y allí esperó pacientemente hasta que comenzó el sorteo. Se sentó en una mesa solo, y puso sobre ella la Biblia que siempre lleva consigo, abierta. La Santa Biblia estaba “contenta” de ser la primera vez que entraba a un sitio como ese, e invitaba a Antón a que la hojease pasando de unas páginas a otras. Era una Santa Biblia de los Evangelistas.

La dueña del local, mujer muy beata, observó con ojos recelosos el Santo Libro sobre la mesa. No era el que ella estaba acostumbrado a ver corrientemente, y, llamó a su marido, que vino pronto y veloz como un meteorito cuando oyó las voces de su querida esposa, creyendo que le pasaba algo.

Y le pasaba que no podía ver esa Biblia sobre la mesa de su local: la Biblia que no era la católica, apostólica y romana. Que le venían como unos destellos malignos que la dejaban como deslumbrada, que le metían una desazón en el cuerpo que la dejaba como atontada.

Y comenzó a gritar:

—Javier: ¡Quita ese libro de la mesa! ¡Me daña la vista! ¡Me enfurece!

En la radio empieza el sorteo de los invidentes. Una señorita va sacando bola a bola para componer el número:

—El uno. El dos.

Javier agarra la Santa Biblia de los protestantes, la mira, pasa sus hojas. Pero él no le ve nada inconveniente. Nada anormal.

La mujer comienza a ponerse más nerviosa. Pide una tónica. Tiene mareos. Ganas de vomitar...

Javier atiende a su mujer mientras coge la biblia con una mano y con la otra sujeta a su mujer para que no se caiga.

—El tres...El cuatro...El siete.

Y Antón se caga en su mala suerte que tiene. El número que ha tocado es el que compró la mujer cuando él le dijo que no se quedara con el 66.666. El número premiado es el 12347 y va premiado con un millón de pesetas.

Se tira al suelo. Se caga en el sueño que tuvo, y en “toa” su nación. Maldita sea la hora que le dijo a la señora que no comprara el numerito, el 66.666, y se llevara, el número en el que se había fijado previamente: ¡El premiado 12347, maldita sea mi mala suerte!

El marido de la pastelera, agarra el libro santo de la mesa y lo tira a la calle. ¡A mitad de la puñetera calle! Y a continuación coge a Antón de la cintura, lo sube en alto, y lo tira al mismo sitio que el santo libro.

— ¡Y la próxima vez que vengas con el libro lo uso para liar los bocadillos de los clientes!

Su mujer, la pobre, ya más tranquila, agarra a su marido y lo mete en la trastienda donde se lo come a besos por la hazaña tan heroica que ha tenido librándole de ese mamotreto protestante donde se insulta la fe de los católicos, circunstancia que aprovechan unos moros para agarrar unas bandejas de dulces recién hechos.

Su sorpresa e indignación será mayúscula — cuando sepan— que han sido horneados lustrándolos por arriba con grasa de cerdo untado con un pincel de pelo del mismo animal, lo que les impedirá ir al Paraíso con las huríes.

HISTORIA DE PUFÍ

Al hermano José le encantan los animales. Dice que son iguales dice “que son seres vivos de la Creación” como nosotros y que debemos respetarlos y no hacerle daño, alimentarlos, y no hacerles trabajar en exceso.

Pandora, la borriquilla que le siguió en sus correrías era un ejemplo; sólo le faltaba hablar, y José llegó a entenderla como si de un ser humano se tratara. Sabía cuando tenía hambre, cuando tenía frío o calor, cuando tenía sueño, cuando estaba cansada, y en sus largas correrías por la geografía española, cuando el sol declinaba y las tinieblas de la noche robaban el protagonismo a la luz, Antón, el bueno, se enzarzaba en discusiones teológico— filosóficas con ella, Pandora le seguía cuando él le preguntaba. E incluso si no estaba de acuerdo en sus conclusiones, que Antón le exponía, meneaba la cabeza y parecía que quisiera hablar.

Eso ocurrió cuando una noche en que estaba Antón sentado en lo alto de un cabezo mirando al cielo pensó en la enorme inmensidad del Universo. Universo que no tenía ni principio ni fin, ni un antes o un después, sino que había existido siempre, y que desde siempre y por siempre estaría y había estado ahí. Lo único que ocurría, decía Antón, es que al Creador, perfecto, al rebelársele los demonios con Satanás al frente, fue tal el estremecimiento que se formó, las contracciones que generó el Universo, que en esos momentos hubo cuerpos celestes que chocaron unos con otros pero sin afectarle a la estructura sino en su grandeza que ganó en amplitud. Y se reía cuando ese científico que se sacó de la manga la Teoría del Big Bang decía que de una pelotita pequeña con mucha concentración, como una bola de billar, salió todo: — “Pero Señor: Qué dice ese loco sin razón. Cómo una cosa tan pequeña pudo dar lugar a un Universo tan enorme al que nadie con exactitud ha sido capaz de ponerle medidas”.

Y Antón, cuando pensaba en estas cosas, se reía, y Pandora también: — Ja, ja, ja, ja, ja, ¡qué tío más loco y qué mente más perversa. Así está el pobre, en unas sillas de ruedas desde toda la vida. Si creyera, si viniera a mí con humildad, yo le pediría al Altísimo por él para que recupere la movilidad, ¿pero con esa carta de presentación y esas chorradas, a dónde vamos a ir que no nos den con las puertas de la calle en todas las narices?”

Y Pandora levantaba la pata y se tocaba la nariz a la vez que emitía rebuznos de aprobación y asentimiento a lo que Antón, mientras que con el rabo trataba de mandar a freír puñetas a las moscas cojoneras que trataban de darle el día.

— ¿Una pelotita pequeña formó en una explosión terrible el Universo? Cago en dena que ese tío está para que lo aten. Y también que aten juntos a los que piensan en esas cosas, como los que dicen que el Universo se está expandiendo y agrandando, cosa que no es cierta porque sólo tiene las dimensiones que tiene, ni más ni menos, ni agranda ni se encoge, como dicen otros ahora “que va a volver a su tamaño original de pelotita” para que el científico ese se quede fuera, porque él no entra en el espectáculo y juegue sobre un plano con la pelotita. ¡Cago en dena! ¡Llévatelo Señor pronto que esta gente está haciendo mucho daño a la religión, que con esas teorías ya la gente no me cree y sudo mucho cuando en medio del gentío tengo que convertir el cayado en árbol, o los zapatos en barcos, parar el sol, traer el día o la noche, hacer bajar naves del cielo para que se lleven a la gente, o parar los elementos y dividir las aguas del río— como ocurrió en Córdoba— para que la gente se sentara en el llano, resucitar a los muertos, predecir los terremotos, o bilocarme en dos sitios a la vez, para que sepan que tu palabra es vida eterna, que no hay ni trampa ni cartón, y que lo que tú has prometido, lo vas a cumplir.

Antón se pone furioso y pide perdón a Dios cuando habla de estas cosas, o piensa en ellas, como cuando el otro día cayó en sus manos un papel en el que el sabio ése de Einstein se le va la pinza y dice que Dios no existe, que eso es un invento, y que las

religiones son propias de gentes primitivas, que aquí hay lo que hay y que el mundo se hizo sólo, ¡— que venga Dios y lo vea. Un hombre al que no lo admitieron en la academia donde quería estudiar por “cortito”, y, ahora, por arte de birlibirloque, inventa ese rollo macabeo de que Dios, que lo hizo a él, que permitió que un montón de células se conformaran para darle la forma a su cuerpo en un acto de amor de sus padres que más hubiese valido que aquella noche de la procreación se hubiesen dedicado a otra cosa que a engendrar a un individuo que escribe teorías como la de la relatividad que dice que cuanto más corre un cuerpo más corre la luz y alcanza más lejos. Otra chorrada porque el cuerpo no es el que hace que la luz corra o no corra, sino que la luz la forma Dios, como el cuerpo, y el cuerpo tiene la velocidad que Dios le imprime de acuerdo con sus leyes sobrenaturales las cuales nos están vedadas al conocimiento mortal hasta que una vez en su presencia, Él, que todo lo puede, nos desvele la razón de ser de sus leyes y sus misterios. ¡Blasfema toda conjetura de desentrañar lo que Él, Bendito sea Su Santo Nombre, nos desvelará tras el Juicio Universal al que todos seremos sometidos!

LA CASA DEL SEÑOR NO SE DERRIBA, SEÑOR ALCALDE

Antón, de joven, trabajó de lo lindo, y nunca reculó en la tarea que le habían encomendado, pero sí que muchos se aprovecharon de su bondad y de su humanidad para con los pobres. Y llegaba a un bar, en su pueblo, o en el extranjero, que también estuvo, y pagaba una y otra ronda hasta que tenía que dejar, su viejo reloj de oro empeñado, si no quería dormir en el cuartelillo.

Y la gente, como lo sabía, se aprovechaba de él. Y en numerosas ocasiones que visitaba a los gitanicos, a los que iba a anunciar la palabra de Dios, uno de ellos, de los que no creían en Dios, y hasta se burlaban de las prédicas que Antón les echaba, aprovechó que había salido a hacer sus necesidades, del viejo coche en el que dormía, y arrambló con lo que encontró a sus paso, no importa qué, ni cuánto.

En una ocasión, Antón, que disfrutaba de una pequeña paga no contributiva, porque decía que lo habían engañado al darle la pensión, quedándole mucho menos de lo que le correspondía por culpa del alcalde socialista, el que le derribó la nave, casi sin darle tiempo, en la que celebraba el culto, la vieja nave levantada con mucho dolor, sudor y lágrimas, en la que se reunían para oír la palabra de Dios muchos hermanos abandonados de la sociedad.

Dios que aprieta, pero no ahoga, hizo pagar con creces al alcalde socialista el haber destruido con las excavadoras el santo lugar donde Dios andaba entre los suyos, dándoles palabras de apoyo y consuelo.

Y un día de esos que el socialista alcalde se las prometía muy felices al haber atado una operación urbanística de recalificación de terrenos en la que parientes suyos habían sido puestos como dueños ficticios de los mismos, fue a celebrarlo a lo grande en un mesón de Cuenca, cuyo dueño era el repartidor de todo Levante de los cupones de la Once, y del que era amigo desde hacía tiempo.

Y la celebración constaba de comida abundante y también bebida, con muchas mujeres de la vida, que desnudas, bailaban en lo alto de una mesa, para gozo y contento de los allí, presentes.

Y las mujeres, como corría la “guita”, estaban a lo que mandaban los mirones y el socialista.

Y cuando la fiesta iba subiendo de tono, ya bien “mamados” los presentes, surgían las peticiones a las fulanas, que iban cada vez más allá de lo que la moral y las buenas costumbres mandaba.

Y la carne y los platos de chuletones de ternera de Ávila rociada con alioli, vino fino de Moriles, de graduación elevada, iban robando la razón a los presentes, que desinhibidos, no dudaban en subirse a la mesa con las fulanas, de la misma manera que estaban ellas: ¡ En pelota viva!

Y corría el vino como corre el río Segura por Mazarrón, en amplio caudal, pero también la Viagra, que no de farmacia, sino comprada por Internet, de dudosa calidad, y efectos impredecibles.

Y algunos de los presentes, mayores ya, a los que el miembro viril no les obedecía poniéndose erecto, tomaban varias pastillas de aquella sustancia tensora cuyas consecuencias se hacían sentir muchas horas después de terminada la juerga, teniendo que acudir a la Casa de Socorro buscando remedio para destensar el miembro, que si duraba la erección, amenazaba quedarse hecho una piedra para siempre y fosilizado.

Era tal el dolor que sentían los afectados por el uso excesivo de la Viagra de Internet, que alguno de los presentes tuvo que ser auxiliado por los camareros de turno, más sobrios, para evitar, que de un tajo con la navaja, separaran el miembro erecto a petición a gritos del titular, teniendo que recurrir después, para su reimplantación al doctor Cavadas de Palencia que había conseguido reimplantar las dos piernas a un

accidentado que las había perdido en un accidente de coche.

Y venga vino y traigan carne. Que la lujuria del alcalde socialista y sus amigos de celebración iba in crescendo con el asentimiento de las mujeres del tablón de la mesa, que dueñas de la desinhibición más guarra, provocaban a los asistentes con prendas íntimas de lencería de París.

Pero Dios, que lleva una contabilidad rigurosa, tanto de sus predilectos, como de sus enemigos, convertido en un Dios vengativo del Antiguo Testamento, desvió el paso normal de un trozo de carne hacia las vías respiratorias del alcalde, el cual, entre estertores, más rojo que una sandía, pagó con creces el derribo por orgullo de la nave donde Antón y sus discípulos ofrecían culto al Más Grande entre los Grandes.

Y como la cosa fue a mayores, alguien del hotel donde se realizaba la fiesta erótica, llamó al cuartelillo de la Guardia Civil, por la importancia del muerto.

Y cuando llegan los números, acompañados del médico y del juez de guardia, del juzgado correspondiente, lo primero que ordena el juez, es:

—Vistan a toda esta chusma inmundada y cubran sus vergüenzas. Tomen fotos de todos los presentes, y, las fulanas, llévenlas al cuartelillo, y, aplíquenles, la Ley de Vagos y Maleantes.

— Sí, Señor Juez— dice el cabo de la Guardia Civil.

Pero hay un problema, y grande, para vestir a toda esa gente por mor de la toma excesiva de Viagra. Sus miembros permanecen erectos, y aunque algunos números hacen maniobras con los guantes puestos para volver a la normalidad esos órganos erectos, ¡no se destensan!

Así, que, ante el problema surgido, el juez ordena que actúe el médico de guardia, el cual se siente impotente para hacer volver a la normalidad los miembros dilatados, indicando a Su Señoría, que durante un plazo de ocho a diez horas, la situación “permanecerá estable”.

Y el alcalde, tieso como un hueso, con su miembro erecto, aún más, por haber pasado a la situación cadavérica, es metido en la caja, dando problemas para su cierre.

Pero, el encargado de la funeraria, que ya no se asusta por casos como éste, echa la tapa del “traje de madera” con fuerza, sobre el alcalde, que ante la presión del funerario fortón, ante la vista de todos, hace salir fuera de ella el mástil del alcalde muerto, circunstancia que el operario de pompas fúnebres disimula colocándole una corona en el “soporte”.

Cuando a los pocos días se difunden las noticias del atragantamiento del político, Antón, echado de rodillas en el suelo, los brazos extendidos hacia el cielo, da gracias a Dios por haberle hecho justicia con un enemigo que le hizo sufrir mucho en vida.

Y al día siguiente, sobre las ruinas de la vieja iglesia evangélica destruida, Antón y los suyos, ya liberados de la persecución del alcalde socialista, celebran un acto de culto con gran presencia de los que habían sido “masacrados” por el político inmoral.

Y Antón echa una prédica en la que lo más importante, aunque todo lo fue, es el resaltar lo que sigue:

— Mis queridos hermanos en Cristo: Yo no quería esto para el alcalde. Pero los designios de Dios son inescrutables. Nadie sabe lo que Dios va a hacer con los que se oponen a sus mandatos. Nadie lo sabe, pero éste, lo pagó con la muerte, ¡y por asfixia!; muerte nada agradable para él.

— Que las generaciones futuras sepan, que ¡contra Dios, nadie! Y que el que se mete con la Iglesia, tarde o temprano, es condenado. ¡Descanse en paz y que Dios lo perdone! Que su muerte sirva de advertencia a todos aquellos que actúan con malicia contra la Iglesia o sus miembros. Porque la Casa de Dios, es, ¡intocable!

—Podrán reducir a escombros con las máquinas más grandes los sillares donde se levantaba un lugar santo, podrán matar a todos los cristianos que quieran dentro de sus templos con bombas portadas por suicidas terroristas musulmanes, pero Dios, ¡no olvida!, y si no castiga en vida, ¡los condenará al fuego eterno en la otra!

Todo el Pueblo de Dios, respondió al unísono: — ¡Amén!
— ¡Así sea! ¡Amén, amén, amén, por los siglos de los siglos, amén!

JAMES SÁNCHEZ

Va de borrachera en borrachera, de bar en bar insultando a todo el que se le pone en medio de su camino. De su boca no sale por los efectos del alcohol, ni una sola palabra bonita. Y se mete en cada berenjenal, de un par de narices, que si sale ileso, es porque la gente ya lo conoce y no le hacen caso.

Siempre en bicicleta y casi siempre tumbado por el alcohol. Con los atuendos más dispares llamando la atención.

—Me cago en tus muertos, hijo de puta. Te corto los cataplínes en un santiamén. Este es James Sánchez, al que un cohete le despojó de su tierra mortal. La suplencia la hace una sonda y una bolsa que recoge los residuos urinarios que su cuerpo genera. Y en estas condiciones, este hombre, perdida la capacidad sexual, se tira a la bebida para sufrimiento de los que lo conocen.

Y el peor día, es, el 25 de cada mes, cuando quiere cobrar la pensión de incapacidad. Pero mira cómo se las apaña para ser el primer pensionista en cobrar con una semana de anticipo.

Para ello, se bebe unas copas; no le hacen falta muchas para ponerse a tono y envalentonarse. Y se dirige a la caja de ahorros por donde cobra.

Llega el último y se salta la cola sin nadie que proteste. No respeta la raya, porque de mamado que va, no la ve. Y entra por derecho, sin permiso, en el despacho del director:

—La paga. ¡La paga!

—No ha llegado todavía, Sánchez.

—La paga. Voy a por una lata de gasolina y lo quemo todo. Le pego fuego por los cuatro costados a este chozo. Mira el mechero que tengo, y aquí, la lata. ¡Gasolina me falta! Dos euros tengo. ¿Hay suficiente? Aquí no hay nada más que papeles, y esto arde como la tea. ¡Le pego fuego! La paga, ¡ya! ¡Mi dinero, ladrones! Por mi madre que le pego fuego, que está enterrada en la tercera planta del sótano del cementerio

El director, abre el cajón donde está la pasta, y le da a Sánchez su dinero, que no contento, sale a la calle,... “Le pego fuego! ¡Por mi madre enterrada en la tercera planta del sótano del cementerio, que le meto fuego al chozo!

— ¿James? ¿Y la bicicleta?

—Me cago en sus muertos. La bicicleta me la robaron dos moros maricones. Me los cargo. Todos sus muertos, los pillo y les corto el cuello. Ya sé quiénes son, andan por aquí. Dice la Benemérita que les diga quiénes son para ahorrarse ellos el trabajo de cogerlos. ¡Todo el mundo los conoce y saben dónde están! ¡Qué vayan ellos a cogerlos que para eso cobran! ¿No te jode? En este país ya no trabaja nadie, y, menos, los moros ladrones.

— James: La bici te la robaron por no dejarla atada con el candado. Ese candado que tienes tú no sirve para nada.

— ¡Putos chinos de mierda! ¡Me cago en sus muertos! ¡No venden nada más que basura! ¡Su puta madre, me cago en “tos” los chinos, y, también en Mao Tse Tung. Fui a que me pagaran la bicicleta— porque me la habían robado porque el candao que me vendieron era una mierda—, pero ellos me dijeron que si les llevaba el suyo “loto” que me daban el dinero... Los putos moros se llevaron la bicicleta, la pintaron para venderla, y, el candao, lo llevaron al chatarrero, ¡que algo les daría!. ¡Putos moros, putos chinos! ¡“Tos” a su país a que les dé de comer el Mohamed! En un barco los metía yo y le ataba al timón una cadena para que no pudieran volver! O al avión, como al moro negrito que andaba por los lodos. Allí dormía y allí se lavaba y no se metía con nadie. A mí me buscó una bicicleta que me robaron sus colegas... ¿Y cómo le pagó la policía?... Un día se presentaron y lo llamaron por su nombre. Él dijo: — ¡Yo soy!... Lo agarraron entre varios

porque se resistió, y por desacato a la autoridad, lo metieron en el avión para su país... ZP los metía en el avión, pero Rajoy no se queda corto.¡ Se vayan “tos” por donde les quepa!
¡Putos moros, putos chinos!

YA VIENE...YA SE ACERCA

Andrés es un chico de unos 30 años. Vive con su madre y un hermano problemático. Los tres sufren de depresión; la madre la lleva arrastrando desde hace ya más de veinte años cuando el padre los abandonó... Aquel mismo día en que ya no volvió se metió en la cama y sólo se levanta para hacer sus necesidades y tomar los medicamentos necesarios.

Los dos hijos han seguido el camino de la madre, y, hay días en que son las dos de la tarde, y en la casa, todo el mundo está en la cama.

Cuando alguien importante viene a la casa a traer algo, las vecinas se encargan de recogerlo, y, si alguien se levanta y sale a la calle, pues le dan un *chis*, y se lo entregan. Algunos días Andrés se levanta para dar un paseo por el pueblo, hablar algo con los amigos y se sienta en el banco a tomar el sol mientras llega la hora de acostarse otra vez. Algunas veces, Andrés coincide con Antón, pero no le gusta, — “porque siempre anda hablando de lo mismo”: “Ya viene...Ya se acerca”...

—Y el otro día me lo encontré por la calle y” le pregunté por el hermano Antón, que si lo había visto, que por dónde andaba porque tenía ganas de hablar un rato con él”.

—Antón, lo que es yo buscarlo, que no lo busco. Me da grima. Me baja la moral porque siempre tiene el mismo rollo: “Que ya viene, que ya se acerca, que Jesucristo baja a la Tierra para arreglar las cuentas a los que no son buenos. Porque las señales son cada vez más evidentes, y se repiten día a día: Inundaciones, terremotos, abortos, violaciones, guerras, incendios en los montes, tsunamis”.

— Es que no tiene otro tema de conversación; es peor que los Testigos de Jehová; como el abuelo ese, el que fue revisor y que llega ya los noventa años. Todo el día con el bolsito, con los papelitos, y, al que lo ve despistao, se la endilga. “Que se acaba el mundo, que hay que salvarse, que Jesús ya viene para arreglar las cuentas a los sinvergüenzas”...

— ¿Y sabe lo que hizo él cuando era joven?

— ¿Qué?

— Pues que se acostaba con toda la que pillaba; era más malo que el veneno. Pero ahora, que ya ve que no puede “izar bandera”, le ha dado por esto.

— Hombre: ¡Dios perdona!

— Sí; si hay arrepentimiento. Pero ese va cada día al portero del bloque de la calle Roma y le pide una hojita de aloe vera. Le han dicho que restregándosela por el cuerpo, con cuidado, va a poder tener otra vez relaciones sexuales y va a poder “cumplir con la bandera”, izándola...

— Allá él.

Y me cuenta que no quiere cuentas con Antón, que toda su familia tiene depresión, y, que él, ahora ya está saliendo de ella con un tratamiento nuevo que le han puesto y que se encuentra más animado. Que algunos días sale a la calle y que va a intentar que su madre se levante y la va a llevar al médico para que le mande algo para la tristeza.

— Pues eso es lo que tienes que hacer como buen hijo.

— Pero que yo no me junto con Antón. Que es que cada vez que me apego a él me larga el mismo rollo: “Que ya viene, que ya se acerca”... ¡Y yo tengo muchas ganas de vivir desde hace unos cuantos días que las cosas me van mucho mejor!

UN DÍA SABÁTICO

Y Antón, que eligió el camino de la salvación para sí y para otros muchos, anda estos días cansado; muy cansado, a costa de su labor pastoral, pastor de almas descarriadas, aburridas de la vida que se han agarrado a esta piedra de la salvación que en boca del hermano Antón, más que piedra, es un salvoconducto para el más allá— si se cumplen los preceptos que Dios Padre generoso y amable nos dio para nuestra salvación y gloria eterna por los siglos de los siglos amén—.

Y hoy, con el permiso de Dios Padre amantísimo, Antón se va a tomar un día sabático y lo va a dedicar a él exclusivamente— porque se encuentra muy, pero que muy agotado a causa de los sinsabores de la predicación y el andar por terreno espinoso de almas que no quieren ir por la senda correcta—.

A las seis de la mañana ya está levantado nuestro hombre para ver esa maravilla de Dios que es el amanecer con el astro rey despuntando por el Este con todo su fulgor, esplendor y color.

—Gracias Dios mío por haberle dado un nuevo día a este corazón desgastado por los sufrimientos de la vida y los pesares de la predicación. Si no te molesta, amantísimo Padre hoy sólo te voy a rezar cuando mi cuerpo desgastado me lo permita, y voy a tratar de recuperar fuerzas para continuar en la senda elegida para la salvación de las almas y la sanación de los cuerpos, amén.

Bebe agua abundantemente de manantial para purificar el cuerpo de los efectos nocivos de la alimentación obtenida a base de aceleradores, plásticos, conservantes y colorantes, y llena sus fosas nasales de agua de mar para desatascarlas y dejarlas limpias y expeditas.

Y tirándose al suelo con todas sus fuerzas, besa la tierra de esta bendita playa donde el mar lame con delicadeza sus blancas arenas y forma un denso colchón de algas posidonias para su protección.

Y saca de una vieja talega los alimentos que hoy van a constituir su primer sustento: pan integral multicerales, aceite de oliva virgen primera prensada en frío de aceitunas “picudas” ecológicas, tomate de Mazarrón, y melocotones de Cieza,— los mejores del mundo por su sabor, su textura, y sus componentes vitamínicos—.

Parte rodajas de tomate y las echa sobre el pan que previamente ha abierto en dos partes y lo riega todo con abundante aceite de oliva. Abrocha las dos partes de este maravilloso pan evitando que los licopenos se viertan sobre el suelo, y constituida esta Santa Arca de la Alimentación, comienza a engullir tranquilamente masticando como los insectos para lograr una vida casi ilimitada.

En una botella trae leche de vaca cogida directamente del animal, sin aditivos, colorantes, ni conservantes, y de un bote saca unas cucharadas de miel pura de abeja obtenida en los romerales de Calblanque: miel con las mismas propiedades que la que comieron en el Paraíso nuestros primeros padres, Adán y Eva, y la mezcla al natural con la leche, y se la va tomando a sorbitos para que el cuerpo la vaya asimilando.

Unas camuesas del altiplano y unas lonchas de jamón criado en las alturas de Sierra Nevada, en Trevélez, completarán este desayuno regenerador.

Hecho lo cual se sumerge en las aguas limpias y tranquilas de La Llana que proporcionaran a ese cuerpo nervioso tranquilidad para el resto de la jornada.

Un paseíto a ritmo medio pondrán a ese cuerpo en un estado natural de felicidad y relajación cargándolo de endorfinas que le proporcionarán la energía para toda la jornada. Busca una duna y se recuesta sobre un montón de arena mientras su cuerpo recibe los rayos salvíficos de la mañana desprovistos de mortales Rayos X.

Y así, en estado casi celestial, cual ángel, se duerme en un profundo sueño...

Y sueña, y sueña, y sueña, con su madre, aquella divina mujer que murió en sus

brazos no perdiendo su sonrisa amable ni el color de su cara, y que antes de partir, para el lugar de donde no se vuelve, le profetizó:

—Antón, mi querido Antón: Tú serás grande entre los grandes. El Dios de nuestros padres te llamará a una gran misión para gloria de los santos. Vete lejos de aquí, purifícate, arrepiéntete de tus pecados y abraza la religión que te dará la luz eterna. Deja la senda del pecado y comienza la andadura que te conducirá hacia la libertad de las estrellas.

Antón se despierta todo lloroso, sudoroso. ¡Lo que daría él por ver a su madre, abrazarla, estrecharla entre sus brazos; también a su padre!

—Madrecica mía, luz de mis ojos, ¡perdona lo que te hice sufrir!... ¡Te quiero! ¡Os quiero a los dos! ¡Pídele a *papa* que me ayude para llevar a buen fin la andadura por este camino de espinas por el que voy dando trompicones las más de las veces.

Coge unas hojas de lechugas silvestres y se las come. Con el *jarapillo* de la camisa se seca las lágrimas” mientras piensa que este mundo es un poco extraño, en cómo Dios nos cría y después nos hace llevarnos con él, ¿por qué permite la maldad y el crimen?, ¿por qué unos son tan ricos, y otros, niños, mueren de hambre?, ¿por qué Dios, que todo lo hizo perfecto, permite la enfermedad y el cáncer asesino que degrada a las personas muchas veces hasta comérselas por sus partes más íntimas?...¿Por qué tolera la guerra, los campos de concentración, el exterminio de seres inocentes, las bombas atómicas, las armas de exterminación masiva”?...

— ¿Por qué Dios mío no acabas con los malos mandando un rayo selectivo contra ellos y dejas a los buenos, para tu adoración, alabanza, y gloria eterna?

Una voz lejana, que casi no se oye, se abre paso entre las nubes:

— ¡El fin se acerca! ¡Arrepiéntos! ¡Arrepiéntos hombres de poca fe. Estáis a tiempo. Subiros al carro de la salvación!

Y Antón, que reconoce la voz del Padre Supremo cae en el suelo mordiendo el polvo y gritando como un loco:

— ¡Padre: ¡Llévame pronto a tu morada celestial! ¡No cargues sobre mí esta gran losa! Pero si esa es tu voluntad, este humilde servidor está dispuesto a entregar este cuerpo hasta que esté “esvecinjao”— como el de San Juan de Dios, que murió harto ya de transportar sobre sus huesos los cuerpos de los moribundos hacia las inmediaciones de la Alhambra... ¡Cómo quería Granada a su santo!

Y Antón, se pellizca para ver que está vivo, que la voz que ha oído, es verdad, que es la palabra de Dios Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, palabra de vida eterna, palabra que lleva al perdón.

Y grita a los cuatro vientos, aunque habría prometido dedicar este día a su persona, a su tranquilidad, que falta le hace, y grita ante la incomprensión de los presentes, la mayoría extranjeros, que lo dan por loco, y, hasta alguno acude para preguntarle “si está bien, si le hace falta algo”...

— ¡Arrepiéntos! ¡Pecadores! El día se acerca, la hora ya está fijada, es hora de pedir perdón al que perdona, de alabar al que hay que alabar, de bendecir al que es bendito, de amar al que es amor, de rezar al que es pura oración, de suplicar al que oye, de mentar al que desde siglos es mentado por todas las naciones del mundo, Padre Supremo, Creador de todo lo que existió, existe, y existirá.

— ¡Todo está en el Libro! No escribáis libros que no conducen a nada. Todo está escrito aquí, en este libro que es Camino y Vida de Salvación.

Y las gentes se le acercan y le piden que los confiese, que los perdone. Tiran los bañadores y se ponen ropa más decente y cogen varas de arbustos y se flagelan en señal de penitencia... la sangre corre, la sangre purifica.

La playa es un puro griterío de gentes que han oído las voces y no saben de qué son, pero que al enterarse que la Voz que han oído, es la Voz del mismísimo Dios, piden confesión y se arrepienten...

EL TRANSISTOR Y EL HUNDIMIENTO DEL SIRIO

No sé cómo pero Antón ya está en la provincia de Córdoba en un pueblecito llamado Priego famoso por su manantial de aguas abundantes, frescas y agradables, que surgen de un venero en la Fuente de la Salud que parece ser proviene de las faldas de La Tiñosa, pico que supera los mil metros de altitud.

José ha venido a este pueblo a predicar para la salvación de las almas y evitar el inmenso número de suicidios y consumo de ginebra.

Y no lo tiene nada fácil porque la gente es reacia a cambiar de religión:

—A mí dejadme con mis copicas y mis santicos— decía uno.

No es raro el día en que alguien pone fin a su vida colgado de una viga, o descerrajándose, con una escopeta, sobre la losa del cementerio, un tiro en las sien.

Y otro modo de pasar a la otra vida es tirarse por el Adarve para poner fin a una existencia problemática cuando no se tiene el valor de coger el “toro por los cuernos” echándose por el *Cesnaor*, un balcón que da al vacío con una altura de más de cuarenta metros.

José quiere acabar con todo esto pidiendo a la gente que enmienden su vida y que se entreguen en manos del Salvador, que todo lo perdona, si hay arrepentimiento.

Y antes de comenzar su tarea salvífica quiere darse un paseo por las sierras que rodean la ciudad de los olivares y las almazaras, amén de las iglesias barrocas.

Y mira por donde se ha traído su transistor, uno de los primeros que llegaron a la localidad procedente de Montejaque donde los estudiantes hacían las Milicias Universitarias ascendiendo a la escala de Alférez en tres cursos veraniegos consecutivos.

Y se pasea por el Paseillo con el Panasonic japonés ante el asombro de los viandantes que no habían visto nada parecido, ya que, allí, en el pueblo, lo que predominaba era el viejo receptor de válvulas, aparatoso, en el que los disidentes del régimen, con la cabeza bajo la almohada, y, muy bajito, escuchaban noticias de la emisora “La Pirenaica” donde se propagaban rumores sobre España desde Moscú para aquellos que de tendencias izquierdistas, o, curiosos, hablaban de la pronta liberación de España de las manos de la dictadura fascista de Franco.

Y algo extraordinario tiene que hacer Antón para que la gente lo crea, lo siga, se convierta, y, entonces, se pone en oración para que la Divinidad, Bendito sea Su Santo Nombre, mediante un prodigio, vea, que este hombre, Antón, el hermano, es un hijo de Dios enviado por él para salvar a las gentes y ponerlas en el camino del cielo.

Y cuando los prieguense se van apiñando alrededor de Antón, éste, con la fuerza que le otorga el Espíritu enciende el transistor que comienza a dar noticias del año 1906 en tiempo real cuando andamos por los sesenta.

Alguien se acerca al bar El Águila en el Paseillo, donde cada día, desde antes de amanecer, se sirven cafés a los jornaleros que van a sus labores al campo cada día, para ver qué está diciendo la radio en esa emisora, Radio Nacional de España, y ve con extrañeza que las noticias son efectivamente del citado año, la música también, los anuncios de los productos de la época, y, hasta los anuncios médicos nos hablan del año 1906, 4 de agosto, día en el que en el Cabo de Palos, en el lugar llamado la Losa de las Hormigas, promontorio marino que se acerca a pocos metros de la superficie, choca ante ella el Transatlántico Sirio, de origen italiano, con dos mil pasajeros a bordo, muchos de ellos ilegales, y que iban a América después de atracar en numerosos puertos españoles para recoger pasaje.

Vuelve el enviado y efectivamente comprueba que la radio pequeña, el transistor, la misma emisora, nos transmite noticias y comentarios de los años 60, sino del año 1906.

La gente se arremolina cada vez más, y son muchos los que deciden poner rumbo al Cabo de Palos para tratar de ayudar a los naufragos con la convicción de que cuando

lleguen, ya todo habrá terminado, y muchos cuerpos andarán flotando por los mares de Valencia, Murcia y Santa Pola.

EL HIJO DEL SEÑOR CURA

Muy educado y correcto en el trato, este hombre, de unos cuarenta años de edad, aparece en la ciudad de Córdoba solicitando la compasión de los viandantes, ya que dice ser hijo de un cura ,y de una madre,— que no quiere saber nada de él porque la critican debido a su relación con el sacerdote—.

Solo en el mundo, desde muy pequeño en que se tiró a la calle, — al no saberse querido—, se dedica a pequeños hurtos para sobrevivir. Pillado in fraganti mientras robaba el cepillo de la catedral es puesto a disposición de la policía que lo lleva al Tribunal de Menores en la calle Leopoldo de Austria de Córdoba. Allí, el juez, decide que vaya al correccional.

En un furgón cerrado, sin ninguna luz dentro, y en la más completa oscuridad, Manuel es llevado al correccional de la Fuensanta, donde lo recibe un ex policía nacional de cabeza grande y muy adicto a irse de las manos a la primera de cambio, o cuando cambiaba su estado de ánimo, o, se había peleado con la mujer, por culpa de su suegra.

La suegra de Sánchez, —que así se llamaba el policía— decía cuando había trifulca en la casa de su hija, que en su casa, mandaba ella, y que cuando no estaba ella, era su hija la que llevaba el mando. El pobre de Sánchez, medio depresivo por tener que aguantar aquella situación en la que la suegra decidía hasta cuando su hija debía mantener relaciones sexuales con él según la forma que tuviera la Luna o el tono del canto de los gallos al amanecer, solía contar esto a los amigos, y decía — ¿Y cuándo mando yo en mi casa?

Lo cierto es que Sánchez pintaba menos en su casa que la mujer de Lot al convertirse en estatua de sal. Y esto lo sabía todo el mundo, y Antón, el bueno de Antón, al que Sánchez solía acudir a pedirle consejo en numerosas ocasiones, le decía que tuviese mucha paciencia con la suegra, y con la hija, y que el tiempo, que todo lo arregla, ya se encargaría de llevar a la suegra al lugar que le correspondía, y que una vez liberado de aquella atadura, que debería de llevarla con resignación, como el Salvador llevó su cruz, Sánchez, podría empezar una nueva vida llena de momentos dulces y muy felices, cosa que a Sánchez no le hacía gracia, porque dada su edad, y la de la suegra, ya empezaba a notarse los síntomas de la *pitopausia*.

— Para eso tengo yo un remedio que la Naturaleza ha puesto a disposición de los humanos para que el sexo se alargue hasta casi el mismo día de la muerte. Vete a Lo Pagán y le pides al portero Andrés, de la finca del Edificio Versailles, que te dé unas hojitas de aloe vera de la planta que yo le llevé y que me traje de la Ermita de San Apapucio mártir. Te la frotas por el cuerpo antes de mantener relaciones y ya verás el efecto tan sorprendente que te ocasiona.

Y Sánchez, aprovechando que su suegra estuvo unos días ingresada en el hospital, le echó un engaño y se fue con su mujer a tierras de Murcia a buscar la dichosa planta, que al restregarla por su cuerpo, dio unos resultados maravillosos, poniendo el mástil erecto durante bastante tiempo, momentos que aprovechó el policía para demostrarle a su mujer todo lo que la quería, pero lejos de su madre, que hasta controlaba, cuando estaban en Córdoba, el tiempo que su hija estaba con el yerno, haciéndole preguntas y pidiéndole que le trajera esta y otras cosas para impedirle que yaciera con su hija.

Sánchez abrió la puerta del furgón y recibió a Antonio no de muy buenas ganas, porque cuando llamaron los de la policía que traían a Manuel, él se encontraba en un dulce sueño en el que Mahoma lo llevaba al Paraíso y lo dejaba con un montón de huríes. Sánchez, se había convertido al Islam para llevarle la contraria a su suegra que no podía ver ni por asomo a los moros, — de los que decía—, que no se lavaban, y que el Islam no era una religión, sino una humillación para las mujeres, porque los hombres hacían lo que

les venía en gana, y podían además, tener varias esposas. Además, si protestaban, les daban una paliza y las repudiaban cambiándolas por otras.

Sánchez vestía chilaba, y de esta guisa trabajaba en el correccional y cumplía con las preces de rigor hincándose en el suelo cinco veces al día cuando llegaba el momento, mirando hacia la Meca, ocasiones que aprovechaban los internados en el correccional, para hacer de las suyas...

Cuando terminaba la oración, Sánchez, el policía convertido al Islam, cogía al primer niño que pillaba in fraganti, haciendo lo que no debía, y lo ponía de grana y oro...

Al bajar de la furgoneta donde Manolo fue transportado, Sánchez, le preguntó al niño cómo se llamaba y de dónde era, respondiendo Manuel, tarde y de mala manera...

— Me llamo Manuel y soy de Cabra.

— Ven para acá so cabrón —le dijo el policía— mientras le daba las dos primeras guantadas, para que supiera que allí mandaba él, y que a la primera de cambio, cuando se pasara de la raya, se las cambiaba por otras dos, más grandes, si cabe.

Manuel al ver el panorama se soltó de la mano que le unía al policía y corriendo más que un galgo se subió, no se sabe cómo, a donde nadie podía subir, y pasó a un tejado, y de éste, a otro, hasta que se encontró en la calle dejando al policía Sánchez estupefacto.

En la calle, ya liberado de las manos de Sánchez, y de sus modales nada educativos, se dedicó a robar y a vivir de lo que buscaba por la huerta de la Chacona y por los pueblos vecinos.

Así estuvo bastantes años, sin que la policía, ni la guardia civil, le echaran el guante, y más adelante inauguró una nueva forma de pedir, ideada por él, que consistía, en hincado de rodillas, no paraba de llorar, no contestando a lo que la gente le preguntaba, repitiendo una y otra vez:

—Ayudadme. Soy hijo de un cura. Mi padre no me puede ver y mi madre tampoco. No tengo para vivir. Vivo en la calle y duermo entre cartones. ¡Ayudadme!

A la gente le tocaba el corazón la sinceridad del muchacho, porque en aquellos tiempos, a nadie se le hubiera ocurrido pensar, que un cura pudiera tener hijos... Y le echaban lo que podían.

Cuando el monto de lo recogido, que contaba minuciosamente cada vez que alguien le echaba una moneda, daba para un porro, Manuel se dirigía al Sector Sur, y arriba, muy arriba, donde los gitanos subían los burros hasta los pisos superiores, allí compraba la droga que se fumaba tranquilamente debajo de una higuera que había a orillas del Guadalquivir.

Y la vida que coloca a cada cual en el sitio que ella cree oportuno le dio carta de permanencia durante muchos años en este trabajo, trabajo del que se sentía cansado, porque tanto tiempo de rodillas, y llorando, estaba minando su salud, y las rodillas le dolían extremadamente...

Rafaela, joven gitana andaluza, de belleza sin par, pelo largo y suelto que le llegaba hasta la cintura, era natural de Granada, de donde vino a Córdoba, cambiando la Alhambra por la Mezquita—Catedral, y huyendo de un marido que la maltrataba, y al que debía de estar unida de por vida, salvo que quisiera recibir el castigo que dedicaban los gitanos para los que rompían el matrimonio...

Y sola aquí en la ciudad, y sin conocer a nadie, se puso a pedir en la calle de la librería Luque, Gondomar, de rodillas, muy cerca de Manuel, que la miraba de reojo, ya que, le había dado el flechazo a su corazón, el flechazo del amor.

— Gitana, preciosa: ¿Quieres ser mi novia? Tú estás sola, yo también estoy solo; podemos vivir en una casica con lo que ganamos y vivir juntos lo que nos queda de vida.

Y Rafaela, gitana de pelo largo hasta la cintura lo aceptó y se fueron a vivir juntos. Antón, el bueno de Antón, el que descubre el futuro y lee en el corazón de las personas su bondad o su malicia, le dijo a Rafaela que el hijo del cura no era bueno, que su corazón

estaba tocado por la droga, que no se casara con él porque la iba a hacer una desgraciada.

— Hazme caso gitánica, te lo digo por tu bien. Pero no le digas a Manuel nada de lo que hemos hablado tú y yo. Tiene muy mala fama.

La casa que le habían dado estaba en el Molino de Martos, lugar inmundo con malos olores y mucha humedad, y, que se inundaba con las crecidas del río Guadalquivir, teniendo que salir por patas, si no querían perder el pellejo.

Manuel le contó a la gitánica de pelo largo hasta la cintura, que era hijo de un marqués cordobés, fruto de la unión fuera del matrimonio de su madre, que era criada del marqués. Que el Señor Marqués estaba muy enfermo, y que en cuestión de días, la iba a espichacar, dejándole a él una copiosa herencia con la que arreglarían el Molino de Martos para vivir allí y que formaba parte de las posesiones de su padre.

Aquella noche, ya estaban viviendo juntos en el Molino, Manuel y Rafaela. Comieron copiosamente. Antes de irse a dormir, Manuel le dio un dinerillo a Rafaela y le dijo, “que mientras él preparaba el lecho nupcial, que fuera a la Fuensanta, a la calle Ceuta, y le comprara un poco de *chocolate*, porque él no se podía dormir sin antes haberse fumado unos cigarrillos”.

Rafaela le dijo que no. Que ella no era drogadicta, que no iba a aquellas horas sola por la calle, que fuera él.

Manuel, desconocido, atrancó con unas viejas puertas la entrada al Molino de Martos, de forma, que Rafaela no pudiera escapar. Acto seguido arrancó unas varas de mimbre que crecían en la orilla del río, y llamando a Rafaela, le dijo:

— Aquí se hace lo que yo mando y lo que yo digo.

Cayendo sobre ella la molió a palos, y, maltrecha, y casi sin sentido, la violó en repetidas ocasiones, porque ella no consentía en mantener relaciones antes del matrimonio, con nadie, según la costumbre de su raza gitana.

Dicen las gentes que los gritos se oían en la mismísima Mezquita. Que las voces de la muchacha imponían, pero que no actuaron, porque el último que entró en ese maldito molino, apareció a la mañana siguiente, robado y degollado.

Y como la vida sigue, Rafaela, en estado de buena esperanza, no tuvo más remedio que unir su vida, con palizas muy frecuentes, al hijo del cura.

Ya era Rafaela la que pedía para él, la que se tiraba de rodillas gran parte del día, y Manuel, la vigilaba, quitándole todo el dinero que la gente le daba, fumándose un porro tras de otro...

Y para que no escapara del lugar donde pedía, antes de irse para el Polígono Guadalquivir, hecho que le llevaba unas horas, Manuel trababa a la gitánica con una cadena y un candado, y para que no se viera el fruto de la infamia más grande le ponía una manta sobre las piernas, teniéndose que hacer la pobre chica sus necesidades urinarias encima. Si alguien le preguntaba “qué era aquella agua que salía bajo su ropa”, ella decía:

— El agua de la botella que se me ha derramado.

Y la vida sigue, sin que ponga remedio al mal de la gente, sin que ésta suplique a la Madre Naturaleza que actúe en favor de los pobres, de los oprimidos, de los desheredados de la fortuna. Que ella, tan inteligente, que controla los microbios, los virus, y las bacterias, el clima, con el frío y el calor, mande a todos estos cabrones, un mal resfriado o una gripe fuerte con la que entreguen el pellejo estos hijos de la grandísima puta.

Antón, el bueno de Antón, cada vez que podía se acercaba a la gitánica de pelos largos hasta la cintura para decirle:

— Niña: ¡Déjalo! ¡Deja a este tío que es más malo que un cólico miserere! ¡Déjalo y huye!

Y la gitánica del pelo largo hasta la cintura, tez morena, le respondía al bueno de

Antón:

— Hermano: No lo puedo dejar. ¡Es tan dulce! ¡Es tan cariñoso conmigo!...

Y como todo en la vida tiene un final, bueno para unos, malo para otros, a Rafaela, la dulce, le tocó bailar con la más fea.

Una noche del mes de mayo, cuando los naranjos perfumaban el ambiente por la ciudad, perfume de premonición mortuoria, llegaron los dos a su casa, el Molino de Martos... Manuel se echó sobre el camastro situado en lo alto de unas cajas para evitar que el agua desbordada del río se lo llevara.

Sacó papel de liar y buscó el *chocolate* en el lugar donde él acostumbraba a esconderlo. Una rata maligna lo había descubierto y se lo había zampado. Ahora dormía un sueño feliz como no había tenido jamás...

Al no encontrarlo empezó a maldecir malnombrando todo el Santoral y hasta al mismísimo Dios y a Alá, y al profeta Mahoma, sin olvidarse de Jesucristo, que Dios lo perdone por tanta blasfemia.

Agarró unos cuartos y le dijo a Rafaela, la gitánica, que fuera a la Fuensanta y le comprara unos porros, — porque quería dormir bien por la noche porque había perdido el sueño desde hacía varios días—.

— ¡Vas tú! ¡Yo no puedo tirar de mi alma con el embarazo!

La sangre le hirvió a Manuel.

La noche no era para salir de aquella covacha. Una gran tormenta descargaba sobre la ciudad desde las Ermitas hasta el puente de Alcolea. Los rayos caían sobre los álamos del río y los partía por la mitad. El río crecía y crecía. El agua amenazaba con llegar hasta la cama.

Manuel, que guardaba una machota en una vieja caja,— machota que le había servido algunas veces cuando trabajó de albañil para la Junta de Andalucía—, la agarró, y, cayendo sobre la buena de Rafaela, la gitánica de tez morena y cabellos largos hasta la cintura, empezó a darle machotazos en la cabeza, uno, otro, hasta veinte.

Rafaela, se levantó del lecho como pudo antes de expirar y cayó sobre el suelo del Molino de Martos, en un charco de agua, muerta.

La tormenta, con sus truenos, ponía música fúnebre a tanto horror. ¡A tanta ignominia! El agua, que entraba por la acequia que en otros tiempos movía las ruedas de moler el trigo, cubría con su manto, en un último homenaje, el cuerpo de la desdichada. Manuel vio que Rafaela estaba muerta. Preso de una gran excitación comenzó a correr sin rumbo fijo.

El agua lo mojaba totalmente. Tenía frío. Temblaba.

A la mañana siguiente unos vecinos, encontraron el cuerpo de Rafaela en la orilla del río junto a unas matas de margaritas blancas.

El cuerpo de Antonio, el hijo del cura, apareció con la soga al cuello justo debajo de una de las ramas de la vieja higuera, que a orillas del Guadalquivir tapaba de la vista de los curiosos al porrero que puso fin a la vida de Rafaela, la gitánica de cabellos largos hasta la cintura y tez morena.

EL ÁNGEL SANTO

Y Antón sigue su camino Carretera del Brillante hacia abajo, entre naranjos y jazmines. Y parándose justo en un solar, profetiza:

— Aquí, pronto, se construirá un hospital por una caja de ahorros cordobesa. En él, se atenderán a niños de Córdoba y de toda la provincia, reuniendo a los mejores especialistas del momento, pero quiero dejar que escriba por mí a un cordobés culto, Primo Jurado, quién glosará lo que el Hospital Santo Ángel fue, aparecido en el diario ABC de Córdoba:

Hace dos semanas falleció en Córdoba el médico pediatra José Luis Ugarte Iriondo, que fuera director del Sanatorio Infantil Santo Ángel. De la inauguración de este hospital se acaban de cumplir cincuenta años. No está de más recordar que Córdoba fue pionera en la atención al niño de forma independiente y con especialistas, ahora que la Consejería de Sanidad quiere echar atrás la existencia de un hospital infantil independiente en su edificio del futuro del Hospital Reina Sofía.

Ugarte nació en Portugalete en 1916. La guerra civil le sorprendió en cuarto curso de Medicina, pasando a ejercer como alférez médico dentro del bando nacional y finalizando los estudios en Madrid, al final de la contienda. Luego aprobó oposiciones a médico del Estado como pediatra y obtuvo su primer destino en el protectorado español de Marruecos. Tas años de estancia, ostentará el cargo de director del Servicio Central de Medicina e Higiene Infantil en Tetuán.

La independencia marroquí le trae a Córdoba, donde llega en 1958 y de la cual ya no se moverá. Trabaja como médico puericultor en la Seguridad Social y mantendrá abierta consulta en su domicilio de la calle de la Bodega hasta el año 1998. Incansable trabajador, se acostaba a las nueve de la noche y se levantaba a las cuatro de la mañana para estudiar antes de ir al trabajo.

Quienes lo trataron lo definen como una figura de la pediatría cordobesa, humilde, cristiano de fe profunda, amigo de sus amigos y entregado a su familia. Había contraído matrimonio a principios de los cuarenta con Eloísa Elola, dama de Baracaldo, con quien tuvo cuatro hijos. Solo Antonio escogió la profesión médica, en este caso como neurólogo.

En 1959 el camino del doctor Ugarte se cruza con la historia del Santo Ángel. Ese año se inaugura dicho centro médico, propiedad del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, a iniciativa de uno de sus patronos, el canónigo Félix Romero Mengíbar.

En el momento de su inauguración, don Félix ya era obispo de Jaén y no estaba en el Monte, pero acudió el 15 de noviembre a bendecirlo, junto al obispo de Córdoba, Fernández—Conde. También estuvo presente el director general de Sanidad, Bosch Marín.

Edificio de nueva creación, proyectado por Sáenz de Santamaría y construido por la empresa Tectum, constaba de cuatro plantas y planta baja para consultas. Estaba dotado con 50 camas, de las que 35 eran de beneficencia, 10 de pensión moderada y 10 privadas. Tenía médicos de todas las especialidades, numeroso personal auxiliar y los más modernos equipos técnico—quirúrgicos y asistenciales para todas las enfermedades infantiles y rehabilitación, además de diez incubadoras, piscina y gimnasio. Formaron parte de él doctores renombrados como Manuel Quero, Pedro Casalilla, Juan de Dios Jimena, Rafael Quintela, Fernando Labella, Rafaela Tuñón, César Ranz, Juan Adame, Jordano Barea, Jiménez Almenara, Carlos Castilla del Pino, Pablo Tarradas, Máximo Segura, Mateo Hermosín, Canalejo Cantero, Montero Tirado, Pablos Guirao, Valverde Mazuelas y Gallego Nogueira, entre otros.

El decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla, Manuel Suárez, aseguró: «Si a mí preguntan qué es Pediatría, yo diría: Pediatría es el Hospital Infantil

Santo Ángel». Hasta 1972, año fatídico de su cierre, no por problemas económicos, fue su director Ugarte. Escribe el doctor Felipe Toledo: «El Santo Ángel fue una institución modélica que nació con ilusionadas esperanzas, precursor de otros hospitales infantiles españoles, como el de la Paz en Madrid, pero no llegó a culminar su andadura».

En el paisaje físico cordobés pervive el edificio. Pasó a ser colegio de Educación Especial, centro de formación de Cajasur y, actualmente, aloja la Escuela de Magisterio Sagrado Corazón. Pero es su época de hospital la imagen que pervive en el paisaje de la memoria, igual que la de hombres buenos como José Luis Ugarte.

Antón, lee perplejo, que entre los médicos ilustres, no conste el nombre del Doctor Antonio Peláez del Rosal, que entregó los mejores años de su vida a atender a muchos niños cordobeses en ese hospital, pero que el escritor tendrá sus motivos para no incluirlo entre los citados.

Un gran Prelado de Su Santidad, Don Miguel Castillejo Gorráiz, escritor, canónigo, Director de Cajasur, dedicó también parte de sus energías a que el Hospital Infantil Santo Ángel ocupara el lugar que le correspondía en la sociedad cordobesa, no sólo en el terreno médico, sino en el educativo, dotando al centro de los medios suficientes para llevar a cabo su labor.

Y Antón va bajando camino de las vías del tren; un tren que estrangula la ciudad, a no ser por la existencia del “Viaducto”, puente de hierro, que comunica la ciudad con la Sierra, cerca del cual está la Estación de Trenes de Córdoba, que un día, profetiza Antón, dará paso a una gran estación por la que circularán trenes muy rápidos que unirán Córdoba con Sevilla y volarán hacia la capital del Reino de España.

En un recodo del “Viaducto” se encuentra el Bar de doña Encarna, donde Antón se para a comer los mejores boquerones en vinagre de toda la zona. A él acuden personal de Renfe y vecinos del Barrio de Colón. Y un poco más allá, más de una vez, en las cocheras, se trasvasa el gasoil de las locomotoras a los turismos de uso particular por los mecánicos de turno...

Antón conoce personalmente a doña Encarna, mujer cocinera donde las haya, e imposible de imitar, a la que en un futuro ayudará su hijo, hombre jovial y muy amable, con el que la comida se hace más amena, por lo ameno de la charla que él sostiene con sus clientes, doña Encarna pregunta a Antón quién es, a dónde va, y atraída por la humanidad del personaje, le lía en unos papeles unos bocadillos de jamón para el camino y le pone una tapa espléndida de caballa del sur con tomate que hace sus delicias.

TODO ESTO TE DARÉ SI ME ADORAS

Antón cayó en un profundo sueño; sueño del que no despertaba hasta que apareció Roque.

Roque andaba aquella tarde por las inmediaciones del “Mirador de las Niñas” donde por aquellas fincas, entre olivares, crecen unas agrestes higueras, cuyos higos, son más dulces que la miel. Son higueras que se crían con el agua que les proporciona la naturaleza, y que, para quedar bien con el resto de los árboles que por allí proliferan, olivos y encinas, “hacen su trabajo” de maravilla, convirtiendo en dulce miel su sabrosa carne trabajada a base de golpes de sol y calor. No tienen que envidiarle nada las moras salvajes que al abrigo de una vieja casa y recibiendo durante el día, los rayos del sol, y los vientos cálidos del sur, producen unos frutos que se asemejan en su tamaño al pulgar de una persona normal.

Roque buscaba higos que luego los vendía a los conocidos a un precio asequible. Y, la verdad, es, que aquel día, que había subido hasta la gasolinera de Santa María de Trassierra, en autobús, el trabajo de búsqueda de los higos, no se le había dado nada mal. En una caja, había colocado con uniformidad sobre unas hojas de higuera, los frutos que la naturaleza había tardado tanto tiempo en criar y madurar hasta un punto, que ni el mejor cocinero, habría podido darles. Estos higos eran célebres porque en su cavidad basal tenían una gotita de miel, que sabía a gloria, No tenían nada que envidiarle a los que crecían en las higueras que estaban junto a la carretera de las Ermitas antes de llegar a tan santo lugar.

Lo cierto es que Roque vio a Antón, hombre solo, y, pensó que debía de ocurrirle algo; por eso se acercó a él y le dijo “si le pasaba algo, si estaba enfermo”, pues no era normal encontrar allí a una persona, con aquel calor, tirado bajo un chaparro.

Antón le contó la historia. De donde venía, a donde iba, y, la misión por la que estaba allí: ¡Salvar su alma para el cielo y la eternidad!

Roque le dijo, que él había conocido a los ermitaños de las Ermitas de Córdoba en sus tiempos de seminarista en el Seminario Menor de San Pelagio. Que desde aquel centro se hacían excursiones hasta aquel recinto, y, que él, le había comprado algunos rosarios a uno de los ermitaños para después revenderlos a la gente piadosa y ganarse unas perrillas. Pero que ya, hoy, no había ermitaños allí, sino unos frailes, llamados carmelitas, que se ocupaban de la limpieza del recinto y de mantener el culto. Que usaban ordenadores y usaban un coche con el que se desplazaban hasta allí. Que tenían un hospedería dentro de las Ermitas y que en ella se hospedaban personas de vida ajetreada que venían a ese lugar buscando paz, tranquilidad, y algo de vida espiritual retirada del mundanal ruido. Pero que las Ermitas habían perdido su encanto al haberse marchado los ermitaños en el año 1957, que cada uno tiró para su sitio, y, que en la actualidad, sólo vivía un ermitaño, que ya era muy mayor, por Cádiz— le habían dicho. Que él había ido más de una vez a rezar a la iglesia de Nuestra Señora de Belén, y, que buscaba la paz rezando el rosario sentado en uno de sus bancos, pero que la gente venía de vez en cuando, y, que para ver mejor, echaban unas monedas en un aparato para encender la luz de la iglesia, y que ello le distraía. Y, lo que era aún peor, la televisión, puesta a todo volumen en la hospedería, se oía tan alta, que había pensado, que más que en las Ermitas, se encontraba en una discoteca. Que lo que más le gustaba de las Ermitas era la inscripción que había en un nicho dentro del cual se veía una calavera protegida con una tosca reja:

“ Como me ves,
te verán,
reza, y, te salvarás”.

O algo parecido. Que el cuadro de la Virgen de Belén, atribuido a Murillo, le parecía fabuloso, y, que las ermitas, diseminadas por el recinto, no eran para él, porque le gustaba el mundo con todos sus placeres, y, que si se excedía, Dios, misericordioso, lo perdonaría cuando muriera porque Dios no se iba a hacer responsable de enviar a un hijo suyo creado por Él, fracasando en la obra de su creación, al haber permitido que, él, Roque Amador Fernández, vecino de Cádiz, de profesión vinatero que trabajó muchos años en la elaboración del vino, del que se bebió cuanto pudo, hasta el punto de que cuando llegaba a las tiendas a entregar las garrafas de tan generoso caldo, iba borracho, como un tablón de los que ponen en las calles cuando hacen agujeros para que la gente no se cuele teniendo que pagar el ayuntamiento por la curación de los heridos.

—Jesús: A mí no me pasó eso, pero sí que me excedí con las mujeres a las que quise con todo mi cuerpo y mi alma, pero en exceso, porque no terminaba con una, me liaba la manta a la cabeza con otra, y, en algunas ocasiones, yo me comportaba como un moro. Esto me ocasionó muchos problemas en la vida y bastantes dolores de cabeza, hasta que un día dije: “¡Basta ya de mujeres! ¡Me voy a volver loco!... Se me apareció el mismísimo Dios...

— ¡Jesús!.. ¿Y qué ocurrió?... Cuente, cuente...

Y me dijo: Antón. Estoy de ti muy harto. Eres un desastre de criatura. Me tienes desesperado. Así, que, deja ya las mujeres, haz penitencia, y, yo te convertiré en un predicador, para que con tu prédica por el Levante español hagas volver a todas las almas descarriadas al redil.

— ¡Jesús! ¿Y cómo llegó hasta aquí?

— Pues en un carro de fuego tirado por corceles jóvenes y conducido por el arcángel San Rafael. ¡Una cosa grandiosa! ¡Para haberla vivido!

— Este hombre está peor que yo!.. Siga, siga.

— Anoche, antes de dormirme, vi un resplandor en aquella palmera, la del fondo, en la linde que da al barranco que baja hasta las faldas de esta sierra. Me levanté y oí una voz como de un cerdo gruñendo...me asusté y salí corriendo, pero él, me cogió de las orejas y me dijo: “No temas porque soy Luzbel”.

— Dios mío, ¡para cagarse en todos los pantalones! ¡Siga, sigue!

Yo, no es que me dieran ganas de soltar la carga de las tripas en el suelo entre los ruidos de la trompetería infernal, sino que me cagué en los mismísimos gayumbos, y en los pantalones.

— ¡Qué asco! ¡Sigue, sigue, pedazo de cerdo!

— El demonio, ni se apartó de mí, con la peste a mierda que echaba yo a higos podríos. ¡Se ve que está acostumbrado a que la gente se cague antes de entrar en el infierno! Me agarró de las orejas y me dijo: Pedazo de mamón. Desde hoy vas a dejar de predicar a la gente que el fin se acerca, que Él ya viene. Y si no lo haces, te voy a meter dentro del cuerpo unas cagaleras peores que la peste y vas a dar con tus huesos en lo hondo de ese pozo malsano donde se ahogan las ratas. Y si me haces caso, te voy a dar todas estas tierras llenas de olivos que dan buen aceite, y si me apuras, ¡fíjate bien!: Todas estas tierras cuyo fin no se divisa, serán tuyas con toda la gente, casas, y, hasta las mujeres que en ellas habitan”.

— ¡Puto cabrón! ¡Tú sí que hueles a mierda! ¡Porque eres mierda pura! Tuviste todo en tu vida, viste a Dios, del que yo desconozco su rostro, eras feliz, y por ser más que Él, Bendito Sea Su Santo Nombre, se te hinchó la vanidad y fuiste arrojado al infierno de donde no saldrás en tu puta vida.

— ¿No me haces caso? ¿No aceptas mi oferta? ¡Ahora te vas a enterar!...

— El que te vas a enterar eres tú...

— Sigue, sigue. ¡No pares!...

— Pues, que agarrando la Cruz en la que murió Nuestro Señor, le metí en todo el testuz a tan fea bestia, y, ¡desapareció echando un berrido por la boca que se oyó en toda

Andalucía!

— ¡Dios, mío! ¡Ten piedad de mí! ¡Ten piedad de mí! ¡Soy un pecador! ¡Soy un beodo! ¡Soy un beodo!...

¡Y salió huyendo por las veredas que bajan hasta el Castillo de la Albaida! Y mientras los árboles que crecían a ambos lados del camino pasaban ante él a velocidad de vértigo, no paraba de pensar que él no había visto a nadie, que Antón era una ilusión, y que, de ahora en adelante, no bebería más, porque si él se encuentra con Satanás se “queda en el sitio” y no vuelve a la vida, y, además, iría al infierno; infierno, del que no se sale ni para beber una sola copilla de mosto.

LOS QUE SE FUERON DE MALA MANERA DE ESTE MUNDO

Sufre mucho Antón con esta vida que ha emprendido, pero él está a lo que Dios le mande, puesto que Él, Bendito Sea su Santo Nombre, es el objeto de su predilección, su vida y toda su actuación. Y no le importa sufrir por Él, por defenderlo de sus enemigos, — que son muchos—, y adorarlo con sus amigos por siempre, amén.

Le han dicho que hay un pueblo en el sur de la provincia de Córdoba al que se llega por varios caminos: Desde Córdoba, desde Granada, desde Madrid, desde Murcia, porque todos los caminos vienen de Roma.

Es un pueblo hermoso, grande, con mucha industria textil, con buenos bares y restaurantes, y mejores iglesias barrocas, fruto del apogeo industrial de ese pueblo laborioso.

Pero también es el pueblo con mayor número de suicidios, por ahorcamiento, por armas de fuego, y de tirarse por el “cesnaor” del Adarve, — un alto promontorio rocoso que cae hacia un valle desde donde las criaturas acaban con su vida de una forma traumática—.

De pequeño, sentado en la puerta de mi casa, comiéndome un *joyo* de aceite, pan y un poquito salchichón catalán de burro andaluz, sentado yo en el *tranquillo* de la puerta de la casa, vi a unos hombres pasar por la misma con unas angarillas de madera, con algo tapado por una manta: Era el cuerpo de una pobre mujer que se había tirado desde esa masa rocosa, matándose. Las moscas iban tras el cadáver...

Otro día, estando yo en la escuela, los chiquillos decían, que fulano, devoto de Jesús de la Columna, se había descerrajado un tiro en toda la sien en la tumba de su padre; ¡ en el mismísimo cementerio!

Allí lo había encontrado el sepulturero cuando aún tenía algo de vida que se le escapaba poco a poco.

Éste suicida, de buena familia, murió en el hospital de San Juan de Dios a los pocos días.

Lo del tiro con la escopeta de dos cañones era corriente en este pueblo, y, los motivos, la gente los sospechaba, pero nadie los sabía. En algunas ocasiones, los suicidas, dejaban un papel escrito explicando los motivos de su decisión pidiendo disculpas a la familia por lo ocurrido. Muchas veces eran los propios familiares los que al oír el disparo, decían: “Mi padre se ha matado”, y, se encontraban el “pastelón”.

Los ahorcados también eran numerosos, y, aprovechaban muchas veces su propia casa para dejarse caer desde una viga del *terrao*, o, lo hacían lejos de la casa, allá en el campo, colgándose bajo las ramas de un olivo corpulento.

Otros, se tiraban desde los pisos altos de la casa, hasta la calle, teniendo que esperar su cuerpo exánime muchas horas hasta que el juez viniera a levantar el cadáver. Eran tiempos en los que la Iglesia no daba sepultura en el cementerio a estos suicidas teniéndoles el ayuntamiento reservado un solar donde los enterraban apartados del resto de los mortales.

También nos ponían los pelos de punta de pequeños los accidentes de coches que caían al río o se estrellaban sencillamente.

Me acuerdo de uno que se me quedó impreso en la memoria durante mucho tiempo: Fue el de la *Alsina* que iba para Córdoba, que al salir de Priego, para esa capital, se cayó por un gran terraplén en la Cava muriendo muchos de los ocupantes.

Incluso un día de feria, de los años sesenta, un coche con varios ocupantes, al pasar por un paraje muy agreste, al que llaman *Las Angosturas*, se cayó al lecho del río muriendo sus ocupantes.

De viaje hacia Córdoba, Inés, de grata memoria por la ayuda que nos prestó, olió algo raro al pasar por este paraje. Pocos días después encontraron el cadáver de una

mujer.

Por todo esto, y para atajar los suicidios, Antón, quiere realizar en Priego una gran misión para llamar a lo más profundo de las almas de los fieles devotos de Jesús Nazareno y de Jesús de la Columna, de la Virgen de la Soledad, y de la Virgen de las Mercedes, del Carmen, de los Dolores, para que toquen su corazón y ¡vivan la vida en plenitud!, olvidándose de las sogas, de las escopetas, y del *cesnaor* del Adarve.

Y ya lo tenemos en Priego en la Fuente del Rey con su fuente con tantos caños como días tiene el año, de aguas abundantes y cristalinas, su Fuente de la Salud, cuya preciosa imagen de siglos atrás fue robada en una noche desangelada, —donde el Santo Rey Fernando III acampó con su ejército antes de marchar a Loja para tomar la ciudad frente a los musulmanes—, bebiendo, hace ya muchos años, de sus aguas frescas, sabrosas y cristalinas.

Lugar hermoso donde los haya, de paz, y de cánticos del agua saltarina camino de la Vega, y de las casas del municipio, y de frescor en las calurosas horas del día, en los de verano, con árboles gigantescos donde buscaban refugio cientos de pajarillos, con frescas sombras y muchos de los cuales nos vieron nacer y nos verán morir, y continuarán haciéndolo durante generaciones. En ellos, los pajarillos, protegidos de los perdigonazos, duermen placentemente bajo sus hojas esperando la llegada de otro nuevo día lleno de paz y de esperanza.

Aquí llama Antón a los presentes a su Semana de Misión, para preparar las almas para que dejen el cieno y suban al azul del cielo en busca del Padre Eterno.

Pero quiere que no sólo vengan gentes del pueblo a la misión, sino también de los alrededores, de Almedinilla, de las Sileras, de Fuente Grande, del Cortijo de los Judíos, de Loja, de Baena, de Cabra, de Almedinilla...

Quiere que sea una gran predicación la que se haga entre tantas almas dominadas por las pasiones, drogas, la bebida, la gula, el juego, —que aunque en todos los sitios lo hay con el consentimiento del Gobierno—, éste, no piensa nada más que en recaudar, olvidando la protección de la juventud y la extensión de las buenas costumbres y la moralidad entre la sociedad.

HABLANDO EN SERIO

Antón es un hombre campechano; más bien serio. ¡No le gusta que le tomen el pelo!; Y menos en asuntos de caridad! Así, que, hoy va a cantarle las cuarenta a un drogadicto. Un hombre que lleva cuarenta años metido en la droga y que no ha hecho en su vida otra cosa, ¡que eso!: ¡Drogarse!

El susodicho tiene su lugar de trabajo en la calle Gondomar. Allí está tirado en el suelo la mayor parte del día a la espera de que la gente le eche unas monedas para proveerse de droga. Pero no es un drogadicto, si se le puede llamar normal: Es un drogadicto con engaño; ¡sí; con engaño!

Arrodillado, compungido, con cara de dolor, parece que va a expirar de un momento a otro, y eso, que quieras que no, hace que la gente se apiade de él y saquen del bolsillo unas monedas para aliviar de tanto sufrimiento a ese hombre.

Él da gritos lastimeros cuando ve que la presa se acerca. Y dice: ¡Una moneda para comer! Pero Antón sabe que eso no es cierto; que de comida más bien poco, y, de droga, más bien mucho.

Y va a ir a hablar con él para decirle que no estafe más a la gente. ¡Qué ya está bien de ir por la vida engañando al prójimo!; Que deje la droga y se acoja a la metadona, y, así, lo que le echen puede ser para otra cosa.¡ Pero no para la droga asesina!

Ya está Antón en la calle Gondomar de Córdoba, pero el drogadicto compungido y mentiroso, no aparece por ninguna parte. Allá a lo lejos se divisa un bulto detrás de los contenedores; algo que parece humano, y, que parece que es él.

Antón se acerca, y lo llama por su nombre:

— ¡Rafael!, ¡Rafael!

— ¡Joder, Antón! ¡No puede uno ni mear tranquilo!

— ¡Hombre! ¡Este no es sitio para orinar! Para eso puedes ir a Serrano, en la pastelería de la calle Concepción.

— ¡Joder, Antón, que te las sabes todas! Tú, como estás mal de la *próstola*, conoces todos los retretes de Córdoba desde que sales de tu casa hasta que llegas a destino. Y, además, que si te apura la gana, ¡no te vas a mear en los pantalones. ¡Meas donde puedas y no miras ni el sitio, ni si pasa alguien!

— Rafael: ¡Yo no hago eso! ¡Yo soy educado y aguanto hasta llegar al urinario! ¡La verdad es que el asunto de la meada está bastante serio en Córdoba! En el Barrio de la Judería, para evitar que la gente haga pis en las calles, ya sabes tú, porque lo haces, que siempre se busca un rincón, un lugar algo apartado. ¡Pues, para evitar eso, le han puesto rejas a los rincones, y tan grandes, que te obligan a hacerlo en medio de la calle! ¡No es mi caso te digo!

Antón no acaba de ver la oportunidad, ni el momento de decirle a Rafael que no engañe a la gente, y que les diga que es drogadicto, que quiere dinero para drogarse, y, después, para irse a un centro, como Remar, Reto, El Patriarca, o, Proyecto hombre.¡ Que ya está harto de meterse lo que pilla en el cuerpo y que su cuerpo no aguanta más!

Porque la vida de un drogadicto es una pena, sin comer, durmiendo en la calle, con lo que la calle come. Pasando frío, calor, esquivando el mono, —que tiene perejiles al que le da—, es una vida que no vale la pena vivir, sólo por drogarse. Pero hay gente que se mete en esto por algún motivo, y cuando ya quiere salir, ¡no puede! Y, una vez enganchado, hay que consumir, vender, robar, pegar tirones, para no caer en el mono. Porque el drogadicto es un individuo que tiene su voluntad, apocada. ¡Es muy débil de voluntad! Y su voluntad, lo que le pide, es suministrarle al cuerpo lo que le falta para volver a la normalidad, —si es que a ese estado de meterse la droga en el cuerpo—, es normal.

Antón sabe mucho de drogadictos, de droga, de camellos, de rayas, de esnifar, de

chocolate, de "cotton", de heroína, de coca. Una vez, en los Jardines de los Patos vi a unos niños; ¡sí, niños!, que se drogaban con pegamento. Llamó a la policía y se los llevaron al Tribunal de Menores. La gente se droga con muchas cosas, ¡hasta con cáscaras de plátano y pegamento! ¡Ah, y además de lo que ya les han contado, la gente se coloca con tabaco y alcohol, que es la droga que el Estado pone a la disposición de los contribuyentes para que lo hagan de una manera legal.

—No sé quién me contó una vez, que por la *parilla* del Correccional de la Fuensanta un día echaron al patio a un pequeño de unos siete años. Iba completamente drogado. Unos mayores, le habían dado alcohol, —decían—, para reír un rato, ¡maldita sea su estampa!, ¡para matarlos! ¡Es lo más triste que me han contado en mi vida de ayuda a los drogadictos!

Así que, Antón, la va a tener, ¡y bien gorda, hoy, con Rafael!

— Mira, Rafael: Te conozco hace unos años. No veo que tengas intención de dejar la droga, de buscar otro mundo, ¡qué lo hay!, en el que tú te realices como persona. Un mundo en el que seas tú, dueño de tu vida, de tu destino!

— ¡Qué dices so chala! ¡Yo ya estoy limpio! ¡Ya no me drogo!

— A mí no me engañas. ¡Yo te veo que vas cuatro veces todos los días, andando, al Sector Sur, a lo alto, y allí, compras la mercancía.

— ¡Tú sí que eres sinvergüenza! ¡A mí me da que tú eres un mentiroso y que por las noches te fumas algunos canutos antes de dormir! ¡Me cago en Dios, que te mato! ¡Vete de mi vista que saco la *chaira* y te dejo con la costura abierta de la barriga hasta el cuello! ¡Mira; mira que lo hago!

Antón se retira un poco porque no sabe si las amenazas de Rafael son verdad o mentira. ¡Está muy nervioso! Los ojos los tiene rojos, ¡encendidos! Parece que tiene el mono y no o tiene dinero para comprar todavía. No hace nada más que meterse la mano en el bolsillo y contar las monedillas que le han dado. Pero se ve que le falta algo, y aquellos del Cerro no perdonan. ¡Te dan, si llevas lo justo! ¡Y de fiar, nada, que luego hay que pagar con creces!

— Tú sí que eres sinvergüenza y mentiroso. ¡El dinero que te dan los señoritos para los pobres te lo gastas en comer en los mejores sitios de Córdoba, y, luego vienes y nos traes a nosotros cuatro mendrugos con salchichón! Los italianos no lo quieren, dicen, que es, ¡vomitivo!

— Yo doy lo que me dan. Ni más ni menos. ¡Eso es lo que hay! Pero no soy mentiroso como tú que te tiras al suelo y metes la mano dentro de la manga para hacerte pasar por manco, ¡y si eres manco que venga Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y que lo vea!

Rafael va a estallar y no sabe cómo quitarse de en medio a Antón. Sabe que la batalla la tiene perdida, pero quiere salir ganador él, y tiene que inventar algo para que Antón se le eche encima y lo hinche a *quantás*.

— Eres el más sinvergüenza de todos los que se dedican a ayudar a los drogadictos. ¡Hasta te aprovechas de las muchachas que te piden droga!

Antón, está a punto de perder la paciencia. Los nervios ya se han apoderado de él. Pero no quiere echar por la borda su buena reputación en la ayuda a los pobres, drogadictos y necesitados.

— ¡Dios mío, ayúdame, dame paciencia ¡y llévame pronto, que no aguanto estas situaciones de mentir, de calumnias! Esta gente, si no fuera porque amo a Nuestro Señor Jesucristo, célibe, aunque ahora un científico ateo, para demostrar que Jesús era casado, dice haber encontrado un papiro del siglo IV en el que se cuenta que Jesús era casado y en el que se habla de su mujer. ¡Blasfemia, blasfemia, blasfemia! ¡Jesús era célibe y la Santísima Virgen María era pura y casta y no tuvo contacto con varón para dar a luz a Nuestro Señor Jesucristo. ¡Al fuego con él! ¡Qué se re instaure la Inquisición otra vez y que todos estos herejes sean quemados en el fuego!

— Dios mío, ¡perdóname! Yo no soy así. Yo soy pacífico. Yo te quiero, pero alguna vez se me va la pinza. ¡Perdóname!

Antón le deja unos bocadillos a Rafael y mientras se va alejando, en la calle, resuenan las voces de Rafael.

— ¡Chóped para nosotros, y, para él mesa de caoba, cubiertos de fina plata y mantel bordado en oro, en El Caballo Rojo.

— ¡Ay, Señor, llévame pronto!

Antón, mareado, sudoroso, avergonzado, ¡porque calumnia que algo queda!, baja hasta la plaza de las Tendillas porque quiere ver qué dice la prensa de hoy sobre las caricaturas de Mahoma al que una revista francesa ha sacado en cueros. Esa revista, ya se metió más veces con el Profeta de los musulmanes, y éstos quemaron su sede, y porque no cogieron al director y a los redactores, que si no, hoy ya están en el mismísimo infierno.

Nadie se meta con Mahoma, el Profeta de los Creyentes, el justo, el sabio, el bondadoso. Y el que lo haga quede declarado blasfemo como Salman Rusdie que lleva veinticinco años escondido en Inglaterra y protegido por la policía para evitar ser ajusticiado por los integristas. Ahora acaba de publicar sus memorias de los veinticinco años de encierro.

La revista no se encuentra por ningún sitio. A lo mejor, Obama, amigo de los musulmanes ha comprado toda la publicación para no echarle más leña al fuego, porque dicen que se han cargado al embajador de EE.UU en Yemen y que lo sodomizaron antes de matarlo, y, han destrozado algunas embajadas.

Pero el Director de la publicación, dice, que si Francia, el Gobierno francés, accede a lo que quieren los musulmanes, que retire los dibujos del Profeta en cueros, Francia, el mundo libre, habrá perdido la batalla de la libertad de expresión, uno de los tesoros más importantes del mundo occidental.

Antón se acerca a la fuente de las Tendillas para echarse un poco de agua en el rostro y tratar de que se le pase la irritación que ha cogido con Rafael.

Unas palomas zuritas se cagan por toda la cara en la cabeza del Gran Capitán, Don Gonzalo Fernández de Córdoba. Y lo bueno del caso, es, que una pareja de policías municipales, en pantalones cortos y en bicicleta, —que están para hacer cumplir la Ley, y que se respete a los ciudadanos—, les trae tres pares de narices que las palomas se caguen en tan ilustre cordobés... ¡Ellos, a lo suyo!

EL PASO DEL TIEMPO

Pasa el tiempo, que nuestra vida es un pasar, un transcurrir, donde representamos el papel que nos ha tocado vivir. Y hay quien está conforme con el papel que representó, e, incluso cree que fue un buen actor de su vida desde el principio hasta el final, no teniendo que añadir ni quitar nada. Pero en el caso de nuestro personaje, Antón, cree que el guion que se le asignó no fue todo lo bueno que debía, por lo que espera otra oportunidad para reescribir el verdadero papel que Dios, Padre, por su divina misericordia, le ha preparado: El de un gran predicador dirigiéndose a las multitudes enfervorizadas con su palabra, que en un principio, frías al mensaje, brincan de entusiasmo cuando oyen la palabra verdadera, una palabra que les perdona la vida pasada, sus pecados, pudiendo rehacer sus vidas maltrechas por medio de la penitencia y la oración.

Por ello, y para ello, Antón, que apenas si sabe leer, dedica largas horas de estudio a la Santa Biblia en cuyos márgenes anota las interrogantes que a él se le presentan con vistas a una predicación.

Comienza con el capítulo del Génesis, la Creación, el libro del Éxodo, el Levítico, el Deuteronomio, los Profetas, los Santos Evangelios, los Salmos, el Eclesiástico, el Eclesiastés, el Pentateuco, el libro de Tobías, de Daniel, y, el Apocalipsis.

Y se centra en los Profetas, porque él se siente llamado a adquirir algún día el don de la profecía. Porque, hoy, en la actualidad, no hay profetas que alerten al pueblo de los peligros que le acechan y le pida sacrificios para su conversión.

Le gustaría a Antón anunciar la profecía del Final de los Tiempos, que están a punto de llegar, y, que él, con su agudeza intelectual, ve próxima:

—Niño: El final se acerca. Lo veo muy pronto. Las señales están muy claras: Enfermedades, cataclismos, divorcios, corrupción, abortos masivos, inmoralidad, asesinatos, grandes inundaciones...

— Nosotros vamos a tener la gran ocasión de ver venir en toda Su Majestad a Dios de los cielos bajando y rodeado de sus ángeles a la Tierra para decir, “que esto se acabó”, y, en el Valle de Josafat, reunidos los elegidos, a toque de trompetas, irá nombrando uno a uno para que vaya al destino que le tiene reservado.

Llegado este momento, preso de emoción y nerviosismo, Antón cae al suelo y besa la tierra que pisa, se levanta, se rasga las vestiduras, se tira de los pelos, y, con una gruesa cuerda de los marineros se flagela hasta el punto de hacerse sangre que brota entre los harapos que le han quedado del vestido que llevaba.

Unas cuantas personas acuden a parar aquel acto de crueldad. Lo sujetan, casi lo inmovilizan, mientras algunos curiosos llaman al 112 para pedir una ambulancia por si la cosa se le va de las manos.

Antón, con las manos hacia el cielo, los pelos ensangrentados sobre la cara, vocifera:

— Perdón, Dios mío. ¡Perdón! ¡Soy un pecador! No merezco que te hayas fijado en mí.

Y se revuelca entre el barro, y pide a los presentes que le maldigan, que le insulten, que le peguen, que le azoten, que le digan lo que tiene que hacer, aunque sea tirarse al cieno, cubrir con ese barro inmundado su cuerpo dolorido...

Unos gitanos, ya zagalones, se dirigen a Antón, y le dicen:

—Si crees en Dios, tírate al barro. Cúbrete con él, colma tu cabeza con el cieno, chupa su materia gelatinosa...

Y Antón, por amor a Dios, se tira al barro, cubre su cuerpo, se embadurna todo él con el cieno pestilente, lo mastica...

Y los gitanicos quieren más y más espectáculo, y Antón hace lo que le dicen, en demasía...

A lo lejos suenan unas sirenas. Son las bocinas atronadoras del 112 seguidas de un coche de la policía y los camilleros del manicomio.

Por los altavoces del coche de la policía se ordena a toda la gente que despejen la zona, y, los camilleros de la casa de salud, se bajan con sendas jeringas de un medicamento adormecedor. Lo sujetan con fuerza, lo atan, y, le ponen la camisa de fuerza. Bajan una camilla, y, casi dormido, aunque bregando, dando manotazos y patadas, queriéndose tirar de la camilla, dice sus últimas palabras:

— ¡Hermanicos!, ¡hermanicos míos! No estoy loco. Soy un siervo de Dios que está predicando su palabra. Recordándoles la Santa Biblia los conmino a que cambien de vida, a que vayan por el buen camino, y, se arrepientan de sus pecados antes de que llegue el día en que Dios con su corte celestial baje para administrar justicia llevando a los buenos a su Paraíso y a los malos al fuego eterno.

Lo meten los camilleros en un furgón mientras las pocas personas que no han obedecido órdenes de los policías, gritan a coro:

— ¡Dejad al hombre! ¡No *sus* lo llevéis! ¡Es un hijo de Dios!... Y entona cánticos religiosos que se oyen muy lejos propagándose por todo el pueblo que un Profeta ha aparecido entre nosotros. Un Profeta que trae la buena nueva de la salvación que todavía podemos alcanzar antes de la venida de Jesús en cuerpo mortal a la Tierra para administra su justicia divina.

Y como si de un verdadero santo se tratara, hay personas, devotas, que recogen del suelo restos de ropa y de pelo que pasan sobre su cuerpo dolorido...

— ¡Milagro, milagro!— grita una mujer que llevaba varios años sentada en un carrito. ¡Yo estaba impedida y el Profeta me ha sanado! ¡Ahora puedo andar! ¡Puedo andar! ¡Bendito sea Dios, Bendito sea Su Santo Nombre!

Y un ciego, al que todos conocían, acompañado de su lazarillo, grita con una voz que llega hasta los confines de la plaza:

¡Veo, veo! ¡Puedo ver; os veo a todos los que aquí estáis! Milagro, milagro! Antón me ha devuelto la vista. Yo he oído su palabra, la he creído, y Dios me ha sanado. ¡Bendito sea Dios, bendito sea Antón!

ANTÓN EN LA CASA BLANCA

Gusta al hermano Antón, el venerable, de presumir que se sabe el Santo Libro de "pe, a, pa", pero apenas si sabe leer, pero cuando en una conversación se habla de cualquier valor humano, él, solícito, lo apoya con el pasaje que en el Santo Libro tiene su fundamento; su razón de ser.

Y le gusta leer a su manera la vida de los santos, de los héroes, de aquellos que dieron la vida por Dios.

San Francisco de Asís es su preferido. Il Poverello, el que lo dejó todo para seguir a Cristo, rico entre los que más, el que un día juzgado por la autoridad eclesiástica en la plaza del pueblo entre la muchedumbre, desnudándose, devolvió a su padre las ropas que le había echado en cara.

— ¡Quiero ser el más pobre de los pobres!

Lo que más le gusta a Antón, el beato, el iluminado, con don de lenguas, de sanación, de su vida, de la vida de San Francisco, fue su viaje a África a convertir musulmanes, por lo arriesgado de la empresa en la que iba a perder la cabeza al defender la fe cristiana frente a la doctrina musulmana, al comparar a Jesucristo con Mahoma, un profeta menor, de dudosa vida, según él, como le dijo al Sultán.

— ¡Pobre de San Francisco! ¡Las que pasaría entre musulmanes acérrimos!

Antón pide entre sueños a Dios que le transporte hasta Yemen y en el siglo XXI, año de dos mil doce, mes de septiembre.

Un director de cine, no se sabe quién, acaba de colgar en Youtube una película sobre la vida de Mahoma en la que el Profeta sale muy mal parado en cuanto a su vida sexual, cosa que ofende a los musulmanes.

Las algaradas, el ataque del populacho, de la chusma —dice H. Clinton—, la esposa de Clinton, el saxofonista, el del lío con la becaria, el ex presidente de los EE.UU, el país más poderoso de la Tierra, acaban con la vida del embajador en Yemen y destroza las embajadas de los Estados Unidos en muchos países del Norte de África.

Antón está en la embajada del Yemen en el momento en que se producen los ataques de la gente a la misma.

Ha ido allí para buscar los papeles del casamiento de un hombre bueno con una musulmana.

La turba, enfurecida, ataca la embajada con todo lo que tiene a su alcance. Es un grupo muy numeroso. No es gente que pasaba por allí. Es un grupo militar muy organizado que sabe lo que se hace y próximo a Al-Qaeda.

Latas de gasolina encendida incendian la fachada. Las puertas son abiertas con mazas de gran tamaño. Con un camión tratan de entrar en el vestíbulo.

Antón, siente miedo. Él viste al estilo occidental...

Los guardas de la embajada abren fuego contra la multitud. Muchos caen muertos por el suelo. Hay un descontrol total de la situación. Los guerrilleros matan a todo el que intenta salir.

Antón le quita el traje a un muerto y se viste con él. Se escabulle como puede entre fuego, tiros y mazazos contra las puertas.

Su atuendo yemení lo hacen más pasable; nada de occidental.

A su lado, el embajador trata de salir entre la chusma. Antón quiere ayudarle pero no puede. La chusma lo coge, lo maltrata, lo mata, lo pasan bajo un camión.

¡Hay que hacer algo!

Antón es transportado a la Casa Blanca por un rayo de luz, en su proa, y aparece en la puerta del despacho del Presidente Obama. Los guardias, que no saben que es Dios, el mismísimo Dios, el que lo ha dejado allí, no se explican cómo puede haber burlado los estrictos controles de seguridad.

— Quiero ver a Obama.

— ¿Quién es usted?

—No importa quién sea yo ni de donde venga. ¡Me envía Dios! Traigo un mensaje para Obama.

Los porteros se echan a reír, pero Antón, al que Dios no abandona nunca en las misiones que le encomienda, se arrodilla y pide a Dios que no le abandone.

— Dios mío, Señor mío, haz algo para que esta gente me crea.

— Diles que se va a producir un gran terremoto. ¡Qué se pongan a salvo!

—Se va a producir un gran terremoto, ¡ya!

Y los porteros se ríen más que nunca...

La tierra comienza temblar. La lámpara que está sobre sus cabezas, una gran araña con cientos de bombillas, oscila como el botafumeiro de la Catedral de Santiago de Compostela.

Los porteros están como la cera de blancos. Sale Obama corriendo para ver qué pasa.

Antón, cuando ve al Presidente Obama, se dirige a él:

— Señor Presidente: Yo soy Antón, predicador y evangelizador del Levante español. Mis credenciales, para que crea el mensaje que le traigo, son este terremoto que no va a parar hasta que usted no me escuche. Traigo un mensaje de Dios.

—Dile a Dios que detenga el terremoto, y después, ya hablaremos. Primero que pare el terremoto. ¡Que lo pare por Dios!

La tierra se calma. Los porteros de Obama tratan de agarrar a Antón, pero el presidente les dice:

— ¡Dejadlo! ¡Es un enviado de Dios!

— Habla Antón: Te escucho. ¿Qué me traes? Ya sabes que yo juré al principio de mi mandato sobre el Libro Santo.

— Ya lo sé. Y a eso es a lo que vengo: Usted, que juró sobre la Biblia, la Santa, se está portando muy mal con los cristianos, con los no nacidos, apoyando el aborto, atemorizando a los centros cristianos médicos que no quieren practicar abortos. ¡Usted no es un hombre de Dios! ¡Usted, hombre, es el mismísimo Belcebú! ...

—Vengo de Yemen donde los rebeldes, los de Al-Qaeda, acaban de matar a su embajador. Yo mismo, sin la protección de Dios, hubiese muerto.

— ¿Tú has visto morir al embajador?

— Sí lo he visto. Murió acribillado. Después pasaron un camión sobre su cuerpo. ¡Pobre hombre!

— Será vengado. Los yemeníes son amigos.

— ¿Y sabe de quién es la culpa de tanta muerte?

— ¡No!

Es suya! Usted está atacando a los cristianos, está permitiendo que muchos inocentes mueran en abortorios. La sangre de los infantes corre por las cloacas de los hospitales. Se les tritura. No se les da santa sepultura.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío, perdóname por el daño que he hecho!

Y le digo más: Si usted no para tanta muerte, tanta guerra, tanta inmoralidad, tanta corrupción, tanta contaminación, tanto aborto, tanta hambre como hay en el mundo, habrá más 11—S en el futuro.

Una escuadra de ángeles arrebató a Antón y lo sube en un carro volador ante el asombro de Obama y los presentes.

Obama despierta de ese terrible sueño.

LA CRUZ ES LA SALVACIÓN

Un hombre hace su aparición en la playa cuando está más concurrida. Se desviste, y con unas zarzas, se araña todo el cuerpo hasta que aparece la sangre. Se tira al suelo, gime, grita...

El hombre se levanta del suelo con la carne llena de arañazos y el rostro desfigurado por la sangre perdida. Se agarra a un poste de telefónica, y como un nuevo Sansón, lo arranca ante el asombro de los presentes. Rompe la parte superior, y con unas cuerdas, improvisa una cruz...

— ¡Clavadme en la cruz como al Salvador! ¡Clavadme! Quiero sentir en mis carnes el dolor de los clavos al penetrar en mis manos y en mis pies. Quiero pagar por tanta sangre derramada en los abortos de los niños, niños inocentes, ¡mis hijos!...

Ya son más de cinco mil las personas que asisten a esta escena cargada de dramatismo y tensión. Cinco mil personas de todas las nacionalidades que vociferan, como en Jerusalén; unos a favor de este hombre arrepentido, y otros contra él.

Un grupo trata de derribar la cruz clavada en la arena de la playa, mientras otro trata de impedir que la desclaven, y, en medio del fragor y la oposición entre grupos, aparece la Guardia Civil, que con un camión manguera de agua, avisa a los presentes:

— ¡Disuélvanse, por favor! ¡Disuélvanse!

La gente, como si tal cosa; sin hacer caso a los requerimientos de la autoridad.

—En cinco minutos pondremos las mangueras en marcha. Las personas que después de los manguerazos sean cogidos en la calle con la ropa pintada, pasarán directamente a disposición judicial...

La gente no hace caso...

Las mangueras comienzan su trabajo contra la gente congregada, y, se produce una estampida por la playa y las calles aledañas. Hay personas con manchurroneos de pintura en sus vestidos de muchos colores: rojo, azul, amarillo, negro...

El hermano Antón hinca sus rodillas en el suelo y con las manos levantadas al cielo suplica a Dios Padre, Todopoderoso, que actúe contra la Guardia Civil que se ha entrometido en un acto religioso en el que no tiene incumbencia...

Cien parejas de ángeles resplandecientes de grandes alas bajan del cielo. La gente los recibe con grandes aplausos. Los ángeles suben hasta el cielo las tanquetas de agua y las transportan a los Narejos desde donde ya no molestarán a los congregados junto a la playa. Los guardias civiles, que se habían bajado de las motobombas al ver la presencia de los seres celestiales, huyen, pero son agrupados uno, a uno, y llevados a los Narejos en la cresta de un potente chorro de aire de Levante.

Y la gente, los congregados a favor del Evangelio y la fe, entonan cánticos de gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, mientras este hombre, que estuvo a punto de ser crucificado para probar los dolores de la cruz y lavar sus pecados, se limpia como puede la sangre prosiguiendo su narración, ya que ha desistido de su propósito de ser crucificado...

—Y fueron tantas las casas de citas que monté en España y en el extranjero que eran más numerosas que las tabernas y los bares. Allí la gente engañaba a sus mujeres con mujeres de todo el mundo cogiendo el sida. Se dejaban el dinero a porrillo, y, desplumados e infectados, volvían a su hogar implorando el perdón de sus castas esposas, y muy nerviosos acudían al médico para hacerse la prueba del virus, para ver si lo habían cogido, en la relación inmoral.

Y se vuelve a tirar al suelo, desollándose la piel, echándose cenizas en la cabeza de los restos de una lumbrera de sardinas que los bañistas habían hecho por la mañana. Se quita la ropa, se queda en cueros...

—Quiero ser como el Salvador. ¡Quiero quedarme desnudo para morir en la cruz

pobre como Dios!

Unas virtuosas mujeres, de las allí presentes, le cubren como pueden las vergüenzas. Pero él, en un gesto impetuoso, se vuelve a quitar la ropa, y subiéndose a una farola, se pone a gritar.

— ¡Quiero morir como el Salvador! ¡Quiero ser como Él! ¡Quiero que me crucifiquen!

LA EXPLOSIÓN

Anda Antón unos días descuidando la predicación, la exposición de la Palabra a los incrédulos, a los que se olvidaron de ella, que es salvación, y ha dedicado algún tiempo a ver si le venía un golpe de suerte y llevaba a cabo sus proyectos de ayuda a los pobres mediante la construcción de un albergue para dar comida a los necesitados, ropa también, y, una cama donde protegerse en los malos días de invierno. Pero, ahora, ha visto que si Dios no le concedió el premio del Cuponazo, sería debido a que Dios no había creído conveniente acometer dicha empresa.

Y ahora, se ve con nuevos bríos para ir por esos caminos llevando la Palabra de Dios a la gente. Y se mete en bullicios, en fiestas, en discotecas, y, hasta entra en la Feria con sus miles de personas todas pasándolo bien, comiendo, bebiendo, y, paseando. Y si se presenta la juerga; pues, también.

Hoy toca ir a la feria. Andar por sus calles, hablando a la gente, de Dios. Diciéndoles: Que el fin se acerca, que ya viene, que está a punto de llegar. Que todos los indicios así lo indican. Porque nunca estuvo la humanidad tan pervertida, la gente tan libertina, en la forma de hablar, de vestir, de relacionarse. Porque las mujeres abortan sin sentido. Y miles de niños inocentes son tirados al cubo de la basura sin ser enterrados en tierra santa, y muchas veces incluso los pasan por la trituradora. Y en cuanto a los casamientos, se casan y se descasan quitándole todo el valor a la ceremonia y al sacramento. Muchos oficiantes de casamiento, después de la ceremonia, ya dan los papeles del divorcio y la tarifa del mismo.

Va Antón andando entre sus seguidores que le acompañan apoyando su labor y asintiendo con la cabeza en todo cuanto dice y hace. Van todos cantando cánticos religiosos de amor a Dios acompañándose con palmas, guitarras, y hasta un acordeón, de un acordeonista que simpatiza con el padre, y, ha querido en esta noche calma, alabar a Dios con su instrumento, abandonando su trabajo entre la gente que consume en las terrazas de los bares.

¿Una rosita?... ¡La voluntad!

Una mujer pide entra las mesas de un gran restaurante. Lleva un cartel en el que se lee: Una limosna. Soy madre de 4 hijos y no tengo para darles de comer.

Un camarero, enviado por el jefe, saca a la pedigüeña fuera del recinto, y, con tono amenazante, le dice: ¡Ya sabes que aquí no se puede pedir! ¡Ya te lo hemos dicho un montón de veces y no haces caso!; Cómo vuelvas a entrar en el recinto llamo a la policía! Y la mujer, asustada, sale del restaurante, y, aprovecha que el hermano Antón viene cantando con los suyos para unirse al grupo diciendo: Por lo menos éstos me quieren y no me echan.

Y Antón, que se ha dado cuenta de la faena que se han cargado con ella la consuela diciéndole: Hermana, no te preocupes. Nuestros días de gloria están al llegar. El Señor viene pronto para llevarnos con él a su gloria, para colmarnos de bendiciones, para querernos, como él lo sabe hacer. No tenemos más remedio que aguantar el chaparrón porque la que nos espera es grande para los que sufrimos por él.

—Gracias hermano Antón: ¡Dios le oiga porque yo ya no puedo aguantar más! Me paso el día tirada en la calle ante la incomprensión de la gente. Piensan que es mentira. Que pido por vicio o por vagancia. Pero Dios sabe que no es cierto. Al ser gitana en mi país no me quieren. Nos tienen proscritos. Somos los parias de la sociedad. Si pedimos trabajo, al ser gitanos, no nos quieren. Incluso en las escuelas nos obligan a aprender un idioma que no es el nuestro, unas costumbres que nos son ajenas. Vivimos donde nadie quiere. Dormimos en todas las casas abandonadas entre el estiércol de las bestias y acosados por las ratas. Pero Dios es bueno, y, pronto, nos va a llevar al Paraíso para que se acaben nuestros sufrimientos.

— ¡Amén!

De pronto, se oye un gran estruendo, una explosión terrible, y la gente comienza a correr sin rumbo, alocada, pasando los unos sobre los otros. Es como si hubiese explotado una gran bomba. Unos dicen que ha sido un atentado, otros que ha reventado una bombona en la feria. Pero nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurre. Qué es lo que pasa.

Antón y sus acompañantes tratan de calmar a la turba sin dirección, pero la gente corre y corre buscando cobijo, tratando de encontrar un lugar donde ponerse a salvo. Las palmeras del paseo de la playa no son suficientes para proteger a tanta gente, y tiren por donde tiren, la gente se encuentra desprotegida. Lo mejor es quedarse quietos tras un parapeto y esperar a que todo pase.

Una mujer mayor, con su triciclo, está muy nerviosa, y dice llorando: ¡Por favor: Tengo que pasar como sea hasta mi casa. Tengo miedo. No puedo más! ¡Ayudadme, por favor!

—Señora: ¡No tenga miedo! El Señor está contigo para protegerte. ¡Ten fe! ¡El te salva!

— ¡Ya lo veo que me salva! ¡Pues que me lleve a mi casa que estoy cansada y quiero sentarme!

— ¡No tienes fe! ¡Yo te voy a salvar!

—Y Antón se arrodilla, y, dirigiéndose al cielo, las manos en alto, en mitad de la calle, sin importarle la gente, ni lo que le ocurra, reza pidiendo ayuda para la mujer a Dios Padre:

— Señor: Tú eres bueno, amable, misericordioso. Esta pobre mujer quiere irse a su casa. Tiene miedo a tanta gente desbocada. Muéstrate cómo tú eres. Utiliza tu poder divino para transportar a esta incrédula mujer hasta su casa. Líbrala de la turba asustada. Un nudo de personas. Un grupo descontrolado que huye. Una bola entra donde está el padre Antón y lo transporta empujándoles doscientos metros más arriba.

El hermano Antón está magullado, la mujer, tiene la cara blanca como la cal, y está sudorosa. Tiene taquicardia y magulladuras. No para de moverse de los nervios que le han entrado al verse transportada en el aire sin saber cómo pararse.

— Ya ves el caso que te ha hecho tu Dios. Por poco me matan. ¡Mejor es que no lo hubieses llamado! ¡Tu Dios está dormido, aletargado; no hace caso de nadie! ¡A lo mejor, hasta murió ya hace tiempo y nos ha dejado aquí, abajo, solos, huérfanos!

¡Anatema! ¡Anatema!—esta mujer es el mismísimo Belcebú. No sabe lo que dice. Dios está vivo. Cuida de nosotros. Controla la vida de las personas, de los animales, de las plantas. Sin su ayuda, su consentimiento, nada podría vivir. ¡Anatema! ¡Anatema!

Y la calle se serena. Vuelve la calma. La gente está ya más tranquila porque por los megáfonos han dicho que no pasa nada, que la explosión la ha provocado el reventón de un manguito de presión de uno de los compresores que mueven el gigante HUK, y, que el olor a quemado, la nube de humo que se ha extendido por toda la playa, ha sido ocasionada al evaporarse el aceite mineral de la bomba de inyección.

Y cada oveja con su pareja, se restablece la luz, los colorines de los cacharros de la feria se extienden por todos los lados, y, vuelven las risas, las voces, los ruidos de las máquinas, a la calle. ¡Todo ha quedado en un gran susto!

LA INVIDENTE

Ya anda Antón otra vez suelto por esas calles, por esos caminos de Dios, pateando cada trozo de terreno, oteando lo que puede avizorar para poner su mano de hombre santo en quien necesite ayuda psicológica o corporal.

Y está el hombre preocupado por una mujer ciega, que ayudada por su marido, recorre cada día las calles del Pueblo de San Pedro bajando hasta la playa buscando las aguas ricas en yodo y sales minerales, por si todavía, por cualquier causa, esos ojos marchitos pudieran llegar a recobrar parte de la visión que perdieron.

La mujer, Ana, ya perdió la ilusión de volver a ver, de andar por las calles deteniéndose en escaparates, viendo zapatos, telas, o, electrodomésticos para su casa. Y como toda invidente, mueve la cabeza a ambos lados mientras se agarra con ahínco al lazo de su vida, su marido, que día a día, la pasea por toda la ciudad.

Y hoy ha dado la coincidencia de que Antón estaba tocando la guitarra rodeado de algunos admiradores que oían sus canciones de alabanza a Dios absortos, mientras él agarraba la guitarra por el mango sin poner ningún tipo de acorde “que si Dios quiere que me ayude y ponga Él los acordes a la canción que entono para su mayor gloria”.

Y Antón ve a la mujer que se acerca, la cabeza a ambos lados, moviéndola según sus oídos oyen las voces que están cerca. Acomodándola a lo que oye.

Y Antón, cuando la ve venir, al pasar a su altura, alza la voz, y, dice:

— ¡No ves porque no quieres! ¡No ves porque no tienes fe! ¿Tú quieres ver? ¿Quieres que yo, humilde siervo del Señor, rece por tu sanación? ¿Quieres volver a ver el mundo, la gente, los pájaros, los atardeceres de este lugar, el Mar Menor, que son únicos en el mundo por su belleza y su amalgama de colores? ¿Quieres que Nuestro Señor Jesucristo, Bendito sea Su Santo Nombre, se fije en tu humilde persona y devuelva la vista a tus ojos?

La mujer oye la voz del que habla, y, recuerda que nunca nadie le había hablado de la posibilidad de volver a ver, puesto que los mismos médicos le habían dicho que, ella, ya no volvería a ver la luz.

Le tira de las manos a su marido, quiere que la acerque a ese hombre de voz hermosa, espiritual, cuyas palabras ofrecen esperanza a su vida y no oscuridad como las de los médicos.

Pero su marido, amigo de correrías de Antón, tiene miedo de que el Predicador le delate delante de su mujer a la que había confesado muchas veces que la única mujer de su vida había sido ella, cuando tenía ya más tiros dados en la carrera del sexo, que el Alcázar de Toledo al ser asediado por los rojos.

Y la mujer insiste y le suplica a su marido que le acerque al hombre de voz melosa cuyo tono le recuerda a otro gran profeta del que hablaban las monjas en el colegio donde se educó.

Y ya cerca, la mujer, su marido disimula y no contesta a las preguntas que Antón le hace sobre la enfermedad de ella, años que llevaba sin ver..., por temor de que al ponerse de frente, sus ojos de licencioso del sexo, durante su etapa de juventud, coincidieran con los de Antón, y, lujuria con lujuria, formara un cóctel explosivo lesionando el secreto que él había mantenido a su mujer que creyó que se casaba con un hombre cristiano y casto.

Y la mujer ya oye cerca a Antón, su última carta para la sanación. Y cuando lo tiene cerca le agarra la ropa y cae de rodillas.

Antón la levanta y le dice que tenga fe. Se aleja de ellos y les dice que no se muevan. Va a una laguna cercana en la Mota de Lo Pagán y vuelve con un poco de lodo maloliente en una botella de vidrio. Y cogiendo sus manos las atrae a las suyas y le pide a la invidente que se ponga de rodillas porque lo que van a hacer, es, contactar con la Divinidad a través de la oración.

Ya los dos de rodillas en el suelo duro de baldosas, su marido también cae al suelo, y muchas personas se van acercando porque se ha corrido la voz de que Antón va a hacer un nuevo prodigio; un prodigio que va a dar mucho que hablar en bastante tiempo.

—Señor Jesús, Dios Hijo que junto con el Padre y el Espíritu Santo sois una misma cosa pero Tres Personas, ayuda a esta tu sierva Elena a que vuelva a ver la luz del día. No me defraudes en este momento en el que tanta gente está pendiente de tu bondad y misericordia para con el enfermo. Es éste un lugar a donde vienen muchas personas desahuciadas por los médicos y que encuentran la sanación de males menores; cojos que andan, enfermos de la piel que curan gracias a las propiedades medicinales de estas aguas cuasi milagrosas.

— Yo sé que Elena, gracias a su marido, recobrado para la fe, fue vista por los mejores oftalmólogos de España y del mundo. Incluso estuvo varios días internada en un barco ruso que venía a Gibraltar varios días al año para ver si esos doctores rusos podían hacer algo por ella... ¡La respuesta siempre fue la misma!: ¡Elena no verá jamás!... ¡Y ahí es a donde voy yo!: ¡Demuestra tu poder y tu misericordia para tu sierva Elena! ¡Haz que vea!

Y Antón se santigua después de la oración, y hace que Elena rece con él, mientras que le aplica una capa de lodo de las lagunas de Lo Pagán sobre los ojos... Y deja que se le seque el ungüento sobre la niña de los ojos... Y la lleva a aguas claras y se los lava...

— ¡Veo, veo!— dice Elena dando grandes voces que son apagadas por el griterío de los que congregados allí, ante la fama de Antón, están enaltecidos; fuera de sí.

Y la gente, dirigida por unos sacerdotes que veraneaban por allí cerca, entona la canción de alabanza más hermosa hecha en honor de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre:

— Gloria a Dios en las alturas y Paz a los hombres de buena Voluntad.

— Bendito sea Dios.

— Bendito sea Su Santo Nombre.

Y la gente está exaltada, fuera de sí con la devolución de la vista a Elena, la que no veía hace muchos años, y que gracias a su fe, y la intercepción de Antón ante Dios Hijo, contempla ahora por primera vez la cara de su marido, el rostro de muchos conocidos del pueblo, el azul del cielo y la belleza de la puesta de Sol.

Y la gente, ante este nuevo milagro, se arremolina alrededor de la invidente de antes que ahora ve, y, de Antón, y le piden para que vaya a su casa y cure a un familiar enfermo sin solución.

Y ante el alboroto más grande que se ha liado en la acera junto a la playa, la policía municipal no tiene más remedio que sacar su arma reglamentaria y hacer varios disparos al cielo, y la gente, al oírlos, se dispersa arrojando antes a varios curiosos que preguntaban lo que había pasado.

Antón, nuevamente va al cuartelillo por desórdenes públicos con reincidencia.

LAS AGUAS MILAGROSAS DEL MAR MENOR

Hay en Murcia en el municipio de San Pedro del Pinatar unas lagunas a dónde van los flamencos a posarse y tomar fuerzas antes de empezar su periplo africano. Allí, entre sus lodos, se crían unos gusanos rojos pequeños que hacen las delicias de tan elegante pájaro de majestuoso vuelo.

No es difícil ver en los atardeceres del Mar Menor cuando el disco que nos da la vida se pone sus mejores galas para darnos el adiós hasta un nuevo día, bandadas en formación de estos pájaros que van camino de buscar en las lagunas salobres de aguas medicinales, su mejor refugio donde protegerse de los vientos.

Antón, ya está un poco mayor, pero a pesar de su edad y sus achaques, que los tiene, su mente está lúcida y sus ganas de vivir, también. Porque le pese a quien le pese, nuestro profeta tiene una misión que cumplir por voluntad de Nuestro Dios y Señor: ¡Llamar a la conversión a las gentes perdidas que se apartaron del Camino verdadero.

Y para que su cuerpo no le gaste una mala pasada y sus piernas hinchadas lo dejen realizar su labor, nuestro hombre santo va a proceder a darse los baños de rigor en las lagunas de Lo Pagán poniéndose los lodos milagrosos que liberan al cuerpo de la esclavitud de los dolores reumáticos y artríticos devolviéndole la movilidad perdida.

Y para ello le va a ayudar un hombre que es objeto de polémica en las charcas. Éste, afincado en la población, tiene montado su altar de sanación sobre un templete construido con cuatro piedras y unos ladrillos y revocado con cemento.

Antes de que su clientela venga, Andrés, que sufrió dolores terribles en sus piernas que casi le dejan baldado y que curó por lo milagroso de las aguas, se adentra como un nuevo Moisés en el agua salada y le arrebató su más preciado tesoro: ¡Los lodos salúferos que devuelven la salud al cuerpo enfermo!

Y con unas viejas cubetas y un cedazo busca en el fondo de la laguna los lodos milagrosos.

Y cuando el sol lleva unas horas fuera de su refugio para extender sobre todos los humanos sus rayos bondadosos, sobre todos; todos sin excepción: ¡Buenos y malos!, se acerca la clientela de la procedencia más diversa: Alemania, Noruega, India, Marruecos, España, Francia, Inglaterra y Rusia.

Sobre el templete, como si se tratara de un nuevo Delfos, pregunta al oráculo sobre los dolores del cliente localizando la zona donde el dolor le hiere, le martiriza y le humilla, negándole en muchas ocasiones la movilidad normal a unas articulaciones desgastadas por las enfermedades.

Y localizado el foco donde se extiende el mal silencioso coge de la cubeta el lodo salúfero que aplica con fruición sobre el cuerpo dolorido.

El enfermo, por mor de los lodos, cambia de raza. Se convierte en negrito ante la curiosidad de propios y extraños que no dudan en fotografiar tan rara estampa entre risas y bromas.

Pero Andrés, se ve que el hombre está necesitado de contactar con la piel delicada y fina del sexo contrario, ya que es viudo desde hace años busca zonas que no son de agrado de la clienta, que las más de las ocasiones calla para no estropear los mecanismos de la curación, pero que en la intimidad de la alcoba, ya casi entrada en sueños con su pareja, se sincera de las bondades y maestría de Andrés en estos menesteres.

El marido calla pero promete entre dientes que dará su merecido a tan atrevido personaje una vez cogido con las manos en la masa del delito.

Y ya está nuestro hombre bueno sobre el ara de Delfos para recibir su primer bautizo de lodo sobre su cuerpo grandón y rechoncho.

Pero antes de que Andrés proceda a extender el lodo sobre el cuerpo traen a un hombre mayor, octogenario, en silla de ruedas, inmóvil durante muchos años, para buscar

la curación que le fue negada en muchos sitios.

Antón baja del ara. Dice que lo suban al templete, y, una vez puestos los lodos, reza a Dios de esta manera:

—Señor Dios, Rey del Universo, Magnánimo Señor de Misericordia ilimitada para el que sufre, para el enfermo, para el dolorido por los avatares negativos de la vida. Tú que puedes, Tú que quieres, Tú que curaste al leproso, que resucitaste a Lázaro, muerto de tres días, enterrado en el sepulcro, cubierto su cuerpo con el sudario, oliendo ya a descompuesto, que con unos panes y unos peces diste de comer a más de cinco mil hambrientos junto al lago de Genezareth, que calmaste las aguas en día de tormenta, cuando Pedro, perdida la fe, siguiendo a su Maestro y Señor, puso sus pies sobre el agua y comenzó a hundirse: ¡ Señor, me hundo,— decía!, haciéndole caminar sobre un mar airado, Señor, Señor, Señor...

Durante unos minutos más Antón, absorto, las manos cogiendo su rostro, de bruces contra el suelo, rezó y rezó, continuando.

— Señor, Señor: Vuelve tu misericordioso corazón hacia este hombre impedido que lleva muchos años en la silla, que no tiene movilidad, que ha perdido la fe en andar, pero que cada día, según me consta, te ora, te suplica, te pide que lo sanes, que ande, que camine, que pueda valerse por sí mismo.

Un nubarrón gordo, extenso, cubre el Mar Menor. Se barrunta algo fuerte...

Un viento huracanado empuja a las nubes hacia la laguna que pierde la luz, que queda casi a oscura mientras las gentes huyen despavoridas ante un suceso jamás visto, por su intensidad, en estas aguas tranquilas y de temperaturas suaves.

El viento arrecia, el ruido de los truenos se hace terrible, casi insoportable. Ya no queda nadie en las lagunas; sólo el impedido, Andrés y Antón...

Comienza a llover copiosamente, arrecia, descarga sin piedad sobre los tres el agua, fuerte, intensa.

El enfermo se queda sin barro en su cuerpo, de piel brillante. Antón a duras penas consigue despejar sus ojos de las gotas de agua que una tras otras lo dejan casi sin visión, y, Andrés maculla por lo bajo que jamás había visto nada igual en los años que lleva por estas riberas.

Y tras un trueno fortísimo con un rayo luminoso que viste de luminosidad estas aguas de por sí bastante claras, una palmera cercana queda partida en dos y humea.

El inválido tira sus muletas, grita, grita, grita: —¡Puedo mantenerme en pie sin ayuda, puedo andar!...

Antón cae postrado sobre el suelo de la laguna. Su cara denuncia el negro de los barroes, pero su rostro está luminoso, feliz y muy contento, porque su Dios, nuestro Dios, ha obrado según su misericordia:

— ¡Milagro, milagro, milagro! Señor, Señor, Señor. ¡Gracias Señor, gracias Señor!

— ¡Soy tu rendido siervo, ¡gracias Señor!

El cielo vuelve a la normalidad. Recupera su nitidez, su claridad, su luminiscencia. Las aguas están claras, diáfanas, templadas, y los flamencos, que no han querido perderse la ocasión de dar gracias a su Creador por todos los beneficios que reciben cada día, pasan una y otra vez sobre el templete donde se ha obrado el milagro.

Un coro de creyentes evangélicos que ha visto el milagro obrado en el cuerpo del que era inválido y ahora tiene movilidad, canta al unísono:

— Gloria a Dios en las alturas, y Paz a los hombres de buena voluntad.

¡Bendito sea Dios, Bendito sea Su Santo Nombre!

Bendito sea el Dios de la sanación, nuestro Dios de vida.

— ¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

LA SINDICALISTA DE LA UGT

Y Antón, contento con su bicicleta “legal”, que no pintada, carga sus pertenencias en la nueva “rucia”...Cae en tierra en actitud orante:

Señor: Yo no soy San Francisco de Asís, amigo de los animales, pero yo quería mi burra *Cañamera*. Con ella yo me manejaba, compraba y vendía, iba a las huertas por las noches, y, — perdón Dios mío—, agarraba lo que no era mío. ¡Qué todos tenemos que vivir!

— El robo es un pecado. Ya se lo gravé en las Tablas de la Ley que le di a Moisés en el Sinaí. Pero como tú te has arrepentido, ya te he perdonado.

Una mosca cojonera, de esas que no te deja y te persigue hasta dentro de la nevera, lo despierta. Y se da cuenta de que todo ha sido un sueño. Pero lo que no fue un sueño, es lo que le contó un día un amigo suyo, el tío Manuel, de Beniaján, de lo que le ocurrió.

El tío Manuel, de Beniaján, era muy querido y respetado por todo el clan de los gitanos del pueblo de Baena. Durante un tiempo estuvo viviendo en Córdoba dedicado a la venta de telas por los mercadillos de aquí para allá, tela para abajo, tela para arriba, bregando con las mujeres, cortando tela, y sisando con el metro a la hora de la medida. Que si era invierno y le protestaban, que si me echaste una cuarta menos, que si era verano, más de lo mismo, que el paño no crecía por aquello de la dilatación con el calor de la madera. Siempre —como listo— mirando para su bolsillo.

En Córdoba, alquiló un pisisto con cochera en el barrio de Santa Rosa. Un pisito muy decente con muy buenos vecinos, menos una...

Al principio, el hombre, que era muy religioso, con sus misas, novenas y rosarios, paraba poco en la casa. ¡ No conocía a los vecinos! Pero sí había notado, que en el piso tercero B, el contiguo al suyo, tenía un trasiego poco común de mayores del género masculino. Gente entradita en años. La puerta necesitaba engrasarla casi a diario debido al trasiego de jubilados.

Y, para ver lo que pasaba realmente, un día llama a un carpintero el tío Manuel, y le pone una mirilla a la puerta, ¡telescópica!, para ver mejor el personal que entraba.

Se compró una cámara fotográfica y la adaptó al agujero. Y un cronómetro para ver el tiempo de permanencia de cada visitante en la casa vecina.

Y empezó a obtener resultados, día por día, cada noche, e hizo unas estadísticas reales del paso de los pensionistas por la casa del vicio sindical.

Por las noches, cuando estaba rezando el Santo Rosario con su mujer, en la cama, el tío Manuel, con la Tía Rafaela, tenía que aumentar el tono de los misterios para atenuar los gritos de la sindicalista, el quejido de los varales de la cama, los estertores del somier de muelles, el chirriar de las patas por la alcoba en su fragor sexual con los jubilados. La cama se movía, la lámpara amenazaba con caerse, y las conversaciones tan escabrosas le ponían los pelos de punta a ambos,— ¡tal era el traqueteo de la sindicalista con los jubilados—!

Y ellos, cuando comenzaba la “fiesta”, rezaban al unísono:

—Santo fuerte, Santo inmortal, líbranos de todo mal.

El Tío Manuel de Beniaján protestó ante el mismísimo líder del sindicato UGT, ese que parece un oso, con unas barbas muy grandes, y al que le han pillado varios relojes de mucha valía en la muñeca, mientras los pobres obreros se quedan sin paro en un país que va camino de los cinco millones y medio de parados.

Y el líder de UGT contestó al Tío Manuel de Beniaján escribiéndole una carta con mucho respeto en la que le decía textualmente:

— ¡Nuestro sindicato es partidario del amor libre;

LAS BREVAS Y EL BOSÓN DE HIGGS

Cuando aprieta el calor lo hace para todo el mundo por igual, pero ocurre, que los que tienen *posibles*, lo esquivan, y los que no, tienen que *emperchase* con él aunque no quieran.

Y hace un calor por estas tierras murcianas lindantes con Granada que es de antología, y para no deshidratarse, nuestro querido amigo Antón, tiene que hacer uso casi continuo del agua de la damajuana que lleva colgada en el portamaletas de la bicicleta que está más caliente que las palabras de una suegra hacia su yerno que no trabaja.

Y allí, en un *ribazón*, se ve una higuera llena de brevas dignas del mejor Caravaggio, ¡y calientes! ¡Y quiere volver a probarlas sabiendo lo que le puede ocurrir!...

Y brevas calientes con agua caliente son capaces de tirar a alguien de una cabalgadura, aunque sea de dos ruedas, como la de Antón.

Y eso ocurre, que Antón, empujado por los estertores del colon, que quiere desterrar de sus dominios a tan extraños vecinos, no tiene más remedio que correr hacia un contenedor, del que saca un periódico, para dejar *poli* la parte del cuerpo donde este pierde su casto nombre.

Y acuclillado el hombre, bajados los pantalones, mientras el colon hace su función de limpieza del alcantarillado, se entretiene en hojear la prensa llamándole la atención un titular: “El Bosón de Higgs”.

Hoy es un gran día para la Física. Se ha atrapado una de las partículas más buscadas del mundo: El Bosón de Higgs. Le llaman la “partícula de Dios”. Es la partícula que hace que se forme la materia y sin la cual nosotros no existiríamos.

El bosón está por todas partes colisionando contra partículas cargadas de electricidad y al chocar forma materia...

A Antón se le corta la respiración, Se endereza, cierra con una cuerda los viejos pantalones sobre su barriga, y, exclama:

— ¡Anatema! ¡Anatema! Que nadie puede saber cómo Dios creó el mundo y de qué se valió. Que eso sólo lo sabe Él y nos lo revelará cuando al final de los tiempos todos seamos juzgados y llevados al cielo o al infierno. Que Dios no necesita de bosones ni de nada para hacer su tarea creadora. Y que esto es un invento de los ateos enemigos de Dios y de su obra, y, amigos de los demonios que fueron expulsados al infierno, los ángeles traidores. Si Dios hubiese necesitado ayudas para realizar su gran creación del mundo para eso tenía a los ángeles, espíritus puros, inmortales, y con gran poder, que hubiesen obedecido a Dios con presteza en la obra creadora, pero que ahora, los chalados de la prensa, haciendo caso a cuatro científicos locos, digan que la materia intervino en la obra de la Creación, es como dotar de alma a los árboles y las piedras. ¡Ateísmo puro de mentes perversas!

Y cogiendo el papel, por la parte del bosón, con toda su luminosidad, se lo pasó por los bajos del cuerpo y los dejó relucientes, que si para algo sirve la ciencia y sus inventos, es para dar *poli* a una parte del cuerpo que sin su ayuda serviría para anidar en ella microbios y bacterias que socavarían la integridad de la parte más baja de la espalda.

El único físico importante y que merece toda veneración es Dios, Padre de todo lo creado, que sin materia hizo el mundo tan extenso que ni los matemáticos más importantes han sido capaces de escribir el número de sus medidas reales, ya que el desarrollo del mismo, por los ceros que tiene, haría que todavía a nuestra muerte estuviésemos añadiendo ceros a la medida sin acabar con su desarrollo total.

EL MERCADILLO DE FORTUNA

Ya tenemos otra vez a Antón, libre, andando después de haber pasado las del Veri en Granada en la corte del Rey Boabdil. Y su primera acción al verse transportado por una nube que lo arrebató en la Cuesta Gomérez para transportarlo hasta Fortuna, ha sido postrarse en la tierra, y con las manos hacia el cielo, da gracias a Dios por haberlo liberado de aquella turba que quería asesinarlo por haberles dicho que el mismísimo Dios se le había aparecido.

—Gracias te doy Dios mío por haberte apiadado de éste tu siervo y haberme librado de aquella turba asesina. Tu grandeza y tu misericordia han quedado hoy demostradas grandemente por lo que te alabaré mientras viva y llevaré hasta los confines de la Tierra tu mensaje de salvación para los hombres. Ahora, déjame Dios mío que me acerque hasta Fortuna donde tengo buenos amigos para proveerme de algunas cosas que me sirvan para mi sustento en tierras de Córdoba.

Antón sabe que en Córdoba hay buena comida y que allí no faltan nunca de la buena mesa, los flamenquines, el gazpacho de tomate, el gazpacho de habas, —llamado ajoblanco—, el gazpacho de jeringuilla hecho con aceite, agua y algo de pan y pepino, la tortilla de patatas con pimientos, el salmorejo de pan, tomate, ajo, aceite y vinagre, el perol de arroz, el buen jamón y el queso del Valle de los Pedroches, el chorizo con pringue *colorá*, el lomo en adobo de orza, las pajarillas y los torreznos, por no dejar atrás los pasteles de origen árabe que hacen las delicias de cualquier paladar.

Pero quiere llegarse a Fortuna y pasar unas horas en el mercadillo del sábado.

Allí, en un solar, gentes de toda condición social y razas, exponen su mercancía al público a la espera de encontrar un comprador no muy exigente.

Frigoríficos, televisores, microondas, radios antiguas, ruedas de coche, herramientas, libros, ropas, alimentos los más variados, unos en buen estado de conservación, y otros, a punto de caducar, conservas, abalorios, cuadros, coches usados, bicicletas, cascos de la guerra, radio casetes antiguos...

Desde muy temprana hora una marea humana entra por las puertas del recinto en busca de algo que esté bien de precio.

Dice la gente que allí se venden cosas robadas, y de vez en cuando, la Policía Municipal hace acto de presencia recogiendo más de uno sus pertenencias en menos que canta un gallo. Pertenencias que ocultan en un hatillo de ropa que tiran tras de una valla en un terreno de nadie donde ya la policía no entra.

Antón gusta de pasear por allí y de buscar entre las cosas puestas en el suelo sobre una manta. La guitarra que usa en la actualidad para alabar a Dios, una Yamaha, electrónica, la encontró allí; también algunas de sus radios y radio casetes antiguas en las que gusta de poner una cinta con alguna de sus prédicas para mayor gloria de Dios y de Su Santo Nombre.

Pero en esta ocasión, Antón, ha ido a Fortuna a comprar a la furgoneta de “Los Granaos” que traen productos de Granada, como el jamón de Trevélez curado en las montañas nevadas, la sobrasada, el salchichón casero, vino de La Alpujarra, un vino de color rojo al que algunos llaman “vino de la Risa” porque después de tomarte unas copillas te entra una gran cantidad de sueño y muchas ganas de reír, y después, a dormir la “pea”.

Hay gente que vienen a recoger lo abandonado por los comerciantes cuando se marchan: artículos defectuosos, ropas no en muy buen uso, y toda clase de artículos *esvencinjados*.

Y, una vez hecho acopio de alimentos para el largo viaje hasta Sierra Morena, Antón se sube en su borriquilla. “Sultana”— la llaman, la que tuvo que rescatar de un camión cuando la llevaban a las fábricas de salchichón de Vich para convertirla en

salchichón de manchas blancas de grasa, tan apreciado para hacer bocadillos para la chiquillería. Embutido que era vendido por toda España por los catalanes, que sacrificaron a muchos borriquillos andaluces, inocentes, y que en vez de dejarlos corretear por los campos a su aire mordisqueando hierba y persiguiendo moscas con el rabo, los destinaron cruelmente a ser envasados en vulgares tripas de plástico, y colocados unos encima de otros, en cajas de cartón, para acabar hechos rodajas , ¡ para más inri!, en una barra de pan que sería su tumba definitiva, sin cruz, ni señal, que los recuerde.

MUERE OSVALDO PAYÁ

Vienen malas noticias por Internet y por la radio. Noticias de la querida Cuba, la Cuba hermana, dominada por el Tiranosaurio y el Borrachón, gente maliciosa que han mantenido maniatado y amordazado, cuando no enjaulado, al Pueblo cubano.

Ya lo habían intentado antes, según el hermano de Osvaldo, pero habían esquivado al vehículo que el Tiranosaurio y el Borrachón habían enviado para matarlo. Pero en esta ocasión han afinado el “tiro” y han acertado en la diana matando a Osvaldo, una promesa de la joven democracia cubana, y a un acompañante.

Aquí en España, un comunista a su manera, y defensor del viejo y macabro comunismo, ha hecho unas declaraciones en las que dice: Que lo de Osvaldo Payá ha sido un accidente como otros miles de accidentes que ocurren cada día en el mundo... Pero con una diferencia: La gente se mata al azar, y, al Señor Osvaldo, lo han elegido para víctima por oponerse al Tiranosaurio y al Borrachón.

Es una víctima más de la macabra diana a la que apuntaron hace mucho tiempo el Barbas, y, su hermano, a una multitud de inocentes cubanos que no comulgaban con las macabras ideas de esta gente para perpetuarse en el Poder acabando con toda la disidencia.

Y Obama, Míster Obama, duerme y mira hacia otro lado mientras la gente sufre en Cuba lo indecible. Y prefiere ayudar a regímenes, que ahora, cogido el Poder, han tiranizado más, si cabe, a sus pueblos. Y si antes, estas gentes vivían un poquitín más libres, ahora, en poder de los integristas, aplican a las mujeres normas mucho más duras; incluso ponen en vigor la Sharia que hace temblar los cimientos de cualquier país por donde circula.

Y el mundo civilizado, ese que mira a los Derechos Humanos fijamente para ver dónde se incumplen, hace la vista gorda cuando de Cuba se trata. Y donde ve muerto, mártir, disidente cubano, ve “accidente” común como podría haberle ocurrido a cualquiera de los mortales.

Y la UE, más de lo mismo. Ella y sus dirigentes están preocupados por lo que pueda ocurrir con el Euro una moneda que al implantarse hizo disminuir el poder adquisitivo de algunos europeos en un 60%.

Tengo entre mis manos un ticket de compra del año 94, 27 de julio de ese año, de Centros Comerciales Continente de Cartagena.

1 kilogramo de queso valía por ese tiempo 593 ptas.

Detergente Elena, 4 kg, 555 ptas.

Raid matamoscas, 299 ptas.

Pilas corrientes 80 ptas.

Y para no ser extensos, les voy a preguntar: ¿Cuánto valen estos artículos hoy?

La respuesta sería: Un 60% más.

— ¡Nos están estafando por no decir otra cosa!

Y en esos pensamientos estaba Antón, el bueno de Antón, que se había quedado dormido en el sillón comprado en los chinos, junto a su vieja guitarra, una guitarra estilo country con cuerdas de metal, cuando se le “emperchó” en el banco que hay al lado del sillón junto antes de la curva, antes de llegar a los lodos, un ansioso, un *enmonao* de la marihuana, un hombre de mediana edad, que decía:

— Mi madre no quiere que yo salga con dinero a la calle porque me lo quitan. Ya me lo han quitado varias veces. En Alicante, el Moro, el delgaíllo con los pelos rizados y las gafas a lo Elvis Presley, que anda siempre por aquí, me dijo que si quería yerba de la buena que le tenía que dar 25 euros. Y, yo, tonto, que mi madre no quiere que me junte con moros, y menos con extraños y ladrones de la droga, le di los 25 euros. ¿Y qué me dio a cambio?... Me trajo “mocos” de noguera en el fondo del paquete, y en la primera

capa, algo de marihuana buena. Yo abrí el paquete y me dije: “El Moro ha cumplido”, pero cuando me fumé unos cuantos canutos, aquello ya no era hierba, ¡era mierda!

—Que como lo pille lo mato, que mi madre no quiere que me junte con moros de “mocos de higuera”. Que te venden marihuana y luego es ¡mierda! Que mi madre no quiere que me junte con moros, que le parto la cabeza cuando lo vea, que mi madre no quiere que me junte con ellos y no me da dinero para que no me meta en problemas...

— Mira niño— me dice Antón, el bueno, que ya se está hartando de tratar con esta gente que es irredimible porque están todos tocaos de la perola, y vienen aquí al banco, al ara de la Iglesia de La Calle a “pasar el rato”, y hacen como que me siguen la *prédica*, y luego hacen de su capa un sayo, y los consejos que les doy, se los pasan por el arco del triunfo.

—Pues yo creo que sí, porque si con esta gente tenemos que ir al Ayuntamiento a pedirle una casa al alcalde para darle cobijo en las malas noches de invierno a los sin techo de por aquí y los alrededores, me parece que la Alcaldesa poco caso nos va a hacer, ¡porque estos están todos idos de la cabeza!, y nos va a decir, que mejor vayamos con esta gente al psiquiatra, y que cuando estén en condiciones normales de actuación y comportamiento, pues que volvamos, pero que mientras, ¡nada de nada!

Y Anón piensa que llevo razón en lo que le digo: Que con esta gente no podemos ir a ninguna parte. Que había que hacer una asociación con personas normalistas: Médico, maestros, monjas, profesores, psiquiatra, psicoterapeuta, algún guardia, gente trabajadora... ¡Pero con esta gente “guillada” poco caso nos van a hacer en los estamentos públicos.

Y la noche ha sido bastante movidita para Antón que la ha pasado dentro del coche y hasta ha tenido visiones sobrenaturales aconsejándole por dónde debe de ir para que en el Excelentísimo le hagan caso, pero que con esta gente no va a ninguna parte, ¡porque está “idos” todos”, y, que al entrar en el Ayuntamiento los guardias pensarían que más que de una Asociación de ayuda a los marginados, se trataba de un extraño grupo de teatro que venía de esta guisa a la Casa Consistorial a pedir alguna subvención para realizar una representación teatral en el Teatro al Aire Libre Rey Don Juan Carlos.

Por el “piso” de Antón, su viejo coche, han pasado montones de gitanos ofreciéndole droga para que se coloque y vea el mundo de otra manera a como lo ve ahora. Que la droga va a añadir alegría a su vida y le va a quitar toda clase de tonterías e ideas que le metieron en Reto, donde a golpe de Biblia, de versículo, de capítulo, la gente salía de la droga a pelo, sin ayuda y con duchas de agua fría y mucha vigilancia para que el drogadicto no se le fueran los cables e hiciera una treinta y una.

— ¡Vade retro, ¡Satanás! Que tú no eres un gitanico sino un enviado de Belcebú, el mismísimo demonio, que quieres tentarme para llevarme a tu redil. ¡Pero no lo vas a conseguir porque mi fe es fuerte como Muro de las Lamentaciones que resistió los embates de las mesnadas romanas que no pudieron destruirlo.

Y al poco rato, más de lo mismo, hembras guapas, sensuales, con trajes incitadores y ademanes provocadores se acercan a Antón que no tienta a mujer desde hace cuarenta años.

Y Antón cuando ve el percal se ata con una cuerda a la farola como un nuevo Ulises que no quiere caer a los embrujos de las gitanas provocativas. Y sella sus ojos con lodo de las lagunas cercanas que no le hacen ningún efecto maligno sino todo lo contrario: ¡Su vista, de ojos cansados y casi vidriosos se hace más clara y diáfana! Y ve claro, hermosas mujeres, con bellos vestidos en actitudes provocativas, realizando bailes sensuales...

Antón, el santo, el casto, el puro, no está dispuesto a perder todo el valor que ha adquirido ante el Supremo Hacedor, y, cogiendo el bote de Loctite sella su boca, sus oídos, y sus ojos, que en unos segundos le adentran en el más absoluto silencio, y la más extrema oscuridad, no respondiendo a casi ningún estímulo; sólo a los táctiles...

Pero ellas le atacan en la oscuridad de la noche por ahí: ¡Por el tacto! Y comienzan a darle masajes sensuales por el cuerpo.

Antón, cuando se da cuenta de lo malo de los propósitos de aquellas venenos que exhalan perfumes de nardo y jazmín, abre un bote de “Garum gallicum”, que huele a pescado podrido, y se lo unta por todo el cuerpo y también lo desparrama sobre sus prietas carnes, que, ahora, huelen a sardinas podridas.

Esas mujeres perfumadas de azahar y jazmín, para perdición de los maridos enamorados, huelen ahora al peor de los olores de pescado, y, presas del pánico, y de haber perdido el tiempo con este santo varón se tiran al mar para huir de esa peste inmundada que han cogido, no por la acción de un ser humano, sino por castigo del mismísimo Dios que ha acudido en favor de su siervo muy querido, el venerable Antón.

Y Antón es llevado por el 112 al hospital para tratar de hacer volver a la normalidad sus sentidos ocluidos por efecto del pegamento rápido.

La gente, que ha seguido toda la actuación de las “chorizas” sin impedirlo, ahora las increpan y le dicen a los guardias que se las lleven al cuartelillo donde deben de declarar sobre quién las había enviado y para qué...

Antón dentro de la unidad del 112 reza en silencio dándole gracias a Dios sobre la nueva gracia que le ha concedido librándole del acoso de esas golfas de la vida que sus enemigos más acérrimos, los que lo quieren envenenar para que no predique la Palabra de Dios, gente entregada a la gula, la lujuria y la ociosidad, les han enviado para acallararlo y silenciarlo.

Y bajándose de la camilla, ante el asombro de los enfermeros, se hinca de rodillas en el suelo del furgón y desgarrándose los labios sellados por el efecto del pegamento, chorreando sangre por la comisura de los labios, entona su fervorosa plegaria a Dios Padre, Bendito sea Su Santo Nombre. Amén.

—Dios mío. Mi Señor. Mi Dios. Ser Supremo, creador de todo y del que sin tu consentimiento no podemos andar solos ni un solo minuto. Te quiero dar las gracias por haberme librado de la carne joven y fácil que me ofrecían mis enemigos para resquebrajar mi fe, mi amor por Ti. Todo tuyo, mi Señor, mi Dios.

Y sabes que me separé de mi mujer porque no quería ayudarme en el ejercicio de mi ministerio. Que abandoné el goce de la carne al que estuve atado por años y años para dedicarme a tu servicio y adoración. Gracias mi Señor. ¡Soy todo tuyo! Amén.

EL PICUDO ROJO DE LAS PALMERAS

El hombre de las palmeras, el que sabe más sobre este árbol, vive en Madrid, y, trabaja en su Universidad dedicado a la investigación sobre el “picudo rojo”— ese bichicito que va a dejar toda España sin este árbol clásico que convive con el hombre desde sus primeros tiempos.

Este hombre que ha publicado numerosos libros sobre temas de Botánica realiza numerosos viajes a todas las partes del mundo con el objeto de encontrar solución a tan terrible problema.

Que fumiguen las palmeras, que le hagan lo que sea, no acaba con el bicho que sigue impertérrito, erre que erre.

No conocía este animalito hasta que un día, un amigo de tertulia filosófica sobre el Universo, sus orígenes, el Bosón de Higgs, me lo enseñó muerto en el suelo junto a un contenedor. Allí había unos veinte ejemplares dando las últimas bocanadas. Agarré uno, lo medí, vi sus características, y llegué a odiarlo por su maldad.

Porque el “picudo” tiene tela. Ha fijado su modo de vida, y el de sus crías, en el árbol bíblico, y no parará hasta que no acabe con todas ellas. Y lo hace con fuerza y saña no habiendo procedimiento químico ni mecánico que lo haga desistir de su empeño: comerse la parte más tierna de las hojas que brotan dentro de su cogollo, acabar con la parte de ellas que generará nuevas hojas y llevarlas al “hoyo”.

Y es un insecto volador que está bien armado de un pico que taladra como un berbiquí, se cuelga en la palmera y realiza galerías en el tronco donde pone las larvas que al salir al exterior encuentran en el palmito un excelente remedio para su hambre.

Muchas veces pienso en este “terrible” bicho, en su voracidad, en la de sus crías, y en la malicia y la brutalidad de su acción, que si Dios no lo remedia, va a dejar España sin dátiles, y a muchos lugares sin sombras en las que protegerse en los duros calores del estío.

La gente no se pone de acuerdo sobre el origen de la plaga. Hay quien dice que en los años de bonanza se compraron ejemplares en tierras de Egipto, de Turquía, que ya traían el inoportuno insecto, que al encontrar abundancia de árboles aquí, liaron la que tienen liada hoy, acabando con extensos palmerales por toda la geografía española.

Dice nuestro hombre, docto donde los haya, que la solución sería aislar las palmeras del contacto del bicho mientras se encuentra la manera de alimentarlo con un depredador que le encanta y llevarlos a todos al “huerto”.

Mario, hombre ya mayor, curtido en mil batallas, inventor, corredor de 475 kilómetros sin parar, cuyo récord ostenta, es un hombre inquieto para la religión, para la técnica, y, ahora, quiere echar una mano al catedrático con un invento sencillo y barato que va a desbaratar los planes del picudo rojo: Su hallazgo consiste en atar con una goma de esas de las bacas de los coches, el palmito tierno, las ramas amarillas de las que se alimenta, y que así, el picudo, no tendrá más remedio que emigrar a otras especies que le provean de alimento, a él, y a sus crías, dejando tranquilas a las palmeras.

La goma, al ser elástica, va permitiendo que las ramas se vayan desarrollando, y el picudo, al tener obstáculos, se va y deja en paz a la palmera.

Pero los ayuntamientos siguen sulfatando varias veces las palmeras, procedimiento costoso y no efectivo que contamina los dátiles. En Valencia están investigando sobre unas feromonas que los vuelven locos y los mata, pero, nada de nada eficaz y definitivo hasta el momento. Quizás, la solución, drástica y feroz, sea como la de las vacas locas en Inglaterra: ¡Acabar con todas las palmeras, no dejando ni una, y plantando nuevas, libres del bicho!

Y Antón, ¿qué piensa de todo esto?

La solución al picudo está en el Libro Santo. El Libro de Libros tiene solución para todos los problemas. ¡Todo está ahí. Y abre una página y me lee un texto y me explica que si Dios creó el mundo, Él lo conservará hasta el tiempo que Él crea necesario, y cuando Dios permite que las palmeras sean eliminadas sin piedad, es por algo. Quizás haya pensado en terminar su obra en la Tierra y empezar primero con las palmeras; el hombre, culpable de todo lo que está ocurriendo en la Naturaleza, vendrá después – si no se arrepiente.

Ah, ¡se me olvidaba! ¡Me he despistado hablando con un amigo de la radio, de la conferencia de radioaficionados “Cucú Radio”, y no he dado nombre a mi amigo el de la goma sobre el palmito, que él ha bautizado como “El condón de las palmeras”.

O creo que ya lo nombré por “Mario”. Me cuesta trabajo volver hacia atrás porque este ordenador me gasta cada broma que no veas, ¡y es capaz de borrar lo que llevo escrito hoy!

Mario, es, el hombre del Libro. Va a todas partes con su libro. Escribe en un viejo café de pueblo sentado en una mesa de espaldas a la televisión que está puesta todo el día en el mismo canal que es el que le gusta a las niñas que atienden al personal: ¡El Telecinco!

Y allí, donde entran gente de todas las edades, incluso niños, se ve cada cosa... ¡Deberían de tener un poco de cuidado!...

Mario, el hombre, sentado en la mesa, pide su café que le dura toda la mañana. Esa mesa sólo recauda 1.20 euros durante toda la mañana con el cabreo de las niñas y el enfado del jefe que no ve con buenos ojos al escritor que le sale muy barato el alquiler del local para su libro.

Pero los negocios son así. Y también es así que la “wifi” ahí no funciona nunca, y lo más gracioso es la clave de la wifi de la pastelería: “PASTELES CHOCOLATES”. ¡De guasa!

Y cada día, Mario, como yo, le añade un capítulo al libro de sus sueños. Ahora, desde que apareció lo del “Bosón de Higg”, la redacción va más fluida. Surgen y surgen capítulos nuevos que van dando grosor al volumen. Aunque tiene un problema que me lo ha confesado:

—Copiar, copiar, ¡cómo que no! ¡Qué no quiero que se note lo que copio de otros! ¿Y cómo lo hago para que se vea que no lo he copiado de nadie?

—Pues, haz lo mismo que yo: ¡Inventa!

Es muy de mañana y Antón se levanta de la cama que tiene en el viejo coche. La noche ha sido movidita porque por estas costas hay mucha gentuza delincuente y no puedes dormir lo que quieres. Y cuando menos lo acuerdas ya es hora de levantarse porque la luz te desvela.

El otro día mismo ha habido un follón de no te menees. Y la policía ha tomado un barrio y se ha llevado a un amigo de Antón, el último de los cuales es el que faltaba de toda una familia, y que estaba en libertad, que ha pasado a la trena.

— Niño, que no puede ser así. Que la droga conduce a eso: A la cárcel y a la muerte. Que no es ese el camino. Que los gitanicos deben de trabajar en lo que sea. Por lo menos, éstos que yo conozco, ¡que es una pena!

— Y cada día rezo por ellos, y le pido a Dios que les ayude, que saque de su Bondad algo para estas gentes que están metidos en la basura.

—Y si hace falta que yo haga un esfuerzo extraordinario, ¡pues lo haré! A costa de lo que sea. Pero quiero que se resuelva su situación y la de esos niños que no entienden de nada. Y tienen que comer todos los días y sus padres metidos en el truyo.

—Bueno: Que voy a darme un baño en estas aguas milagrosas y después me voy a poner los barrotes por todo el cuerpo que tengo dolores de reuma que he cogido de estar en los aires con el pajarraco ese que me sacó de La Manga, que si no llega a ser por él, estoy criando malvas, hoy.

UNA NOCHE EN LA ALHAMBRA

Oscurece en la Alhambra. Los viejos chopos filtran una luz de tonos ocres que tira a cárdeno, y, los pájaros, buscan dónde pasar la noche al abrigo de maldades y escopetas de plomillos.

Desde el Albaicín, Clinton, el mismísimo Presidente de los EE.UU, el país más poderoso del mundo, sentado como un ciudadano más junto a su esposa Hillary, contempla el ocaso de oro y fuego sobre los viejos muros de tan vetusto edificio.

Clinton, que ya había oído hablar de lo espectacular de las puestas de sol en la Alhambra, se emociona, y, pide su saxofón ante la extrañeza de los allí presentes, que empujando contra el cordón de seguridad que lo protege, unos guardias negros y muy gordos armados hasta los dientes, dirige la oquedad del saxo hacia la Alhambra entonando el “Himno de la Alegría” que es tarareado por Hillary y la concurrencia.

Antón, se asoma a una ventana y oye a lo lejos las notas de la música sublime y genial que escribiera Beethoven, ya sordo.

Acuciado por el don de profecía, del que no es ajeno, Antón, predice que Hillary, la mujer de Clinton, tratará de llegar a la presidencia de los EE.UU, pero no la alcanzará, siendo derrotada por un negrito, que es el primero de su raza que sube a tan alto puesto.

Antón cierra los postigos de las ventanas de la estancia en la que va a pasar la noche y se esconde en un viejo armario, huyendo de la última ronda de los vigilantes del recinto.

La gente ya se ha ido de la Alhambra. Sólo quedan algunos guardias de seguridad, que metidos en sus garitas se afanan en matar el tiempo viendo la televisión o leyendo un periódico muy manoseado sacado de un contenedor de papel.

Hay un ambiente raro en la habitación de Washington. Los olores a perfumes diversos se van intercalando, y, un viejo piano toca una melodía mora sin ejecutante.

Las luces de la estancia, velas, que el escritor encendía para alumbrarse, son encendidas por manos tocadas de guantes, una, a, una, en candelabros traídos por Boabdil de la población judía de Lucena. Son candelabros de diez brazos y hay seis distribuidos sobre las mesas y las estanterías de la biblioteca del poeta.

Se oye ruido de cadenas. Un ruido inmenso que traen los espectros que van entrando por la puerta de la estancia que está cerrada. Al paso de estos espíritus se produce una pequeña claridad motivada por el roce del espectro contra la madera al atravesarla. Huele como a chamuscado.

Los espectros cantan al unísono una melodía de muerte: Es la Marcha Fúnebre de Mozart que aparece en escena con rostro cadavérico y con las ropas de la mortaja deshilachadas. Una gran orquesta acompaña al maestro que dirige con pasión y entusiasmo la marcha que compusiera para su rival en la música, Antono Salieri.

Entran en acción los demonios que empujan con látigos y cadenas con bolas de pinchos a los encadenados, mientras el ruido del mismísimo infierno, se acentúa.

Antón no cabe en el traje. Se estrecha contra él. Trata de pasar desapercibido, pero un demonio con cara de cabrón, lo descubre, y le recuerda que tiene con él una cuenta pendiente, asunto por el cual, Belcebú, le dio cien latigazos en el mismísimo lomo.

Antón se refugia en un arcón y cierra por dentro con las aldabillas, pero el demonio, con los cuernos, hace palanca contra las tablas puesto de pie sobre el arcón, y empieza a ceder...

Antón, echa toda la carne en el asador, y sacando una mano por la rendija que deja la tabla, le echa manos a los mismísimos huevos del puto demonio, que retorcido de dolor, sube hasta el mismísimo Infierno donde le esperan para hacerle los honores.

Otro demonio, que ha visto la maniobra del anterior, se acerca con sigilo al viejo arcón con sus manos protegiendo sus partes pudendas, pero, Antón, que lo ve por un

agujero de la carcoma de la madera, coge su navaja trapera, de la que nunca se separa, — ¡perdón Dios mío!—, y le pega un navajazo en toda el “arca del pecho” al demonio que se desinfla como un globo de feria echando un olor a azufre y provocando unos segundos de resplandor en la estancia.

Lo que queda del cuerpo, o lo que sea, del demonio, que no se sabe si es pellejo, carne quemada, o, algo parecido a la cera de las velas, maloliente, lo mete dentro del arca, tirando del *jopo* del bicho.

Mozart, extrañado del jaleo que hay en el baúl se acerca con su batuta y dando unos golpecitos sobre la tapa del arcón, suplica que le abran para hablar con el hombre o espíritu que ha mandado al infierno a dos de sus más grandes cabrones. ¿Qué quiere señor Mozart?

—Antón, grande entre los grandes, santo entre los santos, intercede ante el Padre Dios para que me saque del purgatorio porque allí me voy a quemar vivo. Y, yo, en agradecimiento, te compondré y te dedicaré una gran misa para el día de tu canonización en el Vaticano.

Unos guardias que están dando un paseo lo llaman y le preguntan “qué hacen con ese”. Yo se lo agradezco mucho de todo corazón, Señor Mozart. Pero el buen Dios no está para pedirle pequeñeces. Si usted me compone esa misa de acción de gracias, yo, Antón, el mismo que abandonó el pecado, e hizo de la virtud, su norma de vida, pediré a Dios que devuelva a la vida a usted y a todos los que vivían en su tiempo, muriendo dignamente, de nuevo, y recibiendo un entierro digno de su categoría con todos los honores, en caja de caoba exclusiva para usted, y yaciendo para la eternidad en un monumento funerario que será la envidia de sus enemigos.

Se apagan de golpe las velas de los candelabros, desaparece todo *quisqui* de la habitación, y, Antón, bostezando, lucha desesperadamente para salir del arca que se había quedado cerrada...

Ya han pasado casi nueve horas desde que Antón entró en el arca, y ésta no cede...A Antón le falta el aire, tiene nauseas, se revuelve dentro de la misma, araña la tapa, grita, grita y grita: ¡Socorro que me asfixio!

Un guarda oye los gritos y acude desenchajado a la habitación. Tira de la tapa del arca, y, se encuentra a Antón...

— ¡Vamos, fuera, so golfo! ¡Si no fuera por la crisis ibais a dormir todos en la puñetera calle!... ¡Corre que te empapelo!

Antón sale corriendo por las callejuelas que conducen al centro de Granada con todo su original atuendo, y unos guardias le avisan “ que no se puede ir por ahí con esa facha, y, que no van a tener más remedio que llevarlo a Jesús Abandonado para que se lave y se cambie de ropa!,— cosa que Antón acepta de buen grado.

Después de espercojarse y comer, repone fuerzas y vuelve al manicomio donde le dan su vieja bicicleta con sus pertenencias.

LA CHICA DE PAPÁ BIEN

Tras la muerte de Rafaela y su posterior entierro multitudinario, al que vinieron todos los gitanos de Granada, Antón está muy triste, porque dice que esa muerte se podía haber evitado si Rafaela le hubiese hecho caso, porque él le había advertido en numerosas ocasiones que el chico no era trigo limpio, que estaba muy metido en la droga, y, que sus intenciones para con ella no eran buenas como luego, se comprobó.

Al pasar por la iglesia de San Lorenzo Antón hace un alto en el camino y entra en la misma para postrarse ante los pies del “Esparraguero” y pedirle que lleve a Rafaela al cielo y la coloque junto a él, a la gitánica de pelo largo y tez morena, vilmente asesinada por el drogadicto pendenciero.

Todavía va Antón envuelto en sus pensamientos, cuando Laura, una madrileña que lleva ya varios años en Córdoba, se le acerca:

— Antón ¿cómo estás? ¿Me conoces?

— ¿No te voy a conocer? ¿Cómo te va la vida?

— Bueno: Me junté con Pablo, un estudiante madrileño que ha dejado los estudios para vivir la vida a su manera como yo, y al que yo le acompaño.

— ¿Y cómo os va? ¿Sacáis para vivir?

— No nos va mal. Vamos tirando. Ahora hemos ocupado un piso vacío al que derribamos la puerta y por lo menos ya no dormimos en la calle.

— ¡Chiquilla! ¡Vas descalza!

— ¡Qué voy a hacer! ¡El negocio no da para más!

— Vamos a ir a la zapatería de Las Tendillas, la que está en la plaza y que tiene buen material y te compro unos zapatos, porque descalza no puedes ir por ahí.

Antón esperó a que la chica recogiera las cosas, el diábolo, atara el perro, y, se dirigieron por las callejuelas esas hasta el centro de Córdoba. Unos niños jugaban con el agua de la fuente que hay bajo la estatua del Gran Capitán, y una paloma zurita se cagaba en la misma cabeza del ilustre militar que ya estaba empezando a cabrearse, de que la jodida paloma se le cagara todos los días en el mismo sitio: El almacén de las ideas.

Entraron en la tienda, y ella miraba y miraba los zapatos que la dependienta le mostraba, una y otra vez, sin que le gustara ningún modelo de los que en la tienda vendían. Cuando se cansaba de probarse los zapatos daba vueltas por la tienda estando ya a punto de acabar con la paciencia de la zapatera que tenía ganas de que aquella mujer se fuera de la tienda porque no le daba muy buena espina. Pensaba que ella no quería zapatos ni regalados, que buscaba otra cosa, pero ella no sabía qué...

Al fin se decidió por unas zapatillas negras lisas y con muy poquito tacón. Se las puso, y mientras ella ojeaba por la tienda, Antón pagó lo que le pidieron por las zapatillas, y, llamó a la chica porque tenía prisa. Tenía que llegar a recoger unas ropas que le habían preparado para llevarlas a Jesús Abandonado, y hablar un poquito con la hermana Katy que era la encargada del ropero. Porque veía a la hermana Katy, en ella, a una monja comprometida con el Evangelio dedicándose en alma y cuerpo a los pobres y necesitados.

No habían salido de la tienda cuando una mujer de las que estaban comprando dio un gran grito que por poco le rompe los tímpanos a Antón:

— ¡Mi bolso! ¡Me han robado mi bolso!

— ¡Qué dice señora! ¡Esta tienda es muy seria y aquí nunca le han robado a nadie! ¡A lo mejor se lo ha dejado en su casa!

— ¡Qué coño ni casa, mi bolso no en mi casa no; aquí!

La pobre mujer tartamudeaba y cambiaba el orden de las palabras presa de la excitación de haber perdido la nómina que su marido le había dado aquella mañana para

pagar unas trampas y hacer unas compras de comida.

La gente que en la tienda estaba ya empezaba a hacer cábalas sobre quién podía haber sido el ladrón o la ladrona. Una señora ya mayor dijo:

— La chica drogadicta, la de las raftas que venía con el hombre mayor, ¡la chica esa no me daba muy buena espina!; Ya se sabe que ellos necesitan dinero para porros y se ha aprovechado del pobre viejo para que le compre unos zapatos que luego vendrá a decir que no le están bien y que le devuelvan el dinero para lo que todas sabemos.

La mujer, la robada, salió corriendo hasta la calle.

En la calle Cruz Conde había mucha gente en las aceras. Pasaban los coches y la gente protestaba porque los conductores no tenían en cuenta que había llovido hace poco, y al pasar rápido sobre los charcos, el agua saltaba gozosa sobre la gente que estaba cerca y la ponía perdida.

Antón y la chica, la de padre bien, estaban parados junto al semáforo rojo esperando a que abriera.

La señora robada se plantó frente a la drogata y le metió la mano en la pechera ante el asombro de Antón, que al darse cuenta de que aquella chica había sido la ladrona, puso los pies en polvorosa, prometiéndose que ¡nunca jamás entraría en una tienda con nadie de la calle a comprar! ¡Y que eso le pasaba por fiarse de esa gente!

EL POLLITO

Antón, hombre caritativo donde los haya, está siempre pendiente de todo aquello en lo que él pueda echar una mano.

Le duele el hambre de los demás, la miseria de la gente, le duelen los pobres, le duelen los niños abandonados por sus padres, o, que han entrado en la delincuencia, si se le puede llamar a un niño delincuente.

Y estando en Córdoba está muy en contacto con el correccional, con la gente que allí trabaja, con los profesores del Centro, con los educadores, con el personal de vigilancia.

A veces le cuentan cosas que no da crédito a ellas, pero que tienen mucho de verosímiles dada la calidad de la persona que se las cuenta.

Tiene el Correccional de la Fuensanta de la capital cordobesa mala pinta desde fuera, si se le observa desde la calle. No se puede uno imaginar que en semejante sitio se puedan tener niños para su reeducación.

Ya la entrada echa para atrás al que llega para interesarse por algún acogido en ese centro: Una puerta cochambrosa con unas higueras un poco más adentro, y un viejo pozo abandonado, que en su tiempo, debió de surtir de agua a mucha gente. Las basuras, la maleza, las ratas, y los gatos, proliferan por esta entrada siniestra que más parece ser la puerta de entrada al infierno que el camino para la reinserción de jóvenes criaturas.

Más adelante hay un gran patio, con una huerta y varias construcciones, una de las cuales sirve de escuela, y la otra, es el albergue donde están los dormitorios, despacho del director, comedor, y, poco más.

El director del centro, un ex sacerdote que fuma en pipa ha decorado su despacho de una forma bastante peculiar: En la pared, frente a la entrada, ha colocado una cincha... Su lema es: Una cosa es que los niños crean que yo soy tonto, y, otra, es que yo me lo crea. Lema educativo que va a indicarnos su actuación en este centro, y, su liberalidad, a la hora de tratarlos.

El centro no tiene cocina propia, y desde la Cocina económica, un hombre ya mayor, trae cada día, a través de la Ribera del río, la comida. Una legión de moscas va detrás del carrito por si cogen algo de comida.

La comida la sirven los celadores, uno de los cuales, policía nacional en excedencia, tiene un pollito.

El pollito hace lo que le dice Pérez a las mil maravillas, y va detrás de Sánchez, a donde va él, sin abandonarlo ni un momento.

Es Pérez un hombre amable en lo que cabe, dicharachero, con su bigotillo apuntándole sobre el labio superior sin exagerar.

Tiene muchas bondades este hombre. Pero tira hacia atrás la ligereza de sus manos; manos grandes que no se cortan a la hora de dar una *guantá* de campeonato al que se le pone en camino y le ha hecho alguna trastada.

Con este expedito método educativo, Pérez no tiene problemas con los asilados, y su vida discurre tranquilamente en el correccional de la Fuensanta, ¡sin sobresaltos!

¡Pollito, ¡ven!, y el pollito viene. ¡Pollito, canta!, y el pollito. Pollito, siéntate, y el pollito se sienta.

La verdad es que el pollito es una lindeza. Un animal raro para ser de la especie avícola. Si al menos, fuera un loro, el celador lo enseñaría a hablar. Pero su garganta no está preparada para articular sonidos humanos; sólo animales y aviarios.

Está Pérez con su pollito tonto *perdío*. Y se lo cuenta a todo el mundo, y la gente, en el bar, en la calle, hasta en la misa, le preguntan por la nueva ocurrencia del pollito.

A los únicos a los que no le hace gracia el pollito, son, a aquellos niños que han

probado la estopa que reparte con sus grandes manos de Gargantúa a diario, a diestro y a siniestro, en ocasiones puntuales, ¡qué no todas!, el celador del pollito.

Un celador duerme en la estancia vigilando que los niños no se escapen. A la mañana hay cambio de turno y entra Pérez, el celador de las manos ligeras como el aire y pegadizas.

Cuando llega por las mañanas, el celador, pregunta las novedades, y el saliente, le desea buen servicio.

Por las noches, en el correccional, la cosa se relaja y no hay grandes problemas... Algunos niños, aprovechando que el vigilante duerme, se relajan, juegan, se meten los unos con los otros, comentan, si han recibido durante la mañana, la hora del celador de las manos muy ligeras y pegadizas, algún manotazo de tira para atrás y no te puedes levantar del suelo.

La mañana de marras, llegó Pérez a su puesto de trabajo, silbando, porque le gustaba silbar canciones de la milicia, y otras de las que se estilaban por esos años...Silba que te silba mientras tocaba el timbre...

— ¿Alguna novedad?

— ¡Ninguna!, salvo un poco de jaleo a eso de las doce que se levantaron unos niños y andurrearon por ahí jugando hasta que los cogí y los metí en el dormitorio.

Lo primero que Pérez hacía cada día al entrar en el correccional era ir a ver a su mascota, su querido pollito.

Esa mañana no lo encontró por los lugares por donde él solía corretear...

Y la casa estaba envuelta en un halo de sospecha. Hasta el aire que se respiraba olía a peste de alpechín de los molinos de aceite que estaban molturando la aceituna allá por Alcolea.

En la calle hacía frío.

Los celadores llevaban a los niños hasta la escuela del recinto.

Incluso los niños no estaban como todos los días, juguetones y risueños...

Harto de buscar y buscar al pollito amaestrado, el que hacía las delicias de su cuidador, y amaestrador, sospechó que podía encontrarse en el taller, lugar donde había un torno de banco y algunas herramientas no peligrosas para los niños.

Y estaba en lo cierto. Pero no respondía a su llamada, ni a sus silbidos, ni a su nombre.

¡El pollito se encontraba entre los dientes del torno del banco de madera, apretado, tieso como la mojama!

Antón, al que la vida le había hecho duro como el hierro, por las circunstancias por las que había pasado, derramó unas lágrimas por el pollito muerto en el torno, cuando se lo contaron.

En cuanto a lo que continúa, dejo al amable lector que me soporta, decida la conclusión de estas páginas, las del pollito ajusticiado en el torno.

Sólo me resta decir, que al día siguiente, algunos niños presentaban cardenales y moratones en su rostro, sin que nadie pudiera decir a qué eran debidos.

Pérez, hombre habilidoso en lo manual y en la carpintería, le hizo al pollito gracioso un ataúd de madera, el cual pintó de blanco, como el de los niños, porque por su edad, el pollito gracioso, era un niño entre las aves, que había muerto antes de tiempo, pagando con su vida de angelito las bofetadas administradas con mala leche a los acogidos en el centro.

La cajita blanca con el cuerpo del pobre pollito, Pérez la enterró en la huerta en la falda de un naranjo centenario, y, no muy lejos de las palmeras datileras de porte esbelto y altos vuelos.

Todos los niños, en formación, acudieron al entierro del pollito. El aire estaba en calma, y sólo se oían los golpes de la azada contra el suelo al cavar la tumba que iba a recibir los restos del pobre pollito. Unas lágrimas grandes brotaron de los ojos del

celador mientras cubría con la tierra la fosa donde iba a reposar el pobre pollito hasta la eternidad.

El día lo oscurecían los moratones de la cara de algunos de los internos...

HÁGASE TU VOLUNTAD

Esto se está acabando. Veo que el final se acerca. Pero estoy tranquilo y en paz. Hice lo que me mandó el Señor, Bendito Sea Su Santo Nombre, y si no hice su voluntad, fue porque mi entendimiento no daba para más.

—Es verdad que mi juventud y mi adolescencia fueron un puro desatino.

Pero tengo a mi favor, que una vez que el Señor me llamó a su lado lo dejé todo y le seguí haciendo siempre su Santa Voluntad.

—Pero antes de irme a la Casa del Padre, antes de que mis ojos se cierren definitivamente, cuando ya no vean la luz, quiero pedir perdón a todos y a todas aquellas personas a las que les hice daño. Les ruego, con el corazón en la mano, que me perdonen, porque así me podré ir en paz hacia la Luz.

—Nada tengo, y no puedo dejarle nada a nadie puesto que todo lo que tuve lo puse al servicio del Señor.

—Quiero, que mi libro más apreciado, la Santa Biblia, con la que disfruté leyendo día a día sus pasajes, estudiándola pacientemente, buscando la paz entre sus líneas para iluminar a las personas que la habían perdido, consuelo para las almas desfallecidas, paciencia para el impaciente, paz para el violento, humildad para el engreído, salud para el enfermo, luz para el que andaba entre tinieblas, rectitud para el que andaba ladeado por la vida, sea depositado en la Capilla de Nuestra Señora de Belén, en las Ermitas de Córdoba, si es posible, a los pies de la Santísima Virgen.

—Quiero que mis ropas, las mismas que tengo ahora, y, únicas, sean las que me acompañen a mi última morada, como me acompañaron a mí durante el tiempo que duró mi predicación.

—Mi cuerpo, o mejor, los despojos del mismo, podéis llevarlo a las Ermitas de Córdoba, y, si la autoridad eclesiástica lo permite, inhumarlo, sin caja, en uno de los nichos del cementerio, no poniendo fuera, sobre el yeso y la cal, ninguna inscripción; sólo una cruz grande, señal de la Redención, por la que prediqué y viví gran parte de mi vida.

—Quiero, que si hay un sacerdote que se apiade de mí, diga tras mi muerte, diez misas, una, por cada día que siga, al día del deceso. Y en la homilía, corta, quiero que se digan por el celebrante oraciones por el eterno descanso de mi alma por lo que les quedo muy agradecido.

—Muero en paz, una vez escritas estas palabras que anteceden. Y pido a Dios, que si hay alguien al que yo le haya hecho algún daño, me lo haga saber para pedirle perdón.

Y acto seguido, Antón se recostó en la caja de cartones en la que había vivido los últimos meses, cubriéndose con una colcha fina de lana, para, allí, esperar, la muerte. Y empezó a no comer, ni beber; sólo hablaba y sonreía a los que se acercaban a verlo, una vez conocida la noticia.

Y era tanta la gente que se reunía alrededor de Antón, el Venerado, el Santo, que la policía tuvo que tomar cartas en el asunto; era tal el conglomerado de gentes que allí se acercaban de todas las procedencias y lugares.

Ya no eran solo los lugareños que conocían y amaban tanto al santo de Antón, sino que, su fama de oración, de santidad, de castidad, de sacrificio, de mortificación, se había extendido a muchos lugares remotos, de donde venían a verle, sino que rezaban a su vera para tratar de recibir el favor del Altísimo para curar sus dolencias de todo tipo.

Pero no podían soportar que aquel hombre santo hubiese decidido acabar sus días en la tierra acostado en aquella caja de cartón húmeda, las más de las veces, por la brisa marina.

Y acercándose hasta su lecho, con lágrimas en los ojos, le suplicaban que pusiera fin a ese desatino, argumentándole, que Dios no quería eso, que iba contra él mismo esa

forma de actuar para tratar de extinguirse poco a poco, alejándose del alimento... ¡Dios no quería eso! ¡Dios quería que viviera para que diera testimonio de su bondad y de su magnanimidad! ¡Dios quería que viviera para que terminase la obra que había emprendido: ¡Convertir a los ateos para el Reino de Dios! ¡Así, lo que hacía, era colaborar con el maligno cometiendo un gravísimo pecado al atentar contra la caridad que le debía a su propio cuerpo!

Por eso, Antón, cuando la gente se iba, muy debilitado, pedía a Dios que le enviase alguna enfermedad de esas rápidas que la civilización moderna ha puesto para aligerar de mortales este mundo sobrecargado y estabilizar la población.

No quería una muerte de cáncer, ni de glucemia; algo ligero —como un infarto de miocardio agudo— que en instantes le haría pasar del mundo terrenal e infame a la presencia de Dios en el mundo celestial.

Pero el hecho de estar allí, en la vía pública, con la aglomeración de gente, ocasionaba críticas a la autoridad por parte de las gentes. Y el alcalde, no podía permitir ese escándalo, esa muerte consentida de una persona con unas ideas un tanto “raritas”. Otra cosa, hubiese sido, que ese hombre, en un hospital, debidamente asistido, bebiese la “cicuta sanitaria”, acabando con su vida.

Así, que, la autoridad, tomó cartas en el asunto enviando una ambulancia con personal médico para su conducción al hospital para ser tratado y evitar lo que era una muerte anunciada y sonada.

Antón, en cuanto oyó llegar las sirenas de la ambulancia y vio el revuelo que se ocasionaba, entró en un éxtasis profundo a ojos de todos elevándose por encima de sus cabezas.

La gente, al ver este nuevo milagro de Antón, se arrodilló y comenzó a rezar en alto.

Los camilleros de la ambulancia, ayudados por las Fuerzas del Orden Público, se abalanzaron sobre el cuerpo elevado de Antón tratando de bajarlo por la fuerza de sus brazos.

Pero no sólo no conseguían bajarlo de nivel, sino que se subía algo más, con una fuerza inaudita no vista nunca en un éxtasis.

Así, que, al fracasar en su propósito, llamaron al alcalde, el cual, dijo “que aquello era algo de magia o de brujería, que insistieran en su empeño y lo bajaran al suelo antes de que se acercara más gente y se provocara una gran tumulto que acabase en desórdenes profundos con detención de gente y destrozos de mobiliario urbano”.

Los bomberos, con escaleras grandes se unieron al equipo sanitario y militar pero con efectos negativos. El cuerpo no bajaba de ninguna de las maneras.

Los policías acordonaron la zona y esparcieron a las gentes que se agolpaban alrededor del hermano Antón.

Ya más libres, trajeron una gran grúa y amarraron con cables de acero el cuerpo de Antón, el bueno, el amable, el casto, el misericordioso para con los pobres, a los que llegaba a dar hasta lo que le era necesario para su supervivencia.

Y la grúa comienza su trabajo, y chirría del esfuerzo, rompiéndose los cables que amarran el cuerpo de Antón, sin que éste se mueva hacia abajo, ni un milímetro, ni sufriendo el más mínimo daño en su cuerpo.

Los bomberos, los sanitarios, los militares, los gruistas, salen huyendo despavoridos ante tan espectacular fenómeno al que no encuentran explicación alguna si no es dentro del terreno sobrenatural.

Roto el cerco militar que se había formado alrededor de Antón, la gente vuelve a agruparse bajo su cuerpo elevado hacia el cielo azul. Y crecen las plegarias, y aumentan las peticiones de curación para los enfermos.

Y Dios, que no abandona a los suyos, interviene:

— ¡Veo, veo!— grita la mujer ciega que cada día andaba por estos sitios agarrada

al brazo de su marido con la vista perdida en el infinito.

Es la misma a la que Antón, un día, al pasar por su lado le dijo:

¡No ves porque no tienes fe!

Un niño que iba recostado en un carrito, que no había andado desde su nacimiento, se incorporó sobre sus propios pies y comenzó a andar entre los sollozos y los gritos de alabanza y agradecimiento a Dios:

— ¡Bendito sea Dios que escuchó mis súplicas!

Y la gente aumenta el tono de sus oraciones entre lamentos y quejidos de agradecimiento a Dios.

Antón, que no es ajeno a todos estos prodigios, eleva los ojos al cielo, y, dando gracias a Dios, porque una vez más ha estado con su pueblo, con sus hijos, con los que le aman y veneran.

—Y, ahora, para que todos vean que Tú, Bendito sea Tu Santo Nombre, eres el más grande, que Tú, Bendito sea Tu Santo Nombre, eres el más misericordioso, que Tú, Bendito sea Tu Santo Nombre, eres el más bueno, haz el último milagro para con éste tu humilde siervo.

Un sol radiante, inmenso, que asusta, con una corona solar grandísima, baja de su lugar, tanto, que la gente se quema y huye ante tan extraño fenómeno.

El cielo se vuelve rojo, cegador, humeante...

No hay vestigios de vida alrededor de Antón.

Una fila inmensa de ángeles, precedida por San Rafael Arcángel, se acercan a Antón, con guantes de seda y trajes ribeteados de oro.

No dejan de mover las alas formándose una atmósfera de un fresco acariciante junto al bueno de Antón.

El sol se aleja subiendo hasta su justo lugar.

El cielo se torna azul ultramar, y la gente, ya menos asustada, vuelve hasta donde Antón sigue suspendido en el aire.

Y se encuentran con el espectáculo celestial de tanto ángel revoloteando junto al cuerpo de Antón.

San Rafael Arcángel, se dirige a la multitud:

— ¡No temáis! ¡No os vayáis! Dios Padre, Jesucristo Su Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios, pero tres Personas a la vez, han querido, que Antón, que su cuerpo santo y casto, sea llevado hasta el cielo salvándose de la muerte, como La Santísima Virgen María.

La gente cae al suelo, se rompen las vestiduras, se echan ceniza sobre el pelo, se dan latigazos en señal de penitencia.

Los ángeles, que tienen que acabar pronto la obra que Dios les ha encomendado, con sus manos finas, delicadas, elevan, sin tocarlo, el cuerpo de Antón, que se ha convertido en santo por los siglos de los siglos. Amén.

En lo alto del cielo aparece un gran arco de letras luminosas de oro de en el que se lee: "GIORIA A DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ AL HOMBRE QUE AMÓ A DIOS SOBRE LAS CRIATURAS".

Amén.